MIRIAN GARCÍA GARCÍA

Prohibido enamorarse del idiota



MIRIAN GARCÍA GARCÍA

Prohibido enamorarse del idiota

Sello: Independently published

Título: PROHIBIDO ENAMORARSE DEL IDIOTA
Mirian García García © 2026

Cubierta: Gabriela Rey

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para quienes alguna vez tuvieron un plan perfecto y la vida decidió escribirles otro.

No tengas miedo de cambiar el rumbo, de reescribir la historia, de improvisar. Porque las mejores historias nacen cuando nos atrevemos a arriesgarnos.

Y, sobre todo, de tropezar, levantarnos y volver a intentarlo.

Ojalá siempre encuentres el valor para volver a comenzar cuantas veces necesites y elegir el destino que te haga feliz.

EL DICHOSO APARCAMIENTO



Blanca

Estas no son las vacaciones de verano que tenía previstas. Siendo sincera, no se asemejan en absolutamente nada. Tener que decirle adiós al viaje a Italia que tenía planeado, no puedo negar que me ha dolido. Mucho. Muchísimo. Demasiado. Llevaba dos meses organizándolo todo concienzudamente. Esther y María lo dejaron gustosamente en mis manos. Saben que planificando soy la mejor. No es por tirarme flores, pero es un don que conservo desde niña. No concibo la vida sin orden ni, por supuesto, una meticulosa agenda.

—¡Joder! ¡Casi se me pasa! —rebufo—. Siri, por favor, recuérdame todas las citas y compromisos que tengo durante el mes de julio —le ordeno mientras adelanto un camión enorme por la autopista.

—Tienes seis anotaciones en la agenda este mes: el día cuatro, revisión anual con el dentista; el ocho, cumpleaños de la prima Raquel; el nueve, depilación; el diez, revisión ginecológica; el quince, peluquería y el veinte, cena con directivos del trabajo.

—Siri, telefonea al dentista. Voy a anularlo.

Luego haré lo mismo con la depilación, la ginecóloga y la peluquería, pienso para mis adentros*,* maldiciéndome por tener que cancelarlo todo. Odio modificar lo ya agendado.

Lo de hace tres días fue una putada en mayúsculas, un verdadero hachazo a toda mi existencia. Que tu jefe, por la cara, te endose su

mes de vacaciones usurpándote el tuyo es una marranada. Más, si tus vacaciones estaban aprobadas desde enero, y julio comienza en tres días.

Sabe Dios que estuve a punto de negarme en rotundo, pero… ya casi puedo saborear el ascenso. Estoy muy cerca. Lo sé. Y, obviamente, esa subida de categoría profesional; depende por completo de don Enrique Bautista, mi señor jefe. Al que, al parecer, su mujer le ha regalado por sorpresa, con motivo de su vigésimo aniversario, un crucero por el Mediterráneo, justo cuando yo volaba con mis amigas a la Costa Amalfitana.

En resumidas cuentas, no quiero darle motivos para que me deje en el banquillo de los candidatos olvidados para el ascenso, unos cuantos años más. Así que es un sacrificio de índole menor. Todo sea por el puestazo que promete resolverme el problemilla que arrastro del alquiler compartido. Un piso para mí solita, con mi independencia, mi silencio, mis plantitas, mi aseo.

Mmmm, qué bien suena eso, MI ASEO.

Un baño en el que poder entrar y salir en cualquier momento, sin gritos, ni interrupciones, ni esperas interminables. Música celestial para mis oídos y cómo no, también para mi toto meón. Sufridor constante de cistitis. Herencia —de lo mejorcito que me pudo tocar en suerte—, por parte de mi santa madre. No pudo tocarme sus labios carnosos, ni su pelo sedoso, no. Me tocó la infección de orina, que me tiene anclada al baño día sí, día también. Con las consecuentes broncas con Esther y María, mis compañeras de piso e íntimas amigas, que parecen no entender mi enorme problemita. Las quiero muchísimo, lo juro. Pero, como esto siga así, cualquier día alguna de nosotras va a hacer probar a las otras el sabor del agua del váter, y en esa batalla espero terminar vencedora.

Mejor sumergir sus cabecitas en ese nido apestoso de virus y bacterias que la mía.

Paro de divagar cuando veo indicado el cartel que anuncia el pequeño pueblo costero, en el que voy a pasar el mes de vacaciones. No me quedaron muchas más opciones tras el cambio

de última hora. Tarifa. Un oasis al sur de la península en el que tengo los recuerdos estivales más dulces y felices de mi niñez. A mi mente vuelve de pronto su pelo azabache perfectamente peinado, peleándose con las inclemencias del tiempo por mantenerse intacto, sus rasgados ojos grises mirándome con calidez, mientras estira su brazo y alza su mano para que la agarre. Sus palabras repiquetean de nuevo en mis recuerdos.

—¡Vamos, Blanca! ¡No le tengas miedo al mar! ¡No te va a pasar nada! ¡Yo estoy aquí! ¡Si algo va mal, te ayudaré!

—Estaba tan colada por él —musito mientras dejo escapar un sonoro suspiro.

Diviso el desvío y sigo por la avenida principal. Bajo la ventanilla y aspiro el placentero olor a sal que trae a mis fosas nasales el suave viento de levante. A los cinco minutos, ya distingo mi urbanización.

Bueno, más bien, la de mis padres. Ahora mismo, esto costaría un riñón. O dos. O todos mis órganos vendidos al mejor postor en el mercado negro, y temo que me quedaría corta para poder pagar la cifra. El metro cuadrado de suelo de este perdido y minúsculo pueblo se ha revalorizado tanto que parece el maldito barrio Salamanca.

Cuando mis padres se enamoraron del lugar, todo costaba cuatro pesetas. Antes, nadie, literalmente nadie, que no fuera de aquí, quería vivir aquí. El motivo, el viento. El desapacible, molesto e incluso a veces aniquilador viento. Pero eso sí, cuando este daba tregua, era indescriptible la sensación de plenitud que te abrazaba el alma. La playa, la paradisíaca e inmensa playa de arena fina que bañaba todo el litoral costero con las montañas a lo lejos. Era nuestro edén familiar, el lugar perfecto para escapar de nuestra caótica y acelerada vida en Madrid.

Me pongo en alerta, con mis cinco sentidos desplegados; es momento de encontrar aparcamiento. Doy una primera vuelta y nada; todo abarrotado. Una segunda, ampliando el radio, sin olvidar las dos maletas de ruedas y la mochila de las que me tocará tirar

con unos brazos poco tonificados por culpa de mi constante pereza con el gimnasio. Y nada.

No hay ni un maldito hueco en varios kilómetros a la redonda. Digamos que este es el único *pero* que puedo ponerle a nuestra exquisita propiedad. No tiene plaza de garaje. Hace una década, no era un problema. Ahora, es peor que un dolor de ovarios. Empiezo a impacientarme a la cuarta vuelta.

—¡Maldita sea! —ladro, nerviosa.

Quinta vuelta y la suerte sigue esquivándome. O más bien riéndose de mí. Y entonces ocurre, a la sexta vez que paso frente a la urbanización de mi apartamento, advierto una familia montándose en un Peugeot azul.

—¡Por favor, que se vayan! —imploro en voz alta, rezándole al universo con ansiedad, antes de atreverme a sacar la cabeza por la ventanilla y preguntar—: Disculpen, ¿salen?

—Sí.

—¡Genial! —celebro dando pequeñas palmaditas de alegría sobre el volante, mientras pongo el intermitente, y me adelanto prudencialmente para permitirles salir.

Observo cómo el señor que me ha contestado acelera y toma la carretera. Meto marcha atrás, miro por el retrovisor, varias veces, asegurándome de que todo está en orden y comienzo a ir lentamente para atrás.

Y entonces, SUCEDE.

Una maldita camper azul repleta de pegatinas de colores llamativos, da un acelerón y por toda la cara, obviando mi intermitente, mi marcha atrás y todo mi coche, *estoy convencida de que por lo visto todo este conjunto de chapa, cristalería y motor debe ser invisible*, da un acelerón y se encaja, porque prácticamente queda a dos deditos de distancia del coche de delante y del de atrás, en MI aparcamiento, robándome descaradamente el sitio.

Casi me rompo el pie con el pisotón que le doy al freno para evitar el desastre. Por no hablar de mi corazón, que amenaza con

salírseme del pecho y saltar por la boca.

¡Qué susto! ¡Virgen Santa!

Ha estado a punto de rozarme toda la parte trasera del coche con ese acelerón tan brusco y violento.

—¡Será imbécil! —gruño cuando veo que se me ha pasado la taquicardia y mis manos dejan de temblequear sobre el volante—. ¡Esto no va a quedar así! —bramo, mientras abro con la misma fuerza que el inigualable Thor la puerta del coche, y salto como una auténtica loca, antes de que, quien quiera que vaya en esa furgoneta, desaparezca y tenga que dar por perdido MI APARCAMIENTO.

Ese que he visto YO, solo yo. Después de más de cuarenta y cinco minutos malgastados por dar doscientas vueltas por la misma zona.

En menos de tres zancadas, y casi asfixiada, llego a la puerta del susodicho o susodicha, que aún parece no haberse bajado del vehículo. Quizás está dentro, haciendo tiempo hasta cerciorarse de que mi coche acelere y abandone la escena del delito. Su delito.

Robar.

Estoy encendida. Me lo noto. No suelo ser tan impulsiva; normalmente soy bastante sosegada. Mantengo siempre la compostura, la cordura y las formas. Pero esta semana, creo que estoy un poquito disparatada. Ese cambio de agosto por julio tres días antes de que comience el mes ha conseguido zarandear como un maldito tornado mis tres mandamientos de vida, que son: la premeditación, la organización y el dominio, por consiguiente, del absoluto control de todo lo que me rodea. Con estas tres premisas, siempre me aseguro de que todo salga como a mí me gusta. Bien. Muy bien. Cómo debe de ser. Sin altercados ni molestos imprevistos.

Y ahora esto. No. No. Esta semana parece que me ha mirado un tuerto, o más bien una congregación mundial de tuertos.

En otra ocasión, lo hubiera dejado pasar y, a regañadientes, hubiera buscado otro hueco sin protestar. Pero hoy no. Hoy voy a

reclamar lo que me pertenece.

MI APARCAMIENTO. Mío y solo mío. Para eso llegué primero.

Golpeo con fuerza, varias veces, los nudillos sobre el cristal de la ventanilla. A la cuarta vez, la puerta se abre de sopetón.

—¡Joder! —Me aparto de un salto esquivando por los pelos el metal que casi me da en toda la cara y me deja lisiada.

—¿Querías algo? —pregunta una voz ronca, con un ligero acento extranjero, en un tono muy varonil que activa instantáneamente toda mi piel.

Alzo la vista, y ¡por todos los dioses del Olimpo!

¿Será que he tenido un accidente mortal, tipo siniestro total, he muerto y he subido al cielo? ¿Será que San Pedro me está recompensando por toda la mala suerte que he acumulado? ¿Será este el recibimiento para la vida eterna?

Francamente ... no me importaría…

Si el cielo es así, creo que se me va a dar mucho mejor el mundo de los muertos que el de los vivos… Con este hombretón que parece una mezcla entre Dios griego, un vikingo y un modelo de anuncio de colonia pasaba yo la eternidad con gusto. Con mucho gusto. Y a poder ser, también con poca ropa.

Parpadeo incrédula, entornando la mirada en el alto y atractivo hombre que tengo enfrente. Cabello rubio, ondulado y alborotado, piel bronceada, ojos con el mismo azul e intensidad que el maldito océano. No creo que sea español; tiene pinta de provenir de Europa del Norte, tipo sueco o danés. Aunque he podido comprobar que habla un perfecto castellano. Continúo observándolo boquiabierta, brazos fuertes y musculados, que se dejan ver en su plenitud con esa camiseta *oversize* de tirantes blanca, que a cualquier otra persona en el universo le quedaría ridícula. No a él. El resto del atuendo se compone de unas chanclas verdes y unos pantalones cortos de aire surfero con unas líneas multicolores horrorosamente feas.

Creo que por un momento me he quedado embobada.

Blanca, reacciona.

Por un microsegundo, me siento tentada a dedicarle una mueca amable y darme la vuelta para meterme en el coche antes de que las palabras se me atraganten en la garganta y solo consiga emitir sonidos guturales, parecidos a los de un pavo a punto de desplumar el día de Navidad. Además, comienzo a percibir cómo el rubor se me está subiendo a las mejillas de la impresión que he experimentado solo con verlo; va a pensar que, por tentempiés, en vez de gusanitos, tomo chiles, porque mis mejillas van a explotar.

¡Maldita sea! ¡Siempre estoy igual!

Por suerte, recobro la compostura, y me vuelvo a centrar en lo importante.

Que es… ainsss qué ojos y qué boca.

No. No. Vuelve en ti, Blanca. Céntrate

Este chico es muy despistado y, por puro descuido, no te ha visto. Eso es, me autoconvenzo*. Tiene pinta de ser un encanto, y a la gente encantadora, que además está como un queso, le dejarías el sitio si no fuera porque estás derrotada del larguísimo viaje y necesitaras descansar. Díselo. Seguro que se disculpa y te lo cede. Y lo mismo con suerte… hasta surge una bonita, fantástica e increíble historia de amor… muy de peli romántica.*

—Disculpa, supongo que no te habrás dado cuenta —aclaro mi voz, dulcemente. Lo que menos quiero en estos momentos es incomodarlo por su pequeñito e insignificante despiste. Porque es obvio que debe haber sido un error. El resplandor de las farolas lo ha debido cegar, y no ha visto mi diminuto coche dando marcha atrás —, pero yo estaba esperando con los intermitentes para aparcar justo ahí. —Señalo, muy respetuosa.

Una amplia sonrisa se despliega lentamente en su rostro y, joder, siento maripositas revoloteando en mi estómago.

—¿No me digas? —contesta con aire insolente, mirándome fijamente. Lo que me hace percibir que algo no va bien.

—¿Me habías visto? —pregunto estupefacta, borrando de un plumazo el efecto de atontamiento que me borbotea por la sangre.

—Como para no verte, llevas más de diez minutos para dar marcha atrás —suelta, descarado.

—¿Y aun viéndome, te has metido? —Parpadeo varias veces, confusa.

—Es obvio, ¿no? —vuelve a contestarme de nuevo con ese aire de suficiencia pegado a sus labios.

Espera, Blanca, ¿hay algo que no estás entendiendo? ¿O este tío está vacilándote?

Vaya mierda de primera impresión. El personaje que tengo enfrente no es un alma cándida, es un sinvergüenza, un maldito ladrón de aparcamientos en un lugar donde escasean bastante.

Tienes que recuperarlo, me ordeno*.*

Como sea.

—Pues es mi aparcamiento. —Le sonrío tensamente, acercándome a él y situándome a menos de una cuarta de su rostro —. Retira el coche, por favor.

—No —zanja con una voz serena, pero confiada.

—¿Cómo que no? —Y esta vez sí alzo la voz, un poquito. Bueno, para ser más sincera, bastante. Este tío me está empezando a irritar muchísimo.

—No pienso hacerlo. —Se encoge de hombros—. Tómatelo como que aquí impera la ley de la selva, el más rápido es el que sobrevive o, en este caso, se queda con el aparcamiento —agrega con sorna guiñándome un ojo, mientras saca una mochila del asiento del copiloto y se la echa a los hombros con la clara intención de largarse, sin hacerme el más mínimo caso.

—¡Se dice el más fuerte, no el más rápido! —lo corrijo, echando humo por las orejas.

—Pues el más fuerte —repite, adquiriendo su rostro una malicia seductora que me irrita aún más.

¡¡Pero qué leches se ha creído el idiota este!!

—Vas a quitarlo —ordeno amenazante, provocando que se pare.

—Ni en sueños.

—Mira —lo señalo con mi dedo acusador—, voy a obviar todas las tonterías que han salido de tu boca, vas a subirte al coche y te vas a largar —insisto echando chispas.

—¿O qué?

—O te vas a arrepentir.

—¿Me estás amenazando? —Y de nuevo ese tono burlón, acompañado de sus claros y retadores ojos ascendiendo lentamente por mi cuerpo con el único propósito de ponerme nerviosa, perdón, más nerviosa de lo que ya estoy. Cuando su vista llega a la altura de mis labios, se postra en ellos, provocando que mis piernas flojeen ligeramente al advertirlo.

Al captar lo que causa en mí, ladea una arrogante sonrisa.

—Eres un imbécil —suelto indignada.

—Y tú una tarada.

—Psicópata.

—Desquiciada.

—Cretino.

Aprieto mis puños a ambos lados de mi cuerpo, intentando contener mi rabia. Creo que es la primera vez que tengo unas ganas locas de meterle un puñetazo en toda la cara a alguien. Además, más que merecido. Ese ser cincelado por los dioses lo requiere, por imbécil.

Estoy encendida y ya no es por el rubor de antes, ya es de pura ira.

—Allá tú —mascullo en tono amenazante—. Yo no estaría tranquila… sabiendo… que mi furgoneta está en la vía pública y alguien puede, sin querer —alargo las palabras para darle más énfasis—, hacerle un roce dando marcha atrás, o lo que es peor —

digo bajando la voz y achinando los ojos en un deje que a mí me parece bastante intimidante— que alguien te rompa por accidente el espejo retrovisor.

Está plantado delante de mí, observándome con la boca entreabierta y esa maldita y asquerosa expresión de suficiencia centelleándole en sus endiablados ojos. Sus hombros relajados, al igual que su cuerpo, como si lo que yo le estuviera diciendo no fuera más que una soberana sandez.

—No eres capaz.

—¿Tú qué sabes de lo que soy capaz? —arremeto, embravecida —. No me conoces —añado con tono desafiante.

Estoy completamente segura de que he sonado como la mismísima mafia.

Y el Oscar para la nueva intérprete de El Padrino *es para Blanca,* divago aplaudiéndome mentalmente*.*

—Te he calado en cuanto te he visto dar la tercera vuelta respetando las señales de velocidad, que por cierto son de veinte. Te han adelantado siete patinetes y dos niños en triciclo. Y…—prosigue con voz serena, pero confiada— yo he estado a punto de morirme de viejo siguiéndote, y tengo veintiocho años. Te puedes hacer una idea… Mira, ¿ves estas patas de gallo? —añade señalándose las sienes, donde claramente solo se ve una piel sedosa, estirada y que incita a tocarla. *Céntrate, Blanca*—. Me han salido solo de cruzarme contigo.

Me muerdo los mofletes por dentro, mientras aprieto mis puños que se tornan blanquecinos por la rabia contenida.

¡Joder! ¡Quién cojones se cree! Que sea asquerosamente guapo no le da derecho a hablarle a nadie así.

Y encima, para colmo, me ha calado.

¡Maldita sea, sabe que no soy capaz! Me cagaría por las patas abajo. No dormiría en todo el mes pensando que la policía va a llamar a mi puerta y va a arrestarme de por vida en una cárcel

peruana. Vale… tengo que dejar de divagar y de ver tanto el telediario que me está creando trauma.

Estoy que me comen los demonios, pero no soy capaz de rebatírselo… Yo no… no… voy a cargarme su coche…, aunque la sangre me hierva y tenga muchas, muchísimas ganas de hacerlo.

Él aprovecha mi perturbación y, con aire insolente, tuerce una sonrisa, antes de alejarse con total tranquilidad.

—Eso creía —afirma mirándome por encima del hombro, dibujando una mueca lenta y victoriosa, mientras continúa su marcha—. Adiós, chica buena, y gracias por el aparcamiento.

—¡Esto no va a quedar así! —le grito, a su espalda.

Ni siquiera se vuelve.

—¡Maldito idiota! ¡Más te vale no volver a cruzarte en mi camino! ¡Me oyes! —lo amenazo, sin causar el más mínimo estrago en él, que sigue caminando, dejándome con la palabra en la boca y unas ganas enormes de:

Opción uno, matarlo.

Dos, incendiar su furgo.

Tres, llamar a una banda organizada para que le despiece el vehículo y lo venda por cachitos en Marruecos.

Spoiler: no hago nada. Vuelvo a montarme en mi coche hecha una auténtica furia, y a más de cincuenta kilómetros por hora vuelvo a dar dos vueltas más, hasta que, como una temeraria, con el acelerador pisado hasta el fondo, me embuto en el aparcamiento que se acaba de quedar libre. El coche que sale de él me pita ochenta veces y me grita varios improperios bastante merecidos.

Creo que acabo de replicar la escena, pero la idiota, esta vez soy yo, y no el rubio diabólico de antes.

Qué fácil es pasar del amor al odio, pienso*.*

Al final, no era tan guapo.

Siendo sincera, era horroroso. Nauseabundo.

Un verdadero asco.

Cargada como una mula, paso por al lado de su furgoneta, avivando los fogonazos de maldad que me invitan a cumplir mis amenazas, pero, como siempre, mi carácter de *chica buena* vuelve a circularme por las venas y continúo caminando hasta el portal, con la cabeza gacha y ese regustillo amargo que te deja el sabor de la derrota.

Minutos después, un sentimiento de felicidad se me acomoda de nuevo en el pecho en cuanto paseo mis pies por las baldosas de terrazo de la comunidad, diluyendo el enojo que hasta hacía segundos corría por mi cuerpo. Me siento en casa, y ese sentir me reconforta.

Dirijo la vista a la piscina, bordeada por el césped y las sombrillas de cañizo. Está desierta porque son más de las doce de la noche. Al final, las siete horas y algo que hay desde Madrid hasta aquí se han convertido en más de nueve.

¿Será que tenía razón, y sí que soy más lenta que un desfile de cojos?

Sigo mirando embobada la estampa y ahora mi vista se dirige hacia el mar. Estar en primera línea de playa es jodidamente maravilloso. Un privilegio absoluto, en manos de muy pocos. Solo tengo que atravesar el paseo marítimo para que la arena recubra mis pies. Siete pasos me separan de la felicidad, dieciséis de la inmensa orilla, y desde ahí solo dos hasta el embriagador e intimidante mar. Sigo teniéndole cierto respeto; supongo que los miedos no se esfuman de la noche a la mañana.

Subo por las escaleras a la segunda y última planta, y sigo recorriendo el pasillo comunitario que comparten todos los propietarios para acceder a sus viviendas. La urbanización está construida en forma de U, con orientación al mar. El mío es el último del ala derecha. El pecho se me acelera incontrolablemente al ver luz en el interior del apartamento que está justo pegado al mío. Es el de ÉL. El de Iker.

Quizás esté, me digo, con los nervios a flor de piel.

Me emociono solo con la idea. Hace al menos diez veranos que no lo veo. Y aunque no quiera admitirlo, cada vez que me monto en el coche en Madrid y pongo el GPS hasta aquí, lo que más deseo en el mundo es que por fin volvamos a coincidir.

¿Sabéis el dicho ese de que el primer amor nunca se olvida? Pues puedo certificar que es cierto. Me enamoré de él con cinco años y estuve más de diez babeando por las esquinas cada vez que él me sonreía. Aclaro que solo fue algo platónico. Muy a mi pesar, Iker no me vio jamás como algo más que una simple amiga. Por mucho que yo me esforzaba por salir de la zona de mejores amigos, él se había ofuscado en encasillarme allí.

Me siento tentada de llamar a la puerta; mis hormonas están hablando en este preciso instante por mí. Intento retenerlas y que no se disparen más. No son horas y no sé, si quizás, los que terminen estando dentro sean sus padres y no él.

—Mañana iré con alguna excusa —me autoconvenzo.

Entro en casa, enciendo la luz y no puedo evitar una amplia sonrisa al verlo todo como siempre. Los muebles de madera maciza pintados de azul oscuro, la mesa tallada por los bordes, decorada con las estrellas de mar que cada verano recogíamos en la playa. El espejo con las guirnaldas de conchas cayendo a ambos lados. El sofá claro con los cojines con temática marina, un pez globo, un caballito de mar y un coral. Y lo mejor, un enorme ventanal desde el que se otea todo el mar.

Suelto todas mis maletas en la que siempre ha sido mi habitación y me tumbo sobre la cama, con un vaivén de emociones golpeándome el pecho.

¿Será él?

¿Será este el verano en el que se enamorará de mí?

Ojalá…

LA TARTA



Blanca

El sol se entremezcla con disimulo a través de las cortinas azules. No sé qué hora será. Anoche di mil vueltas en la cama, no podía parar de pensar en que Iker podía estar durmiendo tan solo a un finísimo muro de ladrillo y cemento de mí. Solo con imaginarlo mi cuerpo entero se estremecía.

Casi podía recordar su olor, el de ese champú de mango que tanto le gustaba. Una vez, en un supermercado de Madrid, olí a alguien que lo llevaba y lo perseguí por todos los pasillos. El pobre chico debió de pensar que iba a robarle, porque huía tan despavorido que parecía entrenar para una maratón. Tuvo la mala suerte de no ver un brik de leche roto en el suelo. Regateó tan rápido para zafarse de mí, que el líquido le hizo patinar hasta empotrarse con el carro en el pasillo de los cereales.

Nunca he visto un tazón de crispís tan gigante como el que formé en un santiamén. Los amantes del azúcar me habrían nombrado su abeja reina.

Tras cerciorarme de que, gracias a Dios, no era él —dudo que lo hubiera enamorado emparedándolo entre cajas de Choco Krispis—, abandoné la cesta con toda la compra, y salí de allí por patas, antes de que el chico reclamara venganza.

Me levanto, me preparo el desayuno rápidamente y lo engullo sin ni siquiera sentarme en las banquetas de la cocina. Voy a hacer lo que pensé anoche, una tarta de chocolate. Su postre preferido. Así, tendré una excusa para llamar a su puerta, y en el desdichado caso de que no esté, tener un pretexto para que sus padres me ofrezcan pasar para sonsacarles qué es de su vida. Necesito saberlo todo.

Dónde vive. Si estudia o trabaja. Si tiene pareja, o lo que es peor, si ya está casado. Y, sobre todo, si tiene redes sociales. Porque lo he buscado un millón de veces, y nada. Parece borrado de la faz de la Tierra. Estoy segura, de que se habrá puesto un apodo irrastreable que me está amargando la existencia.

Busco la receta por internet y me dirijo a comprar todos los ingredientes. La nevera obviamente está vacía, ya que mis padres no vienen desde el año pasado. Salgo, y echo un vistazo por la ventana de al lado, con la vana ilusión de ver su elegante silueta entre las cortinas, pero no logro divisar nada.

Dos fuentes quemadas, cuatro mejunjes incomestibles y tres horas después, porto con orgullo una superapetecible, al menos estéticamente, tarta de cacao.

Habrá que rezar para que por dentro esté comestible, y no le dé diarrea.

A ver si en lugar de enamorarlo voy a descomponerle el cuerpo hasta matarlo.

Ahora toca lo más importante, ponerme monísima, para que si me abre la puerta se caiga de culo al ver lo guapísima que me he puesto con el paso de los años. Aplico mi máscara de pestañas con contundencia y generosidad. Delineo mis ojos. Y me esparzo un *gloss*, que pienso que realza bastante mis labios y los hace muy apetecibles y jugosos.

Luego comienzo con mi melena repasándola por capas con las planchas porque no suele quedarse lacia del todo, y siempre terminan apareciéndome unas ondulaciones muy poco agraciadas por la parte baja del cabello. Al terminar con el último mechón, me miro frente al espejo, y me doy el visto bueno. Melena larga castaña oscura, casi negra, perfectamente peinada.

Me arrodillo y, acto seguido, comienzo a abrir todas las maletas. Se me ha ocurrido ponerme un vestido corto de flores que me compré hace unas semanas, pero no sé en qué maleta lo metí. Deduzco que es porque estoy nerviosa. Normalmente soy muy

minuciosa. Cuando todo está en su sitio, me siento en paz, en calma. Cuando no encuentro algo, como el maldito vestido, me pongo tensa, estresada, cabreada… Inaguantable.

Media hora después, trago saliva. Estoy lista.

Mis manos tiemblan ligeramente ante la ilusión que me gasea todo el cuerpo.

Blanca, relájate, es Iker, no Mario Casas o el demonio. Os conocéis desde niños.

Llamo al timbre con la mano que tengo libre, la otra la tengo ocupada portando la tarta en modo profesional, como si en lugar de dedicarme a la banca, fuera camarera desde los cinco años.

La puerta se abre lentamente. Mi corazón comienza a sonar frenético, mientras un nudo de emoción me atenaza la garganta. Me sudan las manos de los nervios. Me las miro rápidamente para cerciorarme de que solo yo puedo darme cuenta de eso, de que no es perceptible para nadie más. Y al alzar la vista, lo que veo, me mata. Me desintegra a cachos. Me cae como un jarro de agua fría. Bueno como un jarro no, más bien, como el puñetero diluvio universal que acabó con toda la humanidad.

Me froto los ojos por si es una alucinación. Llevo días muy tensa y acumulando imprevistos, que, por cierto, los odio a más no poder. Vuelvo a parpadear con fuerza para asegurarme de que no estoy soñando.

Pero no. No es Iker. Ni tampoco son sus padres. Es… es… El MALDITO *ROBA-APARCAMIENTOS*.

—Pero ¡¿qué leches haces tú aquí?! —exclamo e interrogo a la vez impactada, elevando demasiado la voz.

Por una fracción de segundo incluso aseguraría que parece descolocado.

—¿Qué te parece a ti? —me responde alzando las cejas, con una expresión entre curiosa y divertida.

—¡Has entrado a robar! —chillo nerviosa, absolutamente convencida, activando todos mis sentidos de alerta.

—Estás más tarada de lo que pensaba —me suelta con ese tonito burlón que me saca de mis casillas, mientras me mira de arriba abajo con detenimiento sin terminar de soltar la hoja de la puerta.

—¡Voy a llamar a la policía!

—Adelante —incita, dejando caer su cuerpo sobre el quicio de la puerta, cruzándose de brazos divertido, mirándome con sorna, mientras yo, hago malabares para sostener la tarta sin que se me caiga y sacar mi móvil para cumplir mi promesa.

—¿Policía? Sí, mire, han entrado a robar en el apartamento de al lado —explico atropelladamente, mientras el *roba-aparcamientos* me observa divertido—. Ajá... No, no ha forzado la puerta. Tampoco ha roto la ventana. No, he llamado y me ha abierto él… Sí cabría la remota posibilidad… —respondo de mala gana al policía—. Pero no creo, que… —Me cuelga antes de que termine la frase dejándome con la palabra en la boca.

—¿Vienen ya a esposarme? ¿O te han dicho que estás como una puta regadera? —carcajea con fanfarronería.

—¡Deberían! —espeto—. Esta no es tu casa, es de Iker y de su familia. —Y desde el momento en el que las palabras se materializan, me doy cuenta de que estoy diciendo una estupidez tan enorme como un castillo. Quizás la casa ya no les pertenezca, quizás la hayan vendido o alquilado. Estoy tan obcecada con la idea de volver a saber de él, de verlo, que no he pensado con claridad, se me ha nublado el juicio.

—Creo que acabas de caer en la cuenta —añade mirándome con una mueca torcida y esos malditos ojos maliciosos— de que puede ser, que sí que viva aquí. ¿No me digas que somos vecinos? —Tiene la desvergüenza de preguntar con cierta diversión e incredulidad.

Gruño en respuesta, poniéndome roja como un tomate ante la sorpresiva y malintencionada jugarreta que acaba de perpetrarme el inmundo destino. No solo se han esfumado todas las posibilidades

de reencontrarme con Iker, sino que encima, me ha tocado el imbécil de turno, de vecino.

Ante mi gruñido de afirmación, él amplía su sonrisa.

—Perfecto, me ha tocado en suerte la tarada de vecina.

—¡Yo no estoy tarada! —grito.

—Pues chalada.

—¡Imbécil!

—¡Loca!

No aguanto más a este tío.

—¡Te estás pasando! —increpo, encendida.

—¿Sí? ¿Y qué piensas hacer? ¿Romperme el espejo del coche o esta ventana? —Señala a su derecha el impoluto cristal desde el que se divisa el salón—. ¡Oh, no!, que no eras capaz, chica buena—se mofa descaradamente utilizando ese tonito ácido que lo caracteriza, mientras me observa.

No me siento orgullosa de lo que pasa en los tres minutos siguientes.

Tengo que dejar claro, que yo no soy así. Soy muy pacífica. Detesto y rechazo la violencia y los actos vandálicos, por supuesto. Es él. Ese espécimen mitad surfero, mitad pijo descuidado con una mueca de ironía tatuada en el rostro, el único capaz de sacar lo peor de mí: mi faceta más oscura. Me vuelve a mí que me llamo *Blanca* totalmente *negra.* O eso quiero pensar, que mi cerebro ha sufrido un apagón en toda regla. Uno de los grandes. Tipo desconexión mundial, de esos que acaban con el exterminio del planeta y muchos zombis. En fin, desconecta los plomillos, se hace la oscuridad y…

Lo miro de arriba abajo. Veo sus labios torcidos en esa mueca burlona, observándome. Percibo su prepotencia y oigo sus insultos. Tampoco me pasa desapercibida la satisfacción que muestra su expresión corporal. Y el resto sucede a cámara lenta. Miro mi mano derecha. Un calambre la atraviesa. Un pensamiento rápido como un chispazo llega a mi cerebro. Levanto el brazo. Sujeto con fuerza el

objeto en cuestión. Y se la estampo de lleno en la cara, recreándome en el gesto. Embadurnándolo a conciencia, con ahínco y orgullo. Arriba y abajo, una y otra vez, hasta que en el plato solo queda un resto viscoso porque el grueso de la tarta termina repartido por su rostro.

Tartazo de los buenos, de los de película, de los que baja los humos a cualquiera, poniéndolo en su sitio. Sí, a cualquiera, incluso a un sinvergüenza como él.

El chocolate ha impregnado cada poro de su piel y parte de esos rizos dorados tan monos, que tenía, porque ahora son color mierda. Como su personalidad.

El orgullo y el regocijo se instalan en mi persona durante los tres primeros segundos, luego la realidad me golpea de lleno.

¡Maldita sea, se me ha ido la olla! ¡Qué acabo de hacer!

Al final va a ser verdad que estoy tarada, pienso, MUY, MUY, arrepentida.

Voy a disculparme.

—Yo… —comienzo a tartamudear cuando se me pasa el sofocón y soy consciente de que me he pasado tres pueblos.

—Tú… —responde apartándose lentamente con los dedos la plasta marrón de los ojos, bastante cabreado.

—Yo… Lo siento —balbuceo, tan roja como un hierro candente en plena fundición. Echándome las manos a la cabeza, afligida. No sé dónde meterme. ¡La que he formado Virgen Santa!

—¿Qué sientes exactamente? ¿Lo de haber llamado a la policía para que me echaran de mi casa? ¿O lo de la tarta? —cuestiona, con bastante mala hostia, por cierto.

—¿Ambas? —respondo con un hilito de voz, encogiéndome de hombros con cara de *yo no he sido*, ha sido un espíritu maligno que me ha poseído.

—Has empezado una guerra, querida vecina, a ver cómo la acabas —masculla molesto, antes de llevarse el pulgar lleno de

chocolate a la boca y darme con la puerta en las narices.

Upsss. Sospecho que la cosa se va a poner bien fea.

—¡La que he liado! —mascullo, mientras huyo hasta mi apartamento tocándome la frente en modo melodramático, muy arrepentida.

LA TARADA



Las probabilidades de que la tarada a la que le robé el aparcamiento anoche, terminara siendo mi vecina, eran una entre un maldito millón. Lo que significa que, definitivamente, si tengo la misma fortuna para todo, en unas semanas, me saldrán los euros por las orejas.

—¡Pero qué mierda le habré hecho yo esta semana al cosmos para acabar así! —refunfuño, recubierto desde las orejas hasta la mitad del cuello de tarta. Paseo mi dedo índice de nuevo por mi mejilla derecha, con la intención de limpiarme, y a la vez, de darle otro lametazo al pastel, que por cierto está bastante jugoso. Tiene el azúcar justo para no estar demasiado dulce ni amargo. Está exquisito—. La tarada, parece que sabe cocinar —afirmo, mientras chupo una última vez mi dedo antes de quitarme toda la plasta de la cara, metiéndome de lleno en la ducha—. ¡Genial! Otra vez llegaré tarde. Van a pensar que soy un jodido impresentable.

Llevo tan solo unos meses en el nuevo empleo y ya he llegado cinco veces tarde. En mi defensa diré que en ningún caso han sido imputables a mí.

La primera vez, una vecina se empeñó en darme la bienvenida con un túper de solomillo al Pedro Ximénez... Ahí descubrí que el tal Pedro no era su marido, sino una salsa espesa que celebré que en Noruega no existiera, porque estaba realmente asquerosa. Ahora intento esquivarla cada vez que la veo de lejos para que no vuelva a abordarme. Se nota a leguas que esa mujer está demasiado aburrida y necesita abducir a alguien.

La segunda, no encontraba las llaves. Bueno, esa vez quizás, sí que tuve algo de culpa. Supongo que sería yo, quien las colocó debajo del asiento del sofá, o quizás fue esa rubia, con la que hice esas posturas… sí…eso estuvo muy bien… vaya noche… rememoro, seguramente las extravié cuando arqueaba su espalda y me pedía que le diera duro en el sofá… La tercera, me llamó mi madre llorando, y no podía dejarla así. Cada vez que tiene uno de sus bajones, el alma se me cae a los pies. No logro acostumbrarme. Es superior a mis fuerzas. A pesar de que lleva la vida entera instalada en esa tortuosa espiral emocional que, de un modo u otro, termina absorbiéndome.

La cuarta y la quinta fueron por el aparcamiento. No sé qué pasa en este pueblo, que es imposible encontrar un maldito hueco. Creo que por eso me puse tan estúpidamente gallito con la chica que acaba de darme mi merecido estampándome una fabulosa —y a la vez exquisita— tarta en toda la cara.

Y, sí, pagué los platos rotos con ella. Ni siquiera estaba yendo al trabajo, venía de vuelta de surfear unas olas. Pero es que me desquició. Me sacó de mis casillas. Quién en su sano juicio va a diez por hora. Y lo qué es peor, quién sabiendo que no hay ni un maldito aparcamiento en todo el pueblo, pone los intermitentes y da marcha atrás como si se pavoneara de que ha encontrado el maldito Oro del Dorado.

Se lo merecía.

Así aprenderá, es lo que pensé.

Aunque debo reconocer que cuando abrí la puerta y me estrellé con sus enormes ojos del color de la miel, y esa forma tan delicada de solicitar lo que era suyo, titubeé. Por un segundo, casi vuelvo a montarme en la furgoneta y a cederle lo que por derecho le correspondía. Pero luego, vi su rubor y me hizo tanta gracia, que me obstiné en llevarle la contraria. Estaba tan encendida, le ardían tanto las mejillas solo con verme que no pude resistirme. Y luego sacó ese carácter tan explosivo, que me hizo querer desafiarla una y otra vez.

Se la veía tan descolocada, tan enfadada, que tuve que reprimir varias veces las carcajadas mientras le vacilaba.

La verdad es que no me tomé en serio su amenaza, de que iba a romperme el espejo de mi furgoneta. Se notaba a leguas que iba de farol, cantaba a *chica buena* a cien kilómetros a la redonda. Ese tipo de chicas, no hacen cosas así. No se dejan guiar por sus impulsos, o al menos, eso es lo que mi experimentado radar de tías me gritaba. Aunque puede que me fallara un poco, vistos los últimos acontecimientos, porque debo reconocer que hoy me ha dado una lección, y de las gordas.

No estoy acostumbrado a que me pongan en mi sitio. Digamos que suelo tener bastante éxito con las chicas. A menudo, caen rendidas bajo mis encantos.

Puede sonar pretencioso, e incluso, durante bastante tiempo lo pensé de mí mismo, lo de que era un creído como la copa de un pino. Un gilipollas suertudo. Pero luego entendí, que aceptar la verdad y saber gestionarla a mi antojo, no es ser presuntuoso, es sencillamente no ser un hipócrita que juega a hacer ver a los demás que no sabe de su atractivo. Porque seamos sinceros, el que es guapo lo sabe. Y si dice otra cosa, miente como un cretino. Y yo no lo soy.

En mi caso, lo acepto, y lo que es mejor, lo aprovecho en mi absoluto beneficio.

Termino de ducharme, y voy corriendo al armario a por otra camiseta y otros pantalones, los de antes tienen que ir directamente a la lavadora, parece que se ha cagado en ellos un maldito elefante. Me pongo unas zapatillas deportivas, me aseguro de que llevo las llaves y salgo dándome patadas en el culo para llegar lo menos tarde posible. Porque a tiempo ni de coña. Antes de dirigirme a las escaleras, echo un pequeño vistazo hacia atrás, movido por la curiosidad por si la veo. Pero no. No está.

Bajo corriendo y diviso mi furgoneta. Por un instante, se me pasa por la mente que le haya hecho algo, con lo de la tarta me ha descolocado. La repaso con la vista rápidamente, y suspiro con brío

al cerciorarme de que está intacta. Me subo de un salto, acelero, y tomo carretera.

Durante todo el día en el trabajo, no logro pensar en otra cosa que no sea, en cómo devolvérsela. No es que sea rencoroso, es que, no sé por qué me gusta tensarla, desafiarla. Ver esa cara de incredulidad que parece desbordarla cuando algo contraviene las normas, como si la gente siempre fuera cívica y se dejara guiar por lo que está bien, por lo educado, en lugar de desviarse por las ramas para conseguir lo que desea, pateándole el culo a la ética.

Su estupefacción, me divierte, y yo vivo sometido a la búsqueda de la diversión.

—¡Lo tengo! —exclamo, sin venir a cuento, delante de la mujer a la que estoy atendiendo, que me observa con cara de preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo mal?

—No es nada. No se preocupe —murmullo, blasfemando muy bajito para que no me oiga. Ahora soy yo el que parece que está tarado.

La jornada se me hace interminable. Estoy deseando acabar mi turno para volver corriendo a casa.

Se va a cagar.

Siempre se ha dicho que la venganza se sirve en plato frío, pero yo soy demasiado impaciente como para retrasar la jugada, y más, cuando tengo tan claro cuál va a ser el siguiente paso en la guerra que me ha declarado.

Tan pronto enciendo la luz del apartamento, me froto las manos con impaciencia, saboreando el momento previo. Estoy seguro de que no aguantará ni una hora sin desear pegarse un tiro. Al pasar he visto su salón iluminado, así que está en casa.

—Vamos a darle un poco de ritmo a esa chica —susurro con una sonrisa maquiavélica, mientras abro mi Spotify y busco el álbum de Rock más duro que conozco. *Back in Black* de AC/DC. Selecciono el disco y subo el volumen al máximo—. Es insoportable —celebro, henchido de orgullo.

Cierro la puerta con sigilo, dejando mi luz prendida para que piense que estoy dentro. Echo la llave, y salgo del residencial. Voy a comprarme una pizza para cenar y una Coca Cola, quiero disfrutar de la sesión nocturna de «cómo acabar con tu vecina» al completo. Cuando ya tengo la comida en mi poder, vuelvo y me instalo en una de las hamacas del jardín comunitario, para observar la función desde el cobijo que me proporciona la oscuridad de la noche.

—¡Apaga la maldita música! —grita a pleno pulmón, mientras aporrea mi puerta con los puños.

Una mueca autosuficiente me tira de los pómulos y me achina los ojos, fruto del recochineo que me embarga.

—Voy a volverte loca. Vas a desear quedarte sorda, querida vecina.

Como estoy bastante cerca, puedo controlar el Spotify desde mi móvil.

Apago la música con un gesto de triunfo, mientras la veo bufar y meterse de nuevo en casa con un cabreo de narices. A los diez minutos, retomo la canción, y a los segundos vuelve a salir echa un basilisco.

—¡Psicópata! ¡Los platillos retumban en todo mi apartamento! ¡Desconéctalo! ¡YAAAAAAAAAA!!

Hago lo que dice y vuelve a entrar.

Cinco minutos después vuelvo a la carga. Esta vez, sale con una especie de bata de satén que deja ver un minúsculo camisón de encajes, que… ¡Joder! ¡Es bastante sexy! Deja al descubierto sus largas piernas por el tren inferior y por el superior, un escote pronunciado que me jode bastante no poder ver con total claridad desde aquí.

—¡Maldita sea! Si estuviera dentro de casa, las vistas serían magníficas —me lamento—. Aunque, creo que me hubieran reventado los tímpanos. —Río para mis adentros.

—¡Voy a llamar a la policía! ¡Te van a meter un paquete! —se desgañita chillando. Saca el móvil y hace lo prometido. En respuesta,

vuelvo a quitar la música. Así que no le queda otra que cortar la llamada.

—¡Como la vuelvas a poner, te juro que bajo a por tu furgoneta y te la destrozo! ¡Retrasado!

Trago saliva. Esta vez ha parecido bastante convincente. Será mejor que deje de darle por culo un ratito. O puede que mi coche acabe rayado de lado a lado. Me levanto, y con la satisfacción llenándome el cuerpo, vuelvo a mi casa. Con la tontería, es más de la una de la madrugada, y quiero terminar de hacer unas cosas antes de la traca final.

Porque esto, no ha acabado.

Me pongo el pijama y me tomo de postre un yogurt con miel que me hace relamerme los labios. Estoy enviciado a ellos, son altamente adictivos. Cepillo mis dientes, y saco del congelador la comida que tengo prevista para mañana. Cuando ya estoy listo para irme a la cama, saco el taladro, me coloco junto a la pared donde intuyo que está su cabecero y aprieto el gatillo, blandiéndolo en el aire con orgullo como si llevara un Kaláshnikov.

—¡¡Para de una maldita vez!! —aúlla como si fuera un hombre lobo que acaba de ver la luna nueva—. ¡¡Eres insoportable!!

Reprimo la carcajada y, dándome por satisfecho, me meto en la cama. Debo reconocer que ha sido un día emocionante. Lo necesitaba. Saborear un poco de diversión, sin pensar, sin darle vueltas a la pelota. Estos meses han estado repletos de sombras. Venir aquí. Instalarme. Intentar hacer desaparecer esa mala sensación que me ha acompañado toda mi vida. E incluso, tratar de congraciarme con todo, a la par de olvidar los fantasmas del pasado.

No está siendo una tarea fácil, y reírme a carcajadas, aunque sea un rato, me alivia un poco la pesada carga que llevo sobre mis hombros.

DESIRÉ



Blanca

Me desperezo aún en la cama. Acabo de desplegar mis pestañas, y la luz se extiende por todo el habitáculo, lo cual me sorprende bastante. La oscuridad siempre suele acompañarme cuando me despierto. Soy una madrugadora nata, que se enorgullece de serlo. Creo fervientemente en el refrán: «A quien madruga, Dios le ayuda». Extiendo mi mano derecha, para alcanzar mi móvil que reposa sobre la mesita de noche y al ver la hora, ahogo un grito.

—¡Joder! ¡Son las once! —profiero dando un salto de la cama con la sensación de que llego tarde al trabajo.

Dos minutos después, caigo en la cuenta de que ni estoy en Madrid, ni tengo que trabajar. Mi subconsciente había olvidado por completo que estoy de vacaciones. Debe ser porque anoche no pegué ojo hasta más allá de las tres de la madrugada, gracias a mi nuevo vecino.

No solo no está Iker es que de todas las personas que habitan en el globo terráqueo, ha ido a parar al otro lado de mi pared un auténtico imbécil.

Aprieto los puños, y me vuelvo a encender de la rabia al recordar la exasperante función de anoche. Juro que tuve ganas de amputarme los oídos, y por supuesto, de matarlo. Eso, sobre todo. Lo que hace, que me preocupe bastante.

—¿Qué me pasa? Yo no soy así —farfullo ante la idea de estrangularlo.

Es como… Como si me transformara en mi peor versión por su culpa. Yo que siempre he apostado por el diálogo, los protocolos, la

educación y ahora parezco una desequilibrada que chilla, amenaza y lanza tartazos.

Ese malnacido condenadamente atractivo consigue, con su descaro, calentarme la sangre y activar mi hasta ahora desconocido lado peleón.

—Hoy, voy a ser yo, la que se la va a liar —sentencio, al verme las ojeras marcadas.

Me acicalo un poco, me visto y decido ir a desayunar al sitio que me gusta Wanaka, hacen unos croissants que están para morirse de gusto. Lo acompaño con un café largo para que me despierte un poco y cuando acabo, me dirijo a darle una sorpresa a Desiré.

Pregunto en el mostrador por ella y uno de sus compañeros me comunica que está a punto de salir con un grupo de excursionistas. Lo medito durante una fracción de segundo y le solicito un billete. Hace más de seis años que no me subo al barco. De pequeña me flipaba. Bueno, nos flipaba. Desiré siempre decía que, de mayor, ella iba a ser la guía y, fíjate, no se equivocaba. Cumplió su sueño.

Acelero el paso hacia el puerto; el chico del mostrador me ha avisado de que el barco sale en menos de cinco minutos.

—¡Por la Virgen! —exclamo, faltándome el aire en los pulmones —. Pero ¡cómo puedo estar en tan baja forma! En cuanto vuelva a Madrid tengo que ampliar los dos días que voy al gimnasio a cuatro. No más remoloneo, ahora mismo lo detallo en la agenda.

Me monto justo cuando sueltan el amarre y el pequeño barco comienza a zarpar. Mi amiga de la infancia está vuelta de espaldas. Lleva su melena roja fuego suelta. Le ha crecido bastante el pelo desde la última vez que la vi, ahora, le desciende más abajo de sus omoplatos. Va vestida con un pantalón de lino y una camisa amplia, del mismo tejido, de tono azul marino, como si se mimetizara con el paisaje. Me acerco por detrás, y le tapo los ojos con mis manos, con delicadeza.

—Manolo, no serás tú, ¿no? Mira que te voy a dar una galleta —amenaza sulfurada.

Reprimo la risa como puedo.

Pero ¿quién leches será Manolo? ¿Y por qué quiere pegarle?

Aguanto la postura un poco más, intrigada por saber si le dirá algo más al supuesto Manolo, aunque lo que me llega es un codazo directo a las costillas.

—Auchhh.

—¡Leches! No has sonado a Manolo —se sorprende, girándose.

Una mueca de sorpresa e incredulidad corona sus labios.

—¡Blanca! —chilla como loca—. ¡Eres tú! —continúa gritando, tan emocionada que parece que le falta un hervor.

—Sí —contesto a duras penas, sujetándome las costillas. Vaya codazo me ha arreado, la muy bruta.

—Ups, lo siento. —Parece darse cuenta de que me ha atizado un golpetazo de los que duelen bastante—. ¿Estás bien?

—Podría estar mejor. ¿Querías mandar a la UCI al pobre Manolo? Por cierto, ¿quién es y qué te ha hecho?

Su risa despreocupada se expande y sus brazos me envuelven rápido. Cálidos. Cercanos.

—¡¡Pero qué alegría!! ¿Cómo no me has dicho que venías? Habría cogido el día libre.

—Quería darte una sorpresa.

—Y me la has dado —afirma emocionada, sin soltarme aún de su atosigante abrazo—. ¿Cuánto te quedas? Espero que no sean solo dos días como la última vez —pregunta molesta, alzando sus cejas con cierta recriminación.

—No, esta vez voy a estar todo el mes.

—¡Venga ya! —chilla con su vocecita aguda—. ¿De verdad? ¿No me estarás mintiendo? ¿No?

—Te lo juro —prometo levantando solemnemente la mano.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —vocifera como loca, mientras la veintena de personas que van en el barco nos observan boquiabiertas.

Cuando se da cuenta del espectáculo que ella misma está montando, se aclara la garganta, se pasa las manos por la camisa adecentándola y cambia por completo el tono de voz, a un registro muy sereno y autómata.

Nadie diría que es la misma persona.

—Por favor, sentaos en las sillas, dentro de unos minutos pasaremos por uno de los enclaves en los que más asentamientos de delfines se suelen ver. Algunas veces, incluso, se han podido observar ballenas en esta zona del Estrecho. Ojalá tengamos esa suerte hoy —relata mientras me guiña un ojo, divertida.

La hora restante pasa en un santiamén. Ocupo uno de los asientos de plástico que dan justo al mar, las gotas me salpican con más frecuencia de lo que recordaba en anteriores excursiones, aun así, es placentero. Me encantaba subir, obligaba a mis padres a traerme sin falta cada verano. Siempre con la cámara de fotos en mano, intentando capturar el leve segundo en el que algún delfín hacía su aparición. No siempre había suerte, esos mamíferos a veces huían concienzudamente de nosotros. Pero yo siempre bajaba, con una enorme sonrisa, al igual que Desiré. Hoy, todos esos recuerdos se me agolpan en el pecho, y me siento completamente afortunada de atesorarlos. Tuve una infancia muy feliz, y en parte, fue gracias a este lugar, y a las experiencias que pude vivir verano tras verano.

Regresar aquí, es un enorme lujo. Hacía dos años que no venía. Entre el trabajo, el máster, y el ansia de querer recorrer el resto del mundo en mi escaso mes de vacaciones, Tarifa había quedado relegado al último puesto en mi lista interminable de posibles fantásticas opciones que disfrutar.

Aún no ha terminado de atracar el barco cuando Desiré ya me tiene agarrada del brazo y me arrastra literalmente por todo el puerto.

—Voy a pedir el resto del día libre.

—¡No! ¡No te preocupes! No quiero molestar. Luego, si tienes un ratito nos vemos.

—Pero ¡qué dices! ¿Estás loca? Vamos a pasar el día juntas. Nos vamos a la playa que hace un día espléndido y no podemos desaprovechar esto —insiste totalmente convencida, arrugando el ceño molesta porque yo tenga la intención de dejarla trabajar.

—Vale —acepto sin salir de mi asombro.

Ni muerta podría yo decirle a mi jefe, ese mismo día, con medio segundo de antelación, que me voy a tomar el día libre porque hace una mañana fantástica. Acabaría de patitas en la calle y sin finiquito. Y siendo coherente, con toda la razón del mundo.

Acordamos pasar el resto de la mañana y parte de la tarde en la playa. Compramos unos bollos y nos acercamos andando al apartamento de Desiré, que está en pleno centro, para coger una sombrilla, un par de toallas y dos bikinis.

Insisto repetidas veces en que prefiero ir a mi casa para ponerme mi propia ropa, pero mi amiga está tan exaltada con mi presencia que se niega diciendo que me presta algo como en los viejos tiempos, para así no perder ni un segundo de sol, como si se fuera a extinguir para siempre. O como si ella no viviera todos y cada uno de los días de su vida, en plena playa.

Tengo que matizar, que cuando se refiere a los viejos tiempos, se remonta a cuando teníamos seis años y estábamos planas como una tabla, por eso compartíamos talla.

Ha llovido mucho desde entonces. Mi cuerpo ahora es similar al de una guitarra española, me invaden las curvas, y ella es mucho más fina y esbelta. En resumidas cuentas, es como si ella fuera una Barbie y yo una Bratz, aunque sin ser tan cabezona. Digamos que estoy proporcionada y bien dotada, de pecho y caderas.

Ya en su habitación, comienza a sacar de un cajón varios bikinis, que no puedo dejar de observar horrorizada. Son poco más de tres hilos.

—¿Cuál quieres?

—¿Ninguno? —respondo sincera, esperando que saque alguno con una buena cobertura trasera.

—¿Por? —inquiere con gesto interrogante.

—Les falta tela.

—Amiga, quien tiene buen pescado, lo pone en el mostrador —zanja, obligándome a ponerme un minúsculo bikini que enseña tres cuartas partes de mis nalgas, y con suerte, por arriba, me tapa los pezones si no hago ningún movimiento brusco. Tipo andar o… respirar.

Ups, mira, uno afuera y solo he levantado mi mano para apartarme un mechón de pelo de la cara.

No sé por qué preveo que esto va a ser un auténtico desastre. No entiendo por qué me he dejado convencer.

—¿Te parece bien aquí? —Planta la sombrilla sin esperar mi respuesta, que hubiera sido claramente «no». Hay al menos seis chicos a nuestro lado, en lo que parece ser una despedida de soltero. Lo intuyo, porque han vestido a uno de presidiario y le han colgado un cartel que pone: «Delito, abandonar la soltería».

Tiendo la toalla, y observo cómo mi amiga, se deshace de su ropa quedándose en topless, mientras yo salto a la pata coja quitándome los pantalones, para que mis cachetes del culo en su plenitud no saluden al futuro novio, a la misma vez que extiendo la minúscula tela por mis tetas. Me faltan manos y tela. Mucha tela.

—Por Dios, Blanca, que no tienes ahí la fuente de la fertilidad mundial. Relájate un poco, que parece que si alguien te mira te embaraza.

—Es que esto que me has dado, me lo deja todo al aire —rechisto muerta de vergüenza, con el semblante encendido.

¡Qué apuro estoy pasando!

El exhibicionismo y yo nunca nos hemos llevado bien. Siempre he procurado mantener mis atributos a buen recaudo.

—Esa es la idea, que, sino luego se quedan unas marcas horribles. Es más, si estás tan incómoda quítatelo. La perla no nació para quedarse en la concha —alega, guasona, haciendo acopio de sus refranes marinos.

—¡Ni muerta!

—¡Relájate! Que no tienes nada que la gente no haya visto ya. —Ríe, divertida, restándole importancia a la situación.

—Sabes que me muero del bochorno. Y encima —susurro cada vez más flojito—, no he podido depilarme ahí abajo, se me van a ver los pelitos —añado muy finamente.

—Venga ya, ¡pelillos a la mar! —grita, riéndose estruendosamente, mientras yo quiero enterrar mi cabeza entera en la arena hasta acabar con mi último aliento.

—¡Que no! —gimoteo lloriqueando.

—Saca a relucir el seto.

—¡Qué dices! ¡Estás pirada! —aúllo, mirando a un lado y al otro, por si alguien la ha escuchado.

—No es para tanto —asegura, orgullosa, quitándose también la parte de abajo, mientras yo la miro con horror y el grupete de chicos con una desbordante admiración.

—¡Tápate! —grito, espantada.

—Ahora tú. —Se levanta e intenta tirarme de las minibragas, mientras yo echo a correr como un pato cojo, borracho y ciego, aguantándome con una mano el chichi y con la otra el culo, por si consigue desanudarme la lazada, mientras ella se ríe a carcajadas, persiguiéndome como una posesa por toda la arena.

Estamos dando un espectáculo rocambolesco, la gente nos mira desconcertados sin entender por qué dos mujeres que superan con creces la adolescencia están corriendo como pollo sin cabeza.

La he conseguido esquivar varias veces, pero el aire comienza a no llegarme a los pulmones de tanto correr, y Desiré está cada vez más cerca. Me está entrando el pánico. Como siga a este ritmo va a

alcanzarme, y mucho me temo que haré un desnudo integral delante de más de cien personas.

¡Con la pelambrera que tengo ahí abajo! ¡Me van a llamar Chewbacca!

Miro hacia atrás horrorizada. Su mano ya casi me roza. Puedo sentir la yema de sus dedos en mi piel. Estoy tan atenta a ella que me despisto por un segundo. Mi campo de visión se dispersa y no veo lo que tengo delante hasta que ya es demasiado tarde. Dos señores mayores están sentados en la orilla, charlando de sus cosas, distraídos. La inercia me impide frenar a tiempo y, para no pisarlos, salto por encima de los dos como si fuera Spiderman. Los sobrevuelo en el aire viendo sus coronillas desde arriba, hasta que noto un leve tirón. Se me ha salido el pezón derecho y se lo estoy rozando por la cabeza al pobre octogenario que tengo justo debajo, con tan mala suerte, que a su paso hace efecto gancho y arrastra lo que desde el aire parece una enorme alga. Aunque no parece que sea verde.

Lo toco, y no tiene textura de alga, no es viscoso, ni está mojado.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Qué asco! ¡Qué puto asco! —grito cuando me doy cuenta de que lo que me cuelga de la teta no es un alga. ¡Es pelo! ¡Mucho pelo! ¡Y no de mi seto! ¡Acabo de arrastrarle el peluquín al viejo!

El anciano agita las manos espantado palpándose la calva, sin entender qué está pasando. Me parece que aún no se ha dado cuenta de que una maldita loca, o sea yo, acabo de saltarle por encima de su cabeza. Y de arruinarle su pequeño secretito. Tiene menos pelo que una bola de billar. Ya me parecía a mí que esa enorme mata de pelo castaño repeinado era demasiado para un señor de ochenta años.

Al final, consigo zafarme de mi amiga, aunque acabo impactando en la arena, con las paletas hincadas en la orilla y tragándome para rematar una ola de veinte metros, tres pescados y un cangrejo, eso sí, mi dignidad intacta. Y mis pelos no depilados, a buen recaudo. Es

lo que tiene haber tenido que anular la cita con Ivanka, que siempre me deja el chichi como un huevo duro, inmaculado y suavecito.

—¡¡Qué *pechá* de reír!! —se carcajea.

—A mi costa —rebufo, cabreada, con las tripas revolviéndoseme de tanta agua que he ingerido, mientras miro de lejos al pobre hombre al que le he rozado la cabeza con mis pechos, arruinándole el día, y la dignidad.

—Si te hubieras dejado llevar, te hubiera mirado menos gente.

—Y enseñar como Dios me trajo al mundo. No, gracias.

—Ese pobre hombre te lo habría agradecido —añade mirando al señor que se recoloca como puede el peluquín, más rojo que yo—, le ha dolido más que su pelo saltara por los aires que el tetazo que le has dado. —Ríe ruidosamente mi amiga, mientras yo tengo ganas de echarle mis manos al cuello y ahogarla como a un pollo.

—No sabía cómo disculparme —lloriqueo—. Y he huido sin decirle nada. Ha sido el peor rato de toda mi vida.

—Eso te pasa por ser tan pudorosa. —Se seca las lágrimas de la risa con el dorso de su mano—. Estabas más *colorá* que un camarón cocido.

Y no puedo evitar pensar que tiene algo de razón, ella tan libre y yo con los mismos reparos de siempre. Supongo que hay cosas que no cambian ni con el transcurso de los años.

—Por cierto, ¿has visto al insulso de Iker? —pregunta mi amiga, variando la conversación cuando vuelve a recuperar el aire tras tanta carcajada.

—No —siseo, melancólica.

—Yo hace años que tampoco me lo cruzo.

—¿Sabes si vendieron la casa?

—Ni idea.

—Es que hay alguien viviendo allí.

—¿Y le has preguntado al nuevo inquilino? Se la habrán vendido o alquilado, seguro que sabe algo.

—No es alguien con quien se pueda conversar —rebato con apatía. Cosa que parece encender la curiosidad de mi amiga.

—Lo has dicho raro. ¿Quién es el vecino? ¿Lo conozco?

—Es tu Manolo —le contesto sacándole la lengua—. Al que casi le arden las costillas.

—¡Qué tonta! —Ríe, despreocupada—. Hay algo que me ocultas, Blanquita, que nos conocemos.

—Digamos que he tenido algunos encontronazos.

—¿Yaaa? Pero si llegaste ayer, no te ha dado tiempo material.

Le cuento bastante fidedignamente todo lo que pasó ayer, salvo por el pequeño, pequeñísimo detalle, que paso a conciencia por alto, de la primera impresión que tuve al ver a mi vecino. Eso de que estaba buenísimo tipo vikingo irreal de sueño tórrido. Total, después resultó ser Satanás. Y eso hace feo a cualquiera.

¿O no?

LA VENGANZA



Blanca

A las seis de la tarde ha empezado a refrescar en la playa y hemos decidido subir al chiringuito a tomar algo, mientras urdíamos la forma de jugársela a mi nuevo vecino. Desiré se ha empeñado en que ese imbécil, debe tener su merecido. Al principio, he abogado por la paz. Mi lado sensato ha tomado el control tras habérseme pasado la ira de esta mañana, pues había llegado a la conclusión de que otra jugarreta de mi parte, solo conseguiría agrandar más el conflicto, y yo odio las contiendas, la hostilidad y todo lo que me quite la paz y tambalee mi codiciado orden mental y físico. Pero luego, mi amiga ha logrado convencerme. Es muy obstinada a veces, y un tanto intensa.

Nos hemos despedido a las siete, porque había quedado con sus padres para cenar. Me ha insistido bastante en que la acompañara, asegurándome que a sus progenitores les encantaría volver a verme después de tanto tiempo. Pero estoy exhausta. Necesito descansar. Se lo he explicado entre bostezos, aunque, me temo que eso no le ha bastado para aceptar que rechazara su propuesta. Solo la he persuadido cuando le he asegurado que iba a poner en funcionamiento nuestro macabro plan contra el vecino. Ahí ha parecido ceder y aceptar mi decisión.

Y tal como le he prometido, aquí estoy, en casa. Después de haber hablado con Lucas, Rober, Paco, Lucía, Sara, Bea y Lolo, una pandilla de niños del vecindario. He cerrado el trato en cinco euros por cada vez que vayan. Han flipado. Ya estaban gastándose mentalmente todo el dinero en chuches, antes de ni siquiera haberlo ganado. A las nueve ha comenzado la función. Los he avisado en

cuanto lo he escuchado abrir la cerradura, y me he cerciorado de que había luz en el interior de su apartamento.

—Hola, ¿está Juan? —pregunta el primer niño, tras llamar al timbre diez veces. Oigo escondida tras mi ventana.

—No, te has equivocado, chaval, aquí no vive ningún Juan.

—Oh, perdona, disculpe —interpreta, brillante.

Cinco minutos después, va el siguiente. Mismo modus operandi.

—Le acabo de decir a otro niño que no es aquí.

—Lo siento —actúa.

Seis veces idénticas después.

—¡Pero qué mierdas os pasa hoy! ¡Que no! ¡Que no hay ningún maldito Juan aquí! ¡Dejad de acribillarme el timbre! —brama, desquiciado, mientras yo me parto de la risa agazapada en el marco de la ventana. Hasta que de pronto, la niña, en respuesta a sus gritos, empieza a llorar desconsolada. Estoy a puntito de salir a darle un abrazo y decirle que soy idiota, que todo es culpa mía por involucrarla en mi estúpida reyerta utilizando el soborno, que me está rompiendo el corazón con su llanto, pero entonces la escucho.

—Pues Juan nos ha dicho que era el diecisiete, y llevo esperándolo todo el año, estoy tan enamorada —solloza sorbiéndose los mocos, en una actuación digna de Almodóvar para una mocosa de cinco años con la mitad de los dientes sin salir—. Y ahora usted me grita, y yo no he hecho nada malo.

El otro titubea. Parece que después de todo tiene corazón porque a duras penas veo que se arrodilla, le pide perdón y le asegura que la va a recompensar por tratarla de esa manera, que qué necesita para sentirse mejor.

Mi boca se abre más que un buzón de Correos cuando oigo a la renacuaja pedir al menos cinco euros para comprarse unos clínex y un chupachups de fresa.

—Será lista —susurro, atónita—. Nos acaba de birlar diez euros de un plumazo con una doble jugada. Es más avispada que yo.

Diez minutos después, varían la estrategia y se limitan a llamar al timbre y a salir por patas. Ocho veces logran hacerlo hasta que, en el noveno intento, caza a uno de ellos y lo obliga a desembuchar con la amenaza de que, si no le cuenta lo que está pasando, irá directito a sus padres. Lo oigo golpear la puerta un segundo después.

—¡¡¡Abre!!!

Debato conmigo misma si hacerlo o no.

—¡Abre o les ofrezco diez euros para que se pasen toda la noche acribillándote a timbrazos!

—¡Tienen toque de queda, idiota! ¡Tienen cinco años! —Abro rechistando.

Está bastante crispado, sus celestiales ojos están un tanto rojos, y sus labios se mantienen apretados en una mueca estricta. Aun así, y aunque me pese, está bastante cañón. Se le forman unas arruguitas muy sexis alrededor de la mirada cuando se enfada.

¡Joder, Blanca, qué te pasa! *Céntrate, que es el enemigo.*

—Entonces, seré yo quien te fulmine el timbre. Va a sonar más que la alarma del parque de bomberos en pleno incendio.

—Ohhh, será porque estoy que ardo en llamas —espeto, notando cómo la irritación se cuece dentro de mí por su insolencia.

Su rostro se suaviza levemente al oír mi respuesta, y aparece una furtiva sonrisa torcida.

—No me extraña —murmura, retador—. Suelo provocar esas llamaradas muy a menudo —remata descarado, con un brillo de diversión resplandeciéndole en los ojos.

—Pues ten cuidadito, Casanova, no vaya a ser que me queme a lo gonzo y te churrusque esa cara de idiota que tienes.

Se ríe a carcajadas y, lejos de relajarme, me enfurezco más.

—¿Estás intentando proponerme algo? —Ladea la cabeza, pícaro, con una sonrisa amplia y presuntuosa, mientras se pasa la mano en un deje muy masculino por su pelo lleno de ondas, atrapando por unos instantes mi atención.

—¿Crees que esto es una proposición? ¡¿Pero qué tipo de problema mental tienes?!

—Si estás desnudándome con la vista.

—Tus ganas —rechisto alzando la cara con dignidad, aunque por dentro la sangre me borbotee.

—Vecinita, no digas mentiras. —Tiene la osadía de soltarme el muy cretino mientras cruza el descansillo y alza la mano para atrapar un mechón de mi pelo y, con una lentitud insoportable, deslizarlo detrás de mi oreja, rozando suavemente mi piel como si quisiera probar que tiene razón y que de un momento a otro se me van a caer las bragas por él.

Debo confesar que casi se me escurren, pero me recompongo de un respingo en cuanto vuelvo a ver su asquerosa expresión de prepotencia.

—¿Estás intentando seducirme? —pregunto torciendo la boca con un gesto de absoluto desprecio.

Él suelta una risa baja, lenta, provocadora.

—Creo que la parte divertida es que ya lo estás.

—No hay adjetivos suficientes para describir lo insoportablemente idiota que eres.

—Dijo la tarada.

—Contestó el que se cree un tentador irresistible.

—Eso querrías tú, que te tentara.

—¿Tú? Ni aunque fueras el último hombre sobre la Tierra —le escupo antes de cerrarle de un portazo.

Doy gracias al cielo por haberme mantenido fuerte, porque cuando me ha dicho lo de tentador, no he podido evitar imaginármelo lamiéndome el cuello.

¡Virgen Santa!

No sé si será el ambiente caldeado del verano, el espectáculo que he dado hoy con el minibikini, o que se ha presentado aquí dejando

ver de nuevo sus musculados brazos y su boca carnosa, pero mis hormonas han bajado la guardia una milésima de segundo para imaginármelo entre mis muslos.

Definitivamente, este mes estoy disparatada.

Necesito recuperar a la Blanca de siempre.

YA.

Me siento en el sofá, un poco menos sofocada, y me pongo una película de fondo, mientras le cuento a mi amiga lo disparatado que lo he puesto con nuestro malévolo plan. Omitiendo, obviamente, la parte caldeada de mis fantasías.

NO HAY DOS SIN TRES



A la sexta vez, algo comenzó a olerme a chamusquina. No era normal que todos los malditos niños del vecindario llamaran a mi timbre a las nueve de la noche preguntándome por un tal Juan. Como no podía usar la fuerza, los enanos esos no tenían más de cinco años y yo podía acabar entre rejas, utilicé la táctica más universal y, a la vez, más infalible del mundo.

Aviso a tus padres.

Fue decirlo y su nombre resonó alto y claro en mis oídos.

ELLA.

LA TARADA.

Ya tenemos nombre para la vecina.

Blanca.

—Parece que no te rindes—refunfuño, saliendo a cantarle las cuarenta.

Me abre con un escueto pijama que me hace escanearla entera, eso sí, muy disimuladamente, porque mi enfado es lo único palpable en estos momentos. Eso, y la cantidad de ofensas rápidas que se me ocurren. Acabamos, como de costumbre, con un portazo en todo mi careto, del que tardo unos segundos en recomponerme.

La idea me viene de madrugada, cuando me despierto sobresaltado por la pesadilla que estaba teniendo. Estaba saliendo formalmente con una rubia preciosa, estábamos de viaje, tirados en una hamaca con un coco cada uno en la mano y, al girar la vista unos centímetros hacia la derecha, ELLA. Con ese rubor prendido en

sus mejillas, presentándose con una dulcecita voz, diciendo: «Voy a ser tu perdición». La siguiente imagen es ella entrando al jacuzzi, colocándose ruborizada sobre mis pantorrillas y susurrándome algo al oído que sube treinta grados la temperatura del agua.

El mismo efecto que me provoca en el maldito sueño se traslada a la realidad. La tengo dura como una piedra.

—¡Maldita sea! —gruño rabioso.

Me levanto después de solucionar el problema y, con un cabreo monumental, me ducho, me visto y me voy directo al muelle.

Esta me la paga —farfullo, mosqueado, por meterse en mi caliente subconsciente y robarme la placidez del sueño—. *Con eso no se juega, Blanquita*.

—Buenos días —saludo restregándome los ojos cubiertos aún de legañas—. ¿Cuáles son los más baratos?

—Estos —señala el hombre.

—Pues deme seis cajas.

El hombre me mira de arriba abajo, como si mis pintas y la compra no pegaran ni con cola. Y no lo culpo, tiene toda la razón. Me he puesto un bañador con un estampado de palmeras y monos, una camiseta con el cuello un tanto desbocado y unas Crocs verde militar, por las que se me filtra la apestosa y asquerosa agua.

—¿De verdad las quiere? ¿O es el Día de los Inocentes y yo no me he enterado? —pregunta, observándome con evidente sospecha.

—Sí, sí, las quiero.

—Pues son cien euros.

Menudo sablazo, pienso. Aunque pagaría el doble solo por ver la cara que se le va a quedar. Me froto las manos, entusiasmado con mi brillante idea.

Me cuesta tres viajes cargarlas en la furgoneta. Cuando ya las tengo todas metidas, me abrocho el cinturón y bajo la ventanilla para no morir asfixiado en el trayecto. Al llegar, doy otras tres malditas vueltas para poder subir las cajas a pulso y desplegarlas en

el pasillo comunitario, justo delante de su puerta, bloqueándole el paso a casa.

Debo reconocer que, al poner la quinta caja en el suelo, he empezado a marearme del nauseabundo olor que desprende mi genial plan.

—¡Que se joda! —me enorgullezco, entrando a desayunar y saliendo escopeteado al trabajo antes de que se me vuelva a hacer tarde, dejando todo el despliegue allí.

O ME RINDO O ACABO DETENIDA



Blanca

Estoy preparándome un exquisito Cola Cao cuando una peste horrible me invade de repente.

—Serán las cañerías —asumo, asomándome al baño por si el olor sale del desagüe o de la ducha—. No, no es aquí —confirmo, volviendo a la cocina, inquieta. Lo que me faltaba era tener un problema con las tuberías. Una vez en Madrid se nos atascaron los conductos y nos estuvo saliendo la mierda por el váter a borbotones. Casi muero del asco.

Termino de untarme las tostadas con manteca y un poco de mermelada de higo, y otra vez el hedor se incrusta en mis fosas nasales.

—¡Qué raro!

Continúo desayunando, pero el tufo cada vez es más apestoso, y me está quitando el apetito. Vuelvo a recorrer la casa. Inspecciono el baño, las dos habitaciones, e incluso meto la cabeza en el cubo de la basura. No satisfecha, me examino el calzado, por si ayer, en un descuido, me dio por pisar mierda y la he esparcido por la casa. Pero nada. No encuentro el foco y la peste es cada vez más insoportable. Pienso, hasta en telefonear a mis padres, por si alguna vez les ha pasado y existe alguna explicación lógica, pero lo desecho en el último instante para no preocuparlos. Luego caigo en la cuenta de que hacía algunos años, a veces, olía fatal en esta zona del pueblo

por una fábrica conservera afincada a unos metros del paseo marítimo.

—Si no recuerdo mal, la quitaron. ¿La habrán vuelto a poner? —me cuestiono, cogiendo el móvil para llamar a Desi para que despeje mis dudas.

—¡Hola! Me pillas en el súper de enfrente de tu casa. ¿Quieres que te acerque algo? ¿Unas bandas de cera para despejar el felpudo de tu almeja? —agrega guasona.

—¡No! Solo Ivanka tiene permiso para hacerme la cera. Yo lo he intentado hacer varias veces, y juro que no puedo. Eso de infligirme dolor a mí misma es superior a mí.

—¿Te doy el número de mi esteticien?

—No, me moriría del bochorno al tener que abrirme de piernas frente a una desconocida.

—¡Por Dios, Blanca, que no es para tanto! —Ríe mi amiga.

—Sabes que soy muy pudorosa, solo voy a Ivanka porque me conoce desde los quince años, cuando me salió aquel espeso entrecejo.

—¡Que tienes ya veintiséis, amiga! Hay que evolucionar y quitarse la vergüenza. Imagínate que tienes un accidente, tienen que operarte de urgencias y llegas con la cococha sin podar —agrega guasona con ese tonito agudo que siempre le sale cuando se mete conmigo por mis reparos.

—Si me pasa eso, estaré inconsciente y me dará igual.

La escucho reírse.

—Desi —carraspeo para que pare ya con el temita, y me atienda —. ¿La fábrica esa de conservas la volvieron a poner?

—No, ¿por qué?

—Porque desde que me he levantado huele a basura de veinte días al sol.

—¿Y sacaste ayer la basura?

—Sí.

—¿Serán los desagües?

—Qué va, lo he comprobado.

—Pues no sé. Si quieres, me acerco a tu casa, por si puedo ayudarte a encontrar el foco.

Diez minutos después, Desi me vuelve a telefonear.

—Creo que ya tengo la clave de lo que sucede.

—¿Qué? —Me remuevo agitada.

—Sal y lo verás —zanja, aguantándose a duras penas la risa.

Mis ojos se salen de mis órbitas cuando salgo al pasillo común, y advierto semejante despliegue desperdigado por todas y cada una de las losas del pasillo que comparto con el condenadamente astuto, engreído y, por qué no pensarlo, *rompebragas* de mi odioso vecino.

—¡Maldito imbécil! —rujo, histérica, con una cara de estúpida bastante épica.

—Se ve que donde las dan las toman —se burla Desi, observando las seis cajas de pescado que invaden todo el suelo y que, literalmente, no me dejan alcanzarla sin meter mis pies de lleno en ellas.

Si quiero salir a la calle, las opciones se reducen a: o las piso, o las quito.

Debato internamente si quedarme para siempre en casa, modo ermitaña, pero mi lado obsesa del orden me abofetea al instante, poniéndome en mi sitio. No me queda otra, tengo que retirarlas, es eso o morir de vieja.

—Te han encarcelado —se mofa mi supuesta amiga con las lágrimas resbalándole por los mofletes—. Este tío sin duda tiene ingenio

—¡Lo que es, es un psicópata! ¡Un malnacido! ¡Satanás, ascendido directamente desde los infiernos! —lloriqueo angustiada,

aguantándome como puedo las arcadas—. ¡Cómo voy a salir de aquí sin tocar esto!

—Usa guantes —se carcajea tapándose la nariz con los dedos.

Muy bióloga marina ella, muy de chistecitos de bichejos con cola y escamas, pero a la hora de la verdad, el pescado fuera del mar y apestando, bien que lo evita.

—Vaya vacaciones me está dando el tío este —me quejo gimoteando, mientras entro en la cocina y rebusco en los cajones buscando los guantes de la limpieza. Me niego a tocar las cajas, es asqueroso.

No sé por dónde meterle mano al asunto para deshacerme del desaguisado que tengo desplegado por todo el suelo.

—Creo que lo mejor es que las apiles y las bajes de una en una al contenedor —ayuda mi amiga dándome lecciones, sin intención de pringarse las manos, ni un ápice.

—Aportando ideas eres la mejor, pero para el trabajo sucio bien que huyes con el rabo entre las piernas.

—Amiga, es tu guerra, no quiero darle motivos a ese hombre para ser su próxima víctima. Y, por cierto, creo que será mejor que depongas armas cuanto antes. Este tío la próxima vez te aniquila —se mofa.

Doy diez vueltas al contenedor y acabo salpicada de un líquido viscoso hasta las bragas. Huelo a pescadilla podrida que tira para atrás. Rezo por no cruzarme con ningún vecino que piense que soy una cerda, que no se lava, como diría Desiré, el mejillón.

Mi amiga, con esto de que es experta en ciencias del mar, tiene un repertorio enorme de bichos acuáticos con los que denominar a mi órgano más íntimo. Eso, y una capacidad de inventar escandalosa. Ama el doble sentido y hacer juegos de palabras, y si son truculentos, mejor. Más vidilla. Más diversión. Para ella, claro.

De mi vecino, ni rastro.

Será desgraciado.

Creo que no he detestado a nadie tanto como a él en toda mi vida. Es arrogante. Engreído. Maleducado. Incívico. Y estoy segura de que también un desorden andante. Lo sé, por cómo ha dispuesto las cajas en el suelo. Podría haberlas colocado, como cualquier persona normal, todas perfectamente alineadas, formando un único bulto, buscando la simetría. Pero no. Están lanzadas cada una para un lado. Caóticas. Como él.

Cuando acabo, friego todo el suelo, el mío y el suyo, para que el olor se disipe. Acto seguido, me meto directamente en la ducha. Un bote entero de champú después, empiezo a estar conforme con mi olor corporal, con lo que sigo sin congraciarme es con él. Con el cretino con el que comparto tabique y ladrillo.

Lo aborrezco. O mejor… lo odio con todo mi ser.

Y eso que me considero muy empática, que siempre intento ver el lado bueno de las personas. Sus virtudes. Pero es que lo del tío este no tiene nombre.

Me está destrozando las vacaciones y la maldita vida. Yo que pensaba estar todo el día de la playa a la piscina, con algún bar así de por medio. Relajada. En paz. Huyendo del estrés que supone ser una analista de riesgos en el sector de la banca. Pero no, él tiene que joderme la existencia todos los malditos días sin excepción.

Saco mi agenda en un impulso por restaurar el orden en mi vida. Lo cual es absurdo, porque este mes ha terminado con un calendario vacío. A ver qué leches programo yo para proporcionarme alivio mental y parar de pensar en las mil quinientas formas de matar a mi vecino sin dejar rastro. Me crispo más, al venirme a la mente su absurda sonrisa de suficiencia. Esa que tiene el noventa y nueve por ciento de las veces que me cruzo con él. Imagino cómo habrá disfrutado preparando su fechoría, y me irrito más si cabe.

De ahí paso a rebanarme los sesos buscando la revancha. Debe ser algo insuperable, algo que lo deje KO, pero no se me ocurre nada. Creo que soy demasiado noble para pensar como Satanás. Y a quién quiero engañar, me falta práctica. Mucha. Normalmente, no suelo ir por ahí destrozando vidas.

Además, me vienen a la mente las palabras de mi amiga, y puede que lleve razón. Quizás es demasiado retorcido como para ganarle en su juego, y lo que es peor, como siga así, voy a pasar todo el mes con una angustia enorme y cagada por no saber lo que me puede tener preparado en cualquier momento. Yo, que odio con todo mi ser los imprevistos y todo lo que se salga de mi mundana, acogedora y planificada rutina. Me da ansiedad solo de pensarlo.

Horas después, llego al convencimiento de que necesito restaurar la paz y para eso, se acabaron las putadas. Me doy por vencida, ÉL gana.

A media tarde, bajo a la piscina. Sorprendentemente, solo hay una pareja de avanzada edad tomando el sol y dos niños chapoteando con flotadores. Odio cuando la piscina está repleta y el caos lo inunda todo, esos días suelo optar por quedarme en el apartamento aspirando tranquilidad.

Tiendo la toalla sobre el césped, ubicándome con la cabeza debajo de la sombrilla y el resto de mi cuerpo abrazado por el sol. Es tan placentero que cierro los párpados deleitándome con el silencio y con el calorcito que recorre suavemente mi cuerpo, hasta que comienzo a notar un calor sofocante, y decido zambullirme en el agua. Momento en el que abro los ojos, y allí está, bajo la ducha, con unos abdominales tremendamente marcados, por los que le desciende un chorro de agua que, si no viera en estos instantes que es de la ducha, pensaría que es de mi baba cayendo en cascada al verlo. Sus rizos rubios como el trigo caen mojados sobre sus densas pestañas que entrecierran una misteriosa y seductora mirada. Su mandíbula levemente cuadrada está relajada, disfrutando del momento. Si alguien me dijera que está grabando un spot publicitario, lo creería. Y lo que es peor, compraría el maldito gel de baño que anuncia.

¿Me habrá visto?

Me debato entre huir o quedarme agazapada donde estoy.

El muy cretino debe estar enorgulleciéndose del atentado que me ha montado esta mañana con el pescado.

Cuando aún estoy planteándome qué hacer, noto que me observa detenidamente con la vista entornada, cierra la ducha, y comienza a acercarse.

—Hola, vecina, ¿disfrutando como pez en el agua? —pregunta, tirando de doble sentido, con esa desquiciante expresión de mofa en su cara, que me incita a querer lanzarle a la cabeza el protector solar, o un balde de ácido.

—¿No tienes a nadie más a quien molestar?

—Ahora mismo no —replica, mientras observo cómo sus ojos se posan en mis piernas, recorriéndolas.

—¿Qué miras? —lo asalto, enfadada, con la irritación cociéndose dentro de mí.

Que haya decidido parar la maldita guerra no significa que no lo tenga total y absolutamente atragantado. Es odioso. Guapísimo. Pero odioso.

—Nada. —Se sobresalta, como si no esperara que fuera tan directa y lo hubiera pillado con las manos en la masa. O puede que, como si no estuviera acostumbrado a que le cortaran el rollo—. Solo tenía curiosidad, por si aún te quedaban escamas —se recochinea mientras continúa estudiándome con interés.

La mirada repleta de odio que le lanzo le saca una enorme sonrisa. Tras lo que, sin permiso alguno, tiende la toalla a mi lado y se sienta, ante mi absoluta estupefacción.

—¿Qué haces?

—Sentarme.

—Esta es mi sombrilla. Mi sitio. —Alzo mi dedo trazando pequeños círculos en el aire para señalizar mi parcela.

—Hay espacio para ambos —afirma mordiéndose levemente el labio inferior, mientras sus rizos mojados inundan su **rostro**, que permanece atento a mí.

—Ahhh, sí, perdona, que había olvidado que eres un experto en arrebatar los espacios ajenos —refunfuño, intentando ocultar que el corazón me late a toda pastilla por el breve roce que he sentido de nuestros brazos.

—El mejor —añade con sorna.

—¿Siempre eres tan…?

—¿Arrebatador?

—Molesto.

—Es la primera vez que me lo dicen —juguetea, pícaro—. Y bien, ¿qué me tienes preparado?

—¿Cómo?

—¿Que qué vas a hacer para superar mi jugada maestra?

—La indiferencia —añado cada vez con peor humor, rechinando los dientes para contener la retahíla de groserías que con gusto le zamparía.

¿Pero el imbécil este qué coño se cree? ¿Qué quiere, que estemos tirándonos de los pelos todos los malditos días?

—¿No vas a devolvérmela? —pregunta, extrañado.

—Paso —zanjo haciendo acopio de todo mi autocontrol.

—Aburrida.

—Mira, paso de ti —digo, ignorándolo—. Lárgate.

—Uyyy, qué grosera te has vuelto, con lo educada que parecías el primer día.

Le lanzo una última mirada repleta de resentimiento antes de girarme sobre mi toalla y darle la espalda.

—Tú te lo pierdes —sisea con aire seductor, levantándose y pavoneándose hasta la piscina, donde se sumerge el muy sinvergüenza, como si fuera un puto dios mitológico.

Si dijera que no lo he seguido con la vista, mientras hacía el paseíllo a la piscina, mentiría. Es como si mis hormonas estuvieran

atentando contra mi cerebro para intentar destruirlo. Nunca me había pasado esto antes. Me siento en una constante contradicción cuando se trata de él. Por un lado, le tengo un asco inquietante, y por el otro, instintivamente y saboteando mi autocontrol, sueño despierta con la fricción de su piel en sitios tan indecorosos, que yo misma me abochorno.

Termino levantándome, más acalorada que antes, y yendo directa a mi apartamento. El *sirenito* sigue haciendo largos en la piscina. Y yo me niego a compartir alberca con él, no vaya a ser que en su próxima jugarreta le dé por usar sus potentes manos para ahogarme.

EL REGALO



Blanca

Llevo tres largos días rebanándome los sesos para encontrar el regalo de cumpleaños perfecto para Desiré, pero se me está resistiendo bastante. Ella no es como el resto de mis amigas, a las que, al igual que a mí, contentaría con un buen perfume, un bolso o algún trapito mono. Ella encumbra ese día como algo genuinamente especial, que merece un detalle con notas sentimentales. Algo que consiga calar hondo. Que signifique algo. Y si es hecho a mano, mejor. He pensado en algo para el trabajo, pero ¿qué le regalas a una bióloga marina? ¿Un chaleco salvavidas? ¿El timón de un barco para ponerlo de adorno sobre el cabecero de la cama? Le apasiona su trabajo, pero no he logrado encontrar una conexión especial con nada relacionado con ello, así que finalmente he descartado ese hilo. No hay nada que pueda rascar de ahí.

Luego, he pensado en un masaje facial y un spa, pero creo que es demasiado enérgica como para disfrutar de que la mimen. Seguramente terminaría dándole ella el masaje a la propia masajista. También, en hacerle un collar de conchas. Sí, creo que me está dando ansiedad, y que he retrocedido en el tiempo.

Hola, me llamo Blanca, tengo cinco años, y he sustituido los macarrones por conchas.

Aunque… esta tontería me ha llevado a recordar algo de cuando éramos pequeñas. Nos encantaba ir a la playa. Éramos un trío inseparable, ella, Iker y yo. Nos pasábamos el día haciendo castillos de arena, jugando a las palas y observando a la gente que hacía kitesurf. Durante años, ella se obcecó en que quería aprender ese deporte, pero su padre se negaba en rotundo. Decía que cada año

pasaban por su consulta más de un centenar de heridos, a causa de ser arrastrados mar adentro por la inmensa cometa. Pero ella seguía empecinada. Una vez estuvo muy cerca de lograrlo. Carlitos se prestó a enseñarla. El pobre chico estaba que bebía los vientos por ella.

Estaba volando la cometa en la arena cuando apareció su padre y le metió una colleja tan enorme, que aún debe picarle. Luego estuvo una semana castigada sin salir. La idea continuó vagabundeando en ella, haciéndome prometerle que, en cuanto pudiera escabullirse de su histérico padre, las dos lo haríamos juntas. Descartó a Iker, porque él era más de deportes terrestres. Le encantaban el monopatín y el fútbol. El mar, solo lo visionaba para nadar o bucear. Accedí, pero solo porque hacer algo a las espaldas de Herminio era algo ilógicamente imposible. No sé si se debía a que le había puesto a su hija un chip localizador o una cámara a tiempo real en alguna prenda o parte del cuerpo, tal como hacen los espías, porque siempre que intentábamos perpetrar alguna trastada, allí estaba él, con esa expresión acusatoria de «sé lo que estáis planeando». Más tarde deduje que, al ser el médico más reputado del pueblo, sus pacientes probablemente le pagaban con información. Teníamos un pueblo repleto de acusicas a tiempo real que nos amargaban la existencia.

A mí nunca me había atraído la idea de estar colgada de unas cuerdas minúsculas e inestables que me manejaran como a una gaviota trasnochada, y si a eso le sumabas que ibas con los pies fijados a una tabla, terminaba coincidiendo con Herminio que el asunto era, cuanto menos, kamikaze. Eso, sin dejar de lado el absoluto respeto, por no decir miedo, que siempre me había dado el mar.

Sigo pensando lo mismo. El mar es impredecible, indómito, acojonante, y ese deporte es para los que no aman su vida. Aun así, acabo de salir de la maldita tienda con un bono de regalo de tres clases para principiantes que desean jugarse su piel por el mero hecho de creer que de alguna manera son capaces de volar. El motivo principal es que no he conseguido encontrar nada más que

pueda medianamente apasionarla. Y sé que esto lo encumbrará como el mejor regalo de cumpleaños que ha recibido en años. Estoy convencida de que, a pesar de vivir en la cuna del surf y todas sus variantes, no se ha atrevido a hacerlo todavía. Desconozco si es por desinterés o porque Herminio consiguió finalmente lavarle el cerebro.

Hoy jueves es su gran día. Esta tarde iré a casa de sus padres, que, como de costumbre, le han preparado una tarta casera para soplar las velas reunidos en familia. Y el sábado, saldremos de fiesta juntas. Ella ha decidido que era el mejor día, y yo, como sigo con la agenda vacía, he aceptado. No soy mucho de salir de fiesta, en Madrid son escasas las veces que piso una discoteca. Soy más de planes durante el día. Ir a tapear, tomar un café, al cine, al teatro, un paseo por el Retiro. Esther y María a veces me dicen que, aunque mi DNI diga que tengo veintiséis años, mi alma y mi ser entero cantan que tengo más de cuarenta. A mí me parece una tontería. Sí, reconozco que lo normal en la juventud es salir y beberse unas copas, pero yo no le encuentro la gracia. Quizás sea por mi sentido arrítmico o porque, como me beba más de una copa, acabo, opción uno; con una euforia muy excesiva e irreal, opción dos; con la cabeza en cualquier cubo de basura que haya de camino a casa. La ocasión en la que le vomité en el asiento trasero al señor del taxi fue en la que decidí retirarme de las noches de juerga y desenfreno.

Llamo al timbre un par de veces. Me he maquillado muy sutilmente, no quiero salir pálida en las fotos que Desiré se empeñará en hacernos, estos cinco días que llevo aquí no han sido suficientes para lucir un buen bronceado.

—Pero ¡qué cambiada estás! —me dice a modo de saludo, Jimena, la madre de mi amiga—. Ven aquí, dame un abrazo.

—Está usted guapísima con esa falda de volantes —la adulo, devolviéndole el abrazo.

—Venga, entra, ya lo tenemos todo preparado.

La sigo a través del pasillo hasta el inmenso salón, que está tal y como lo recordaba desde que tenía cinco años. Sentados, localizo a

Herminio, su padre, Alfonso, su hermano pequeño, su abuela Herminia y Desiré. Todos me miran fijamente cuando atravieso el umbral.

—¿Esta es la larguirucha con la que pasabas todos los veranos? —cuestiona la abuela, impactada, escaneándome con las pequeñas ranuras que le quedan por ojillos entre tanto párpado caído.

—Sí, es Blanca, abuela.

—¡No puede ser! —rebate la anciana, colocándose las gafas—. ¡Santo Dios! Pero sí que has cambiado. Estás para mojar pan. Mira, Alfonsito, una así es lo que necesitas como novia, no el repollo ese que te has buscado.

—¡Abuela! —grita Desiré.

—¡Qué! Niña, digo la verdad. Tu amiga ha pasado de ser Betty la fea a estar como un queso, y de los buenos, de los curaditos que me gustan a mí.

—¡Abuela! Por favor, deja de decir esas cosas —interrumpe Jimena—. Blanca es, y siempre ha sido, preciosa.

—Eso lo dirás tú —vuelve a decir Herminia, arrugando el morro—. Antes parecía un bicho palo.

—Perdónala, parece que eso de cumplir años no le está viniendo muy bien. Se está volviendo descarada —reprende, regañándola con la mirada.

—Si uno no dice ahora lo que piensa, ¿cuándo lo hará? ¿Cuándo se la estén comiendo los gusanos?

Desiré comienza a carcajearse, mientras yo intento rebajar ocho tonos el rojo que se ha instalado en mi cara.

No estoy acostumbrada a tanta sinceridad.

Ni de piropos, ni de cómo de desangelada le parecía cuando era una mocosa. Me acaba de decir que era fea con todas las de la ley.

Sí, de pequeña no era demasiado agraciada, y sigo sin sentirme la guapa del baile, pero tampoco me siento un bicho. Soy aceptable.

O al menos, eso es lo que intento decirme cuando me miro en el espejo.

—Venga, Blanca, siéntate junto a Desiré. He preparado algunos bocadillos y tentempiés, ¿qué te apetece beber?

—Agua —respondo.

—¿Y qué es de tu vida? —pregunta Herminio, usando el mismo tono de voz autoritario que nos amedrentaba de pequeñas.

No pienso darle el regalo delante de él.

Entre la abuela y él son capaces de colgarme de la chimenea por las patas abajo.

—Pues, vivo en Madrid, trabajo en banca y… —No logro terminar la frase cuando me interrumpe Herminia.

—¿Y qué tratamientos estéticos te has hecho? Estoy muerta de curiosidad —pregunta, dedicándome una sonrisa ladina.

—¡Herminia! —regaña la madre de Desiré, mientras mi amiga se queda sin aire de la risa.

—¡¡Qué!! ¡Quiero saberlo! Estoy pensando en hacerme unos arreglitos, con lo que cobre de pensión este mes. Ponerme un poquito de labios, así como los suyos, que lucen tan carnosos como unas buenas salchichas Frankfurt.

Alfonso, Desiré e incluso yo no podemos evitar expulsar, como si fuéramos aspersores, la bebida que nos acabamos de tomar.

—Yo… señora —tartamudeo—. No… no… son inyectados, ni operados. Son míos —aseguro, avergonzada.

—¿Tuyos? —cuestiona perpleja, con los mofletes haciéndole un acordeón de tantas arrugas y sin terminar de creerme—. ¿Y eso? —pregunta señalándome los pechos.

—Esto —balbuceo atolondrada— también.

Achina tanto el semblante al escucharme, que parece fundirse con el nacimiento del cabello.

—¿Estás segura? —riñe, escudriñándome con sus diminutos ojos negros levemente escondidos tras sus colgantes párpados.

—Mucho.

—Deja a la chica ya, mamá —intercede Herminio, tras la mirada asesina de su mujer que está a punto de coger la escoba y arrearle en la cabeza con el palo a su deslenguada suegra.

—Venga, es hora de la tarta —anuncia Jimena, con ella en las manos, intentando que cese el cuestionario de la abuela y se rebaje el ambiente de interrogatorio policial con el que me está atosigando.

Desiré sopla las veintiséis velas que coronan el pastel, mientras le cantamos *Cumpleaños feliz*, y pide un deseo.

—Niña, espero que hayas pedido un novio —instiga Herminia—. A tu edad, yo ya tenía dos hijos.

—Abuela, que los tiempos han cambiado.

—A peor.

—A peor no, al revés, ahora disfrutamos más. No necesitamos tener pareja para ser felices —afirma Desiré, orgullosa de la nueva individualidad.

—Lo que necesitáis es un buen rabo.

—¡¡Abuela!!

—¡¡Mamá!!

—¡¡Herminia!!

No soy capaz de aguantar más. Exploto de la risa. Esta mujer no tiene filtros. Ni vergüenza.

—Dejad de regañarme, solo digo verdades como puños —zanja airada.

La celebración no dura mucho más, sospecho que es porque Jimena quiere que desaparezcamos antes de que la abuela idee tocarme la pechera para cotejar que digo la verdad, y que no hay silicona en mi escote. La he visto dirigir su mirada a mis tetas, al

menos cinco veces, y la última vez ha ido acompañada de un estiramiento de brazo que casi las consigue rozar.

Ya en la calle, las dos caminamos hasta el paseo marítimo y cuando estamos sentadas en el poyete que separa el paseo de la arena, le tiendo una bolsa con dos regalos envueltos.

—¿Es para mí?

—Claro.

—¿Qué es? —pregunta agitando los paquetes en el aire, ilusionada.

—Ábrelos.

Desenvuelve hábilmente el primero y una emotiva sonrisa aparece en sus labios.

—¡Me encanta!

—¿Sí? —cuestiono, no segura del todo.

—Muchísimo —asegura observando la foto en la que salimos Iker, ella y yo, en la playa con cinco años. Fue nuestro primer verano como amigos. Ellos se conocían del colegio, pero para mí era la primera vez en el pueblo. Mis padres acababan de comprar el apartamento, y yo había bajado todo el trayecto desde Madrid refunfuñando por no poder quedarnos en la ciudad. La conocí en la piscina, su tía vivía en la urbanización y le había regalado un flotador de un unicornio rosa enorme, en el que estaba sentada canturreando a pleno pulmón una canción. Notó al instante mi interés por el flotador. No podía apartar la mirada de él, era el sueño de cualquier chiquilla de cinco años. Me dijo que podía montarme con ella. En media hora sellamos nuestra amistad como eterna. Iker llegó una semana después. Sus padres y él vivían en el centro, y se mudaron al apartamento de al lado. Desde que lo vi la primera vez, sufrí un vuelco al corazón. Desiré lo percibió al instante. Y fue la causante de que nos hiciéramos amigos.

—Bueno, abre el otro, ¿no?

—Voy —examina el sobre antes de romperlo—. ¡No! ¡No! ¡No puede ser! —chilla, dando brincos de la emoción—. ¿Es de verdad?

—Claro.

—¿Seguro? —vuelve a preguntar con los ojos vidriosos.

—Sí. Tiene las fechas abiertas, podemos ir cuando quieras.

—¡Mañana! Mañana mismo, que no trabajo, así no te da tiempo a arrepentirte.

—Vale —mascullo a regañadientes, muy arrepentida de la locura que se me ha ocurrido.

¿Para qué me meteré yo en estos embolaos?

NO, A LA BANDERA DE LA PAZ



Hace cuatro días que no me cruzo con ella, lo que se me hace, y no entiendo por qué, demasiado raro. Es como si necesitara nuestras discusiones. Como si de alguna forma extraña me sintiera ligado a esa conexión de atracción-odio que me asalta cuando la tengo cerca.

La última vez que coincidimos fue en la piscina. Bueno, lo de coincidir es pura ficción. La vi desde la ventana de mi apartamento y decidí ir a tocarle los cojones, otro ratito. Lo del pescado fue un golpe maestro del que no pude disfrutar como se merecía, el trabajo me requería. Y faltar, por mucho que me hubiera gustado, no era una opción. Soy bastante profesional. Me gusta lo que hago. Se me da bien. Y para más inri, estoy teniendo más éxito del que esperaba para ser un foráneo en este diminuto pueblo.

Fui a buscarla porque necesitaba restregarle mi triunfo. Aunque, cuando la vi tendida, de espaldas, con ese bikini que le hacía un culo… Joder, ¡qué culo! Mi discurso perdió fuerza.

Durante unos segundos contemplé la posibilidad de declarar una tregua. Una muy concreta. De las que se firman en horizontal y sin ropa. Al fin y al cabo, el sexo suele resolver muchos conflictos, o al menos volverlos bastante más entretenidos.

Incluso cometí la estupidez de intentar impresionarla.

Sí, ya sé cómo suena. Me paseé por allí como un pavo real convencido de que tenía la situación controlada, y ¡sorpresa! No la tenía.

La realidad me dio una hostia de las gordas. Me ignoró, tras hacer uso de su recurrente *falta de amabilidad*. Nada de sonrojo, ni de flirteo. Más bien, me fustigó con el látigo de su absoluta indiferencia y me invitó a pirarme lo antes posible.

Lo que me corrobora que era, es y seguirá siendo insufriblemente odiosa.

Es la primera vez que me pasa, lo de desplegar mis encantos y encontrarme con un bloque enorme de inapetencia. No esperaba que cayera rendida a mis pies, ni siquiera que me sonriera, pero sí alguna reacción. En lugar de eso, me despachó como si fuera una mosca cojonera.

Y joder, eso sí me escoció.

Aunque, siendo sensato, lo mismo lo del pescado no ayudó demasiado, creo que la irrité más de lo que estuvo dispuesta a confesar.

Pero lo que peor llevo, lo que más me jode de todo, es que la muy bruja, pretende ondear la bandera de la paz. Por lo visto, no pretende devolverme la jugada. Y eso me crispa. Mucho. Me seducía la idea de que me avasallara con alguna emboscada ingeniosa que me mantuviera entretenido, pero no, hasta eso me usurpa.

La paz es aburrida, y yo ya me aburro bastante. Necesito distracciones. Algo que me dé vidilla, y a la vez que me evite darle vueltas al coco. Desde que ella está aquí, he dejado de fustigarme con los pensamientos que me acribillaban diariamente. Y eso, en cierta manera, me da algo de sosiego.

Soy un culo inquieto. Necesito tener la mente y el cuerpo ocupados, y sí, hay muchas cosas en las que empleo mi tiempo, me encanta la playa, los deportes acuáticos, hacer rutas por los senderos que bordean el pueblo. Salir de fiesta, es otro de mis hobbies. A Charles, mi único amigo en este lugar, no le gusta demasiado eso del alcohol y el desfase, cada vez que le propongo ir a menear el esqueleto, me da una negativa como respuesta. Si a eso le sumas que es el dueño de un negocio que no casa demasiado

bien con las copas, pues no me queda otra que entenderlo y aceptarlo. Es demasiado responsable.

Vine aquí por él, en parte, y por mi pasado, en otra. Quería saber cómo era esto. Tenía curiosidad por conocer el lugar que me lo arrebató todo. Que me dejó sin nada, y condicionó el resto de mi vida. Cuando Charles me dijo que se mudaba aquí, casi me da una angina de pecho al escucharlo. ¿Qué probabilidades había de que un noruego decidiera mudarse al minúsculo y perdido pueblo que escondían mis demonios? Lo tomé como una especie de señal del destino. Como si algo desde ahí arriba me dijera: «Oye, Markus, tienes que abandonar tu país e ir a hacer las paces con tus fantasmas». Pero adivinad, lo de hacer las paces, firmar la paz y todas esas mierdas… no se me da muy bien. Llevo años conviviendo con el conflicto, y eso de promover la concordia me genera estrés. Me desenvuelvo mucho mejor en el caos, el desorden y el aprieto.

Por eso, necesito la contienda, el choque, la disputa.

Necesito a la vecina en modo peleona.

Por mucho que me pese.

Acaba de llamarme Charles para pedirme un favor. Es mi día libre y él lo sabe. Así que, aunque no me apetezca un carajo, voy a echarle una mano.

Al fin y al cabo, eso hacen los amigos, socorrerse cuando lo necesitan. Y en este sitio, de momento, solo nos tenemos el uno al otro. Dos noruegos perdidos en un minúsculo pueblo del sur de España.

LA CLASE DE KITESURF



Blanca

Atacada. Así estoy. A duras penas puedo sostener el vaso de Cola Cao que tengo entre mis manos, me tiemblan tanto que temo que se me escurra de entre los dedos en un santiamén y termine hecho añicos en el suelo. Por no hablar de la galleta de chocolate que estoy comiéndome para acompañar la bebida. Percibo que está incrustada en mi tráquea, y en cualquier momento me provocará una insuficiencia respiratoria. Con suerte, terminaré en urgencias por esto, y no por las dos piernas rotas y un brazo dislocado que pronostico.

Llevo toda la noche repasando mentalmente las fotos que Herminio nos obligó a ver de pequeñas. Juro que las tenía olvidadas; si no, ni en broma hubiera contratado el dichoso regalo. Pero el subconsciente debe ser así de traicionero y retorcido, porque ha conseguido recuperar las imágenes de algún lugar de mi mente, ubicadas hasta ayer, entre el olvido y el desinterés.

Y ahora… ya… es demasiado tarde. Ya no puedo echarme atrás. Desiré me ha dicho que en diez minutos estará aquí para recogerme. El curso se impartirá a las afueras del pueblo, por la zona de Valdevaqueros, en el ala derecha del Tumbao, chiringuito muy de moda, con buena música y mejor ambiente, que arrasa durante todo el verano. Estoy convencida de que terminaremos el día allí, siempre y cuando no acabemos ninguna en el hospital. Que, por cierto, para más inri, no hay. Sí, ya lo he mirado, para algo soy tan organizada y controladora. El hospital más cercano, si la cosa es grave, tipo fractura de miembros, está en Algeciras. Una media hora que podría significar la muerte. Y no, no estoy siendo dramática, sino realista.

He anotado en la agenda el número de la ambulancia, por si acaso. Nunca está de más. Mujer prevenida vale por dos.

Acabo de oír el claxon y sé que es Desiré, porque su coche tiene un sonido bastante agudo y peculiar.

—Vale, Blanca, el gas está cerrado por si la cosa se tuerce —me hablo a mí misma en tercera persona frente al espejo—. El pelo lo llevas recogido. No puedes permitirle al levante alborotar tu melena y arruinarte la visión. Necesitas estar concentrada y tener un enfoque de águila para no terminar en el cementerio. El material te lo darán allí. El chico prometió que era seguro. Ojalá tuviera razón —me persigno antes de coger las llaves, el bolso y salir de casa—. Allá vamos.

Me subo al coche como una gelatina en mitad de un terremoto de escala cuatro. Me tiemblan hasta las pestañas. Desiré me mira por el rabillo del ojo, intentando disimular la risa, aunque no lo consigue, y varios ruiditos divertidos se le escapan de la garganta. Se está regocijando de mi crisis nerviosa tanto como un cerdo lo haría en un charco de barro.

—No me digas que estás arrepentida…

—¿Lo anulamos? —pregunto tan ingenua como esperanzada, con un brillo de anhelo en los ojos, deseando escuchar un sí.

—Ni muerta —se jacta mi amiga, cachondeándose con desparpajo de mi desesperación—. Es lo que más ilusión me ha hecho desde que mi abuela me regaló el jersey ese de punto gordo, amarillo fosforito, que mi madre, nada más ponerle la vista encima, quería tirarme a la basura.

—Recuerdo ese jersey, era dañino para los sentidos.

—Era lo más —asegura, suspirando con añoranza, convencida—. Recuerdo el trágico día que tuve que llevarlo al contenedor de ropa. Las mangas me quedaban por la mitad de los antebrazos y me entraba un correntío de viento que me subía hasta el escote.

—¿No estás ni un poco asustada? —indago, extrañada, cambiándole de tema—. Ayer por la noche solo podía ver las

imágenes que nos enseñaba tu padre de pequeñas, que, por cierto, ahora serían dignas de una denuncia por lo penal. Una pierna y un brazo rotos no son cosas que deban ver unos críos.

—¡Mi padre siempre ha sido un exagerado! ¡Parece que no lo conoces! —rechista, mientras aparca y nos bajamos del coche.

—Tenemos que buscar las banderolas rojas. La escuela se llama KitePassion Tarifa.

—Sí. Lo sé.

—Allí. —Señalo, bajando por las tablas que se insertan firmes en la arena hasta alcanzar la playa.

—Vamos.

Recorremos solo unos metros hasta que mi corazón se para en seco. Parpadeo varias veces. Me quito las gafas de sol. Me las vuelvo a colocar. Y me las vuelvo a quitar. Y el resultado sigue siendo el mismo. Lo que acabo de ver parece real. No hay dudas.

—¡¡No puede ser verdad!! —digo entre dientes horrorizada, mientras me froto los ojos como si en vez de dedos tuviera un estropajo mágico que consiguiera borrarlo de la maldita faz de la tierra.

Mi amiga, ante mi sobresalto, dirige la vista hacia el mismo lugar al que apunta la mía.

—¡Virgencita de los pectorales! ¡Ahí iba yo con gusto a rezarle todas las noches! ¿Pero ese hombre es de verdad? ¿O es una alucinación?

—Es imposible —farfullo.

—Eso mismo pienso yo, es imposible que ese hombre sea de carne y hueso. Gracias, Virgencita, o… —titubea Desiré— gracias, abuela Herminia. Mil gracias, abuelita de mi corazón.

—¿Abuela Herminia? ¿Qué tiene que ver ella en esto? —tanteo, indignada a la vez que descolocada. Obviamente, mi amiga se está yendo por los cerros de Úbeda, el físico imponente del que parece que va a ser nuestro instructor la ha dejado catatónica. Aunque lo

de su abuela me ha dejado dubitativa, ¿estará esa mujer detrás de todo este embrollo?

—Lo mismo ha sido ella —considera mi amiga—. ¿No recuerdas lo que dijo cuando soplé las velas? Que lo que necesitaba era un buen empotramiento, ¿o dijo rabo? No lo recuerdo bien, pero las dos cosas me valen. —Ríe—. ¡Me lo ha mandado ella! ¡Lo sé! Me lo ha concedido como regalo de cumpleaños. ¡Gracias, gracias, gracias, abuelita querida de mi corazón! —canturrea Desiré, dando pequeños saltitos de emoción.

Me echo las manos a la cabeza e imploro al más allá para que suceda algo que evite lo que está por venir, aunque signifique el descenso de una nave nodriza repleta de extraterrestres, o un torpedo impactando en mitad del agua, o miles de langostas asquerosas cayendo del cielo. Lo que sea.

Esto va a ser un desastre. Y de los gordos.

Mi amiga tira de mí, mientras refunfuño algo que, para alguien que no sea yo misma, debe ser ininteligible.

—Puñetero destino. Macabra coincidencia. Puto karma de mierda. Desde que mi indeseable jefe me llamó a su despacho, no hay nada, absolutamente nada, que me salga bien. Estoy sufriendo un desajuste catastrófico de vida. A tomar por saco el orden, la paz, el control y todo mi jodido universo. Es como si alguien desde ahí arriba me estuviera diciendo: «Guapa, ya has vivido demasiado bien, ahora te toca sufrir».

Está de espaldas. Aún no me ha visto. Sus rizos de oro, despeinados, deslumbran cuando sobre ellos se posan los rayos del sol, dándole un aspecto desenfadado que, unido a ese deje rebelde que lo caracteriza, hace que me tiemblen las piernas. Recobro la sensatez al instante, aguantándome estoicamente el impulso de mirarle el trasero.

Se gira cuando mi amiga se dirige a él y comienza a hablarle.

—Creo que nosotras también debemos estar en ese listado.

Sus ojos cielo se concentran un segundo en ella y luego, me interceptan, dos pasos por detrás. Momento en el que abre la boca con una marcadísima expresión que pasa de la incredulidad a la sorpresa e instantáneamente, a la plena satisfacción.

Blanca, algo muy malo se avecina.

—Voy a comprobarlo —emite con una voz áspera muy sexy—. Tengo aún tres plazas libres. ¿Cuál es tu nombre? —le pregunta a mi amiga, mirándome de reojo con un destello de malicia.

—Yo soy Desiré. Y ella —comienza a decir, girándose para señalarme, pero él no la deja terminar.

—Sí, ella es la tarada. No te preocupes, ya la tengo fichada —replica con fanfarronería.

Lo siguiente que veo es a Desiré abriendo sus labios y sus ojos tanto como si acabara de ver un fantasma, a la vez que su cuello comienza a girarse con lentitud, fulminándome con una mirada que intento esquivar a conciencia. Acaba de darse cuenta de que el maldito instructor sobre el que recaerá nuestra supervivencia hoy no es otro que el puñetero vecino que atenta contra mi vida. Nadie más en el mundo me llama tarada.

—¿En qué momento se te ocurrió ocultarle a tu mejor amiga esto? —murmura señalándolo, con un cabreo acuciante, en cuanto nos apartamos tres pasos del resto del grupo.

—¿El qué? —Me hago la tonta.

—¿Hola? Tierra llamando a Blanca. No te hagas la sueca conmigo. Te lo has callado a propósito.

—No sé de qué me hablas.

—Tu enemigo. Ese con el que tienes un tira y afloja, que al principio me parecía inquietante, tipo peli de terror… ¡Joder! ¡Que he estado preocupada por tu vida! —sisea, en tono de regañina, muy ofendida—. ¡Y resulta que está que te cagas de bueno! ¡A nivel irreal! —vuelve a arremeter—. Me lo has ocultado.

—¿Yo? Para nada, simplemente, esa información no creí que fuera determinante —intento quitarle hierro al asunto hablándole muy correcta, como si fuera uno de mis clientes del banco.

—¿No te parece determinante, ni algo que pueda interesarme, que el tío con el que te tiras los trastos sea un maldito *sex symbol*?

—Bueno, ya que lo dices así… quizás… —Dejo escurrir las palabras—. No estuvo acertado del todo no mencionártelo.

La conozco, o le insinúo que tiene razón, o no va a dejar de acosarme en todo el día, y ya tengo suficientes problemas.

Carraspea un par de veces, pone los ojos en blanco, toma aire y me responde.

—Bueno, te perdono.

Lo que me parece raro. Muy raro. Que me absuelva así, sin armar follón, sin soltarme alguna frase ingeniosa, es milagroso.

—Lo de inquietante, al menos, ha pasado a ser excitante —añade, emocionada—. Desprendéis una tensión sexual sin resolver de cojones.

—¿Tensión sexual? —cuchicheo, para que no se entere don psicópata—. Tú no te enteras de nada. Nos odiamos. Es imbécil. Nauseabundo. Un engreído apestoso.

—La que no se entera eres tú. ¿Has visto cómo te ha mirado? Sí te quería comer con la vista.

—¡Déjalo ya! —replico, mosqueada.

Obviamente, mi amiga no se entera de nada. La ha idiotizado con su imponente físico, tal como me pasó a mí cuando lo vi por primera vez, antes de que abriera su bocaza.

—Acercaos —nos llama Markus—. Vamos a comenzar la clase, la persona que falta al final no va a venir.

Arrastro los pies por la arena con desgana, me pesa el cuerpo y el alma. Si ya estaba muerta de miedo… después de esto… estoy cagada a nivel máximo.

—Voy a explicaros los puntos básicos y luego practicaremos. Como somos cinco personas, lo vamos a hacer en parejas. A ver, Ezequiel, tú irás con Mario. Lucía, tú irás con Desiré, y yo… me pondré con Blanca. —Levanta las cejas, pícaro.

—¡Genial! —exclamo, resoplando como si fuera un búfalo cabreado a punto de derribar un león en plena selva.

—Me alegro de que te emocione, Blanquita —se burla—. Lo primero que tenéis que saber es cómo funciona la ventana de viento. Llamamos así al área semicircular del cielo donde es posible volar la cometa. Os lo muestro. Mirad, ahora que estoy posicionado de espaldas al viento, la ventana sería el área que abarca ciento ochenta grados delante de ti, desde el suelo hasta justo tu cabeza —explica levantando sus musculosos brazos—. Bien, la parte superior de la ventana, que equivaldría a las doce en un reloj imaginario, genera la mínima tracción o potencia. Es decir, si os veis apurados, soltar la cometa en esa posición. Es el lugar más seguro. ¿Me seguís?

Todos excepto yo le contestan que sí. Yo continúo enfurruñada, cruzada de brazos y maldiciendo mi suerte.

—Seguimos. La zona de potencia o *Power zone* para los más bilingües. —Guiña un ojo a Desiré, que casi se cae al suelo de culo de la impresión. Tras lo que la oigo murmurar: «*Power* fuerte es lo que quiero que me des y, si es posible, por el ángulo bajo»—. Es la zona más cercana del agua a ambos lados, abarcando desde las nueve hasta las tres en punto. Cuidadito, con esto, porque la fuerza de atracción que se genera es significativa. —Su comisura derecha se alza tras esto, en una sonrisa hacia mí, que roza lo descarado—. Blanquita, sobre todo tú, que no queremos que termines estampándote por la fuerza de la atracción contra una piedra o contra mis bíceps.

—Me llamo Blanca —ladro, mientras atisbo cómo una mueca ladeada ilumina sus ojos—. Imbécil —murmuro entre dientes, muy bajito para que no me pueda oír.

—Después tenéis el borde de la ventana, son los extremos laterales de la zona de potencia.

Tras eso, sigue con una tediosa charla sobre la velocidad del viento, el viento inducido, cómo colocar las cuerdas de la cometa y veintiocho mil cosas más que aburrirían a un muerto.

En lugar de un deporte, parece que estamos haciendo de nuevo el examen de Selectividad. Resultado, mi mente desconecta. Paso de tanta información. Si el garrulo este sabe hacerlo, a una licenciada en economía con dos másteres y experiencia trabajando en análisis de riesgo en banca, *importante destacar lo de análisis de riesgos, dados los peligros que entraña lo que voy a hacer…*, no debe darle ningún problema volar una cometita en la arena. Ni siquiera vamos a intentar la inmersión en el agua hoy, que es lo que me aterra, por cierto. El mar sigue dándome tanto respeto como cuando tenía cinco años.

—¿Lo habéis entendido? —nos pregunta a todos, esta vez más serio que de costumbre, como si fuera de vital importancia saberse bien la lección—. Si algo no os ha quedado claro, por favor, consultadme antes de comenzar.

Todos, incluida yo, afirmamos en un leve gesto, como si se nos hubiese quedado grabada toda la parafernalia que nos ha explicado. Cosa imposible, salvo que te hayas hecho apuntes y te los hayas empollado tres tardes seguidas sin descansar, ni para ir al lavabo.

—Está bien. Poneos en pareja y a volar.

Los demás compañeros, incluida la traidora de mi amiga, que no ha rechistado ni un momento con la repartición de las parejas, se ponen manos a la obra. Se ayudan entre ellos a colocarse el equipo y, no sin cierta complicación, comienzan a ascender por el cielo las enormes cometas.

Desiré tiene en estos momentos un ojo en la cometa de su compañera, y el otro bizquea curioso hacia mí. La ingrata parece estar disfrutando de haberme dejado en la estacada con el insoportable de mi vecino.

—Blanquita, baja de las musarañas, venga, que es para hoy —incide, burlón.

—Ya voy, ya voy —respondo mientras intento ponerme los dichosos aparatejos, que se me resisten.

—Empezamos bien. —Juguetea con la ironía pegada a su estúpido rostro.

Se inclina acercándose hasta quedar a un palmo de mí. Es tan alto, tan corpulento, que me siento abrumada con su cercanía. Si antes estaba nerviosa, ahora estoy atacada. En un acto reflejo, alzo la vista hacia él, mientras sus manos comienzan a desenvolverse ágilmente alrededor de mi cuerpo, colocándome el equipo. Nuestras miradas chocan, por unos leves segundos, en los que creo ver cómo sus pupilas se dilatan y una traviesa sonrisa vuelve a decorar sus labios, provocándome una especie de electricidad irreconocible que me atraviesa el estómago, poniéndomelo del revés.

—Colabora —gruñe poniéndome el arnés, rozando con sus dedos mi piel. Ahogo un suspiro a duras penas cuando noto su fresco aliento mentolado acariciando mi oído—. Blanquita, hemos empezado con muy mal pie. Espero que se te dé mejor esto que el resto de las cosas —emite casi en un susurro, rozándome los mofletes con su aterciopelada cara.

Por Dios, Blanca, céntrate. Te está intentando desestabilizar para que acabes espatarrada en mitad de uno de esos pinos que se ven cerca de la carretera.

—Vale. Ahora intenta levantar la cometa.

Hago lo que me pide. La parte de las ventanas de viento es la única que me sé. Con el resto dejé de prestar atención. Me coloco en la posición que nos mostró. Determino de dónde viene el viento y me lanzo a la aventura. Ocho veces después, sigo sin poder levantar el dichoso trozo de tela del maldito suelo. El resto de mis compañeros… todos con la cometa surcando el cielo.

—¡Maldita sea! —bramo—. ¡Me has dado la que no vale! ¡La que está averiada! Si ya lo sabía yo… En cuanto te he visto, sabía que

ibas a putearme otra vez. Nunca tienes suficiente.

—Son todas iguales. —Estalla en una carcajada—. Además, ¿cómo se avería una cometa? Lo que pasa es que eres nefasta.

—Yo no soy nefasta. Me estás boicoteando —alzo la voz, con una expresión de pocos amigos bien estampada en mi cara.

Pone los ojos en blanco. Se posiciona detrás de mí. Cerca. Muy cerca. Su cuerpo acoge al mío entre sus musculados bíceps. Y yo trago saliva como si fuera cemento, con mucha dificultad. Mis hormonas están disparatadas y no entiendo por qué si lo odio. Mucho. Muchísimo. Con todo mi ser.

Me está abrazando por detrás, o eso es lo que imagino yo, mientras un ligero olor masculino me golpea los sentidos. En realidad, está cogiendo el palo ese, sobre el que va enganchada la cometa, aprisionándome entre el cerco que conforman sus brazos. Y de repente, casi por arte de magia, la alza, ante mi estupor.

Pues sí que valía la dichosa cometa. Será posible.

—¿Ves cómo funcionaba? —murmura dulcemente, cerca de mi oído, provocándome un escalofrío que me recorre entera.

Gruño en respuesta.

No me gusta ni un ápice darle la razón. Y mucho menos lo inquieta que me estoy poniendo hoy con su cercanía.

Ya con la cometa arriba, en el punto más seguro, me anima a que intente controlarla siguiendo las lecciones de las *ventanitas* de viento.

Sigo las instrucciones que nos ha explicado, o al menos las que levemente recuerdo, porque estoy prácticamente en blanco. Así que me muevo por instinto, hasta que empiezo a darme cuenta de que la cosa no va bien. El momento exacto es cuando advierto que las plantas de mis pies comienzan a despegarse del suelo y la jodida cometa empieza a tirar de mí con tanta fuerza que me es imposible manejarla. Estoy volando. Y no lo digo como una metáfora rebuscada. Es jodidamente literal. Empiezo a parecer una longaniza

humana, estirada, balanceándose sin dignidad mientras el viento me zarandea de un lado a otro y decide mi funesto destino.

Me está entrando el pánico o, mejor dicho, yo soy el pánico. Estoy temblando, me falta el aire y no sé si quiero continuar consciente o desmayarme para ahorrarme el sufrimiento de ver cómo me estampo igual que un huevo contra el suelo.

—¡¡Joder para esto!! ¡¡Páralo!!

—¡Sube la cometa! —comienza a gritarme.

—¡Me mato! ¡Ains, que me mato! —chillo, histérica—. ¡¡Ayúdame!!

—¡Eso intento! ¡Maldita sea! —grita inquieto.

Mis pies siguen subiendo, ya casi no toco la arena con los talones.

¡Estoy haciendo UP!

¡Pero, en vez de globos, me asciende una jodida cometa!

—¡¡Voy a morir!! —me desgañito.

—¡Tranquilízate! —vocifera—. Estando así de nerviosa, lo empeoras. —Tiene la desfachatez de decirme el tío.

—¡Cómo voy a tranquilizarme si no dejo de subir!

—¡Pero suelta la barra!

—¡Como si fuera tan fácil! ¡¡No!! ¡¡Noooooo!! ¡Que me lleva al agua! ¡Al agua, noooooo! —grito fuera de mis cabales mientras veo cómo el mundo se hace pequeñito debajo de mis pies.

De repente, noto que me agarran de las pantorrillas. Aleluya. Por fin hace algo el idiota este. Estoy segura de que esto lo ha provocado él. Lo ha planeado concienzudamente en cuanto me ha visto. Quiere matarme.

—¡No me sueltes! —continúo graznando—. ¡¡Más fuerte!! ¡¡Agárrame!! ¡¡Con más ganas!! —vocifero, lloriqueando, mientras el viento me agita como cuando zarandeas un olivo para recoger aceitunas. Ahora mismo eso soy, una aceituna horrorizada a punto

de ser deshuesada por un enorme cochino, *podemos aplicarle a don psicópata el papel de cerdo diabólico, en este entuerto*. Estoy viendo pasar mi vida ante mis ojos.

—Eso intento. ¡Para de mover las piernas! ¡Que llevo dos patadas en los malditos cojones!

En ese justo instante es cuando percibo que sus robustas manos están agarrándome con mucha, demasiada, contundencia, por mis voluptuosos cachetes del culo, que además tengo estampados sobre su entrepierna. Más concretamente en todo su miembro, que está haciendo de contrapeso, frenando la gravedad.

—¡Quita ese mástil de mi intimidad! —grito, espantada cuando noto la fricción en mi retaguardia.

—¡¿Estás de broma, no?! —me chilla, bastante mosqueado, arrugando tanto el entrecejo que parece un bulldog francés enfadado.

—¡Deja de aprovecharte! —vuelvo a enfrentarlo para que deje de hacerse el mosquito muerto.

—¡Tendrás cara! Encima que te salvo. Si me gritabas que te agarrara, ¿cómo era? Ahhh, sí… más fuerte, con más ganas. Dame más, gemías.

—¡Pero no del culo, SO GUARRO! Ni mucho menos embistiéndome con tu gusanillo.

—¿Gusanillo? ¿Será coña? ¿No? Querrás decir manguerón. Cañón. Sable —vocifera con un fogonazo de rabia.

—Me mantengo. El guisante —lo desafío, levantando mi brazo y colocándole a tres centímetros de su cara dos de mis deditos muy juntitos en un gesto que muestra lo pequeñito del asunto. De su asunto.

—Eres una puñetera tarada —ruge, enfadadísimo, con un color raro en la cara—. ¡Mira cómo me has puesto!

—Cochino.

—¡Morado! —increpa con el rostro color berenjena—. ¡Me la has retorcido! ¡Estrangulado! ¡Querías aplastarme la chorra! ¡Demolerme el bate de béisbol!

Dirijo la vista a su entrepierna y veo que puede que diga la verdad. Se la está aguantando con las dos manos con expresión de horror. Sigo observando y me doy cuenta de que más de media playa está haciendo un círculo a nuestro alrededor, explotando de risa y cuchicheando barbaridades. No los culpo. El espectáculo que les he servido en bandeja es grotesco. Incluso mi amiga, o debería decir examiga Desiré, la única que debería estar apoyándome en estos delicados momentos, está intentando taparse la boca disimuladamente del hipeo de risa que la muy ingrata tiene.

Estoy roja como un tomate. Los mofletes me van a estallar en cualquier momento y un ictus se me antoja la única salida digna.

Como puedo, agacho la cabeza y me hago hueco apartando a la gente. Tengo que huir de aquí. YA.

—¡Espérame! ¡Blanca! ¡Blanca! —La oigo decir, a la muy traidora mientras abandono a zancadas la escena.

BOCHORNO, ES POCO



Blanca

Me escabullo entre la gente como puedo. Es julio, la playa está a reventar y yo he dado un espectáculo tremendamente estelar. Ni la pirotecnia en plenas Fallas es tan magnética, potente y estruendosa como mi autosabotaje. Juro que se me ha salido el alma por la boca. Me he acordado de Herminio, pero bien. Mira que el hombre nos lo advirtió un millón de veces. Es muy peligroso, quitaros la idea de la cabeza, vais a acabar con las piernas amputadas. ¿En qué maldito momento se me ocurrió la brillante idea de darle el gusto por su cumpleaños a la traidora de Desiré?

Soy idiota, tremendamente idiota. Estas cosas solo me pasan a mí, por no quedarme quietecita y regalarle un dichoso jersey estrambótico.

Por no hablar de lo otro…, del rubio que tenía pegado a mis nalgas, desplegando sus tentáculos, TODOS ELLOS, sobre mi cuerpo. Estoy segura de que lo ha hecho a propósito. Esa cometa estaba trucada, es imposible que fuera la única a la que el viento ha arrastrado como si fueran unas bragas sorprendidas por un jodido huracán en mitad de un tendedero. Literalmente, he volado. Y para todos aquellos que aseguran que su sueño es volar, tipo si les concedieran un superpoder, ya les digo yo que eso de levitar en el aire no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Es como ser una piñata en mitad de un cumpleaños y que te aticen enanos diabólicos con enormes palos, sin saber cuándo vas a explotar y desintegrarte a cachos.

Desiré aumenta el ritmo de sus pasos y logra ponerse a mi lado. Está un poco asfixiada. Y me alegro. Estoy tan enojada que mi vena

malvada ha comenzado a aflorar.

—Ha sido lo más divertido que he presenciado en años.

La desintegro con la mirada.

—Eh, no te pongas así. Deberías estar contenta por haberte refregado con ese dios del Olimpo. ¿De verdad tenía un gusanillo? —indaga, socarrona.

Vuelvo a girarme hacia ella, mientras acelero el paso, con aire letal.

—No la pagues conmigo —añade, guasona—. Venga, anda, vamos al chiringuito a tomar algo.

—Ni de coña. Me voy para casa —rehúso tajante, subiéndome a la pasarela de madera, dirección al coche como un toro miura.

—Venga ya, Blanca, ¿qué vas a hacer en casa? ¿Martirizarte? Vamos a tomar algo. Esto era por mi cumpleaños, y dudo que vayas a querer regresar los dos días que nos quedan de curso. —Me mira con cara de perrito degollado, intentando hacerme chantaje emocional por si cuela.

—No vuelvo ni aunque te arrodilles y me lamas el dedo gordo del pie —suelto por la boca la primera locura que se me ocurre. Tomo aire y suelto otra barbaridad, muy impropia de mí—. Ni aunque dependa de mí el futuro de la humanidad, os podéis pudrir todos —zanjo, indignada.

—Valeeee, pero tomémonos una cervecita entonces —pide suavemente con un tonito meloso y dulce para llevarme a su terreno.

—No me apetece.

—Lo sé, pero no es buena idea que te encierres en casa —me aconseja cariñosamente, pasándome un brazo por el hombro—. Vamos.

La sigo arrastrando los pies, no muy convencida aún. Y solo porque, a pesar de todo, en el fondo tiene razón. Como me vaya a casa, voy a estar toda la tarde rememorando la escena una y otra

vez. O lo que es lo mismo, crucificándome hasta perder la consciencia.

Miles de rostros se voltean a mi paso al entrar al chiringuito, y unas molestas risillas van circulando a mi alrededor. Genial, me reconocerían en estos momentos hasta en Australia. Me siento superincómoda y desubicada. Ojalá pudiera borrar de un plumazo todo lo que ha sucedido en esta última hora.

—¡Joder!

—¿Qué te pasa ahora?

—Que acabo de darme cuenta de que seguro que estoy rulando por todo Internet. —Me echo las manos a la cabeza horrorizada, con los ojos desencajados y el pulso desbocado.

—Te diría que no, para consolarte, pero he visto más de un centenar de móviles alzados grabando tu épica aventura. Si no te conviertes en *trending topic* será un milagro. —Ríe entre dientes Desiré.

Alzo mis manos, sujetándome la sien. Me siento mareada. El aire comienza a faltarme, y tengo unas tremendas ganas de llorar. Como mi jefe vea esto, me puedo olvidar del ascenso. ¿Quién va a querer contratarme como analista de riesgos, si mi trasero está en primera plana en todos los medios digitales del maldito mundo? Que parezco la jodida Bridget Jones bajando por la maldita barra de bomberos. Confianza, lo que se dice confianza, no transmito. Además, si no soy ni siquiera capaz de analizar el riesgo que conlleva este asqueroso deporte, quién va a confiarme a mí su dinero para considerar los riesgos del mercado bursátil. Ya te lo digo yo. Nadie. Absolutamente nadie. Maldita sea la hora en la que decidí regalarle el pack de experiencias a mi amiga. Si lo hubiera sabido, el regalo estrella de este año seguiría siendo el *tupper* de chorizo frito que le regaló la abuela Herminia, con la nota de *«Un buen chorizo de Cantimpalos quita todas las penas y da muchas alegrías; si no logras encontrar uno, al menos quítate la pelusilla comiéndote este»*.

Pedimos dos cervezas con la esperanza de que el alcohol, me haga olvidar el espectáculo dantesco que he protagonizado, o al menos me disuelva las incipientes ganas de llorar que se me agolpan en el pecho.

¿Cómo es posible que esté arruinando toda mi vida así? En menos de una semana, he pasado de ser una tía inteligente, con ambiciones, responsable, que cuida los detalles, las formas, que se enorgullece de su autocontrol, de su capacidad para que todo vaya a la perfección, siguiendo los trazos marcados por una cuidadosa planificación, a esto… Una perturbada que se putea con su vecino, y va enseñando el pandero por el mundo entero, para acabar restregándoselo al primer gilipollas de turno. Mi vida va en declive. Estoy acabada.

El chiringuito está a reventar, miles de personas bailan en mitad del césped. Otras se sientan en dirección al mar, como nosotras, que estamos vueltas de espaldas al gentío, intentando pasar desapercibidas, en la medida de lo posible.

—Por nosotras. —Acerca Desiré su botellín al mío.

—Por nosotras —ahogo mi vocecita como alma en pena.

Dura poco. La tranquilidad. Si es que alguna vez la tuve.

Lo distingo, mucho antes de acercarse al chiringuito. Sigue con el torso desnudo, con el cabello despeinado y esa expresión en su cara, que diría que esta vez es de pura irritación. Va tirando de uno de los equipos de Kite. Estoy segura de que es mi cometa, la tengo grabada con fuego en mis córneas y en mi maldito cerebro. Voy a tener pesadillas con esto hasta el día de mi muerte. A su lado, un chico alto y bastante atractivo parece estar metiéndose con él, porque tuerce los labios en una mueca de protesta que se acrecienta cuando me ve. Se vuelve y noto cómo me señala descaradamente. El otro chico se gira y me escudriña con la mirada con cierto disimulo, apareciendo impresa en su rostro una amplia sonrisa, o al menos es lo que desde aquí interpreto.

—Otra vez no. —Volteo los ojos.

—Uhh, esto se vuelve a poner interesante. —Palmea mi amiga tan emocionada, que ni siquiera intenta disimular su euforia por respeto a mí. La muy asquerosa está disfrutando de lo lindo de mi sofoco.

—¿Buscando otra presa para aniquilarle el sable?

—¿Te refieres a tu gusanito?

—¿Quieres palparlo de nuevo? Creo que estabas tan asustada que no has medido bien sus dimensiones —dice arrugando el ceño con altivez.

Tuerzo el gesto con disgusto, y me llevo dos dedos a la boca, en señal de «me das arcadas».

—Tarada —gruñe, mosqueado, siguiendo su paso enfurecido.

—No se lo tengáis en cuenta, últimamente está un poco irascible. Soy Charles —se presenta con una desbordante sonrisa que hace bizquear a Desiré.

—Encantada. —Se levanta de un salto mi amiga, retirándose la gran melena pelirroja del rostro y estampándole dos jugosos besos, que el chico recibe con cierta timidez.

—Y tú debes de ser la vecina.

—Sí, la máxima perjudicada —respondo, pesarosa.

Charles ríe a carcajadas.

—Te doy el pésame —bromea.

—Gracias.

—No es nada. Con lo poco que me ha contado Markus sobre ti, ya me caes mejor que él.

Le dedico una tímida sonrisa. La primera, después del lamentable alboroto, que soy capaz de esbozar.

—¿Vienes o qué? —gruñe Markus haciendo aspavientos desde la barra.

—Estoy bien aquí —le vacila divertido Charles, fijando la vista de nuevo en nosotras, ignorándolo deliberadamente—. Yo quiero una

cerveza —alza la voz.

—¡Pues ven a pedirla! —ruge Markus, ofuscado.

Aún se puede palpar el cabreo en sus palabras, parece que lo del gusanillo le ha hecho pupita en su enorme ego.

—Voy a ir, antes de que empiece a echar chispas e incendie el local —bromea el amigo—. Encantado de conoceros, espero que nos veamos pronto —agrega con simpatía, mientras se aleja.

—Me he enamorado —suspira sonoramente Desiré.

La observo de reojo.

—¿Exactamente de cuál de ellos? —rezongo.

Hacía menos de dos horas, estaba bizqueando, encandilada de amor, por mi vecino.

—De Charles, claro. Markus está ya cogido. Nunca le haría eso a una amiga —dice con teatralidad.

—Estás chalada. —Arrugo el labio molesta, dándole un sorbo a mi cerveza, deseando emborracharme lo antes posible para olvidar el ridículo tan bochornoso que he hecho.

Desiré se gira y deja escapar un profundo suspiro. Con la vista concentrada en ellos, como si Cupido hubiera hecho muy bien su trabajo.

—Parecen los dos salidos de un catálogo de ropa interior. Si no lo hubiera visto como monitor, diría que son chicos de compañía de alto *standing*.

Volteo con disimulo la mirada hacia ellos y, muy a mi pesar, pienso —aunque me muerdo la lengua— que tiene razón. Destacan. Entre todos los hombres. Y mira que hay hombres, y guapos, en este sitio. Esto parece un culto a la belleza. Todos están enseñando músculos. Con gafas de sol. Repeinados, aunque intentando aparentar que no. Aun así, todo el personal femenino está pendiente solo de ellos. Veo varios grupos de amigas cuchicheando y mirándolos. Otras son más directas, y les sonríen.

Dos chicas despampanantes están caminando hacia ellos. Una de ellas, la rubia de piernas kilométricas, labios carnosos, ojos cielo, está susurrándole algo al oído a Markus, cuyas comisuras se marcan poderosamente, alzándose traviesas, antes de contestarle algo que, desde aquí, no soy capaz de oír.

¡Maldita sea! ¡Qué leches le estará diciendo! Escudriño la mirada en un vano intento por leerle los labios. No entiendo por qué motivo tengo tanto interés en saberlo.

¿Será que empiezo a ser masoquista o algo peor?

No. No. No. Ni loca.

Ese tío es grosero. Engreído. Antipático. Y molesto, muy molesto.

A pesar de ello, parece que soy incapaz de dejar de mirar en su dirección, mientras instintivamente aprieto los puños cada vez que la rubia acerca sus pegajosos dedos a él.

—Sabes que me estás dando la razón, ¿no? —deja caer Desiré, con expresión burlona.

—Vámonos. No es lo que piensas —concluyo más rabiosa de lo que debería—. Es el maldito día que llevo, que me tiene trastocada.

Caminamos hacia el coche en silencio. Yo sigo con un humor de perros y Desiré está absorta en su móvil. Cuando tomamos asiento, mi amiga sube la radio y tararea la canción de Sidecars, *Locos de atar*. Tiene una voz angelical, si no hubiera conseguido ser bióloga, seguro que hubiera triunfado como cantante.

—Blanca, ¿sabes en lo único que he podido pensar cuando estabas en el aire?

—¿En que ojalá me salvara y no muriera tan joven?

—No.

—¿En que el hospital estaba a más de media hora?

—No.

—¿Entonces en qué? —pregunto con inocencia.

—En que, por la Virgencita de los abdominales, no se te saliera el alga marina que tienes en la entrepierna. —Ríe a carcajadas mientras intenta secarse con las manos las lágrimas que se le escurren por las mejillas.

Fulminarla con la mirada se queda corto. La estoy desintegrando.

—Piénsalo unas horas… y cuando recapacites… que sepas que ya te he cogido cita con mi esteticista mañana para despejarte el matojo del mejillón.

Salgo del coche sin decirle ni adiós, dando un portazo que hace retumbar las ventanillas. Mi nivel de paciencia hoy está en números rojos. Estoy que trino.

—Será asquerosa —farfullo a media voz—. Aunque… quizás, sí que tenga algo de razón con eso de ir a depilarme. Si se me hubiera visto… estaría siendo un meme durante los próximos mil años.

DIAGNÓSTICO



Creo que algo malo me pasa. Aunque no logro determinar exactamente el qué. Me siento como diferente, extraño. Además, me sorprendo a mí mismo haciendo cosas raras de pelotas. Como hace una hora, cuando le he dicho a la imponente rubia con la que estaba flirteando que me iba a casa, pero sin ella. Lo que digo: inaudito. Insólito.

Grave de cojones.

Yo, que presumo de que mi máxima en la vida es pasármelo bien y disfrutar, sobre todo de los placeres de la carne, acabo de rechazar a un pibón de tía sin ningún motivo.

¿Estaré malo? ¿Tendré algún virus mortífero? ¿Será que sus patadas en los huevos me han dejado con la libido en coma? ¿Me habrá neutralizado el cohete? Comienzo a ponerme muy nervioso, tanto que un sudor frío comienza a acartonarse en mi frente. No sería la primera vez que un golpe acaba con el sistema reproductor masculino, vamos, que le funde los plomillos para siempre. El aire se me corta antes de llegar a los pulmones, creo que estoy hiperventilando, y también… quizás, exagerando un poco. Domino lo suficiente en la materia como para saber que, en el fondo, dramatizo. Lo que me cuelga ahí abajo sigue estando lozano. Pero estoy con mi pataleta personal, y no es tan fácil salir de ella.

Tomo asiento en la minúscula barra de la cocina. Repaso la vista por los anticuados muebles de color anaranjado. Quién cojones elegiría este color, hay que tener mal gusto, divago. Me bebo dos

vasos de agua del tirón. Y cuando me siento más relajado, me palpo por encima de los gayumbos, y termino entrando en razón.

Mi retirada con esa rubia puedo achacársela única y exclusivamente a que aún me duelen los cojones, sobremanera. Que es lo más normal del mundo, después de ¡la puñetera tarde de locos que he tenido!

Si alguien me hubiera dicho que, de todas las personas del jodido pueblo, para darle clases, iba a aparecer otra vez la tarada de mi vecina, me hubiera descojonado en toda su puta cara. ¿Qué probabilidades había? ¿Una entre cien mil?

Lo cual me lleva a la siguiente premisa, esto empieza a olerme muy mal. Algo me descuadra. Soy un tío de matemáticas, y algo en la ecuación falla. Comienzo a sospechar que o me sigue, o que todavía quiere vengarse. Puede que sus palabras reiterando con vehemencia que firmaba la paz solo fueran patrañas para poder pillarme desprevenido cuando me asestara el golpe maestro de hoy. A lo mejor, era pura mentira y me tenía preparado todo este circo para desacreditarme como instructor y de paso aniquilarme el sable.

Mi teoría va cobrando fuerza, tanta, que casi estoy convencido de ella, hasta que caigo en el detallito sin importancia de que la *tocapelotas* —nunca mejor dicho— lo ha pasado hoy peor que yo. Solo había que verle la cara de espanto cuando ha despegado del suelo y el color escarlata de sus mejillas cuando la he hecho aterrizar. Le iba a dar un infarto. Aunque la culpa de todo es de ella, y nada más que de ella. A quién se le ocurre no prestarme la más mínima atención cuando explicaba y, encima, luego, pasarse mis órdenes por el forro de los cojones.

Cuando he visto que tenía los pies en volandas y que si no la aguantaba se la tragaban las nubes, por mi mente han pasado dos cosas. La primera, déjala que se la lleve Dios, que dejará más paz de la que da. Y la segunda, me cago en la puta, Charles me mata como le pase algo, recupérala cagando leches.

Si el negocio no hubiera sido de mi amigo, otro gallo hubiera cantado.

Sí que es cierto, que cuando ha empezado a gritarme que la cogiera más fuerte, ahí he titubeado. Me he ablandado. E incluso deseado con todas mis ganas salvarla y acunarla en mi pecho para que se sintiera protegida. A salvo. Para ello, he utilizado toda la fuerza y capacidades que tenía en mis manos. Optando por la opción, quizás, menos decorosa, pero más efectiva. Agarrarla del trasero.

Primero, porque tiene un buen trasero. Muy bueno, por cierto, tras tocárselo por la inminente emergencia. Si tuviera que puntuarlo, y no soy de esa clase de tíos… tendría que darle un diez, sobre diez.

Y segundo, porque era de lo único de lo que podía tirar. Sus piernas y sus pies no cuentan, estaban muy ocupados intentando derribarme a patadas.

Repito de nuevo para que quede claro, lo he hecho, con la única y exclusiva intención de ayudarla. Quiero dejarlo patente. No soy ningún tocón, ni mucho menos me hace falta serlo, tengo bastante público.

Y ya que estoy confesándome, conmigo mismo, debo admitir, aunque nunca lo haré en voz alta, permanecerá para siempre como un secreto íntimo, que cuando la he agarrado del trasero, algo en mi interior, y puntualizo, SIN MI CONSENTIMIENTO, se ha prendido, adquiriendo vida propia.

¡Joder, es que olía tan bien! ¡Y está tan buena! ¡Aunque sea tan molesta como un grano en el culo!

Hasta que luego ha tenido la osadía, la muy idiota, de gritarme que era un cerdo y mil barbaridades más que me ponen de una mala hostia que me revuelven las tripas. Creo que eso es lo que tengo, inquina fluyendo por mis venas. Maldita sea su estampa, me va a volver loco de remate.

Total, que aquí estoy, con mis partes guillotinadas y a dos velas, sentado en una banqueta de la cocina, observando la horrible decoración del maldito apartamento, rememorando cómo ha osado llamar a mi polla guisante.

Sigo sin creérmelo. No salgo del bucle mental.

Decido ir a sacar la basura a ver si el aire disipa mi acritud, y a la vuelta, dirijo una mirada rápida a mi derecha, cerciorándome de que mi querida vecina está en casa con la tele puesta. La vi largarse del chiringuito minutos después de que las dos chicas se nos presentaran. Y no puedo afirmarlo con seguridad, pero me pareció ver de soslayo que Blanca estuvo muy pendiente de la escena. Es más, diría que torció el gesto cuando vio que la actitud de esa chica conmigo era tan... llamémosla cercana.

¿Será que, de alguna extraña manera, estaba celosa?

Reprimo las ganas de aporrearle la puerta para tocarle los cojones y exigirle que se retracte, pero algo me dice que no es una buena idea, que el ambiente está ya tan caldeado que somos capaces de acabar los dos entre rejas. Vuelvo a casa y me meto en la ducha, no hay nada mejor que el agua caliente recorriendo mi cuerpo después de un día complejo. Al salir, me preparo unos burritos para cenar, mientras veo de fondo uno de esos programas musicales de la televisión a los que no se necesita prestar mucha atención. Quiero acostarme pronto, tengo una larga semana de trabajo por delante, y necesito estar descansado para poder concentrarme y ser un buen profesional.

El reloj señala las once de la noche cuando me levanto del sofá, me pongo las chanclas y me dirijo bostezando a la habitación. Sacudo un poco las sábanas para estirarlas. Están hechas un gurruño, porque nunca hago la cama, me parece una pérdida de tiempo absoluta. Cuando ya he puesto el despertador a las siete y estoy acomodándome, con los ojos ya cerrados, mi móvil comienza a sonar. Doy un respingo, preocupado. Es demasiado tarde para recibir una llamada. Lo primero que se me pasa por la cabeza, es que sea mi madre, que esté en uno de esos días en los que las tinieblas se apoderan de ella. Antes, solía ser lo habitual. Ahora, gracias a la terapia y a la medicación, el número de veces ha disminuido cuantiosamente. Lo que es un alivio. Miro inquieto la pantalla del

teléfono por si aparece su nombre. Y no. No es. Es peor, mucho peor.

—¡Joder! —blasfemo viendo el emisor de la llamada.

Dudo unos instantes si cogerlo, lo que menos me apetece hoy es esto.

—Maldita sea —rebufo mientras el móvil sigue sonando en mis manos, provocando que finalmente me ablande y termine cogiendo la llamada.

—Buenas noches, Markus. Perdona que te llame tan tarde. ¿Estabas acostado?

—No, papá —contesto con desgana, omitiendo la verdad.

—Menos mal. Llevo todo el mes intentando llamarte, pero entre las reuniones, los clientes y el trabajo atrasado, me ha sido imposible. ¿Qué tal estás? ¿Te ha gustado el apartamento?

—Sí, es… acogedor —contesto, para no mencionar que la decoración la escogió un invidente.

—¿Has visto que hay toallas en el armario del dormitorio? Si te hace falta cualquier cosa, ya sabes que solo tienes que decírmelo.

—Sí, todo está bien —respondo escueto, evitando decirle lo que realmente pienso, que es: «Si después de varios meses no hubiera encontrado las toallas, probablemente estaría secándome las bolas con tus cortinas».

Aún no me siento cómodo hablando con él. Nuestras conversaciones siguen teniendo un cariz demasiado tenso, no fluyen, siguen encorsetadas en una cordialidad impostada. No es posible borrar de un plumazo los veintiocho años anteriores y que todo funcione entre nosotros con una normalidad sedosa. La vida real no es así.

—¿Y el trabajo? ¿Estás contento?

—Sí, no puedo quejarme, ya tengo una clientela enorme.

—Está bien, hijo. Quiero que sepas que te quiero y que, cuando estés preparado, me gustaría que nos viéramos.

—Vale —farfullo, a regañadientes, huyendo de fijar una fecha concreta.

—Un beso, hijo. —Lo oigo decir antes de colgar.

Esta llamada es lo que me faltaba para rematar el día, pienso, mientras me tumbo sobre el mullido colchón. Vernos. Quiere que nos reunamos. Hace años, hubiera matado por escuchar estas palabras. Por sentirlo cerca. Pero ahora, todo es difuso, complicado. Yo di el primer paso con esto. Venir a este lugar. Pero aún no estoy seguro de querer ir más allá. No sé si de verdad quiero intentarlo.

LA CONSULTA GINECOLÓGICA



Blanca

No puedo aguantar más.

—¡Maldita sea! ¡Jolines! ¡Que no llego! ¡Que no llego! ¡Que me meo!

Me levanto de un salto de la cama y corro por todo el pasillo, aguantándome mis partes en un descomunal intento para que el pipí no se me escape antes de llegar al inodoro.

Es la quinta vez que me levanto en menos de tres horas. Esto empieza a ser una pesadilla. Por suerte, llego antes de que la primera gota manche mis bragas.

—Uffff. ¡Qué alivio, Dios! —me desahogo soltando un suspiro de gusto cuando vacío mi vejiga.

Vuelvo a la cama tan pronto como tiro de la cisterna. No es la primera vez que me pasa esto. Llevo media vida así. Meándome por las esquinas. Es lo más incómodo, molesto y agotador que existe. Cada vez que me encuentro así, el mundo entero se detiene. Porque, ¿qué puedes hacer en tu vida cuando cada diez minutos, y sin previo aviso, sientes que necesitas imperiosamente y sin falta, vaciar la escotilla? Ya te lo digo yo. Nada. Absolutamente nada. Esto paraliza tu existencia. Por no mencionar, cuando estoy en el trabajo… Eso es para grabarme. Alguna vez he pensado llevarme una escupidera y colocarla debajo de la mesa. Porque lo de faltar cada vez que me invade la infección de orina no es una opción. Terminaría de patitas en la calle, por coger dieciocho bajas en el

año. Así que convivo con el problema como buenamente puedo. Con paciencia. Mucha paciencia. No me queda otra.

La noche transcurre entre la cama, el pasillo y el baño. Y no soy capaz de asegurar en qué estancia he pasado más tiempo. Lo que sí sé es que, en cuanto dan las nueve de la mañana, telefoneo sin demora a Desiré.

—Buenos días, cualquiera diría que estás de vacaciones. Si yo fuera tú, no me levantaría de la cama hasta las once de la mañana, como pronto.

—Buenos días, aunque no son tan buenos para mí —musito de mal humor, moribunda de sueño por no haber pegado ojo.

—¿Qué pasa? ¿No me digas que tu vecino te ha quitado el sueño otra vez? —pregunta con una aguda risilla—. Y si es así… espero que esta vez haya sido enseñándote el gusanillo que dices que tiene.

—¡Desiré! —la regaño—. No, esta vez no. No tiene nada que ver con él. Es que estoy otra vez con la dichosa infección de orina.

—Ohhhh —pronuncia desencantada—, me había hecho ilusiones con que tú, y ese dios del Olimpo hubierais acabado jadeando, sudorosos, bajo posturas poco ortodoxas.

—Disculpa, por chafarte la fantasía —le respondo irónica.

—¡Anda! Ahora que caigo, hoy tenías la cita con mi esteticista. ¿No?

—Sí. Y salvo que quieras que le orine encima, creo que es mejor que la anules. Lo haría yo… pero no tengo el número —chasqueo la lengua molesta.

Mi amiga se empeñó en reservar ella misma la cita, para que, según ella, no me echara atrás y terminara, palabras textuales: con un denso bosque imposible de talar en la entrepierna. Ella es así de gráfica.

—Está bien, la anulo y la cojo para la siguiente semana.

—Gracias.

—De nada.

—Y… otra cosa…

—Dime.

—¿Ana sigue pasando consulta? Porque tengo que ir a que me recete antibióticos urgentemente.

—Sí, ha montado una clínica nueva en el centro, dos calles por detrás de la iglesia. Hace unos tres meses que la ha abierto, por lo visto se le había quedado pequeño el local anterior.

—¿Tú ya has estado?

—No, aún no, me toca revisión en cuatro meses. Pero me han contado que es enorme, dicen que tiene varias consultas —chismorrea—; al final es normal, todo el pueblo acude a ella, y con el turismo que hay se le habrán multiplicado las visitas.

—Voy a acercarme, a ver si me hace el favor y me ve de urgencias… si es que consigo llegar sin mearme encima —protesto, ruborizándome solo de pensarlo. No sería la primera vez que no soy capaz de llegar a un baño.

Mi amiga se ríe sonoramente y se despide diciéndome que luego me telefonea.

Me quito el pijama y me preparo algo rápido para desayunar. Tres galletas y un Cola Cao templado, lo suficiente para matar el hambre. Me lavo los dientes. Me cepillo el pelo. Y entre todos estos quehaceres me siento en la taza del váter tres veces más. Como siga así, me voy a tener que poner una sonda.

Salgo de casa a las diez en punto. Dudo si ir andando o coger el coche, el aparcamiento sigue siendo tan insuficiente como el primer día. Al final, decido ir en coche, como vaya andando, voy a tener que levantarme la falda en cada arbusto, rincón de la playa o esquina que vea. Me van a confundir con un therian. Localizo el nuevo local por Google Maps y hallo un *parking* privado cerca de la clínica.

Logro conducir hasta allí sin altercados. Aparco y ando con brío hasta ver el cartel que pone nombre a la clínica. Empujo la puerta y un habitáculo amplio me recibe. Todo es de color beige, las paredes, el mostrador, tras el que me recibe una recepcionista vestida del

mismo tono, las sillas e incluso los cuadros. Todo da una sensación de calidez, de bienestar, como si quisiera reconfortar a los pacientes. Yo, personalmente, lo agradezco, hace que me sienta menos nerviosa. Me da pudor todo lo que sea íntimo. Y esto lo es, y mucho. Que una señora te pida que le abras las piernas para enseñarle tu cueva de los deseos es, cuanto menos, bochornoso. Y que el proceso siga, con meterte un enorme aparatejo por el chichi hasta atravesarte entera y llegar casi a tu yugular, sigue siendo, al menos para mí, y no entiendo cómo para el resto de la humanidad femenina no, una soberana mierda.

En fin, por todo esto y algunas cosas avergonzantes más, yo siempre acudo a la misma persona. No titubeo. No dudo. Aunque suban los precios de las consultas. Aunque se trasladen. Aunque cambien de dueño. Blanca Pinto Casas. Siempre, siempre, siempre desde que tiene uso de razón va a la clínica de Cecilia Hernández en Madrid y a la de Ana Tolosa en Tarifa.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —me recibe la joven y amable recepcionista con una amplia sonrisa.

—Quería saber si pueden atenderme de urgencias.

—No creo que sea posible —contesta mirándome por encima de sus finas y elegantes gafas—. Lo siento, tenemos la agenda completa —añade, mientras repasa con la mirada la pantalla del ordenador. Quiero imaginar que buscando un hueco—. No tengo nada libre —se reafirma, encogiéndose de hombros.

—¡Joder! —exclamo, con un nudo en la garganta y los ojos vidriosos de la angustia. Me están entrando unas ganas enormes de llorar.

La chica, al verme con el sufrimiento reflejado en todo mi ser, duda, y parece que se apiada de mí.

—Es que Ana no está. Está de vacaciones y parece que todo el pueblo, necesita una consulta —cuchichea con un tono en el que percibo cierta ironía—. Pero lo tuyo, se ve a leguas que es algo importante. Solo hay que verte la cara que traes. —Asiento con la

cabeza y, antes de dejarla terminar la frase, le pregunto si puedo usar el baño.

—¡Me orino! —voy silbando, hasta alcanzar el baño. Gracias a Dios llego a tiempo.

Al salir, la chica de recepción me llama.

—He preguntado, por hacerte el favor. —Me guiña el ojo, con simpatía—. Las chicas debemos apoyarnos las unas a las otras con estos problemillas tan molestos. Vas a tener suerte, me ha dicho que te verá en cuanto pueda. Puedes pasar a la sala de espera que está a la derecha. Te verá en cuanto se despeje un poco la cosa.

—Mil gracias —agradezco de corazón, aliviada.

Que no me asistieran significaría ir al centro de salud, hacerme un análisis de orina y esperar tres días un resultado que necesito YA.

—Por cierto —me vuelvo—, si Ana no está, entiendo que me verá otra persona. ¿Cómo es la ginecóloga?

—Una eminencia —responde la chica con una risilla—. Desde que está en nuestra clínica, incluso viene más gente. Tenemos una lista de espera de más de un mes. Lo que he hecho contigo es una excepción. No lo cuentes por ahí o me buscas la ruina. —Me vuelve a guiñar el ojo con simpatía.

—Gracias, de verdad —agradezco antes de continuar por el pasillo y entrar en la sala de espera.

La muchacha es un verdadero encanto, ya quedan pocas personas así de serviciales y joviales.

Cuando llego, certifico con mis propios ojos que lo que me ha dicho es totalmente cierto. Nunca en la vida he visto una sala de espera tan increíblemente repleta de gente como ahora. Todas las sillas están ocupadas. Y al menos diez personas más esperan de pie. Me coloco como puedo en una esquina apoyada en la pared, mientras paseo la vista con detenimiento por la sala. Hay mujeres de todas las edades, pero lo que más me llama la atención es que todas van muy arregladas y maquilladas. Miro mi vestimenta y me arrepiento de no haberme puesto algo mejor. No es que vaya mal,

pero comparándome con las demás, estoy un poco flojilla. Justo en ese instante, caigo en la cuenta.

—¡Mierda! —gimo, ahogando las palabras, para que nadie me oiga. Acabo de acordarme de que ahí abajo el molusco sigue pareciendo un erizo; vamos, que aún no se ha hecho la poda, como diría la graciosilla de Desiré. Lo que significa que voy a pasar una vergüenza insoportable. Si no fuera porque el pis literalmente se me escurre por las patas abajo, me daba la vuelta y me marchaba a todo correr. La idea de que Ana fuera a ver mis partes sin depilar no me agradaba, pero podía soportarlo. Pero que lo haga otra mujer desconocida me enciende los colores solo con pensarlo.

Relájate, Blanca. Intenta no pensarlo.

Los minutos van pasando lentamente, las mujeres van entrando y saliendo de la consulta, mientras yo parezco abonada al baño. Se me está haciendo la mañana eterna. No es hasta después de tres horas que la sala de espera parece que comienza a despejarse. Ya incluso veo caras a mi alrededor que han llegado después que yo. Espero que se apiaden de mí y me llamen pronto.

—Blanca Pinto Casas, ya puede pasar a consulta. —Oigo que me llaman. Unas disimuladas risas se agolpan en la sala de espera. No me pilla de sorpresa, han dicho mi nombre completo, y eso suele provocar esa reacción. No los culpo. Mis padres no estuvieron muy acertados con el dichoso nombrecito que me pusieron. A veces, dudo de que me quisieran, lo mismo fui un bebé no deseado y esa fue su forma de vengarse.

Me levanto de la silla en la que estoy sentada, hará una media hora que he podido conseguirla. Tenía los pies como dos botijos de estar tanto tiempo en pie. Me acerco y pego con los nudillos a la puerta. Una voz femenina muy jovial me indica «adelante».

—Buenos días —saluda una chica joven.

—Hola.

—Puedes pasar al baño a desvestirte, dentro encontrarás sobre la estantería situada a la izquierda varias batas, ponte una de ellas y

sitúate en la camilla. En unos minutos, cuando estés lista, te atenderá el especialista.

—Gracias —contesto envuelta en mi habitual timidez. Estos momentos me ponen bastante tensa.

Me meto en el baño y me pongo la bata, por utilizar la misma jerga que la enfermera, porque esto de bata tiene bien poco. Es una especie de papelillo casi translúcido verde que, con suerte, te difumina las tetas y el chichi, y digo difumina porque la palabra tapar creo que le queda demasiado grande. Deja completamente al descubierto la espalda y el trasero. Por mucho que intento amarrarme la escueta tela, el lazo que consigo anudarme atrás, no mejora el asunto. Estoy en bolas, sin depilar, y con los mofletes de la cara, aunque también podría aplicarse a los del culo, burdeos.

Salgo de nuevo a la sala, posiciono mi culo como puedo en el sillón de las torturas y alzo las piernas, dejándolas completamente abiertas. Una apunta hacia la izquierda y la otra a la derecha, como si se hubieran peleado y estuvieran castigadas cada una en una esquina. Un fresquito criminal circula por mis partes, apenas cubiertas por la ridícula bata de papel.

Intento calmarme. Cierro los párpados, inspiro y espiro varias veces, suplicando para que mi rubor desaparezca, cuando oigo entrar a la doctora.

—Buenos dí… —Oigo alertada una voz masculina.

¡¡Maldita sea!!

¡¡No… no había ni siquiera imaginado que la ginecóloga pudiera ser ginecólogo!!

No ha terminado la frase cuando abro los ojos de sopetón, y lo que veo me provoca un cortocircuito mental tan brutal que, durante unos segundos, mi único deseo en esta vida es MORIR.

Así. Sin más.

¡¡Juro por Dios que no quiero otra cosa!!

¡¡Que me parta un rayo!!

¡¡Que me dé un infarto!!

¡¡Que un guerrero masái me atraviese el pecho con su lanza como si fuera un pinchito de pollo!! ¡¡Ojalá ser un puto pinchito de pollo en mitad de una barbacoa de caníbales!!

Estoy segura de que me iría mucho mejor.

—¡¡Joder!! ¡¡Joder!! ¡¡Más que joder!! —grito entrando en pánico, atacada.

Pego un salto del sillón y me tapo histérica con ambas manos todas las aberturas estratégicamente diseñadas para arruinarme la vida.

Aprieto las rodillas entre sí, que me tiemblan por el ataque de nervios que estoy sintiendo, en un desesperado intento por dejar a buen recaudo el pozo de los deseos.

—Pero ¡qué grata sorpresa! —exclama mi vecino.

Alias Satanás se queda corto, muy corto.

Me observa con una chispa de disfrute en el semblante, mientras una sonrisa lenta y traviesa se instala en su cara. Se recrea en la grotesca escena que acabo de ofrecerle en bandeja de plata.

Está bastante guapo, una cosa no quita la otra, la verdad, la bata blanca le sienta insultantemente bien, le da un aire interesante. Sexy. Tan alto, con esos potentes ojos, esos labios jugosos.

Ahora entiendo el harén de mujeres que le esperan fuera, seguro que le llaman el doctor Bajabragas.

Maldita sea, Blanca, no te vayas por las ramas. Céntrate.

Cómo siga acercándose, vas a caerte espatarrada al suelo con el estropajo para arriba. Te desmayas, seguro que te desmayas.

—¡No te acerques! ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Ni se te ocurra dar un paso más! —lo señalo gritando desmedida.

Siento que me va a dar una angina de pecho y me voy a caer desplomada en cualquier momento.

Continúa respirando, Blanca. No puedes desmayarte.

Mis ojos, bizcos, vuelven a centrarse en su maldita silueta, esperando que sea un jodido espejismo. Pero NO. NO… Es él. ÉL, la personificación de todos mis males, de mi horrible suerte, de mis reiteradas penurias.

De pie. Frente a mí. En bata. Blandiendo una asquerosa sonrisa. Disfrutando, el muy mamón, de la patética escena que estoy orquestando.

—Pero, Blanquita, no seas así, cálmate. —Tiene el muy gañán la desfachatez de decirme, con esa maldita chispa divertida bailándole en los ojos azules.

—¡Tú…! ¡Tú…! Es imposible… ¡Qué haces tú aquí! —lloriqueo a duras penas, dando pequeños pasitos para atrás, retrocediendo.

—Atenderte. —Estira sus comisuras, alzándolas divertido, gozando del momento—. Soy tu ginecólogo.

—No puede ser —tartamudeo gimoteando.

—Claro que puede

—Tú, tú, tú eres monitor, la cometa, el otro día… —consigo balbucir palabras sueltas.

—Le estaba echando un cable a Charles. Montó el negocio hace unos meses —explica con aire burlesco, juraría que dirigiendo su mirada hacia mis tetas, mientras yo solo pienso en asesinarlo o suicidarme.

Sigo de pie con las rodillas tan apretadas entre sí que no conseguiría pasar ni un alfiler entre ellas, temblando de vergüenza, incredulidad y odio.

Muchísimo odio.

—Venga, siéntate, veamos ese problemita que requería de mis habilidades médicas. Me han pasado la nota de que tenías una urgencia —señala, divertido con una mueca de regodeo que me insta a arrojarle el instrumental que tengo más a mano.

Las tijeras, por ejemplo. Quedarían tan bien clavaditas en su pecho, tan monas, perforándole su podrido corazón.

—¡Ni muerta! ¡Vete! —me desgañito, rezándole al universo para que no me entren ganas de ir al baño de nuevo o, lo que es peor, que se me salga el chorrito pierna abajo.

—No te hagas de rogar, mujer. Siéntate —dice comenzando a dar pequeños pasitos hacia mí.

Es tan alto, tan corpulento y tan absurdamente musculado, que me siento una hormiga en su presencia, una que de un momento a otro teme que la espachurren. Y para colmo huele demasiado bien y tiene esa seguridad arrogante que debería resultar insoportable.

Y lo es. Por unas décimas de segundo casi me dejo convencer.

NO, Blanca, NO. No caigas en las garras del demonio con bata.

—No te pongas así —dice conteniendo la sonrisa—. Eres la primera paciente que me recibe con semejante hostilidad.

—¡Déjame ir al baño a por mi ropa! ¡Ahora!

Sospecho que con la que estoy montando, en cualquier momento entrará alguien a rescatarme. Porque deben, literalmente, estar pensando que me están descuartizando.

—No seas así, Blanquita, relájate, que no tienes ahí nada que no haya visto antes —se mofa el muy sinvergüenza, apartándose uno de sus rizos de los ojos con un deje demasiado seductor para ser legal.

—¡Lárgate! ¡Ya!

—Es mi consulta, Blanquita, ¿dónde quieres que me vaya exactamente? —arremete con este tonito de gañán que me incita a agarrarlo del cuello como a un pollo y estrangularlo.

Me sale humo de las orejas. Pero ¿qué se cree el imbécil este, que voy a abrirme de patas delante de él.

A ver, si las cosas no se hubieran dado así, como son, ganas no me hubieran faltado. Pero no es el caso.

—¡Pervertido! ¡Acosador! —Él alza una ceja, divertido.

—Eso que me dices está muy feo. Es insultante. Además, si has venido tú a mi consulta… ¿Cómo voy a estar acosándote yo? Y ahora que lo dices, fuiste tú la que también viniste a mi clase.

Da otro paso. Lento. Peligroso.

—¿No será que eres tú la que me acosa? ¿O es que echabas de menos mi enorme instrumental? —Un destello tentador y pícaro realza su asombrosa y malévola sonrisa.

—¡Dirás tu minúsculo instrumental! ¡So guarro! ¡Vete de una maldita vez!

—¿No quieres remediar tu problemita? —insiste, disfrutando claramente de mi sufrimiento.

Y lo peor de todo es que sus ojos brillan con esa diversión arrogante que debería hacerme odiarlo. Más. Mucho más.

Pero, por desgracia, también consigue que me tiemblen un poco las piernas. Y eso me cabrea todavía más.

De repente comienza a faltarme el oxígeno cuando, para colmo de males, caigo de nuevo en la cuenta de que no he desbrozado la selva Amazónica, y que, si sigue acercándose, va a verme el matorral.

¡Maldita sea! ¡Qué mierda habré hecho yo en esta vida para merecer semejante castigo cósmico!

Sigo intentando que no se me salga de la escueta tela una teta. El culo, está ya al aire libre, pero por suerte da a la pared, así que por ahora está a buen recaudo de los ojos incisivos y malévolos de mi vecino, que sigue de pie frente a mí con una estúpida sonrisa de oreja a oreja, henchido de satisfacción, recreándose con la bizarra escena y con mis enormes, inmensas, inconmensurables ganas de llorar.

Me sorprende que aún no se me haya caído ninguna lágrima, esto es más de lo que cualquier ser humano puede soportar.

Siento que me voy a desplomar justo en el momento en el que la puerta se abre de par en par y la enfermera entra.

—Disculpe, doctor, ¿sucede algo? —pregunta, cortada.

—No, no. —Tiene la gallardía de asegurar, con toda la tranquilidad del mundo, el muy asqueroso.

Hace una pausa deliberada.

—Es que la señorita... ¿cómo era?, Blanca Pinto Casas, por cierto, buen nombre, bastante creativo... —Oculta una mueca divertida tras el puño de su bata—. No sabía que la iba a atender un hombre y está un tanto nerviosa. Estoy tratando de explicarle que no tiene de qué ponerse nerviosa, que soy bastante profesional, y que, al venir de urgencias, me da mucho reparo que se vaya sin revisarla.

HIJO DE SATANÁS.

—Claro —interviene la enfermera, comprensiva—. No tiene usted de qué preocuparse, está en muy buenas manos. Ya ha podido comprobar la enorme lista de espera que tiene el doctor. Es una eminencia llegada directamente desde Noruega.

Y ahí estoy yo. Semidesnuda. Colorada como un tomate. Pareciendo oficialmente una desequilibrada mental.

Por un instante estoy tan cortada que parece que se me ha tragado la lengua un gato, tal como dice el refrán. El muy cretino ha sabido darle la vuelta a la tortilla, y que parezca que estoy tan tarada como dice. Estoy acorralada.

Ahora tengo dos opciones: Abrirme de patas y que la cabeza de Markus navegue en los entresijos de mi vergüenza. O quedar como una puta loca y decir que me parece genial, pero que me marcho sin mirar atrás, con los pocos restos de dignidad que aún no han muerto calcinados.

Obviamente, elijo la segunda. Y como ya he puesto toda la carne en el asador, y estoy roja como un maldito carabinero, después de hervir media hora en el infierno, hago lo único que, llegados a este punto, puedo hacer. Seguir con los brazos y las manos dislocadas tapando mi delantera y dando por perdido mi trasero. De esta guisa, ante los atentísimos ojos de Markus y de la enfermera, cruzo la estancia dejando a la vista mis turgentes nalgas hasta meterme en

el baño. Me cambio más rápido que Superman y salgo sin mirar atrás, cagando leches de la clínica.

Ya fuera, el aire intenta volver a mis pulmones. Ahora mismo, daría todos mis ahorros para que un enfermero me electrocutara con un desfibrilador y poder desmayarme a gusto en la camilla de la ambulancia camino al hospital.

Puto día.

Puto cosmos.

Puto destino.

LA DISCULPA



Blanca

Son más de las cinco de la tarde y todavía sigo sofocada. He pasado el peor rato de mi vida. Cuando alcé la mirada y lo encontré frente a mí con la bata blanca por poco no me muero de la impresión.

¡Ginecólogo! ¡El muy desgraciado es ginecólogo! El tío que me ha hecho la vida imposible desde que estoy aquí, es nada más y nada menos que ¡¡Ginecólogo!!

¡¡Y a puntito ha estado de ser el mío, y verme la almeja al descubierto hasta alcanzarme la perla!!

Nunca en la vida mis mejillas habían llegado a alcanzar ese tono, aquello no era vergüenza, era actividad volcánica. Las he notado derretirse hasta desintegrarse en pedacitos como los cirios en Semana Santa.

Por más vueltas que le doy, no puedo parar de pensar en que es una macabra broma del destino, eso, o que alguien me ha puesto dos velas negras. Nunca antes había creído en la magia negra, hasta ahora. Porque tengo claro que esto no puede ser coincidencia. No existen en este mundo tantas coincidencias juntas, que puedan terminar desembocando todas en ÉL. El demonio de ojos azules.

Todavía puedo ver su asquerosa sonrisa de satisfacción tatuada en sus jugosos labios, al verme. El tonito mordaz que envolvían sus palabras, llamándome, encima, acosadora. A MÍ.

Sí, sí, a mí que no quiero verlo ni en pintura. Que huyo de él. Que no ansío otra cosa que tenerlo cuanto más lejos mejor. Puñetero narcisista. Creído sinvergüenza.

Y, por si fuera poco, no he solucionado mi problemita. Sigo pareciendo un cachorro con incontinencia, meándome por las esquinas. A ver, cómo leches consigo yo los antibióticos. Sinceramente, ahora mismo cualquiera me valdría. Droga. Necesito droga. Una potente que me quite esto y de paso me borre de la memoria la imagen de Markus mirándome con expresión divertida en mitad de su consulta, cuando no llevaba más ropa que una bata translúcida.

He llamado a Desiré, por si por casualidad tiene alguna cajita de antibióticos descarriada en casa, del tipo que sea. Sé que no está bien automedicarse, pero ¿qué opciones tengo? ¿Ir al centro de salud? ¿Estar tres días más así?

Empiezo a estar tan desesperada que por una décima de segundo pienso que, que me hubiera atendido clínicamente no hubiera sido tan malo. Obviamente, está hablando por mí el escozor que siento ahí abajo. Lo tengo en carne viva.

Desiré me ha dicho que va a mirar en casa, y que luego a la tarde se acerca a verme, y espero que también a curarme. Aún no sabe el circo que he vivido esta mañana. He preferido guardar secreto de sumario, o de confesión, al menos hasta esta tarde, porque vaticino que me va a poner la cabeza como un bombo cuando se entere. Se va a estar descojonando de mí hasta las próximas Navidades. Y con razón.

Estoy tumbada sobre la cama, cuando oigo el timbre. Debe ser Desiré.

Ojalá me traiga los medicamentos.

Arrastro mis pies con desgana, hasta llegar a la puerta y al abrirla me quedo congelada.

NO. NO puede ser.

Segunda vez que me quedo petrificada hoy. Lo miro de arriba abajo, sin saber cómo reaccionar. Por un lado, tengo unas ganas enormes de gritarle, y pegarle una buena bofetada, lo mismo eso lo encauza y deja de ser tan imbécil, por otra, sigo tan avergonzada

que me gustaría enterrar mi cabeza bajo tierra para siempre. Así que me callo y lo observo boquiabierta, a la espera de que diga algo. O se prenda fuego a sí mismo para mi total disfrute y tranquilidad.

—Hola, vecina —saluda arrugando levemente la nariz, con un gesto que lo hace demasiado atractivo para ser el enemigo.

Me cruzo de brazos y permanezco en modo silencio, sin mover ni media pestaña, con expresión desconfiada.

Blanca, mantén posición, que no te tiemblen las piernas.

—Esta mañana, ha sido toda una sorpresa, encontrarte —dice, pareciéndome adivinar un atisbo de sonrisa en sus pómulos—. Quizás, solo quizás, me he pasado un poco.

Parpadeo. Varias veces.

¿Esto es un intento de disculpa? ¿Está disculpándose? ¿Es eso?

Como no estoy segura del todo, continúo impertérrita.

—No estuve muy profesional. La verdad, aproveché la ocasión, para sacarte un poco de tus casillas, obviando que venías por un problema médico relevante. Toma. —Extiende su mano con una bolsa.

Por un instante, algo en mi interior se agita cuando nuestras manos se rozan levemente al coger la bolsa. Tengo el pulso desbocado, y noto la boca seca. Como si para afrontar este instante, necesitara beberme seis vasos de agua, o diez zumos de piña.

Va vestido con unos jeans oscuros y una camiseta blanca con el cuello desbocado, unas Converse desanudadas y esa sonrisa rebelde que siempre lo acompaña. Es pura tentación. Estoy segura de que, si las cosas no se hubieran tornado así, y simplemente me lo hubiera cruzado en la piscina, estaría babeando por las esquinas, y no llamándolo psicópata. Lástima que la cosa se haya torcido desde el primer día, y entre nosotros no quede espacio, más que para el resentimiento.

Sostengo la bolsa en mis manos, y bajo la vista hacia su interior.

Contiene mi salvación. Los medicamentos.

Lo miro aturdida.

—¿Y por qué demonios haces esto?

—Porque eres mi paciente.

—Mentira.

—Vale. Porque me sentía culpable —explica sosteniéndome la mirada con una expresión, que si no lo conociera diría que es hasta de arrepentimiento.

—Gracias, supongo —murmuro bajito, con desconfianza. Aún no me termino de creer este gesto de buena voluntad, a ver si en vez de antibióticos me ha metido laxantes.

—No hay de qué —me responde desplegando una sonrisa.

Cuando cierro la puerta, no puedo evitar apoyar mi cuerpo sobre la hoja cerrada de madera. El aire se me ha condensado en los pulmones. Eso ha sido… ha sido, un gesto muy noble. Ha estado bien.

Una hora más tarde tengo a Desiré sentada en mi sofá, preguntándome cómo me ha ido en el ginecólogo. Dudo si desembuchar o llevarme el secreto a la tumba. Elegiría con gusto la segunda opción, pero sé que tarde o temprano se enterará. Al fin y al cabo, ella va a la misma clínica, es cuestión de tiempo que lo vea, o la atienda y entonces la próxima vez que vaya a ver los delfines me tirará del barco para que me coma una ballena.

—Fatal.

—¿Qué ha pasado? ¿No es cistitis y es una enfermedad de transmisión sexual de las chungas? —pregunta con preocupación.

—Peor que eso.

—¿Qué hay peor, por Dios, Blanca? —se alarma—. ¿Te vas a morir? ¿Cuánto tiempo te queda?

—¡Oye! Que no me van a comer los gusanos.

—¿Entonces? Por favor, Blanca, que me tienes en ascuas, ¿qué ha pasado tan grave?

—Que no estaba Ana.

—i¿Que estás asustándome de esa manera, que casi me da un infarto y te organizo un funeral, porque te ha visto otra ginecóloga?! Al final te mato yo, Blanca, te mato.

—Ginecólogo.

—¡Y eso qué más da! Tienes que ir al psicólogo. Apúntatelo en tu agenda, esa que siempre llevas encima. En cuanto llegues a Madrid, coges cita y le zampas el trauma infantil que debes arrastrar, no se puede ser tan vergonzosa.

—Era el vecino.

—¿¿Qué, quéééééééé?? —pregunta sujetándose el pecho por la impresión.

—Que estaba abierta de patas, como Dios me trajo al mundo, y el doctor era el maldito vecino.

Las risas se pueden oír desde Frankfurt. Mi amiga está literalmente, muriéndose de un ataque de risa, mientras yo frunzo el ceño mosqueada, y la miro con los ojos entrecerrados deseándole cosas horribles. La gente dice que, si manifiestas las cosas, se consiguen. Pues eso hago, desearle unas buenas cagaleras, que le quiten esas carcajadas tan inapropiadas.

Se seca las lágrimas con los dorsos de las manos, mientras hipea algo incomprensible ante mi cara de «no estoy entendiendo una mierda de lo que dices y tú deberías ser precisamente la que me apoyara y no la que se estuviera descojonando de mi desgracia». Al percibirlo, lo repite.

—Amiga, creo que eres la única que no se ha dado cuenta de que los astros, el cosmos, o el jodido horóscopo está diciéndote claro clarito, que tú y ese, ese semental, estáis predestinados.

Frunzo el ceño, la observo con mucha, demasiada inquina, me levanto y la invito a irse. Ya está bien por hoy de aguantar tanta tontería. Literalmente la arrastro a la puerta con un cabreo monumental, mientras ella sigue riéndose como si un ejército entero

estuviera haciéndole cosquillas por todo el cuerpo. Abro la puerta, la empujo al exterior y doy un portazo.

El timbre suena al menos siete veces, acompasado con unas enormes risotadas que hacen que me mantenga firme en mi decisión de NO volver a dejarla entrar.

Decidido, después de hoy, definitivamente doy por arruinadas las vacaciones. No hay forma humana de remontar esta debacle…

No salgo más. Pienso recluirme entre estas cuatro paredes, y no pisar la calle salvo para ir al súper, porque cuando lo haga para otra cosa, será para montarme en mi coche y conducir con destino a Madrid sin mirar atrás.

DEFINITIVAMENTE, ALGO MALO ME PASA



Lo de hoy ha sido apoteósico. No me he divertido tanto en toda mi jodida vida. Cuando me han pasado la nota de que había una chica que necesitaba un servicio de urgencias, que a primera vista parecía una infección de orina, he estado a punto de negarme. Tenía la consulta repleta. Con citas que me llevaban a más de dos horas extras de mi turno habitual. Últimamente esto es un no parar, parece que en este pueblo todas las mujeres han adoptado el «prevenir es curar» como religión. Algunas, en apenas dos meses que llevo aquí, ya han venido hasta tres veces.

Pero Mireia me ha mirado como si la decisión correcta no fuera la que yo estaba a punto de tomar, así que he cedido. No me gusta saber que alguien necesita ayuda, que tengo la posibilidad de dársela y no hacerlo. Eso no sería profesional.

Cuando al entrar en la sala he saludado y al alzar la vista me he encontrado con ella, no he podido evitar regocijarme con la situación.

Estaba tan increíblemente roja. Tan sobrepasada por verme allí diciéndole «Hola, soy tu ginecólogo», que no he querido ninguna otra cosa más que incomodarla y hacerla pagar por el ridículo que me hizo pasar el otro día en la playa, cuando aseguró delante de más de un centenar de personas que era un pervertido, con un anacardo entre las piernas. Lo cual hunde la reputación de cualquiera.

La he sacado de sus casillas, pero a niveles extremos.

¡¡Qué risa, por DIOS!! ¡¡Aún me duele la boca del estómago de reír tanto!! Cada vez que daba un pasito más hacia ella, gritaba como si el mundo fuera a explotar. Si no ha terminado afónica, me parecería un milagro.

Aunque, para ser completamente sincero conmigo mismo, debo decir que haberla explorado no me hubiera resultado del todo cómodo, al fin y al cabo, aunque me dedico a esto y mi enfoque en consulta es puramente médico, verla a ella como estaba, semidesnuda bajo esa finísima tela verde, me ha afectado.

Estaba tan hermosa, con esos mechones cayéndole despeinados sobre los hombros, en esa pose un tanto dislocada, mientras intentaba enmascarar su semidesnudez. Había algo en esa mezcla de rabia y vergüenza que la hacía imposible de ignorar.

No sé qué tiene, pero me irrita y descoloca a partes iguales.

Por no mencionar cuando me ha enseñado el trasero. ¡Joder, por un momento casi se me olvida que era mi paciente!

Como soy consciente de que me he portado como un auténtico imbécil en la consulta, luego, me han invadido los remordimientos y no he podido evitar pensar que trabajo en la única clínica decente del pueblo y que seguramente estaría en casa muriéndose de angustia por no haber tenido la asistencia que necesitaba.

Así que he hecho lo que consideraba correcto. Cuando he llamado a su puerta, me han entrado dudas de si me abriría o no. O incluso, si me arrojaría un cubo de agua con lejía directamente a la cara al verme. En cierta parte me lo merecía.

Por capullo.

Afortunadamente, no me esperaba y la ha cogido tan de sorpresa encontrarme por segunda vez en el día que no ha tenido tiempo de reacción para accionar su merecida venganza contra mí. Cuando le he dado la bolsa con los antibióticos, se le ha iluminado la cara. Debe estar bastante perjudicada. Creo que ya la voy conociendo un poco, y si no fuera así, me hubiera lanzado la bolsa al puto careto.

Al desandar los cinco pasos de su casa hasta la mía, he notado cómo me palpitaba fuertemente el pecho. Creo que ha sido por la diminuta sonrisa que me ha dedicado antes de cerrarme la puerta. Ha sido bastante parca en palabras, pero sus ojos lo han dicho todo. Estaba muy agradecida con mi gesto, y yo me he sentido muy bien al hacerlo.

Le daría todos los malditos días una caja entera de Monurol solo para que me volviera a mirar así.

Y eso, sí que debería preocuparme más de lo que lo hace. Definitivamente, algo malo me pasa.

El resto de la semana transcurre sin altercados. Tranquila. Muy tranquila. Por no decir, aburrida de cojones. Me ha faltado ir al chino a comprarme dos agujas y un manojo de lana para hacerle una funda de ganchillo a mi equipo de kitesurf.

No he vuelto a cruzarme con ella, ni en la piscina, ni en la playa, ni en el chiringuito. Le he preguntado a Charles, por si por casualidad ha acudido a las dos clases de kite que le quedaban, pero me ha dicho que no, que solo ha acudido su amiga Desiré. No me sorprende, después de lo mal que se le dio la primera clase, si hubiera vuelto, sería un milagro. Y una temeridad. Es pésima para ello. No he conocido a nadie en toda mi vida al que se le hubiera dado tan mal.

A ese nivel, si continúa, seguramente acabará ahorcándose con las cuerdas de la cometa sin necesidad de entrar en el agua.

Pero lo que me tiene más descolocado es que, por alguna absurda razón, no paro de darle vueltas a qué estará haciendo y dónde estará.

EL VERANO QUE ME ROMPIÓ EL CORAZÓN



Blanca

Esta semana solo he puesto un pie en la calle para ir al supermercado, y porque la nevera estaba ya pidiéndome a gritos socorro. Resulta que un pepino y salsa boloñesa no combinan entre sí. Lo sé porque, antes de salir, intenté convertir esos dos alimentos en algo digno de un plato Michelin y terminé a punto de vomitar sobre el fregadero.

La salida me sirvió para aprovisionarme de chocolate y galletas suficientes para varios lustros. Cuando estoy baja de ánimo, me da por engullir azúcar como si fuese un mecanismo de supervivencia. Aunque lo mejor fue lo que encontré por casualidad cuando paseaba por el pasillo de higiene.

El champú. El de mango. El que huele a Iker.

No me lo podía creer.

Como llevaba años sin encontrarlo, y ante el desorden mental y personal que está zarandeándome estos días, decidí comprar un pelín compulsivamente. Dieciséis. Compré dieciséis champús. Y solo porque no quedaban más existencias, sino, habría arrasado la estantería entera.

La cajera me miró bastante raro y no la culpo, seguramente estaba pensando que, si llegaba un ataque nuclear, en mi zulo particular solo habría champú de mango, tabletas de chocolate y galletas. Lo que me aseguraría estar superlimpita, mientras muero de obesidad mórbida.

Cuando volví a casa, me quedé un par de horas con la nariz literalmente pegada a uno de los botes que había abierto. Olía tan bien. Tan fresco, y al mismo tiempo, tan embriagador. Olía a él.

Y aquella tontería absurda me sirvió, porque consiguió calmarme un poco, y a la vez provocó que comenzaran a desfilar por mi cabeza algunos recuerdos con Iker, que incluso ahora, siguen pareciéndome mágicos.

Recordé cuando teníamos ocho años y fuimos a la feria del pueblo. Iker iba guapísimo, con una camiseta de rayas celeste y blanca, que le iluminaba sus profundos ojos grises. Desiré se empeñó en montarse en una atracción altísima, y aterradora, de caída libre. Yo siempre he sido bastante miedosa, pero no quería decepcionarla, así que compré mi entrada intentando disimular el pánico. Cuando llegó nuestro turno, las manos me temblaban tanto que Iker se dio cuenta enseguida. Me agarró con delicadeza y dijo:

—Vamos juntos. Podemos hacerlo, Blanca. Nos tenemos el uno al otro.

El miedo no desapareció del todo, pero sentir que no me soltó durante los ocho segundos que duró aquella caída infernal hizo que mereciera completamente la pena.

Estuve dos días sin lavarme la mano derecha. Cuando se lo conté a Desiré me dijo que la línea entre estar loca de amor y ser un poco guarrilla por falta de higiene personal suele ser peligrosamente fina. Que, por mi bien, me quitara ya la mugre que comenzaba a acumularse bajo mis uñas, o que de lo contrario nadie querría estar a menos de cinco metros de mí. Incluido Iker.

Siempre ha sido muy directa, y no suele faltarle razón. Así que, a regañadientes y con todo el dolor de mi corazón terminé haciéndole caso.

Después recordé la noche en que, con nueve años, decidimos acampar en el jardín para mirar las estrellas. En teoría íbamos a hacerlo los tres, pero, en el último momento Desiré me guiñó un ojo disimuladamente y dijo que le dolía la tripa, que prefería irse a casa.

Poco después, Iker cruzó al quiosco de enfrente y volvió con dos helados. Luego me enseñó cuáles eran las principales constelaciones de la Vía Láctea y mientras hablaba de estrellas, galaxias y planetas con esa emoción que solo aparece cuando alguien habla de algo que ama de verdad, yo no era capaz de apartar la vista de sus bonitos labios ni un segundo. Ni uno.

Me pasé toda la noche rezándole a la Osa Mayor para que se fijara en mí, y pudiera probar de su boca el sabor del helado de chocolate.

Nunca pasó. Él nunca se fijó en mí. Pero yo soñé mil veces con un final distinto para aquella noche.

A los doce, tenía mi cuarto de Madrid recubierto con fotos nuestras. Cada noche me quedaba embobada mirando sus enigmáticos ojos, deseando que el amor dejara de ser una ilusión absurda y, por fin, llamara a mi puerta.

Por entonces no había estado con ningún chico porque el único capaz de hacerme latir el pecho con fuerza era él, aunque durante gran parte del año nos separaran cientos de kilómetros de distancia. Mi vida entera se convirtió en una cuenta atrás hacia el verano. Literalmente, tachaba los días del calendario que quedaban para llegar a final de junio, con la esperanza de que, esta vez sí, algo ocurriera entre nosotros.

A los catorce nos escapamos por primera vez a bailar al centro. Les dijimos a nuestros padres que íbamos a estar en el paseo marítimo y terminamos entrando en un pub, gracias a un amigo de un amigo de Desiré, que conocía al segurata.

Estaba tan nerviosa por salir con Iker que me castañeaban los dientes.

Me puse una falda negra que me encantaba y un top de tirantes con un poco de brillo. Cuando me vio, pensé que por fin iba a suceder aquello con lo que llevaba años soñando porque me dedicó una sonrisa enorme y su mirada se quedó en mi boca durante unos segundos. Juro que el corazón se me salía del pecho.

Aquella noche probé el alcohol por primera vez. Malibú con piña. Estaba riquísimo, y hacía tanto calor que dos vasos me parecieron insuficientes. Necesitaba más. Muchos más. Necesitaba ese frescor para apagar la quemazón que sentía por dentro cada vez que Iker se acercaba demasiado a mí en la pista de baile. Bailamos durante más de tres horas seguidas. Desiré, en varios momentos, me susurró que iba a saludar a algunas amigas para que yo por fin reuniera el valor suficiente para intentar besarlo.

No lo hice.

No pude.

Ni siquiera el alcohol logró desinhibirme tanto. Porque, muy en el fondo, había una vocecilla cruel recordándome que, si cruzaba aquella línea, podía perderlo para siempre, que quizá Iker nunca me había mirado de esa manera.

Y entonces llegó el verano de los quince. El verano en que me rompió el corazón.

Me enteré nada más bajar del coche, los vi enseguida, de la mano. Y justo en ese instante, el corazón me frenó en seco y noté cómo se me hacía añicos. Tenía novia.

Era una chica rubia, de ojos ceniza y rostro alegre.

Desiré me pidió perdón por no contármelo antes, dijo que había esperado por si rompían y así podía evitarme el sufrimiento, pero no ocurrió.

Durante las primeras semanas apareció con ella en cada plan que hacíamos. Fue durísimo. Cada vez que se daban la mano, se abrazaban o se besaban, yo me sentía morir por dentro. Nunca he vuelto a sentirme tan desamparada, era como si una parte de mí se hubiese roto para siempre.

Sin embargo, lo que llevé peor es que la chica era encantadora. Me hubiera resultado mucho más fácil odiarla si no hubiera tenido siempre palabras amables para mí, o me hubiera dejado relegada. Pero no, cada vez que me veía cabizbaja, se acercaba a mí e intentaba sonsacarme una sonrisa.

Nunca sospechó el motivo de mis eternas miserias, creo que ninguno de los dos lo hizo. Desiré fue la única que se prestó conscientemente a ser mi paño de lágrimas. Supongo que a ella tampoco le resultaría fácil, porque estuve anclada al llanto todo el verano.

Con el paso de las semanas empecé a evitarlos, porque daba igual cuánto intentara ignorar lo que sentía: mis sentimientos siempre terminaban encontrándome otra vez, dispuestos a torturarme. Así que pasé el resto del verano huyendo de ellos.

Tardé un año entero en superar aquel desamor. A veces la gente piensa que los adolescentes no saben lo que es amar de verdad, que son demasiado jóvenes y que las heridas importantes llegan después, con los años. Pero yo no estoy de acuerdo, porque nunca me había costado tanto desprenderme de una tristeza: era como si me circulara por la sangre.

Ese mismo año, a los dieciséis, salí por primera vez con un chico. Iba conmigo a clase. Era alto, simpático y tenía un gesto radiante. Coincidimos como compañeros de pupitre.

Por ese entonces, yo vivía permanentemente cabizbaja, como si el motor de mi ilusión se hubiera roto para siempre. Como si llegar al verano ya no significara nada, y los días solo se hubieran convertido en una sucesión interminable de horas grises. Cada mañana, a pesar de mi apatía, mi compañero de mesa me recibía con una sonrisa enorme y con una galleta de la fortuna. Dentro siempre contenía un proverbio, una escueta frase capaz de remover algo dentro de mí. Y lo más fascinante era que todos los mensajes parecían venirme hechos a medida; todos eran motivadores y alegres, como él. Con los meses descubrí que no los compraba en ningún restaurante chino, los hacía él, cada tarde en su casa, con la única intención de animarme e impresionarme.

Ahora, mirando atrás, creo sinceramente que es una de las cosas más románticas que nadie ha hecho jamás por mí.

Por eso fue una lástima, porque nunca conseguí sentir por él lo mismo que por Iker. Lo intenté. Mucho. Muchas veces. Porque aquel

chico tenía todo lo que cualquier chica podía desear, era atento, cariñoso, popular. Era esa clase de persona que todo el mundo quiere tener cerca y, aun así, el corazón seguía sin salírseme por la boca cada vez que me agarraba la mano o nos quedábamos a solas en el cine.

Me gustaba, sí. Disfrutaba pasando el tiempo con él, sí. Pero no llegaba a ponerme la vida patas arriba como lo hacía Iker.

Estuve saliendo con él casi un año, hasta que comprendí que, por mucho que me esforzara y me agarrara al deseo de querer quererlo, no podía mandar en mi corazón ni obligarlo a anhelar quedarse con él. Esto no solo sería injusto para mí, sino también para él, que se desvivía por mí.

Merecía que lo quisieran mejor. Merecía a alguien que sintiera por él lo mismo que yo sentía por Iker, fuegos artificiales en el estómago.

El verano que cumplí diecisiete decidí quedarme en Madrid. Convencí, tras muchas súplicas y discusiones, a mis padres para que me permitieran pasar las vacaciones con mis abuelos. No me apetecía revivir la frustración de verlos juntos, ahora que me sentía un poco mejor. Me daba un miedo atroz retroceder a esos instantes en los que notaba que me faltaba el aire, que me ahogaba.

Así que me abracé a la idea de «Ojos que no ven, corazón que no siente».

Los siguientes veranos fueron distintos, Iker tenía otro grupo de amigos, y yo quería evitar a toda costa tenerlo cerca porque no quería volver a pasar por lo mismo. Me daba pavor volver a sentir ese vacío tan inmenso acomodado en mi pecho.

Y, poco a poco, terminamos distanciándonos. No fue hasta unos años después, una vez que ya lo había superado por completo, cuando volví a sentir ese gusanillo por saber de él. Pero ya nunca más volví a cruzármelo, él simplemente se esfumó.

Y yo me quedé atrapada en el eco constante de lo que podría haber sido si él y yo, en algún preciso e inesperado instante,

simplemente nos hubiéramos besado.

ESTA NOCHE SÍ



Blanca

No he querido anular la cita, voy a morirme de vergüenza, lo sé. Pero teniendo en cuenta los últimos acontecimientos en los que parece que el universo se ha confabulado contra mí, pienso que será mejor que me depile. No vaya a ser que termine en la UCI y mi felpudo acabe siendo portada en los periódicos o digno de estudio clínico.

En cuanto salga la persona que está dentro, será mi turno. Ya puedo sentir el ardor en mis mejillas. Oigo mi nombre y una mujer de unos cincuenta y tantos me recibe con una candorosa sonrisa en una pequeña sala con paredes pintadas de color azul claro.

—Tú debes de ser Blanca.

—Sí.

—Encantada, bonita. Desvístete y túmbate en la camilla.

Hago lo que me dice y, con todo mi reparo, me tumbo desnuda de cintura para abajo.

—¡Anda, chiquilla! ¡Pero qué poblado lo tienes! —Ríe guasona al fijarse en mi monte de Venus.

—Yo… —balbuceo, sin saber qué contestarle.

Mi cara es luminiscente en estos momentos.

—Ay, muchacha, no te pongas así —rectifica al darse cuenta del escarlata de mis mejillas—. Que donde hay pelo hay alegría.

Creo que está intentando restarle importancia, pero a mí me provoca justo lo contrario. Ardo. Siento que ardo.

—¡¡Pero qué mal rato estás pasando!! Tranquilízate, mi vida, que esto lo despejo yo en un santiamén, ya verás.

—No suelo tenerlo así —me excuso como puedo—. No tendría que haber venido con tanto… —Dejo en el aire las palabras. Tengo ganas de lloriquear.

—No digas tonterías, si para eso estoy yo aquí. Si no tuvieras pelo, ¿de qué iba a vivir yo? Además, en mi época esto era lo normal, una buena pelambrera entre las piernas tenía su morbillo. Ahora hay tanta tontería… Se ha puesto de moda tener el chumbo como si fuera el de un bebé. ¡Vaya majadería! Como si nada más verlo no se notara que a alguna se le descuelga más que la papada de un pavo octogenario. ¡Hay cada higo chuchurrío que estaría mucho mejor con una buena pelambrera como la tuya!

Me atraganto con mi propia saliva.

—Eso sí, cariño, el tuyo luce mucho más bonito despejado, que tienes edad para enseñarlo con orgullo.

—Gracias —contesto por pura educación.

Ojalá el martirio acabe lo antes posible y deje de hablar. Porque, a mi parecer, tiene incontinencia verbal. Igualito que mi apreciadísima Ivanka, que es puro hermetismo y solo se pronuncia mediante monosílabos.

Cómo debe de ser.

Ocho tirones insoportables después, que me hacen aullar como un lobo malherido a punto de espicharla, y unas pinzas trasteando algunos pelos indomables ubicados en sitios que ya han perdido toda la sensibilidad, le pago a la mujer y salgo escopeteada de allí, esperando no tener que volver nunca más.

Ivanka, desconozco si será por sus genes rusos o por su educación estoica, es mucho menos habladora y mucho más profesional.

Y, por supuesto, nunca en la vida me ha valorado el chichi.

Vuelvo a casa caminando por el paseo marítimo. Son las doce de la mañana y hace un día maravilloso, no corre nada de viento y el sol irradia una calidez que invita a disfrutar de él. Los kilómetros de playa están repletos de cuerpos, sombrillas y sillas. Todo el mundo parece disfrutar de sus ansiadas vacaciones y eso me hace replantearme la semana de autosabotaje que llevo con mi absurda elección de encierro. Estoy en un lugar increíble, en el que mucha gente mataría por estar, y no lo estoy disfrutando. Qué más da lo que haya pasado, soy una mujer adulta que lleva las riendas de su vida. Me niego a seguir así.

Me paro en el primer chiringuito que veo y me pido una cerveza bien fría. ¡Y Dios … qué bien sabe! ¡Y qué bien sienta!

Sentada frente al mar, con mi refrigerio en la mano, todas las situaciones que me parecían tan molestas y vergonzosas empiezan a perder importancia.

Sí, he tenido algunos altercados con el vecino, y sí, está siendo un jodido incordio, pero no puedo dejar que mi vida gire en torno a él. Tengo que darle carpetazo al asunto y pasar al modo «evitarlo e ignorarlo» para gozar del resto de mis vacaciones. Si no, volveré a Madrid frustrada por haber desperdiciado mi tiempo y con la misma tensión con la que me fui.

Estoy absorta mirando a una familia que juega a la pelota con sus dos hijos pequeños cuando descuelgo la llamada.

—Dime que has ido a la esteticien.

—Sí, pesada. Ya fui.

—Aleluya —canturrea, Desiré—. Entonces dime que vas a dejar de ser tan aguafiestas y que esta noche salimos a celebrar mi cumpleaños, que como sigamos así, la celebración se me va a unir con el siguiente —protesta.

—Sí, salimos.

Oigo palmadas al otro lado de la línea.

—¿Quedamos a las diez en la alameda y cenamos juntas?

—Vale.

Paso el resto del día en la playa hasta que, llegadas las ocho, subo a casa para comenzar con el ritual de preparación para la salida.

Continúa haciendo demasiado calor, así que me ducho con agua tibia mientras me enjabono el cuerpo con ahínco para eliminar la arena, y aplico en mi pelo un poco de champú de mango. En realidad, lo compré solo para olerlo, no pretendía usarlo porque siento que es raro echármelo yo misma, no desprende el mismo perfume en mi cabello, es como si su olor en mí fuera diferente.

Pero ¡sorpresa! Me he quedado sin champú, así que no tenía más opciones.

Al salir del baño, me seco el pelo y me lo aliso por capas con la plancha hasta que la melena me queda completamente lisa. Luego comienzo con el maquillaje: aplico la base, delineo los ojos, un poco de corrector, polvos iluminadores, rímel y un labial marrón chocolate. Al terminar, me observo y me gusta lo que veo. Esta vez no me ha salido del todo mal la chapa y pintura, porque hay otras veces que me entran unas ganas enormes de volver a meter la cabeza debajo del grifo para volver a empezar.

Esos nefastos días siempre termino diciendo que necesito apuntarme a uno de esos cursos en los que te enseñan a maquillarte tú misma. Aunque, al final, siempre me da pereza ir.

Me planto frente al armario y, tras probarme casi todo lo que he traído, me decido por un vestido corto de color chocolate con pequeñas pedrerías de cristalitos, tipo Swarovski, que marca mi silueta a la perfección.

Esta noche estoy decidida a pasármelo bien. Que le den al cúmulo de altercados que he sufrido. Tengo un vecino idiota, sí, pero no es el fin del mundo. Ni tampoco es para siempre, en quince días estaré de nuevo en mi aburrida oficina tratando los mismos temas de siempre, gracias a los que puedo subsistir holgadamente

compartiendo piso y, de paso, agasajarme algunos meses a mí misma con ropita de marca y bolsos caros.

Cuando decidí estudiar Economía fue, como siempre, atendiendo a mi meticulosa racionalidad. Lo que te apasiona no suele pagar tus facturas. En cambio, tener una buena planificación y elegir una materia útil que se someta a unas directrices pautadas y ya establecidas sí.

Me miro por última vez en el espejo antes de salir y me doy la aprobación. Esta noche voy con buena actitud; presiento, como dice la canción de Rafael que tanto le gusta a mi madre, que esta va a ser mi gran noche.

Al salir veo luz en la casa de mi vecino. Aumento el paso decidida. Quiero evitar a toda costa que esos rizos del color del trigo aparezcan por el quicio de la ventana y sean acompañados de alguna frase molesta que me haga replantearme volver a encerrarme en casa.

Llego al punto de encuentro cinco minutos antes. Siempre soy extremadamente puntual. Una buena agenda se caracteriza por seguir con vehemencia los tiempos. Mi amiga es otro cantar, la espero quince minutos maldiciéndome por haber elegido estas cuñas monísimas pero muy incómodas. Cuando llega, me planta dos besos y un abrazo en modo de saludo, y se me pasa la acritud.

—Estás despampanante —me halaga, repasándome con la vista de arriba abajo con satisfacción, provocando que me ruborice.

—Anda ya. No es para tanto —le resto importancia—. Tú también estás preciosa.

Lleva un vestido corto, ceñido, de color rojo, a juego con su impactante cabellera. Es como la diosa del fuego. Quema a su paso. Y no es un decir, al caminar por las callejuelas buscando el restaurante, son cientos los rostros que se giran hacia ella.

Podría parecer, al ir juntas, que están interesados en las dos. Pero no. Yo soy consciente de que nunca he despertado ese anhelo en los hombres.

Cenamos en El Lola, un bar muy de moda, con camareros elegidos sabiamente por su arte y simpatía. No hacen reservas, pero Desiré ha tirado de contactos. Lleva toda la vida aquí y conoce hasta a las palomas de la plazoleta. Siempre ha sido muy extrovertida. Tiene millones de conocidos y amigos. Y no me extraña, porque goza de una facilidad pasmosa para las relaciones sociales, es capaz de entablar conversación de la cosa más absurda e inesperada que te imagines y siempre, sin excepción, cae bien. Es un don. Un envidiable don, en el buen sentido.

Yo siempre he sido más comedida y mucho menos alocada. Eso, unido a mi enorme pudor, me deja siempre un paso por detrás de ella.

Cosa que no me molesta, sino todo lo contrario: así me siento más segura, más cómoda.

Pedimos dos cervezas y, antes de acabarlas, sin ni siquiera solicitarlas, tenemos ya otras dos. El camarero nos señala tres mesas más allá.

—Esos chicos os han invitado.

—Maravilloso, comenzamos bien. —Ríe mi amiga.

Cuando el camarero se va, continúa diciéndome:

—Son bastante monos.

Me da vergüenza mirar, así que no tengo ni la más remota idea. Pienso en seguirle el rollo, pero como me conoce tan bien, me obliga a echar un vistazo.

—Gira la cabeza. ¡¡Ahora!!

Hago lo que dice antes de que se ponga insoportable, y lo que veo me impresiona. Son dos chicos morenos, altos, vestidos con camisas y vaqueros. Uno de ellos, el de la camisa azul, tiene una sonrisa embaucadora y unos ojos verdes que te transportan a la selva de Costa Rica.

Mi amiga levanta la copa de cerveza y les sonríe, mientras yo hundo el culo en el asiento.

—Hoy vamos a arrasar, Blanca. Prométeme que vas a tener una actitud más abierta.

La miro con el entrecejo fruncido.

—¿A qué te refieres?

—A que estás de vacaciones, y lo que pasa en las vacaciones se queda en las vacaciones. O lo que es lo mismo: aquí nadie te conoce, puedes ser quien quieras ser. Gózalo, libérate por una vez. Deja los reparos, que el pelucón ya lo arrancaste de raíz —se mofa —, y aprovecha los quince euros que te gastaste en la esteticien. ¡Enseña el berberecho, amiga! ¡Con orgullo!

—¡Estás pirada! —Río.

—Tienes veintiséis años, disfruta. Llevas toda la vida pareciendo que tienes cuarenta. Eres la tía más sensata, aplicada y cuadriculada que conozco. Y no creas que no me encanta, tienes unas virtudes que envidio porque yo soy el mayor desastre andante que existe sobre la Tierra. Pero creo que necesitas soltar las riendas alguna vez y dejarte llevar. Tener una noche loca que poder contar a tus futuros hijos, cuando te cases con el exitoso directivo del banco con el que estás predestinada a estar y viváis en una casa en plena Moraleja, con tres plantas, piscina y servicio de limpieza.

—Estás como una cabra.

—Prométemelo —insiste.

—No puedo prometerte algo que no me sale.

—Sí que puedes. Además, yo te voy a ayudar un poquito. Prométeme que no vas a decirme que no a ninguna copa que te ofrezca.

La miro entornando los ojos con desconfianza, y en respuesta me recuerda que la he dejado tirada con las dos clases que faltaban para completar su regalo de cumpleaños. Que se lo debo.

Acabo aceptando a regañadientes. Total, solo es alcohol.

¿O no?

La cena transcurre entre risas, anécdotas de cuando éramos pequeñas y un sinfín de tonterías. Las dos cervezas pronto se convierten en cuatro, y mis pudores empiezan a desvanecerse. Es placentero sentirse libre.

Voy a disfrutar de la noche. Voy a dejar a un lado mis reparos e imaginarme que soy lanzada, divertida y sensual. Sí, por qué no.

Total, mañana será otro día y nadie me conocerá.

O al menos, ese era el plan.

LA DISCULPA QUE NUNCA QUISE



Llevo toda la semana sin salir de la clínica. No voy a quejarme porque el dinero extra que estoy consiguiendo me viene bastante bien. Algún día quiero montar mi propia consulta. Volver a Noruega. Asentarme allí, en mi país, con mi familia y amigos. Este lugar es transitorio, me quedaré hasta que resuelva mis problemas y consiga hacer las paces con mis demonios.

Tengo una lista interminable de pacientes. Empiezo a sospechar que casi ninguna viene por un problema real de salud, porque últimamente me llueven los *post-its* con números de teléfonos o incluso proposiciones directas, de las más lanzadas. Esta misma semana me han invitado a cenar diez veces, me han hecho llegar siete números de teléfono y las frases sobre lo guapo que puede llegar a ser un ginecólogo han ido desfilando por mis oídos continuamente.

No voy a decir que me sorprenda. Soy guapo, lo sé. Pero en mi país las mujeres no suelen ser tan desvergonzadas. Se limitan a intercambiar algunas miradas y cierto coqueteo mucho más sutil, lo cual, curiosamente, me resulta más llevadero.

Aquí he tenido que repetir más de un centenar de veces que me siento muy halagado, pero que mis normas éticas me impiden traspasar la línea de médico-paciente. Y, aunque suene rocambolesco, creo que eso las incita aún más. Es como si esa prohibición les añadiera un punto de morbo por conseguir lo que no pueden tener.

Para colmo, es sábado y esta mañana he recibido otra de sus llamadas. Llevo intentando evitarlo durante toda la maldita semana. Le he dicho que estaba hasta arriba, pero hoy ya no encontraba ninguna excusa más a la que echar mano.

Resultado: Me he puesto unas playeras, un pantalón corto verde fluorescente, una camiseta ancha blanca y estoy caminando hasta un chiringuito en plena playa para comer con él.

Estoy de mal humor. Esto me pone de muy mal humor.

Necesito que algún día se me pase el enfado intrínseco que tengo con él, pero joder, es difícil. Muy difícil.

Entro en el local que está alzado unos cuantos metros sobre la arena mediante pilares de madera. Tiene un amplio salón acristalado desde el que se puede observar el mar y una terraza exterior del mismo material.

Salgo a la terraza, y en su ala derecha, se despliegan varios sofás rojos con mesas bajas para tomar algo. A la izquierda, mesas para comer. En la tercera de ellas, sentado, me espera mi padre.

—¡Hola! ¿Qué tal estás, hijo?

—Bien —respondo escuetamente con los labios apretados en una línea fina.

No soy capaz de recibirlo con una sonrisa. Y más si utiliza tan a la ligera esa palabra.

Hijo.

Aún se me atraganta que me llame así después de veintiocho años sin verle el pelo. Me impacta la naturalidad con la que lo dice, la ligereza con la que lo pronuncia, como si se le hubiera olvidado que se esfumó y que nos abandonó.

—¿Y el trabajo?

—Muy bien—contesto siguiendo en la línea de los monosílabos.

—Me han dicho que tienes las consultas llenas, que hay hasta colas.

—Sí. —Fuerzo una sonrisa, intentando que no se note la tensión que me recorre por dentro.

—Markus, no me gustaría que siguiéramos así. —Me mira ceñudo mientras se aclara la voz—. Sé que he sido un padre horrible, que no he estado, y te entiendo. Entiendo que me odies.

—Yo no te odio —respondo con la boca pequeña.

No es cierto. Lo hago.

Lo odio.

Tengo una especie de rencor que me acompaña en cada maldito segundo de mi vida. Desde niño lo he considerado el foco de todas mis desgracias, de todas mis carencias. Es como si él encarnara todo lo que me niego a ser.

—No tienes que negarlo, Markus. Eres bastante transparente en lo que se refiere a mí. Y te entiendo. Entiendo que ha debido ser difícil para ti crecer sin un padre, y no hay cosa de la que me arrepienta más que de no haber estado. Me equivoqué —se disculpa, mientras se frota la cara en un gesto de mucha frustración —. Estuve unos años saliendo con tu madre, y al poco de que nacieras me di cuenta de que no la quería. Huí de ella, pero también de ti. Soy consciente de que no existe nada en el mundo que pueda borrar lo que hice, ni existen palabras para pedirte perdón, Markus —agrega afligido. Sus ojos parecen llorosos, como si dijera la verdad, como si se estuviera quitando una espina que realmente le robara el sueño por las noches—. Pero me gustaría que, a partir de ahora, las cosas cambiaran. Me gustaría que poco a poco pudiéramos conocernos y que los restantes años que me quedan de vida me permitieras enmendar, al menos un poco, lo que hice.

—No sé si puedo hacer como si nada —respondo, intentando que no se me quiebre la voz. Llevo toda la vida esperando esta disculpa y ahora ni siquiera creo que la quiera, que me sirva, que me alivie.

—No te estoy pidiendo eso —aclara con un nudo en la garganta —. Solo conozcámonos. No evites mis llamadas ni salir a comer conmigo. Solo regálame tu tiempo, ¿vale?

Lo observo fijamente durante unos segundos, con todos los músculos de mi cara rígidos, vacilantes, indecisos.

—Vale —termino aceptando, encogiéndome de hombros, tratando de fingir tranquilidad.

—Ahora miremos la carta. Aquí hacen un tartar de atún para chuparse los dedos.

Sonrío y paseo la vista por los platos. Necesitaba terminar ya con el momento incómodo y que el ambiente se volviera más ameno, más liviano. Mis sentimientos no van a cambiar de la noche a la mañana, pero quizás, si de verdad me muestra que está arrepentido, puede que en algún momento podamos tener una relación más sana. Quizá incluso consiga decirle todo lo que llevo años guardándome. Todo lo que sé. Porque, que no se autoengañe, no es tan simple como que solo nos abandonó.

Jamás tendremos uno de esos vínculos de mutuo apoyo, de confianza, de encontrar en el otro un lugar seguro. Jamás podré otorgarle ese lugar que él mismo rehuyó, pero será un consuelo dejar, al menos, de odiarlo.

El resto de la comida, mi padre se esfuerza porque la conversación fluya. Es un hombre muy atractivo, a pesar de su edad, y con cierto magnetismo. También es gracioso, tiene unos toques de humor un tanto sarcásticos que te invitan a reír. Quizás hay un poco de eso en mí, puede que heredara sus notas ácidas y parte de su carisma. Algo bueno tuvo que darme, supongo.

Unas horas después nos despedimos. Me da un abrazo y me agradece que le esté intentando dar una oportunidad. Pero, justo antes de irse, me pide un favor.

Como si se lo mereciera. Como si pudiera pedirme algo. Como si disculparse hubiera sido suficiente como para abrirle la puerta a mi vida.

Y, para colmo, soy incapaz de negarme.

Puto civismo y educación nórdica.

¡Me cago en la hostia!

Vuelvo a casa cabreado. Muy cabreado. Pero ¿quién se habrá creído que es el muy cabrón? Muchas palabras de arrepentimiento, «mucho te entiendo», y gol por la maldita escuadra. Estoy que echo chispas.

Entro en casa maldiciéndolo, blasfemando, dando portazos, como si la puerta de la entrada o la de los armarios de la cocina tuvieran el poder de absorber mi frustración.

—Necesito una copa —siseo con acritud, dándole una patada al sofá mientras llamo a Charles.

—Hola.

—Necesito beber —sentencio con una voz tan fría que parece cortar el aire, sin ni siquiera molestarme en saludarlo.

—¿Qué te ha pasado?

—Mi padre.

Silencio al otro lado.

—Amigo, vas a tener que darme un poco más de información.

—Reunión familiar.

—Entiendo. ¿Quieres que vaya o prefieres salir para despejarte?

—Salir. Necesito salir.

—Venga, nos vemos a las once en el centro.

Cuelgo.

Me quedo con el móvil en la mano un segundo de más, como si no pudiera acallar el maldito ruido que hay en mi cabeza, antes de dejarlo sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Me cago en todo —murmuro, como si el enfado hubiera adquirido vida propia y no encontrara dónde colocarse—. Pero ¿por qué cojones le habré dicho que sí? —vuelvo a preguntarme caminando por el salón—. Es su casa. Vale. Pero me la ha dejado. Me lo propuso él. Eso no le da derecho a pedírmelo.

Me detengo.

Respiro por la nariz, fuerte.

El muy cabrón es bueno, más que bueno, llevándote a su terreno con las risitas, la vocecita esa…

—¡Joder! —estallo otra vez—. ¡Mañana regalito! ¡Y de los gordos! ¡Si lo hubiera sabido, le habría dicho que se metiera el apartamento por el orto!

EL HIJO DE SATANÁS



Blanca

Es una auténtica locura la cantidad de gente que hay entre las callejuelas. Casi no se puede pasar. Los pubs se concentran en escasos metros y todo el mundo se reúne en el exterior disfrutando de la noche con una copa en la mano.

Desde pequeña lo recuerdo así, con la salvedad de que ahora es casi intransitable.

Me posiciono detrás de Desiré, que comienza a abrirse paso entre la marabunta, me ha dicho que quiere ir a un nuevo pub que ha montado un amigo suyo, yo me dejo guiar. Oigo varios piropos a nuestro paso y algunos «hola» que esquivamos, cosa que me sorprende. No es normal que mi amiga no se haya parado a charlar por los codos con los tres últimos chicos que se han dirigido a nosotras. Eran muy monos.

Obviamente, yo he continuado andando, solo con escuchar que decían que la morena era guapísima, se me han subido los colores. La verdad, tengo un problema. Como dice Desiré, no es normal que a mi edad me ruborice con cualquier nimiedad que se salga un poco de lo habitual. Al final, voy a tener que ir al psicólogo porque este viaje me está dejando peor de lo que ya estaba.

Llegamos al bar, entramos y Desiré se pone a charlar animadamente con el camarero. Segundos después, nos tiende dos copas, sin ni siquiera pedirlas. Me sorprendo por nuestra buena suerte, ya van dos veces esta noche que no pagamos las bebidas. Estamos en racha.

Acerco los labios y degusto el líquido, parece que es ginebra con un toque afrutado. No es lo que suelo beber, pero tampoco es que suela beber mucho, así que no pongo objeción. Creo que le estoy cogiendo el gusto a esto de no tener que sacar la cartera.

Hace calor, y hay demasiados cuerpos apretados en este espacio al que parecen faltarle metros, por lo que se agradece el fresquito del alcohol descendiendo por mi garganta.

—¿Te gusta?

—No está mal. Sabe a papaya.

—¡La bebida no! ¡El camarero! Es bastante mono —subraya Desiré con una energética obviedad.

Giro unos centímetros la cara con disimulo para mirarlo de reojo y me gusta lo que veo. Es bastante atractivo. Alto, delgado, con porte atlético. Ojos negros envueltos entre unas pestañas enormes y densas.

—Es guapo.

—¡Aleluya! —exclama, risueña—. Lo has dicho sin sonrojarte. Estás progresando.

—¡Qué graciosa! —rechisto haciéndole burla.

—Creo que le has gustado. No me ha dejado pagarlas —dice, señalando nuestras copas.

—Será porque te conoce.

—Primera vez que lo veo. Lo juro.

Alza la palma de la mano.

La miro con recelo, intentando esclarecer si miente.

—Tienes que confiar más en ti. Eres guapísima, Blanca. Deja de decirte lo contrario.

Vuelvo a mirar de reojo al camarero, que me pilla in fraganti, y me devuelve una enorme sonrisa. Pues va a ser verdad, me digo sorprendida, notando cómo mi autoestima se infla un poquito.

Desiré comienza a bailar. Suena una canción que ni siquiera reconozco, pero ella dice que le encanta. Me toma de la mano y me obliga a mover las caderas con ella. Me contoneo al ritmo de la música y, contra todo pronóstico, me siento cómoda, evadida. Disfrutando. Por fin.

Esto ya empieza a sentirse como unas vacaciones. No es Italia, pero… a falta de pan, buenas son tortas, como diría mi padre.

—¡Esta es la Blanca que quería ver! —me grita entre la música mientras yo río, alzo la copa y descubro que solo queda hielo.

—Se me ha acabado —gimoteo haciendo pucheros.

Creo que el alcohol ya está haciendo sus primeros estragos en mi sistema sanguíneo. ¿Por qué lo creo? Pues porque todo comienza a parecerme muy divertido. Tipo: No sé por qué leches no suele gustarme salir si hay chicos guapos entrándote todo el tiempo, la bebida es gratis y tus tetas se ven enormes y muy bien puestas. Esto último es una clarísima señal de alerta.

¿Cuándo he querido yo mostrar mis pechos? ¡Nunca!

Mi amiga me mira, sonríe y suelta:

—Esta vez te toca pedirlas a ti.

—Pero…

—Ni peros ni nada. ¡Ve!

Resoplo y, animada por el alcohol que circula por mi cuerpo, me acerco a la barra. El camarero termina de servir unas copas en el otro extremo y, obviando las diez personas que estaban antes que yo, se acerca directamente.

—¿Quieres que te ponga lo mismo? —pregunta con una mueca peligrosamente cautivadora.

—Sí, por favor.

Comienza a preparar las bebidas sin quitarme el ojo de encima. Yo, movida por una curiosidad impropia de mí, le sostengo la mirada con cierta picardía.

—¿Cuánto es?

—Nada. Invita la casa.

—¿De verdad?

—Sí. Me has hechizado.

Sonríe y se le marcan dos hoyuelos muy sexis en la comisura de los labios.

Contra una declaración así no puedo hacer nada, mis mofletes se encienden al instante.

—Si no te parece mal, me gustaría pedirte el teléfono.

Por un segundo me quedo bloqueada, mirándolo embobada. Entonces Desiré aparece a mi lado y toma el control de la situación.

—Claro que te lo da. Espera, que cambió de número hace poco y todavía no se lo sabe. Mira, es este.

—Espero verte pronto —añade él sin apartar la vista de mí.

Le sonrío torpemente y mi amiga tira de mí hacia la pista de baile.

—¿Qué ha sido eso?

—Has ligado, amiga, y con un bombón.

Las dos nos reímos y continuamos bailando. Está siendo una noche genial. Desiré siempre consigue hacerme sentir que nuestra amistad no se resiente, aunque pasen meses sin vernos, o incluso años.

—Venga, nos vamos.

—¿Ya?

—A casa no, tonta. Vamos a la discoteca. Nos van a meter directamente y, si nos retrasamos, tendremos que hacer una cola inmensa.

La sigo entre calles todavía repletas de gente hasta que llegamos a una pequeña plazoleta donde cientos de personas esperan para entrar al mismo sitio que nosotras. Desiré se coloca tras una valla en

el lateral derecho y, en menos de cinco minutos, un seguridad que parece un armario empotrado con cara de ogro —y que misteriosamente se transforma en osito amoroso al verla— nos saluda y nos deja pasar guiñándole un ojo.

Increíble. Y muy poco ético, por cierto. Protestaría si no fuera por el alcohol que llevo encima y porque me apetece muchísimo entrar.

Accedemos y corroboro al instante que el local está hasta arriba. Dudo muchísimo que toda la gente que sigue fuera consiga entrar esta noche.

La música es buena, me gusta. Es animada. Paseo la vista por la pista de baile y me agrada el ambiente en general. Hay muchísimos extranjeros mezclados con gente local y turistas. Además, sorprendentemente, casi todo el mundo es atractivo, es como si el ogro solo dejara pasar a gente guapa.

¿O es que voy ya tan perjudicada que solo veo buenorros?

Ay, Diosito, apiádate de mí.

Cuando giro la cabeza, veo que Desiré ya ha conseguido más alcohol y me lo tiende. Esta es la última, me prometo, aceptando el vaso, sabiendo que ya me siento bastante achispada.

Vale, un poco borracha.

Desiré comienza a bailar y yo no puedo despegar mis ojos de ella, se mueve como si fuera una sirena nadando en el mar. Su melena roja destella con las luces. Es como Ariel, y yo podría ser Sebastián, el cangrejo. En versión femenina. Total, la mayor parte del tiempo estoy color crustáceo.

—¡Vamos, Blanca! —grita eufórica.

De repente, noto que alguien me toca suavemente el brazo. Me giro y veo a un chico moreno muy guapo que me resulta extrañamente familiar.

—Hola, me llamo Óscar —se presenta educadamente.

—Hola, soy Blanca. Y mi amiga es Desiré.

—Él es Raúl —agrega señalando a su amigo—. Os vimos antes en el bar.

—Sí —respondo, fingiendo que los había reconocido al instante.

Lo cierto es que soy bastante despistada, nunca hubiera caído en que son los chicos que nos invitaron antes.

—Gracias por la cerveza. —Le sonrío.

—Ha sido un placer —dice con galantería, mostrando una dentadura perfectamente alineada—. ¿Eres de aquí?

—No, estoy de vacaciones. Vivo en Madrid.

—Igual que nosotros. Llevamos unos días aquí, pero en cinco volvemos a la realidad, y creo que no estoy preparado.

Se señala el pecho dramáticamente mientras hace un puchero adorable.

—A mí todavía me quedan quince días.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres darme envidia? —bromea sonriendo.

—Un poco —respondo siguiéndole el juego.

—Entonces tendré que aprovechar bien los cinco días que me quedan. —Se inclina diciéndomelo al oído.

Ay, madre. Esto se está poniendo intenso.

Blanca, esta es tu noche. Este vestido te da suerte. ¿Cuándo te han entrado a ti dos tíos el mismo día, y encima guapos?

Te lo recordaré: NUNCA.

Coquetea. No seas idiota.

—¿Bailas?

Estoy a punto de decirle que sí cuando noto que alguien se planta a mi lado.

NO. NO PUEDE SER.

¡¡Maldita sea mi estampa!!

—Hola. —Lo escucho decir con ese tono sereno y confiado que consigue sacarme de mis casillas y, a su vez, provocarme ese

maldito hormigueo por todo el cuerpo.

—¿Hola? —respondo mirándolo de reojo con suspicacia, torciendo el gesto con visible disgusto.

Me vuelvo de inmediato para darle la espalda y que capte la indirecta, o más bien la directa de «lárgate, jodido idiota». Cuanto antes.

¿Pero qué mierda hace este tío aquí?

Encima interrumpiéndome.

Algo malo trama. Seguro.

Dirijo la vista hacia Óscar y le sonrío genuinamente mientras continúo de espaldas al cretino de mi vecino. Que sigue justo detrás de mí. Dando por saco. Como siempre.

Casi puedo notar su aliento golpeándome la nuca. Aguijoneándome.

El chico retoma la conversación contándome que es ingeniero y que tiene un proyecto cerca del barrio donde vivo que le ocupará varios años. Es muy majo y educado. Continúo escuchándolo e intentando poner toda mi atención en sus palabras, pero no puedo. Es superior a mí. Me resulta imposible concentrarme con el imbécil detrás observándome.

Y me desquicia. Me enerva.

¡Será posible! Estoy incómoda. Muy incómoda.

Sin pensarlo demasiado, me doy la vuelta. Y ahí sigue. Escaneándome de arriba abajo. Juro que tengo ganas de darle una patada en los cojones, muy merecida, por cierto. Es un incordio. Un jodido incordio. Eso sí, uno ridículamente guapo.

¡Maldita sea! A su lado, hasta Óscar parece del montón.

Lleva un pantalón largo beige que parece de lino y una camiseta blanca ancha que no deja entrever sus marcados pectorales… aunque yo ya sé perfectamente cómo son. Los rocé bastante bien durante mi fatídico intento de vuelo. Un rizo le cae sobre la frente, ocultándole parcialmente uno de sus rasgados ojos celestes,

empiezo a pensar que ese mechón rebelde es parte de él, porque siempre parece empeñado en invadirle la mirada.

Tiene los labios fruncidos, tanto que están rojos por la presión que ejerce sobre ellos, parece que está molesto. No sé si será porque le repatea tanto como a mí, que nos hayamos encontrado otra vez, o porque todavía le duele un huevo por mis patadas voladoras.

Lo único que sé es que quiero que se largue. Necesito que se largue. YA.

—¿Qué sigues haciendo aquí? —le espeto de mala gana.

Me coloco frente a Markus, dándole ahora la espalda a Óscar, que espera paciente detrás de mí.

—Avisarlo —suelta con tono de reproche.

—¿Qué? ¿Avisar? ¿A quién? ¿De qué? —pregunto sin entender absolutamente nada.

—Pues a este pobre chico. ¿A quién va a ser?

Sus palabras captan inmediatamente la atención de mi intento de ligue.

—¿De qué hablas? —empiezo a alzar la voz.

No sé qué trama, pero me huele a chamusquina.

No sale nada bueno de esa poblada cabeza.

Markus se vuelve hacia Óscar. Le sonríe. Y entonces suelta:

—Tiene hongos vaginales. Me los pegó la semana pasada.

Literalmente le escupo toda la bebida en la cara en cuanto lo escucho decir semejante barbaridad. ¡¡Pero qué coño dice!!

Estoy abochornadísima. A niveles infrahumanos.

Niego con la cabeza varias veces hasta que soy capaz de recuperar la voz.

—¡¡Pero qué cojones dices!!—grito haciéndome oír por encima de la música—. ¡¡Eso no es cierto!!

Vuelvo a chillarle, encarándolo, mientras saco mi dedo acusador y se lo clavo repetidas veces en el pecho. Y entonces la veo. Esa estúpida sonrisa disimulada entre sus dientes, disfrutando de su victoria mientras aguanta estoicamente mis empujones.

—¡Eres un gilipollas!

Entonces advierto que Óscar está sudando, nervioso. Se lo ha creído.

¡Joder! ¿Y quién no? ¿Quién coño no se creería semejante barbaridad?

Los hongos vaginales no son algo que la gente suela ir inventándose por la vida. Es tan grotesco, tan específico, tan absurdamente rebuscado que cualquiera asumiría que tiene que ser verdad.

—Yo… —tartamudea—. Yo…, bueno… esto es demasiado raro. Creo que voy a irme.

—Espera… —Intento detenerlo—. No es cierto…

Pero ni siquiera se para. Y sinceramente, no puedo culparlo porque yo también habría salido corriendo sin mirar atrás.

Justo en ese instante me giro y veo a Markus con las manos sobre el estómago como si le doliera de tanto reírse, y es normal porque está descojonándose.

Estoy MUY enfadada.

No. Muy no. ASESINAMENTE ENFADADA.

Ha cruzado todas las malditas líneas rojas, es la humillación más rastrera y vergonzosa que he sufrido en mi vida. Tengo ganas de golpearle con una piedra en la cabeza hasta que deje de mantenerse en pie.

—¡Qué mierdas te pasa en la cabeza! ¡Lo has espantado! ¡Y me has dejado en ridículo! ¿Hongos? ¿De verdad? ¿Tenías qué decir eso? ¡No había otra maldita cosa! —lo vuelvo a encarar empujándole el pecho con ambas manos mientras le grito tan fuera de mis casillas que probablemente parezca una perturbada.

—Te hice un favor —responde sonriéndome con altanería—. Deberías darme las gracias, ese chico no tenía buenas intenciones.

—¿Buenas intenciones? ¿Qué intenciones te crees que tenía? ¿Matarme? —rebufo mirándolo con todo el odio que cabe en un cuerpo de metro setenta.

—Solo quería llevarte a la cama —dice con absoluta tranquilidad.

Me quedo ojiplática. Anonadada. Y tremendamente mosqueada.

—¿Y tú qué crees que quería yo? —le ladro sin intención de retroceder ni un milímetro—. ¿Casarme? —ironizo.

Obviamente no quería un rollo.

No soy de rollos.

A mí me van las relaciones serias, esas en las que tienes a alguien con quien hacer la cucharita, que te prepare tostadas y zumo por la mañana, y te reciba con un piquito amoroso y un «te quiero, hermosa». Pero eso él no lo sabe y yo no pienso ceder ni un milímetro con este psicópata que parece disfrutar humillándome.

—No digas tonterías. Tú no rayas coches ni tampoco te acuestas con el primero que te dice tres tonterías.

—¡Y tú qué cojones sabes! —increpo confirmando, una vez más, que es un puñetero presuntuoso que se cree que me conoce.

—Te he calado, vecina. Deberías darme las gracias por haberte evitado el mal trago y no tratarme con tanto desprecio.

Lo dice casi ronroneando, con una sonrisa altiva tatuada en esos malditos labios mientras me sostiene la mirada con descarada curiosidad. Me aguanto como puedo las ganas de soltarle la galleta que se merece. Estoy haciendo un ejercicio de contención impresionante, no quiero que vuelva a pasar lo mismo que con la tarta.

O sí. No lo sé. Estoy dudosa.

Una voz interna reclama venganza, pero mi sensatez, por otro lado, me suplica que respire hondo y deje de iniciar más conflictos

bélicos con este perturbado mental. Gana la sensatez, aunque, siendo sincera, por muy poco.

Aprieto los puños con rabia mientras siseo insultos mentalmente y le deseo enfermedades dolorosas del tipo que se le fracture el gusanillo y no pueda utilizarlo nunca más, dándome la vuelta y dejándolo atrás.

Voy a buscar a mi amiga.

Desiré, ¿dónde leches estás metida?

Avanzo entre la gente escudriñando cada rincón de la sala, esperando verla, pero nada, Desiré no aparece por ningún sitio y yo estoy comenzando a agobiarme mucho. Tras varias vueltas, por fin la encuentro en la barra. Acompañada.

¿Pero ese no es el amigo de Markus? ¿Charles?

¿Pero qué crímenes cometí en mi vida pasada para que el maldito universo me castigue así?

¿Fui familiar cercano de Hitler o qué?

Me acerco hecha una furia.

—Tu maldito amigo acaba de decirle al chico con el que estaba hablando que tengo una enfermedad de transmisión sexual.

—¿Cómo? —pregunta Desiré boquiabierta, aunque claramente conteniendo la risa.

—¿Que ha hecho qué? —pregunta Charles, avergonzado—. Lo siento muchísimo, Blanca. Lleva un día malo, pero esto… esto es inaceptable. Voy ahora mismo a obligarlo a disculparse.

—No. No —lo freno sujetándolo de la camisa—. Déjalo. No tiene remedio. Me voy a pedir otra copa.

—Espera, voy contigo.

—No, quédate aquí —le digo lanzándole una mirada cargada de significado.

Creo que con mi profunda irritación he interrumpido algo entre ellos. Parecían estar bastante… cercanos. Me ha parecido que tenían

bastante química y no quiero estropearlo. Ese chico se ve que es un encanto, no como el amigo, que es el hijo de Satanás.

LOS SÍNTOMAS



Se ha largado hecha una furia, y juraría que antes de irse ha estado a punto de darme un puñetazo, y no me extraña porque lo de los hongos vaginales ha sido demasiado, incluso para mí. En mi defensa diré que es lo primero que se me ha venido a la cabeza, imagino que habrá sido por deformación profesional.

Debo reconocer que ha sido verlos juntos y algo se me ha removido por dentro, era como una sensación desagradable, irritante, que me ha hecho comportarme como un verdadero capullo.

Alzo la vista intentando localizarla de nuevo, pero hay demasiada gente. Comienzo a andar entre la multitud buscándola. Y nada. No la encuentro. Entonces caigo en la cuenta de que tampoco veo a Charles desde hace más de una hora, lo cual me sorprende bastante porque no es propio de él. De mí sí, yo sí suelo escaquearme, sobre todo si aparece alguna chica exuberante con la intención de que pasemos un buen rato juntos. Pero Charles es mucho más retraído a la hora de ligar y no porque le falte físico, sino porque siempre dice que busca algo más que diversión. Mi amigo es de esos seres que aún creen en el amor verdadero.

Vaya majadero.

Al final siempre acabamos discutiendo porque yo le digo que lo que busca solo le dará problemas, que lo que necesita es divertirse más y dejarse de tanta tontería, pero no hay manera de que entre en razón. Y él siempre acaba sermoneándome con lo contrario, diciéndome con ese tonito sabelotodo que saca a veces: «Te estás

dejando arrastrar por lo que te pasó. Pero no te preocupes, amigo, ya te llegará la que te haga cambiar de opinión».

Como si eso fuera a pasar.

Sería como dejar que me lobotomizaran sin anestesia.

En la vida. En la puta vida.

Continúo andando entre la gente buscándola, hasta que de repente noto que alguien me agarra del brazo. Me giro pensando que será ella, pero a quien encuentro es a una chica despampanante que me sonríe con descaro, presentándose. Me siento tentado a decirle mi nombre por pura cortesía y señalarle que tengo que marcharme porque me están esperando, pero la chica no me da tregua y sigue hablándome sin parar mientras yo hago un ejercicio de contención por parecer que la escucho.

LA RENDICIÓN



Blanca

Pido una copa y segundos después me encamino hacia el baño, hubiera sido mejor hacerlo al revés, pero me han entrado ganas de hacer pis al segundo buche. Lo raro es que no haya ido ya treinta veces al váter con la que llevo encima, y es que percibo que voy una mijita perjudicada, sobre todo porque tengo la sensación de que camino en zigzag. Y si yo creo eso, la realidad debe ser mucho peor. Debo parecer un potro desbocado intentando mantener el equilibrio.

Decido volver a la pista de baile, no quiero volver a interrumpir a Desiré, la única neurona que me queda sobria me dice que les deje intimidad. Así que bailaré un poco, me acabaré la copa y me largaré a casa.

Me siento un poco rara. Desubicada. Es la primera vez que estoy sola en una discoteca y no puedo parar de pensar que la gente que pasa a mi alrededor debe preguntarse qué estoy haciendo aquí sin amigas. Además, estos antros no suelen ser de mi agrado y normalmente intento evitarlos a toda costa en Madrid, y para colmo, no puedo parar de darle vueltas a los malditos hongos.

Será desgraciado.

Decido retirarme cuando ya solo me quedan los hielos. Ya está bien por hoy, me digo escabulléndome entre la gente mientras la música sigue golpeando fuerte detrás de mí, como si el local no quisiera dejarme ir tan fácil. Los destellos de las luces me marean un segundo más de la cuenta, aun así, respiro hondo y, con paso decidido, me dirijo a la salida.

Estoy de camino al exterior cuando en mitad de la pista lo veo, tan atractivo como siempre, con ese deje de seguridad en sí mismo que destila arrogancia a mansalva. Está inclinado sobre una morena de escote escandaloso, susurrándole algo al oído.

Será asqueroso, pienso, dejándolo atrás.

Me chafa la maldita noche y se queda tan pancho. Divirtiéndose, mientras yo me largo muerta de vergüenza por su tropelía.

Y entonces sucede.

Me da un aire.

Un viento.

Un chispazo en las neuronas, que me hace darme la vuelta.

—Cariño, te estaba buscando —expreso cariñosamente metiéndome en medio del cretino y la morena de enormes pechos.

Ahora es él el que tiene cara de panoli.

Me está mirando ceñudo, con una morbosa curiosidad asaltándole en los ojos, que se debate entre el desconcierto y la sorna, a expensas de descubrir lo que le tengo preparado.

—Hola, guapa. Gracias por cuidar de mi marido mientras iba al baño —le suelto con descaro a la chica, que se queda de piedra mientras mis brazos se despliegan con ternura alrededor de la cintura del psicópata.

—¿Tu marido? —sopesa, inquieta.

—Sí, mira. —Le muestro mi dedo.

Es un anillo de bisutería que me acabo de cambiar de dedo, y que me ha venido genial porque tiene un brillantito que da bastante el pego.

—Un diamante. Todo le parecía poco. Me lo pidió en Roma, frente a la Fontana de Trevi.

—Ahh, yo, pues… —balbucea, nerviosa.

—Espera, ¿no me digas que estabas intentando ligar con él? —increpo recelosa.

—No… yo no…

—¿Insinúas entonces que mi marido era el que estaba intentando algo contigo?

Giro mi vista hacia Markus y prosigo con mi actuación.

—No me digas que ya estás intentando ponerme los cuernos después de mes y medio de casados.

—¡Cómo piensas eso, cariño! Si ya sabes que soy todo tuyo —intercede Markus, clavando sus ojos con desvergüenza en los míos, mientras asoma una sonrisa arrebatadora entre sus blancos dientes.

Lo observo por unos segundos como si lo nuestro fuera amor verdadero, mientras mis manos ajustan el cuello de su camisa con ternura. No dice nada. No se mueve. Solo me sostiene la mirada, como si estuviera esperando a ver hasta dónde soy capaz de llegar.

—Te ibas ya, ¿no, bonita? —recalco, victoriosa.

Ojo por ojo, diente por diente.

Acabo de darle de su propia medicina.

¡¡Y qué bien sienta!! ¡¡Que se joda!! ¡¡A tomar por culo su noche!!

—Sí. Sí —dice la chica huyendo al instante.

Markus me mira disimulando una expresión divertida que me descoloca por completo. Yo esperaba fervientemente sacarlo de sus casillas, mosquearlo, crisparlo, tal como él me ha hecho a mí, pero encima parece que acabo de causarle justo lo contrario. Está disfrutando. Se lo ha tomado muy bien, tanto como si acabara de hacerle un gran favor.

Empiezo a pensar que la chica estaba incordiándolo y acabo de allanarle el terreno para que desaparezca. No puedo ser más patética. Ni tener más mala suerte.

—Muy bien jugado —afirma alzando su comisura derecha mucho más que la izquierda en una sonrisa enigmática.

—¿No te ha molestado?

—No. No me interesaba.

—¿Cómo que no te interesaba? Era guapísima —afirmo, molesta —. Mucho más guapa que tú. Y menos psicópata.

—Eso quiere decir que, ¿te parezco algo guapo? —me susurra al oído con descaro.

Me río por lo bajo.

—No te flipes —gruño, sintiéndolo demasiado cerca, percibiendo que su mandíbula roza levemente mi pelo y a veces, incluso mi mejilla.

Huele bien. Muy bien. A sal mezclada con loción corporal de coco.

Y eso me irrita. Mucho.

—Eres horroroso. Repulsivo. Antiestético. Por dentro y por fuera —le replico con la voz más baja de lo que desearía.

—No te creo —contradice en mi oído.

—Porque eres un engreído.

—¿Eso piensas de mí? —vuelve a susurrarme.

Trago saliva con dificultad.

—Tienes muy mal concepto de mí. No me parece bien que me hayas juzgado sin darme una oportunidad —aduce con un jadeo ronco que me remueve por dentro.

—Es lo que has demostrado con creces.

Me mantengo impertérrita en mi discurso, aunque las piernas me están empezando a flojear al tenerlo tan cerca.

Él continúa frente a mí sin apartarse, sin romper la escasa distancia que nos separa, sosteniéndome la mirada un segundo más de lo normal, como si estuviera midiendo algo en mi cara.

Y entonces, noto cómo me toma de la mandíbula con su mano y me acerca lentamente a él. Puedo notar sus ojos proyectados en mi boca, mientras la música y la gente nos envuelven. Me gustaría decir que no, pero ahora mismo tengo un nudo en el estómago.

—Puede que tenga que disculparme por algunas cosas.

—Por robarme el aparcamiento.

—Por robártelo.

Gime en mi oído.

—Perdona.

—Por cortarme el paso con el pescado.

—Por eso también, perdón.

—Y por querer explorarme en la clínica.

Hace una pausa eterna.

—En eso, no tuve tanta culpa, tú viniste a mí —aclara, sugerente. Deslizando su pulgar lentamente sobre mi mejilla, poniéndome la piel de gallina.

—Yo no sabía que trabajabas allí —afirmo, casi ahogada por la sensación electrizante que me sacude el cuerpo.

Noto tanto calor en las mejillas que creo que el resto de mi cuerpo está sufriendo una subida de tensión.

¡Madre mía! ¡Estoy que ardo!

—Solo hacía mi trabajo, pero quizás me excedí un poco.

—¿Solo un poco?

Hace otra pausa eterna antes de responder.

—Está bien. Disculpa, no debí querer abrirte las piernas —masculla de una forma tan sexy y atrevida que empiezo a derretirme más rápido que los casquetes polares.

¡Virgen Santa!

—Allí, era inapropiado —puntualiza, travieso.

No sé si voy a poder seguir hablando o el sofoco me hará desmayarme. A duras penas, intento recomponerme para pronunciar la siguiente frase.

—Y por espantarme al chico con el que estaba hablando ahora, diciéndole que tenía hongos. Eso ha sido… lo peor… muy rastrero…

repugnante…

—Por eso no pienso disculparme.

Jadea.

—¿Cómo?

—Que de eso estoy bastante orgulloso —afirma mordiéndose el labio inferior, repasándome con la vista.

—¿Estás orgulloso de dejarme en evidencia y mentir?

Me molesto de nuevo, volviendo a resurgir en mí esa parte guerrera que me impide bailarle el agua al engreído de mi vecino, aunque la atracción que siento intente a toda costa pasar por alto todas sus barbaridades.

OHH NO. NO.NO.

Recomponte, Blanca.

—Ajam.

Asiente con la cabeza. Afirmando que está orgulloso de ello.

—Ha estado horrible. Me iba a dar un infarto de la vergüenza. ¿E insistes en que no te arrepientes?

Me enrabieto apretando los puños a mis costados.

—Sí, de la forma en que lo hice… digamos que debí elegir algo menos específico —exhala—. Pero… por otro lado, ni un poco. —Me sonríe, pícaro—. Porque cuando te he visto con ese chico, me ha sentado tan mal que he terminado comportándome como un imbécil.

No aparta la mirada al decirlo. Ni un segundo.

Extrañamente, me falta el aire.

—¿Mal? ¿Por qué? —logro pronunciar con la voz quebrada.

—¿No te lo imaginas?

Mi cuerpo ante sus palabras parece reaccionar de un modo desproporcionado.

Qué me pasa.

Mi respiración está acelerada, y siento unas ganas locas, desmedidas, de acercarme a sus labios.

¿Será esto otra de sus estratagemas? ¿Estará intimidándome para volver a reírse de mí?

—Yo…

—Tú… —dice lamiéndose el labio inferior, de una manera tan sexy que creo que me voy a caer de espaldas—. Espero que tengas las mismas ganas que yo… —me susurra sugerente sin acabar la frase.

—¿De qué?

—De esto.

Se acerca lentamente a mis labios, mientras yo, anhelante, le dejo que se aproxime. Su boca comienza a rozar la mía con una suavidad que me descoloca.

Sabe bien. Mucho más que bien.

Joder, mi cuerpo entero tiembla al notar que su mano se posiciona en mi nuca, enterrando sus dedos en mi pelo y acercándome más a él, mientras sus labios siguen torturándome. No entiendo qué me está pasando, hace tres escasos minutos lo odiaba y ahora la idea de que su boca se separe de la mía me provoca un nudo en el estómago que me asfixia.

Creo que me gusta.

¿Me gusta?

¡Joder, Blanca, estás cayendo muy bajo!

O no. Quizás no.

Puede que no sea exactamente eso.

Puede que lo que siento no sea más que una descomunal e insensata atracción sexual por él, que quizás haya dejado salir gracias al alcohol que me circula por la sangre, dándome el valor para alejarme de mi parte organizada, de la cabal, la que no se deja arrastrar por los impulsos.

Estoy en medio de la pista rodeada de extraños con la música sonando de fondo y con esta actitud desvergonzada que me descoloca.

Yo no soy así. Yo no hago esto.

Pero unas cosquillas internas me gritan cosas que nunca había sentido, sospecho que es el maldito líquido que me está cegando, porque ahora mismo solo deseo arrancarle la camiseta y recorrer sus pectorales centímetro a centímetro con mi lengua.

Virgen Santa, qué me ocurre.

Parece que estoy poseída.

Percibo que sus labios se despegan lentamente, quedándonos a escasos centímetros, los suficientes para que sus ojos deambulen curiosos hasta los míos. Capturándolos. Interrogándolos.

Solicitando algo más.

¡Joder, me nubla! ¡Me nubla la razón! ¡Ha mandado al cuerno todos mis reparos!

—Besas muy bien, vecina —sisea en mi oído con descaro.

Trago saliva.

Si volviera la Blanca normal, la que es incapaz de hacer locuras, le sonreiría cortésmente y saldría por patas antes de que este desvarío fuera a más. Pero, no sé por qué motivo, esa Blanca parece haberse esfumado esta noche. Dejando a una que quiere más. Mucho más.

—Tú no lo haces tan bien —le vacilo, juguetona—. O quizás, para puntuarlo, debo volver…

No me deja terminar la frase, levanta las cejas, pícaro, y se acerca con contundencia a mis labios, intensificando el beso a niveles que hacen que mi corazón se desboque, saltándose un par de latidos.

No quiero que esto acabe, estoy en una maldita nube y codicio con ansias que su mano siga en la parte baja de mi espalda, mientras me pega a su cuerpo y el calor embarga cada ápice de mí.

—Me gusta esta nueva Blanca —gime.

—Y la anterior, ¿no? —bromeo.

—Esa, también —sigue susurrándome al oído—. Me gusta cuando me desafías, cuando te sonrojas y me mandas al cuerno poniéndome en mi sitio. No suelen hacerlo.

—¿No sueles encontrar oposición a tus fechorías?

—No mucha —afirma, colocándose frente a mí, uniendo su frente con la mía—. ¿Te apetece que volvamos a casa juntos?

Ahí está. La propuesta. El momento en el que debo decidir si freno esta insensatez o continúo jugando con fuego.

Pero hoy. Ahora. En este instante. No estoy confusa. Tengo claro lo que quiero.

No hay titubeos. Ni dudas.

Mañana… mañana será otro día.

Hoy la Blanca liberada quiere sucumbir a sus deseos y que le den a los reparos, los sonrojos y los protocolos. Total, en quince días todo esto será agua pasada.

—Sí, vámonos.

Sus ojos brillan al escucharme, mientras se aparta un mechón de pelo que le cae despeinado sobre el rostro. Está jodidamente atractivo. Ahora mismo, entiendo a toda esa cola de chicas que se agolpan en su consulta con la única intención de llamar la atención del hombre que tengo delante. Aunque solo sea una vez.

Me coge de la mano y con determinación va apartando los cuerpos que nos separan de la salida. Ya en la calle, respiro una bocanada de aire mientras me dejo guiar por él, dejando atrás la estruendosa música y el agobio casi asfixiante del local.

LO INEVITABLE



Blanca

No me ha soltado de la mano desde que hemos salido de la discoteca. Vamos atravesando las callejuelas en la dirección opuesta a la que se ubican nuestros apartamentos. Debería preguntarle hacia dónde se dirige, pero me gusta tanto la calidez que me profiere su tacto que no quiero que mi curiosidad nos separe. Su mano ancha, fuerte, decidida sigue ejerciendo su poder sobre mí, guiándome con confianza. Tras unos pocos pasos más, veo aparcada su furgoneta azul repleta de pegatinas.

Genial. Esto es mejor que andar más de veinte minutos para llegar a casa. No creo que soportara esa caminata con estos zapatos.

Me abre la puerta, galante, con una sonrisa torcida. Al subir, nuestros cuerpos se rozan levemente, recorriéndome de nuevo esa corriente eléctrica que he sentido cuando ha estampado sus labios en los míos. Me parece percibir que él también siente algo, porque se estremece a mi paso, y sin pudor alguno me dice:

—Estoy deseando llegar.

Trago saliva como puedo. Esto se está poniendo al rojo vivo, y temo que esta Blanca empoderada, segura de sí misma y sin pudor alguno, tiene las horas contadas, tan pronto como el nivel de alcohol baje en sangre, se desvanecerá como la Cenicienta, volviendo a su estado original. A la comedida, la recatada, la pudorosa. En resumen, a la Blanca de siempre.

Y es un rollo porque estoy disfrutando bastante de ser desvergonzada e ir besuqueándome en público como una

adolescente.

No puedo evitar mirarlo conducir durante todo el trayecto, es tan atractivo que distrae, va en silencio con la vista pegada a la carretera mientras la música suena de fondo, acompañándonos en el recorrido.

Llegamos y lo miro de reojo, intentando que no se note demasiado que me falta el aire. Subimos las escaleras en silencio y él sigue sin soltarme la mano, como si no tuviera ninguna intención de hacerlo. Cada peldaño convierte esta locura en algo un poco más real. Al llegar arriba, seguimos un par de pasos más por inercia hasta que ya no hay más recorrido. Estamos frente a mi rellano. Y ahí, de repente, todo se queda demasiado quieto. Empiezo a estar tremendamente nerviosa y él lo sabe. No puede no saberlo. Es demasiado obvio.

—Blanca…

No termina la frase.

Me doy cuenta de que está esperando algo.

—¿Sí? —digo al fin.

El aire entre los dos se vuelve mucho más pesado.

—¿Te gustaría que pasara?

Permanezco en silencio unos segundos, intentando reunir el valor suficiente para contestarle.

¡Joder! ¡Estoy tan desubicada, que ni siquiera me salen las palabras!

Entonces, él se acerca aún más a mí con una curiosidad que parpadea en su mirada, mordiéndose levemente el labio, apoyando sus brazos en la pared de la entrada y acorralándome entre ellos. En respuesta, me pego a la fachada buscando algo de espacio, para darle un respiro a mi pecho que late desenfrenado.

Unos centímetros insignificantes separan sus labios de los míos.

—Blanca, sé que has bebido, y quizás… —Se aclara la garganta.

Tiene la voz ronca, áspera, cuando prosigue.

—Quizás no estás segura de esto. Si es así, quiero que me lo digas. No quiero…

No lo dejo terminar, alzo mi mano paseando mi pulgar sobre su labio inferior, notando cómo de entre sus dientes se escapa un pequeño gemido. Y lo beso con ansias, con necesidad y con una seguridad que no sé de qué parte de mí ha surgido.

—¡Joder, Blanca! —suspira manteniendo su postura, con los antebrazos apoyados en la pared, encarcelándome entre ellos.

Su presencia me atrapa y me resulta imposible apartar la vista de él. Hay algo tan sexy en ella que me abruma. Percibo cómo su mirada paulatinamente comienza a descender hasta mi cuello, acompañada por sus labios que van esparciendo sobre él pequeños y húmedos besos. Lo recorre con vehemencia, ascendiendo por él hasta alcanzar el lóbulo de mi oreja, apresándolo de una forma muy erótica entre sus dientes.

—¿Entramos?

Abro la puerta, no sin cierta dificultad. Mis manos temblequean de la emoción y los nervios. Entro la primera seguida por él, pensando que es irreal tenerlo aquí, después de todo lo que nos hemos hecho el uno al otro.

—¿Quieres beber algo? —pregunto, intentando ganar algo de tiempo.

—No —contesta.

No desvía la atención de mí cuando lo dice. Luce descaradamente seguro, provocador.

Se dirige hasta el sofá con paso decidido y toma asiento.

—Quiero que vengas aquí conmigo —ordena tocando el asiento sin apartar la vista de mis tímidos ojos.

Hago lo que dice y camino hacia él con la respiración agitada. Estoy tan acalorada que siento el cuerpo entero arder. Es la escena más provocativa que he vivido en mi vida. Él está sentado en mi

sofá, observándome con expectación mientras ladea esa preciosa sonrisa cargada de deseo contenido.

Estoy totalmente fuera de mi zona de control. Todas mis anteriores veces han sido en pareja, nunca he tenido un rollo ni una noche loca, ni mucho menos me he atrevido a desnudarme delante de alguien con el que no tenía una relación. Quizás estoy chapada a la antigua o quizás sea mi pudor excesivo, pero esta era mi verdad, hasta hoy, el día en el que he decidido romper todos mis esquemas.

Cuando llego a su lado y me siento, tengo la sensación de que todo da vueltas a mi alrededor.

—Me gusta cuando te sonrojas así —susurra, causando que mis mejillas ardan aún más.

—Odio ruborizarme tan fácilmente.

—No deberías. Te pones muy sexy —asegura acariciando suavemente mi labio inferior, provocándome que respire con dificultad al oírlo. Está tan increíblemente guapo que me cuesta horrores que mi corazón no se desboque.

Me tomo un segundo para contestarle.

—Me delata.

—¿Eso quiere decir que quieres que te vuelva a besar? —resuella con una voz ronca que me remueve por dentro.

Jadeo como respuesta, y lo toma como un sí, acercando sus labios a los míos con necesidad, con pasión. Y en ese preciso instante el mundo entero se desvanece. Solo estamos él y yo saboreándonos, entregándonos.

Hay algo terriblemente excitante en la forma en la que me acerca a su cuerpo y me sienta a horcajadas sobre él, frente a frente, mientras me observa fascinado.

La respiración de ambos se oye entrecortada, y siento su aliento caliente pegado a mi piel. Vuelve a besarme en el cuello, esparciendo pequeños bocados que me hacen enloquecer, a la vez

que eleva lentamente sus ojos hacia los míos, torciendo una endiablada sonrisa:

—Joder, Blanca. Me estás volviendo loco.

Y eso me da alas. Ante su afirmación me crezco y comienzo a rozarme suavemente con su entrepierna.

Oye que sea una buena chica, no significa que sea tonta.

Él jadea en mi oído al notar la fricción y yo me abandono a mi parte más irracional, acelerando el roce, cargada de intención. Sintiéndolo duro, para mí. Markus responde salvajemente a los movimientos de mis caderas, provocándome un sonrojo que se mezcla con una excitación difícil de describir. Apoya sus manos en mis costados y una de ellas se dirige al final de mi vestido, deslizándolo hacia arriba hasta deshacerse de él, quedándome en ropa interior.

Gracias a Dios, es negra y de encajes. Y lo más importante, estoy depilada. Voy a tener que agradecérselo eternamente a Desiré y a esa señora con incontinencia verbal.

Markus observa mi cuerpo con calma, como si quisiera memorizarlo, apareciendo de nuevo esa sonrisa ladeada que me desestabiliza. Movida por la situación, meto mis manos por debajo de su camiseta y mis dedos palpan con ansiedad su atlético torso. Es puro acero, y ahora mismo yo soy su horno de fundición.

Le mantengo la mirada mientras le arrebato la camiseta, sintiendo que verlo al desnudo es casi tan excitante como palparlo, en respuesta, él muerde su labio inferior como si apresara en él sus ganas. Confiada, alzo mis caderas un poco hasta lograr el suficiente espacio para desabrocharle el botón de su pantalón.

Ansío deshacerme también de los calzoncillos, pero mi verdadero yo sigue estando presente en alguna parte. Y me aguanto las ganas.

Markus dirige sus manos a mis pechos, rozándolos levemente por encima del sujetador con dedicación, provocándome que ahogue un jadeo sordo y me recoloque sobre él.

Me desabrocha el sujetador con un único y preciso movimiento, y lo lanza detrás del sofá en un gesto muy erótico sin dejar de mirarme mientras lo hace, ni siquiera cuando su boca roza por primera vez mis pezones. En ese instante, el aire se me atraganta en la garganta y no puedo evitar arquearme sobre él.

Joder, nunca antes había estado tan absolutamente excitada por las caricias de alguien.

Continúo, a duras penas, rozando mis caderas contra su miembro, que ha adquirido unas dimensiones que no se ajustan para nada a las enormes mentirijillas que le solté en la playa a pleno pulmón.

Vale, soy una embustera.

Puedo palpar que es enorme, y que el gusanillo ha terminado siendo una maldita anaconda.

Sus dedos continúan acariciando mis pechos y descienden lentamente por mi torso hasta mi barriga, a la par que sus ojos solicitan con ansias mi permiso. Y mi cuerpo se lo da. Introduce lentamente su mano en mis bragas hasta alcanzar mi punto más sensible, haciéndome gemir. Mucho, muy fuerte. Más aún cuando mueve sus dedos ágiles en mi humedad una y otra vez hasta introducirlos en mi interior.

Me está volviendo loca sentir sus dedos explorando todo mi ser, mientras su boca devora toscamente la mía. Estoy tan excitada que dejo a un lado mis pudores e inserto mi mano bajo su ropa interior. Un gruñido ronco sale de su garganta al notar mi tacto. Jugueteo un poco, quiero que se deshaga con esto, que lo anhele, que me suplique.

Otro bufido me da la señal que espero, agarrando su miembro y comenzando a deslizarlo arriba y abajo con dedicación.

—Los calzoncillos —susurra.

—¿Te los quito?

Jadea ansioso, mientras le sonrío con suficiencia jugando a su mismo juego, para terminar quitándoselos.

Mis manos vuelven a su erección, y se demoran en ella.

—Blanca, para o esto va a durar muy poco. Me estás matando —aúlla gravemente.

Yo saco la sonrisa más lasciva que he puesto en mi vida y me concentro entonces en su boca.

—No creo que seas de esos —gimo en su oído.

—Si sigues así…

Su expresión suplica que pare y, al mismo tiempo, que continúe.

—Aguanta. Te quiero dentro de mí.

—Vas a conseguir matarme.

—¿Tan fácil?

Un quejido rudo brota como respuesta. Me alza un poco dirigiendo su mano derecha a mi cuello, agarrándolo, a la vez que noto sus dedos incrustarse salvajemente en mi cadera, encontrando la manera de introducirse en mí de una sola estocada. Grito de puro placer. Un pequeño dolor atraviesa todo mi cuerpo al acoger su enorme envergadura, sintiéndolo en cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Cuando ve que recupero el aliento, tuerce de nuevo sus labios en una jugosa sonrisa. Perversa. Masculina.

—Puede que mi gusanillo esté causando grandes estragos —dice mientras inserta dos de sus dedos en mi boca.

Mi respiración es frenética.

—Me vuelves loco. Muévete sobre mí.

Y lo hago. Se lo concedo. Ahora mismo le concedería cualquier cosa.

Continúo encima de él, sentada sobre sus rodillas, subiendo y bajando cada vez con movimientos más rápidos y continuos, hundiéndome en él centímetro a centímetro con nuestras respiraciones entrecortadas. Su mirada está fija en la mía cuando un gemido se me escapa de los labios pidiéndole más, y él obedece a mis súplicas respondiéndome con movimientos más toscos y

seguidos hasta que una explosión recorre todo mi cuerpo y de alguna manera se extiende al suyo, recayendo ambos en un estruendoso y placentero orgasmo.

Nuestros cuerpos siguen tendidos en el sofá, pegados el uno al otro, al no haber mucho más espacio. Noto que me acaricia el pelo, mientras mi respiración va volviendo a la normalidad. Me siento un poco cansada; deben de ser más de las cinco de la madrugada y la paz que ahora embarga mi cuerpo me lleva a cerrar los ojos y dormirme en el calor que emana de su pecho. Estoy a gusto.

LA MAÑANA DESPUÉS



Continúo tendido en su sofá, es cómodo, aunque no muy amplio, lo que implica que nuestros cuerpos desnudos aún continúan rozándose. Se durmió sobre mi pecho a los pocos minutos de que nuestras respiraciones jadeantes volvieran a la normalidad. Tiene el cabello despeinado, sus mechones oscuros, casi negros, se desparraman sobre mi piel, desenfadados, y sus labios continúan levemente enrojecidos por la intensidad con la que apresaban los míos.

No estoy incómodo. Incomprensiblemente, me gusta tenerla aquí, entre mis brazos. Siento cierta paz que hace años que no experimentaba y eso me sorprende. No es habitual en mí quedarme a pasar la noche después de tener sexo. Siempre he pensado que alargar esos instantes solo sirve para complicar las cosas y acabar provocando malentendidos y falsas ilusiones. Yo nunca prometo nada por la sencilla razón de que no quiero nada más allá de sexo, sin sentimientos, sin vínculo emocional.

Jamás he tenido una relación, ni estoy hecho para ellas. No después de la niñez que pasé.

No sería capaz de hacerle a nadie lo que nos hizo a mi madre y a mí, pero tampoco soportaría que alguien me lo hiciera. Por eso, la única forma de asegurarme de que nunca suceda es cerrarme al amor.

Vivo bien con la decisión que he tomado, con la manera en la que he decidido afrontar mi vida apostando solo por los rollos, sin

pretender nada serio. Cuando las cosas comienzan a adquirir un matiz más personal, desaparezco.

Aunque no soy un capullo. Siempre lo advierto antes. No me gustan los engaños, ni mucho menos dar falsas esperanzas. Por eso, el discurso es el mismo una y otra vez, esto es lo que soy capaz de dar y, si buscas un final feliz, no es conmigo.

La mayoría acepta, aunque no todas se lo terminan tomando tan bien cuando mi promesa se hace realidad.

Son las siete de la mañana. He dormido unas horas abrazado a su silueta, pero ahora algo me grita que tengo que salir de aquí. Me levanto con cautela para no despertarla, su mano continúa sobre mi torso, se la aparto con cuidado y me deslizo con sigilo hasta tocar el suelo con mis pies. Una sensación extraña me incomoda sin saber por qué, intento obviarla vistiéndome rápidamente sin hacer ruido. En cuanto termino de vestirme, me detengo a mirarla unos segundos que se me antojan insuficientes antes de salir por la puerta cerrando con suavidad.

Ya en casa, me preparo un café y una sonrisa absurda se me escapa cuando recuerdo cómo se presentó como mi esposa, y sin esperarlo, terminamos en su sofá. Es la primera vez que una mujer me parece tan desconcertante. Me causa una extraña curiosidad la facilidad con la que cambia de registro, del sonrojo a la rabia en escasos segundos.

Por un momento, dejo de pensar en Blanca y me centro. Es domingo y hoy es el maldito día en el que llega. Estoy completamente seguro de que va a ser una mierda. Todavía no soy capaz de entender por qué no me negué en rotundo cuando mi padre me lo pidió.

Acogerlo durante unas semanas. En qué coño estaría pensando, como si fuera tan fácil convivir de buenas a primeras con un maldito desconocido. Vale que esta no es mi casa y que estoy de prestado, pero joder, esto no era lo acordado. Mi padre, como siempre, haciendo lo que le sale de los putos cojones. Comienzo a envenenarme yo mismo, resoplo varias veces y me pongo a dar

vueltas por el apartamento con la cabeza hecha un ruido constante, maldiciéndolo todo como si eso fuera a mejorar algo, como si fuera posible dar marcha atrás.

El apartamento no es pequeño, le daré la bienvenida y me ocuparé de intentar pasar de él y coincidir lo menos posible. Podré soportarlo, me intento autoconvencer cuando el timbre me arranca de golpe de mis pensamientos.

Rebufo.

Genial, ya está aquí.

Me levanto arrastrando las zapatillas por el suelo con desgana, abro la puerta y al otro lado me espera un chico de pelo negro, ojos rasgados y una sonrisa exageradamente forzada, lo que me aclara que esta encerrona le resulta tan incómoda como a mí.

Por lo demás, puedo asegurar que la persona que tengo delante es lo más opuesto a mí que he visto en mi vida. Va con una camisa de manga larga de rayas verdes y blancas y unos pantalones chinos, con unos mocasines de la prehistoria en pleno julio. Lo que me confirma que es un maldito pijo de los del pelo repeinado y gomina suficiente como para acabar con todo el jodido planeta.

Eso sí, debo reconocer que es guapo, aún con las pintas de vivir en plena Moraleja y ser de alta alcurnia, se ve atractivo.

Imagino que le han debido ir bien las cosas, aparenta tener pasta y ocupar algún puesto importante. ¿De qué? Pues ni puñetera idea, mi padre no me lo dijo y a mí me daba exactamente igual, así que no pregunté. No quiero ninguna relación con él. Lo tengo claro.

—Hola.

—¡Qué pasa! —digo a modo de saludo—. Entra. Estoy instalado en la habitación de la izquierda; puedes quedarte con la de la derecha.

—Esa es la mía. Muévete tú.

Intento que no se me note que estoy frunciendo el ceño y que mis puños se han cerrado a ambos lados de mis costados. Me están

entrando unas ganas descomunales de partirle la cara por semejante recibimiento. Pero respiro, y lo dejo estar.

—Moveré mis cosas —afirmo con acritud.

Si había alguna posibilidad de llevarnos bien, acaba de aniquilarla. Agolpo toda la ropa que tengo amontonada sobre la cómoda en una especie de bola enorme y la saco en volandas hasta el otro dormitorio, allí la lanzo sobre el escritorio de madera, tras lo que vuelvo a entrar y repito el mismo proceso con todos los libros, la tablet, los zapatos, el traje de kitesurf y las dos maletas que me acompañaron desde Noruega. Cuando ya lo tengo todo en el otro dormitorio, le dirijo una sonrisa tensa y le espeto que es toda suya. Tras eso, me encierro en la habitación con un portazo, dedicándole un corte de mangas y varios insultos insonoros.

—Pijo de mierda. Se cree que, en vez de ir a la playa, va a un congreso.

Con la mala hostia que me abrasa el cuerpo, decido ponerme a ordenar todo lo que he lanzado de mala gana a la cama. Soy muy desordenado, convivo bastante bien con el caos. Me acostumbré a ello a los tres años y ahora enmendarlo se me hace cuesta arriba. Pero estoy tan sumamente enojado que golpear las perchas al colocar la ropa sobre la barra de metal del armario me otorga cierta satisfacción. Sobre todo, porque me imagino que es su cabeza la que recibe el impacto.

He quedado con Charles tras haberme escrito esta mañana, así que a las doce me coloco las playeras, las gafas de sol, un bañador que me queda unos centímetros por arriba de las rodillas con un estampado playero de Hawái y me marcho. Ayer no me despedí de él. Le perdí la pista cuando fue a pedirse una copa. Supuse que habría mucha cola y que luego habría ido al baño, pero al rato me encontré con Blanca y se me fue por completo la cabeza.

Más tarde me quedé charlando con la chica de enormes pechos, que me entró, hasta que Blanca hizo su aparición estelar plantándose delante de ella. Y con ese carácter explosivo que muestra cuando consigo hacerla rabiar, la espantó, con mucho arte y

bastante desvergüenza. Es poderosamente divertida e ingeniosa cuando deja a un lado toda su formalidad, su rectitud y su altivez.

Río en voz alta.

Me la devolvió bastante bien, la verdad es que me pasé de frenada con eso de los hongos. Fui un auténtico capullo. Me acerqué con la intención de molestarla, pero cuando vi que aquel tío no podía apartar los ojos de ella, una especie de latigazo me recorrió el cuerpo. Fue una sensación rarísima, desconcertante, que me llevó a decir un disparate, con la idea de que el baboso ese se pirara.

Y lo conseguí, aunque luego me quedé raro, inquieto, como si hubiera hecho algo que no debía y aun así quisiera repetirlo.

Nos saludamos con un apretón de manos mientras lo miro de arriba abajo, varias veces. Mi amigo luce mucho peor que yo, parece que no ha dormido ni media hora, y si no fuera porque lleva otra ropa distinta, diría que viene directo de la discoteca.

—Estás horrible.

—Ohh, gracias. Tú también.

Río con ganas.

—Pero en mí no es ninguna novedad.

—*Touché*.

Esta vez reímos los dos.

—Tú primero —le incito a que me cuente, muerto de curiosidad.

—Pasé la noche con Desiré —desvela bebiendo un sorbo enorme de agua.

—¿Qué Desiré? —pregunto sorprendido.

No puede ser la que estoy pensando.

Maldita sea. No puede ser. Porque Charles es de los que se enamoran, llevan flores y se ennovian. Y si eso pasa, estoy jodido.

Primero, tendré que ver a Blanca día sí, día también, y después de lo que ha pasado entre nosotros, no estoy seguro de que ella

ahora mismo no esté echando corazoncitos por los ojos por mí. Ayer no fui muy claro con ella, no sé qué me pasó que me salté todos mis filtros y no puse límites. Y para colmo, le espanté al tío ese diciéndole que solo quería follársela y que ella buscaba otra cosa.

Quizá las señales fueron demasiado ambiguas y ahora piense que busco algo más.

Y segundo, si estoy en lo cierto con lo primero, me querrá hacer la vida imposible cuando entienda que le he dado carpetazo.

¿Por qué se lo he dado? ¿No?

A ver, el sexo fue el mejor de mi vida, tuvimos una conexión brutal y, ¡joder!, ¡cómo se movía sobre mí! ¡Parecía una diosa!

Estoy poniéndome cachondo de nuevo solo con imaginármela…

—Markus, vuelve a la tierra, tío.

—Sí, sí —pronuncio, saliendo de mi bucle mental.

—¿Que si te fuiste con la chica que te entró?

—No exactamente —digo con cara de circunstancia.

—¿Por qué no me está gustando esa cara? ¿Hay algo malo que hayas hecho y deba saber?

No le va a gustar. Lo sé.

Trago saliva antes de contarle que ayer me fui con Blanca y que esta mañana he salido a hurtadillas de su casa. Y al oírlo, sé solo por su mirada que estoy en lo cierto, y que me va a caer un sermón tremendo.

—Es una buena chica, y lo sabes.

—Ya.

—Le dijiste a su ligue que tenía hongos.

—Me pasé. Estuvo fatal —reconozco.

—Y eres un puto imbécil por largarte antes de que se despertara. Te vas a arrepentir.

Lo miro con desconcierto, asegurándome mentalmente de que lo que me dice es una locura. Yo nunca me arrepiento.

—Y encima, me vas a joder lo que he empezado con la amiga.

Me quedo callado oyendo las perlitas que mi amigo suelta por la boca, circulando por mi sistema auditivo como en un segundo plano, y, pese a que me joden, reconozco que la mayoría, si no todas, son ciertas.

EL AMOR PLATÓNICO



Blanca

Acabo de despertarme y no hay rastro de él, ni en el sofá, ni en el baño, ni en ninguna otra estancia. No está, y no es que me sorprenda, no esperaba declaraciones de amor ni que me tendiera una bandeja con un desayuno en plan romántico. Pero no puedo evitar que esto me moleste, me parece muy poco maduro por su parte largarse a escondidas de mi casa sin ni siquiera decir adiós.

¿Qué se ha creído? ¿Qué iba a despertarme enamorada de él, rogándole que se quedara para siempre?

Sigue siendo el mismo idiota de siempre, aunque anoche, por un momento, me hiciera pensar que no.

Con este comportamiento, lo único que ha conseguido es que la idea de cruzármelo en el rellano se vuelva una amenaza real. Y me lo cruzaré, de eso no hay duda, ¡porque es mi maldito vecino!

Desde que he llegado, todo ha girado en torno a él, desde mi estado de ánimo a mis berrinches, e incluso mi vida social. Empiezo a agobiarme con la idea. Me quedan quince días de vacaciones y ahora mismo lo único que me apetece es hacer la maleta para volverme a mi casa cuanto antes.

Y no por la decisión que tomé de acostarme con él, eso estuvo bien. No me arrepiento. Descubrí una parte de mí que me gustó, me sentí sexy, poderosa y, sobre todo, libre.

Fui capaz de dejar a un lado el pudor, los pensamientos intrusivos y mis inseguridades. Deseaba hacerlo. Deseaba pasar la noche con él.

Reproduzco en mi mente la forma en la que sus ojos se oscurecieron y sus pupilas se dilataron al verme sentada a horcajadas sobre él en el sofá, y no puedo evitar sentir que el aire se me espesa en los pulmones. Fue todo demasiado intenso, la forma en la que me tocaba, la urgencia en sus labios y lo peor, es que todavía no lo entiendo, por más vueltas que le doy, no sé a qué se debe, pero me atrae. Mucho.

Desconozco si es su sonrisa, la presencia magnética que proyecta o ese odioso rizo que le cae sobre la frente y le hace parecer un rebelde sin causa. Me saca de quicio y, aun así, me arrastra como la luz a las polillas.

¿Eso seré? ¿Una polilla desorientada?

Me niego.

Paso el resto de la mañana en casa y no porque esté evitando verlo, sino porque Desiré está trabajando y hace demasiado viento para ir a la playa. Podría ir de compras al centro, pero sinceramente estoy cansada y la resaca aún impregna mi cuerpo.

Qué malo es beber, y de paso, hacer ejercicio físico también, porque las posturas de anoche son el equivalente a un mes de sentadillas.

Tengo que repasar la agenda y ampliar de verdad las horas de gimnasio o terminaré usando andador en menos de cinco años.

La mitad de la mañana me la paso en el sofá tendida con una botella de agua de litro y medio en una mano y el mando del televisor en la otra. Hasta que veo que están echando *Notting Hill*, y decido dejar de hacer *zapping* para verla por cuarta vez. Siempre me han gustado las comedias románticas, sobre todo las que son superinverosímiles, pero te dejan flotando de amor y deseando ser la protagonista de una historia igual de intensa.

La otra mitad de la mañana la ocupo limpiando a fondo. Incongruente, quizás, pero estoy tan enojada con el gilipollas de al lado, que tengo que distraerme como sea. Y tenerlo todo bajo

control, ordenado y pulcro siempre me aporta sosiego, que es lo que no tengo ahora y necesito en altas dosis.

A las cinco de la tarde ya he limpiado sobre limpio, tres veces, así que decido que, para no comenzar a arrancarme los pelos en esta crisis compulsiva que estoy experimentando, voy a ir a casa de Desiré.

Me visto con unos vaqueros cortos, y una vaporosa camisa blanca con unas transparencias por las mangas en las que hay bordadas unas bonitas flores. Me la compré hace algunas temporadas y la uso muy a menudo. Me parece de esas prendas atemporales que siempre combinan con todo. En los pies, elijo unas sandalias de tono marrón, planas, para poder ir cómoda andando hasta la casa de mi amiga. Cojo el bolso, las llaves y cierro la puerta concentrándome en la cerradura, sin mirar bajo ningún concepto hacia la casa de Markus.

Oigo el clic del cierre. Y, dos segundos después, la puerta de al lado se abre.

Mierda.

Me giro encaminándome rápidamente hacia el pasillo común, alzando la frente con dignidad sin desviar la mirada. Voy a saludarlo como siempre, con indiferencia. Mostrándole que no ha significado nada, solo una simple noche de sexo consentido entre dos adultos que no buscaban nada más que pasárselo bien.

Giro la vista hacia él, y entonces, todo mi jodido mundo se detiene y se pone patas arriba.

Mi corazón se ha saltado tres latidos. O cinco, no estoy segura.

Esto no puede estar sucediendo.

Una tímida sonrisa se dibuja en mis labios, mientras mi mirada se desliza por su rostro y se detiene en sus ojos. Los de él, que me observan con inusitada sorpresa y una pizca de lo que interpreto como ¿ilusión?

—¿Blanca?

No reacciono. Lo observo incrédula.

—¿Eres tú?

Continúo en babia. Él me pone en babia. Siempre lo ha hecho y por lo visto, no ha dejado de hacerlo.

Me repongo como puedo para contestarle.

—Sí, soy yo —musito con una voz pequeñita que emerge cohibida desde mis tripas—. Iker —balbuceo.

—¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría! —exclama viniendo hacia mí, hasta envolverme en un abrazo que me resulta de lo más placentero.

Su abrazo es cálido, firme. Familiar.

—¡Cuántos años han pasado! ¿Ocho? ¿Diez? Estás muy diferente —añade, resultándome un cumplido por la forma en la que me observa.

—Creo que diez —respondo sabiendo que son exactamente diez. Llevo la cuenta exacta, incluso los meses.

Está guapísimo y muy elegante. Lleva una camisa blanca, impecable, de un tejido fino. Parece cara, como el resto de su *look*. Pantalones largos, arreglados, quizás incluso demasiado para estar en la playa.

Aunque no fuera él, mi amor platónico, aunque se tratara de un simple desconocido, captaría mi atención.

—Todavía me cuesta creérmelo, Blanca, qué maravillosa sorpresa.

Lo tengo a escasos centímetros de mí, mirándome con un brillo que nunca le había visto en sus oscuros ojos o, al menos, no cuando me miraba a mí.

—Tenemos que ponernos al día. Diez años —dice moviendo la cabeza de un lado a otro como si no se creyera que me tiene frente a él—. Son muchos años.

—Sí —emito en una especie de susurro.

Estoy tan impactada que las palabras se me siguen atragantando.

—¿Estás viviendo aquí, en Tarifa? —se interesa.

—No, estoy de vacaciones. Estoy viviendo en Madrid.

—¡Yo también! —asegura, extendiéndosele una amplia sonrisa de satisfacción—. Solo voy a estar unos días, vine para cerrar algunos negocios. Sigo sin poder creerme que estés aquí y que vivas en Madrid. No puede ser que no nos hayamos cruzado nunca por la Gran Vía, o por el Retiro, o en algún restaurante.

—Ni yo —contesto.

Siento un revoltijo de sentimientos difusos recorriéndome el estómago, que se acrecienta exponencialmente cuando soy consciente de que no estamos solos. Markus está plantado delante de nosotros, más concretamente frente a mí. Ha debido subir de la calle, quedándose a espaldas de Iker, el cual todavía no se ha percatado de su presencia.

No sé exactamente cuánto tiempo lleva ahí, pero creo que el suficiente como para ver que hay una enorme complicidad entre Iker y yo, y que mi sonrisa se extiende demasiado.

Tiene una mueca rara en la cara que no consigo determinar si es de disgusto, de apatía o de inquietud. Tampoco sé si va dirigida hacia mí o hacia su compañero de vivienda.

¿Serán amigos?

Ay, Diossss. Puede que haya dinamitado la única posibilidad que tenía de tener algo con Iker, por el jodido imbécil este.

Quién se interesaría en una chica que acaba de estar con un colega. Nadie. Absolutamente nadie.

—¿Tienes planes esta noche? —Oigo preguntarme a Iker, haciéndome salir de mis pensamientos—. ¿Te apetecería que cenáramos juntos para ponernos al día? —me propone bajo la atenta mirada de Markus, que sigue sin despegar la vista de nosotros.

No me ha saludado, ni parece tener la intención de hacerlo, ¿o sí?

Está tan raro que no consigo determinarlo.

¡Joder! ¡Acabo de verlo abrir la boca! ¡Blanca, prepárate para el impacto!

—Buenos días, vecina, ¿qué tal estás? ¿Cómo has dormido? Creí escuchar sonidos raros anoche provenientes de tu casa —me lanza con una sonrisa cautivadora e irónica a la vez, mientras frunce levemente el ceño.

Abro la boca tanto como un buzón de Correos.

¿A qué mierdas está jugando?

Menudo gilipollas.

¿Qué pretende que le conteste?

—Regular, supongo. Creí ver una rata en mi apartamento. Juraría que se metió en mi cuarto, o quizás huyó, lo cierto es que he dormido en el sofá y ha sido demasiado ingrato con mis riñones. ¿Y tú? —Le dirijo una mirada repleta de suspicacia y mala fe.

Necesito saber qué mierda trama, si son amigos y si ya le ha contado lo que pasó anoche, aunque por la forma en la que lo observa Iker, diría que no. Percibo cierto desdén en su rostro al ser consciente de su presencia. Se ha posicionado de lado, de modo que su vista se pasea por ambos, pero cuando se centra en Markus, su mandíbula se tensa, y sostendría que aprieta con fuerza los dientes.

—Regular también. —Achina los ojos—. No estoy seguro de si la rata también entró en el mío —lanza sarcástico.

—Ahora que lo dices, seguro —continúo irónica—. Ten cuidado, le gustan los dormitorios.

—Tendré que comprobarlo entonces —interpone Iker, preocupado —, porque hoy hemos cambiado los cuartos.

—Compruébalo. Esta mañana estaba cien por cien seguro de que estaba allí —afirma Markus.

No estoy entendiendo muy bien esta especie de partido de ping-pong dialéctico que estamos teniendo. Yo acabo de llamarlo rata y sé que Markus lo ha captado, le encanta jugar con la ironía, se

mueve como pez en el agua en ella. Pero si mis sentidos no fallan, acaba de usar mi insulto para lanzárselo directamente al ingenuo de Iker, que se dispone a buscar a esa alimaña entre sus paredes sin percatarse de que la tiene al lado.

Vale, Blanca, no parecen ser amigos. No se ríen juntos, no se saludan, y rezuma un enrarecido ambiente entre ellos.

—Disculpa, Blanca, voy a entrar, por si… es cierto y… —Sacude la cabeza con cara de asco.

—Sí, claro —le digo sin poder apartar mis encandilados ojos de él.

—En cuanto a lo que te había preguntado —se aclara la voz con elegancia—. ¿Te gustaría?

—Sí, claro —respondo.

Llevo media vida esperando este momento y juro que si al imbécil que tengo delante se le ocurre intentar boicotearme por segunda vez, lo mato.

—¿A las nueve te va bien?

—Me va genial. —Esbozo una tímida sonrisa.

—Pues hasta después.

Vuelve a entrar en el apartamento ignorando concienzudamente a Markus, que continúa mirándome fijamente con una expresión que sigo sin poder descifrar.

—No te muevas —ordena—. Voy por la fregona, que te puedes resbalar.

—¿Cómo? —pregunto confusa.

—Sí, con el charco de babas que acabas de formar —añade mordaz—. Se te ha visto el plumero, vecinita.

—¡Y a ti qué coño te importa! —alzo la voz, aunque controlándola para que Iker no nos escuche.

—Ab-so-lu-ta-men-te na-da —separa lentamente las sílabas con dejadez.

—Pues eso.

—Solo que no pensé que olvidaras tan pronto cómo te comía el cuello anoche —me susurra con una voz áspera, provocativa, intentando claramente desestabilizarme.

—Gilipollas.

—Anoche no me decías eso.

Me suben los colores al instante.

—Anoche había bebido —tartamudeo, excusándome como puedo, mientras él se acerca, quedándose a dos palmos de distancia.

—¿Solo te acostaste conmigo por el alcohol? —susurra en mi oído.

No sé por qué, pero siento un calor enorme por todo el cuerpo.

—Sí.

—Mentirosa —gime de nuevo en mi oído, erizándome la piel.

Gracias a Dios, la camisa es de manga larga y logro disimular la maldita electricidad que he sentido.

—Eso es lo que te gustaría, cretino —zanjo, soberbia.

Antes me tiro por el maldito balcón que reconocer que me fui a la cama con él porque lo deseaba, y que esta mañana me ha molestado que se hubiera largado.

Me dirige una sonrisa amplia, de satisfacción, antes de darse la vuelta y encaramarse de nuevo a la calle.

Imbécil.

Casi echo espuma por la boca cuando me ha preguntado cómo había dormido.

La parte buena es que esos dos, no sé por qué, parecen no llevarse bien, y eso me tranquiliza. Iker no sabe que pasamos la noche juntos y Markus no parece querer contárselo.

Pero ¿por qué viven juntos si se detestan? Espero poder averiguarlo esta misma noche.

EL PEOR DESCUBRIMIENTO



Blanca

Llamo varias veces a la puerta y, aunque nadie responde, veo que hay luz dentro, así que vuelvo a intentarlo. Escudriño con la mirada y consigo atisbar por el reflejo de la ventana que el televisor está encendido. No la avisé de que venía, así que es posible que esté duchándose o vistiéndose, por eso insisto hasta que la puerta termina abriéndose.

Parpadeo varias veces desconcertada al ver que quien está al otro lado, no es mi amiga, es Charles. Ni por asomo se me había pasado por la cabeza que pudiera estar ocupada. Ahora mismo estoy muerta de vergüenza. Acabo de interrumpirlos.

—Volveré más tarde —suelto sobresaltada, intentando volver rápidamente sobre mis pasos.

—No, espera, Blanca. —Me retiene del brazo—. Yo ya me iba. Tengo trabajo —dice, llevándose las manos al pelo, peinándoselo.

Es la única parte que podría delatarlo, el resto del atuendo está intacto. Lleva puestos unos pantalones, y la camiseta está un poco arrugada, pero pasaría totalmente desapercibido si no fuera porque acaba de salir de casa de mi amiga.

Dudo unos segundos.

—Adiós, me alegra verte.

—Y a mí.

Al entrar, compruebo que mi amiga es otro cantar. Está en bragas y sujetador sobre el sofá sin ningún atisbo de pudor porque la vea así, ni mucho menos, porque sepa que acaba de acostarse con Charles. Al revés, diría que está disfrutando o incluso pavoneándose.

—Es un semental.

—¡Desiré! —grito, tapándome la boca con las manos.

—¡Qué! ¡Tenías que saberlo! Las amigas se lo cuentan todo.

—No hace falta ser tan específicas.

—¡Cómo que no! Las verdaderas amistades nacen de compartir los detalles más escabrosos, de la generosidad que hay en contar tus secretos. Y el mío —entorna los ojos— es que ese hombre es un tiburón en la cama. Salvaje, exótico y depredador, no hay parte de mi cuerpo que no se haya comido.

Ríe encantada con su símil, mientras yo me echo las manos a la cabeza, pensando que tiene deformación profesional, no hay cosa que no compare con algo acuático.

—No sé si quería saberlo.

—Deberías, por si necesitas hacer comparaciones.

—¿Comparaciones? —pregunto—. ¿Con quién?

Me mira de reojo, se aparta la melena roja que le cae por los hombros y se la sujeta haciéndose un moño alto mientras me suelta:

—Con quien hayas o vayas a pasar la noche.

Vale, Cazada. Lo sabe.

Pretendía callarme la boca y no contarle lo que pasó anoche, porque de alguna manera pienso que, si no lo cuento, es que no pasó. Venía exclusivamente para hablarle de mi cita con Iker esta noche. ¿O supuesta cita? La verdad es que no estoy muy segura de cómo encasillarlo aún.

Pero parece ser que alguien se ha ido de la lengua, y creo intuir quién ha sido. *Puñetero tocapelotas.*

—Lo sabes, ¿no?

—Sí —frunce el ceño con malicia—, y creo percibir que no pretendías contármelo —sisea con inquina.

Suelto un profuso suspiro por la boca.

—Iba a llevármelo a la tumba.

—Me siento traicionada —dramatiza Desiré.

Pongo los ojos en blanco y comienzo a narrar la noche mientras ella pone caras que van desde la sorpresa a la alucinación. Me interrumpe un par de veces preguntándome cosas que hacen que me coloque un cojín en la cara para ocultarme, porque no soy capaz de contárselas mirándola.

—Es una ballena azul.

—¿Qué? —Levanto una ceja sin entenderla.

—Que Markus, ese con el que tuviste la mejor noche de sexo de tu vida, aunque no quieras reconocerlo —chasquea la lengua—. Y no digas que no, no te atrevas, se te nota en la cara. Es una ballena azul.

—¿Eso qué significa?

Estoy harta de sus acertijos y analogías imposibles de descifrar.

—Que están en peligro de extinción, es una especie única y hay muy pocos. —Me guiña un ojo.

Hace una pequeña pausa para darle cierto misterio al asunto y prosigue.

—Su lengua puede pesar tanto como un elefante, a lo que asemejo en este caso, que la usa muy, muy bien. Y su corazón es como un automóvil pequeño. Así que, si lo piensas bien, gana la lengua, de sentimientos no va muy bien provisto. Y suelen ser solitarios. Por lo que me ha contado Charles, creo que ese animal lo describe bastante bien —dice orgullosa.

Alzo las cejas en respuesta a todas sus extrañas afirmaciones, esperando que diga algo más para que todo este discurso tenga algún sentido.

—Nunca ha tenido una relación, huye de ellas y está acostumbrado a ser el rey del mambo y a desaparecer luego —suelta de un tirón mi amiga, como si estuviera quitándome una tirita, y no quisiera hacerme daño.

—¿Crees que me gusta? —pregunto perpleja.

—Claro —afirma mirándome fijamente—. No te hubieras ido con él, sino.

Resoplo, exasperada por sus precipitadas conclusiones.

—Me fui con él porque te hice caso, me dijiste que hiciera algo alocado y lo cumplí, pero no hay nada más. Lo verdaderamente importante es lo último que te he contado, Iker —suspiro soltando corazoncitos por los ojos.

—No sé —me escruta desconfiada—. No acabo de ver lo de una noche alocada porque sí.

Deja en el aire la frase y continúa con lo que me interesa. Iker.

—A ver, Blanca, ¿estás segura de que quieres volver a meterte ahí? Llevas media vida tras él. ¿Y si de nuevo no es capaz de verte como algo más que una amiga? ¿Estarás bien?

Sopeso lo que me dice, a decir verdad, no lo había pensado. Fue verlo, y se me nubló la razón.

A mi mente vuelven cada uno de los recuerdos en los que poco a poco fui enamorándome de él. Su olor. El tacto de su piel. La vez en la que construimos dos castillos de arena, el mar arrasó el mío y mis lágrimas descendieron por mis mejillas. En respuesta, él me regaló el suyo poniéndole mi nombre sobre la arena mojada. El día que estaba enferma y me trajo un Cola Cao a la cama, pasando desde ese instante a convertirse en mi bebida favorita. La vez en la que yo iba en tirantes, nos sorprendió la lluvia y se quitó la sudadera para cubrirme.

Me repito a mí misma que estaré bien antes de decírselo a Desiré, que me mira con cierta condescendencia.

—Está bien. Entonces, ve por él, tienes mi bendición. —Arruga el labio al decirlo—. Eso sí, no te encasilles, tontea y, si ves que las aguas están revueltas, abandona el barco antes del naufragio.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Otra vez! ¡Por Dios, Desiré! Debiste estudiar moda, al menos las comparaciones serían mucho más interesantes.

Mi amiga suelta una carcajada enorme, y yo la abrazo entusiasmada.

Voy a cenar con Iker, con mi Iker.

Soy un auténtico flan, llevo una hora quitándome y poniéndome vestidos, porque tenía claro que iba a ir en vestido. He terminado eligiendo el de color blanco, Desiré me ha dicho que de las trece fotos que le he mandado, es el que mejor se ciñe a mis sinuosas curvas y ha añadido que si no quiere arrancármelo en cuanto me vea, es que es de la otra acera y que eso explicaría que aún no hubiera querido tener algo conmigo.

Le he hecho caso porque los nervios me tienen completamente anulada y no soy capaz de pensar con claridad. Antes de salir de su casa, mi amiga se ha empeñado en hacerme ondas en el pelo, la verdad es que siento que me endulzan el rostro y me dan cierta gracia.

Para acompañar el *look*, he elegido unas sandalias de tacón, que me desafiarán por el empedrado, pero que espero mantener a raya. En cuanto al maquillaje, he acentuado mis labios porque ansío que no pueda despegar la vista de ellos.

Son las nueve, no estoy segura de si llamará a mi puerta o si preferirá que salga. Estoy dando vueltas por la casa atacada intentando adivinarlo cuando el timbre me saca de mis pensamientos. Está aquí. Ha venido a por mí. Sigue siendo tan caballeroso y puntual como siempre. Y joder, adoro que sea puntual; es una cualidad imprescindible para ser mi futuro marido, porque obviamente quiero que sea mi futuro marido.

Blanca, vuelve a la Tierra.

Me acerco a la puerta e inspiro y espiro varias veces antes de abrir la hoja de madera. Al desplegarse una enorme, maravillosa y cálida sonrisa, me recibe al otro lado, unida a una intensa mirada que atrapa la mía.

Está muy atractivo, lleva una camisa azul clara, con unos pantalones de pinza de varios tonos más oscuros y unos zapatos de marca que complementan al detalle su *outfit*. Me fijo en sus manos y en sus dedos finos, de pianista, deseando que rocen mis muslos.

Estoy demasiado pervertida. ¡Qué me pasa!

Sigo observándolo con cierta timidez, sigue tan esbelto, alto y delgado como siempre. Intuyo que debajo de toda esa ropa hay una silueta definida, aunque sin demasiado músculo, ni pectorales marcados como los de Markus.

Por Dios, Blanca, qué leches haces pensando en Markus y comparando.

—Estás preciosa —me adula, tan caballeroso como siempre.

—Gracias.

—¿Nos vamos?

Me ofrece su brazo para que lo agarre y, aprovechando, palpo un poco, certificando lo que pensaba. Hay cierta definición, pero no son tan vigorosos y fuertes como...

¡Joder! ¡Puñeteros pensamientos intrusivos!

Nos encauzamos hacia la salida y no puedo evitar desviar unos centímetros la mirada hacia su casa, no sé si será por simple curiosidad o quizás por el alivio que me da no verlo. Continuamos andando, bajamos la escalera y, cuando cerramos la cancela de la urbanización, una voz por detrás nos habla:

—Pasadlo bien.

La voz es áspera, cortante.

Iker se vuelve, provocando que yo me gire con él.

—Gracias, hermanito —responde con un tono rancio y petulante que nunca le habría imaginado.

Literalmente, me atraganto con mi propia saliva al escuchar esa última palabra: *hermanito*

Creo que me voy a desmayar. Esto es mucho, muchísimo peor de lo que esperaba. Es una auténtica pesadilla, de todas las posibilidades que existen sobre la faz de la tierra, ¡tenían que ser hermanos!

ABSOLUTAMENTE NADA



Lo he oído vestirse desde mi habitación y no porque estuviera prestándole atención, sino porque el repiqueteo de las perchas al colgar y descolgar la ropa ha durado más de lo normal, lo que quiere decir que ha estado probándose las camisas y los pantalones varias veces antes de elegir el dichoso atuendo. Lo que me lleva a pensar que está muy interesado en la cena de esta noche, o, mejor dicho, en Blanca. Y no es que me importe, la verdad. Ella y yo ayer solo compartimos fluidos, fue algo casual, fruto de la tensión sexual que habíamos ido acumulando con los rifirrafes que habíamos ido arrastrando.

Esta misma mañana tuve algunas dudas de que ella se hubiera ilusionado creyendo otra cosa; al fin y al cabo, es una buena chica de esas que buscan algo serio y hurgan en el interior de las personas. Bla, bla, bla. Tengo bastante experiencia con las mujeres y suelo acertar casi siempre, pero reconozco que esta vez no he acertado ni una, porque Blanca oficialmente ha pasado de mi culo. Cuando la he visto hoy, lo que menos tenía era interés en mí. Sus bonitos ojos marrones centelleaban como estrellas iluminándole todo el rostro, y sus jugosos y dulces labios se extendían tanto que sus pómulos casi rozaban sus pestañas. Estaba radiante, preciosa, feliz. Era una puta diosa. Y el motivo precisamente no era yo. Era mi insulso y aburrido hermanastro quien extendía sus tentáculos sobre su delicado cuerpo, abrazándola justo por donde ayer yo paseé con ahínco mis labios.

La escena me ha dejado tan sorprendido que me he quedado mirándolos allí plantado como un pasmarote, con los puños

apretados a ambos lados de mis caderas, tornándose blanquecinos por la presión que ejercía sobre ellos. No estoy seguro, pero creo que hasta se me ha tensado la mandíbula.

Estoy convencido de que la rabia que ha atravesado mi cuerpo era exclusivamente por él.

Iker. Mi maldito hermano.

No lo soporto. Llevamos unas horas conviviendo y ya he confirmado todas las sospechas que tenía sobre él, es un pedante y un estirado que anda por la casa con ínfulas de ser un superimportante hombre de negocios, siempre con la barbilla bien alta y ese tonito excesivamente educado, como si hubiera sido criado en la realeza, y yo en un estercolero. Y encima, lo he cazado varias veces mirándome por encima del hombro con desdén.

Por si fuera poco, también he comprobado que es un maniático del orden que ha ordenado todas sus camisas y pantalones por tonalidades, desde las más oscuras a los tonos más claros.

¿Quién está tan tocado del ala como para hacer eso?

Y puedo continuar varias semanas más despotricando de su carácter sin excederme, porque es calculador, distante y tan aburrido como una sopa sin fideos. Sin olvidar el dato más importante, y es que me soporta tanto como yo a él.

Acabo de oír la puerta de casa cerrarse, miro el reloj y son las nueve de la noche. Salgo de mi habitación y me encamino a la sala de estar. Me siento en el sofá y pongo la tele, pero un zumbido molesto comienza a martillearme en las sienes. Es como si tuviera una mosca en el cerebro susurrándome cosas sin sentido.

Me froto las manos, me las llevo al pelo, las vuelvo a bajar y me agarro las rodillas.

—¡Me cago en la puta! —blasfemo antes de levantarme de un salto y asomarme discretamente por la ventana.

No quiero que me descubran fisgoneándolos. En este momento están saliendo de la casa de Blanca, van muy juntos el uno del otro, pero no llegan a tocarse. Aun así, puedo palpar desde aquí las ganas

de Iker de acercarse más a ella porque sus ojos recorren su vestido con deseo, y no lo culpo.

¡Está despampanante!

A mi mente vienen como fogonazos las imágenes de ayer de ella sujetándome la nuca con una mano y con la otra acariciándose sensualmente el pecho, mientras me cabalgaba. Cómo se mordía el labio inferior con ese rubor en sus mejillas cuando mis caricias le hacían perder la cabeza. Yacía tan dulce y salvaje a la vez.

—¡Maldita sea! —mascullo entre dientes.

Doy varias vueltas por el pasillo, me miro en el espejo un instante y me dirijo rápidamente a la cocina, cogiendo de un manotazo la bolsa de basura y saliendo de casa con un portazo. Bajo a zancadas las escaleras para alcanzarlos. Quiero romperles el momento. Quiero joderles la noche. Y, sobre todo, quiero que me vea antes de largarse con el imbécil de mi hermano.

Por mucho que corro, llego tarde. Ya han sobrepasado el cubo de basura y se encaminan hacia el coche, pero no pienso rendirme, no sin alterarlos, no sin molestarlos.

Echo la bolsa al contenedor haciendo mucho más ruido del necesario con la intención de que se giren, y aunque están vueltos de espaldas, al oír el estruendo lo hacen, se dan la vuelta.

—Pasadlo bien —digo, aunque por dentro pienso: «Ojalá se os joda la noche. Espero que descubras lo insulso que eres, jodido hermanito».

—Gracias —responde el asqueroso con un sutil recochineo que reconozco al instante, como si estuviera arrebatándome a la chica de mis sueños. Mientras, Blanca me dirige una mirada fugaz.

Lo que no sabe es que:

Uno: Anoche estuvo conmigo.

Dos: Fui yo quien me piré antes de que se despertara para que no se derritiera por mis huesos.

Tres: Que yo nunca me implico sentimentalmente, y que, por tanto, ella no significa nada para mí.

ABSOLUTAMENTE NADA.

Aunque ahora mismo tenga la cabeza hecha un lío y me note mareado.

¿O sí?

¡Joder! ¡Qué cojones me pasa!

LA LISTA



Blanca

Estoy en el coche de Iker sentada en el asiento del copiloto sin poder creérmelo aún. Nos dirigimos a un pequeño hotelito a las afueras del pueblo llamado Punta Sur, en el que me ha dicho que ha hecho una reserva. Llevaba años imaginándome cómo sería encontrármelo de nuevo ahora que ya no somos unos críos y que las cosas se podrían tornar diferentes. Ahora que podríamos estar juntos, por fin. Sería como ver que todos los objetivos personales que me propuse cuando era niña se cumplen. Desde pequeña, comencé a planificar al detalle cómo debía ser mi vida adulta, lo que quería estudiar, dónde quería vivir, en qué quería trabajar, con quién deseaba terminar casándome y un millón de cosas más. Y, en general, no puedo quejarme, porque la mayoría de mis metas se han cumplido o están a punto de hacerlo, lo único que se me resistía una y otra vez era ÉL.

El chico que tengo ahora justamente al lado, con las dos manos sobre el volante, respetando rigurosamente las señales de velocidad, a la par que se concentra en la vía con una serenidad pasmosa. No soy capaz de dejar de mirarlo. Sigue siendo tan elegante y responsable como lo recordaba.

Por un segundo desvía la mirada hacia mí y un gesto afable se dibuja en sus labios.

—Espero que te guste el sitio.

—Seguro que sí —respondo sabiendo que yendo con él es imposible que pueda ponerle alguna pega.

—¿Te gusta esta música? Puedo cambiarla si quieres.

—No, esta es perfecta —miento deliberadamente.

No me gusta este grupo, pero no quiero romper el momento o hacerlo sentir incómodo.

—¿Recuerdas cuando Desiré se empeñó en ir a las dunas, y como no conducíamos aún, tuvimos que hacer autostop?

—Sí —alzo la voz emocionada—. Fue aterrador —digo poniéndome la mano sobre el pecho, trágica—. Ese anciano que nos paró conducía como un presidiario que acaba de escaparse de la cárcel. Además, no veía tres en un burro, casi atropella a una motocicleta y nos salimos del carril.

Iker ríe estruendosamente y yo giro la vista hacia él, pensando que su risa y el Cola Cao son las dos cosas que más me gustan del universo.

—No fue exactamente así, Blanca. Ese hombre iba a la velocidad adecuada, fue la moto la que lo adelantó como un rayo, y casi nos echa al arcén —afirma convencido, posando la vista en la siguiente curva, desacelerando y volviendo a mirarme—. Ibas tan asustada creyendo que iba a secuestrarnos y matarnos, que no eras capaz de ver nada bueno de ese pobre hombre desde que te sentaste en el asiento trasero.

Arrugo el labio contrariada.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. —Vuelve a reír—. Es una de mis anécdotas preferidas.

Frunzo el ceño intentando recordar la escena, pero por más que hago memoria, sigo anclada en lo mismo, el anciano era un kamikaze.

—Pasamos un día increíble deslizándonos por las dunas. Había unas vistas espectaculares —rememora Iker con una expresión cargada de nostalgia.

—Me encantó el picnic que hicimos al atardecer—puntualizo con media sonrisa, recordando la brisa, el olor de la tortilla de patata y

cómo él se limpiaba con la servilleta de papel sus comisuras. ¡Maldita sea! Deseé durante el resto del verano ser esa servilleta para rozar sus labios.

Antes de que me dé cuenta de que hemos llegado, aparca en una de las plazas delimitadas sobre la gravilla y se baja enseguida del coche. Lo veo rodear el vehículo a grandes zancadas hasta llegar a mi puerta para abrírmela. Hizo exactamente lo mismo cuando me subí. Me tiende la mano galantemente y bajo de un pequeño salto. El coche es bastante alto, es una especie de SUV con acabados en alta gama, de color plata. No he alcanzado a ver la marca hasta ahora, es un Tesla, pienso que le va al pelo.

Me ofrece su brazo y yo lo agarro gustosa. Caminamos hasta la entrada, donde un camarero nos recibe, y tras comprobar la reserva, nos guía hasta un precioso y amplio jardín en el que se despliegan varias mesas posicionadas sobre una extensión de césped. Varios árboles se emplazan a los lados, de los que cuelgan guirnaldas de bombillas que reposan sobre nuestras cabezas. Y para culminar la maravillosa estampa, un lago artificial lo recorre.

El lugar es precioso, como nuestra mesa, que está un tanto más apartada de las demás, sobre ella hay un jarrón pequeño con tres flores frescas blancas, y una vela de la misma tonalidad dentro de un cilindro transparente. Las sillas y la mesa son de madera oscura.

Iker me aparta la silla y, mientras me acomodo, su mirada acaricia la mía. Pero para mi sorpresa no me siento nerviosa, estoy serena. Creo que es porque no quiero precipitarme, ni hacerme falsas ilusiones. No me gustaría acabar independizada en mi futuro nuevo piso en Madrid sin mis amigas, ni nadie que me consuele, llorando a moco tendido otra vez porque Iker ha decidido que no soy lo que busca. Que él y yo nacimos para ser siempre los mejores amigos.

El camarero se acerca en cuanto estamos sentados y nos pregunta qué deseamos tomar. Yo pido un vino blanco común, pero Iker niega con la cabeza, interviniendo y solicitando la carta de

vinos. Cuando el camarero la trae, pasea la vista por ella y selecciona una botella de Meursault.

No he mirado la carta y seguramente no sabría esto de no ser porque en una de las últimas reuniones que tuvimos con las altas esferas del banco y algunos clientes extremadamente selectos, cenamos con esa misma botella que valía más de ciento cincuenta euros. Debato mentalmente si la ha pedido para impresionarme o porque le gusta lo caro.

—Creo que te gustará el vino.

Asiento levemente con la cabeza, a este precio es imposible que no me guste.

El camarero nos llena las copas y nos toma nota de la cena. Yo elijo atún y él selecciona de nuevo lo más caro de la carta, bogavante. Eso me lleva a pensar que o es rico, o le encantaría serlo.

—Y bien —su atención vuelve a centrarse en mí—, ponme al día, quiero saberlo todo —entona, desprendiendo un genuino interés.

—¿Todo? —pregunto arrugando la nariz con un atisbo de sorna—. Te has perdido muchos años, voy a aburrirte con tanta información.

—Tú nunca me aburres, Blanca —desliza lentamente las palabras, mientras ensancha su sonrisa y me observa atentamente, provocándome un pequeño vuelco al corazón.

Está guapísimo. Lleva el pelo perfectamente peinado con uno de esos productos que dejan una especie de efecto mojado que no permiten que ni un solo mechón de pelo le caiga desordenado, no como al cretino de su hermano. En cuanto a la camisa y el pantalón azul que lleva, no he podido dejar de observar que están milimétricamente planchados, es como si todo en él rezumara clase.

Me aclaro la garganta y le lanzo una tímida sonrisa, disponiéndome a hacerle un breve resumen sobre los últimos diez años de mi vida.

—Estudié Económicas.

—No lo dudaba. Es lo que siempre habías planeado.

Que lo recuerde hace que mis comisuras se extiendan aún más.

—Estoy en el sector de la banca.

—De nuevo —dice, haciéndome una breve reverencia con la cabeza—. De todas las metas que te propusiste, dudo que alguna haya fallado —añade, mordiéndose levemente el labio inferior—. Siempre has sido muy concienzuda y aplicada.

—No te creas, aún vivo en un piso compartido.

Sus facciones se contraen en un gesto divertido mientras me observa.

—¿Y cuándo prevés que eso acabará?

—Espero que en menos de seis meses —añado.

Hago una breve pausa y me llevo un sorbo de vino a los labios. Sabe genial.

—Estoy pasando aquí mis vacaciones, solo para conseguirlo.

—Otro próximo hallazgo a la vista, señorita Blanca.

—Eso espero—agrego entornando los ojos.

—¿Y qué hay del tema pareja? —lanza con un tono mucho más serio y formal, mientras me observa con demasiada curiosidad.

—En ese tema… —Arrastro las palabras—. Creo que voy suspendiendo —digo, mientras percibo cómo mis latidos se aceleran.

—¿Y eso?

Eleva sus cejas con extrañeza, llevándose la copa a la boca con un movimiento muy masculino.

—¿Qué hay de lo del noviazgo serio de al menos cinco años antes de la boda?

Suspiro profusamente, juego un poco con mi pelo remoloneando y termino arrugando levemente la frente antes de contestar.

—Eso está siendo un poco más difícil de conseguir —añado, desviando la vista hacia la copa—. Digamos que, por mucho que lo

detallara en mi agenda y lo estableciera en mis planes, encontrar a alguien que reúna todos los requisitos que quería se está tornando demasiado complicado.

—Ahora que recuerdo… Tenías una lista, ¿no? —rememora de repente con un enorme interés.

—No —niego, intentando escabullirme.

—Sí. La tenías —se reafirma con los ojos iluminados—. Recítamela, por favor —suplica.

—De eso hace ya muchísimos años. No la recuerdo —digo, intentando obviar el tema antes de que me dé una angina de pecho.

—Blanca —carraspea mi nombre con diversión.

Miro al cielo, luego a la guirnalda de luces, para terminar concentrándome en el agua del lago, intentando evitar a toda costa la respuesta.

—Tú no has olvidado nada en tu vida, y mucho menos, nada que hubieras detallado en tu amada agenda.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos. Me conoce demasiado bien.

—No pienso decírtelo. Ni muerta.

—No seas así —me reprende con una expresión cálida—. Venga. No me voy a rendir.

Me remuevo en la silla sin responder, frunciendo el ceño antes de terminar recitando el listado de cualidades que debía tener mi chico ideal.

—Debía ser cariñoso, respetuoso, formal, educado, debía vestir elegante, ser ordenado, atento y tener un perro o un poni.

Una carcajada resuena poderosa al oír lo del poni. Supongo que a mí también me hace gracia porque no puedo evitar soltar otra risotada.

—No me juzgues, la hice con ocho años.

—Prometo no hacerlo. —Muestra sus alineados dientes en una sonrisa—. ¿Y solo pedías esto? —añade cuando toma aire y deja de

reír.

Subo y bajo varias veces la cabeza gesticulando un sí insonoro. Aunque miento. Otra vez. La lista no terminaba ahí. El poni no era la guinda final del pastel. El listado se cerraba con una única frase: Ya encontré a quien las reúne. Iker. Él es todo mi listado.

—Debe haber más de un millón de personas que reúnen esto, Blanca —afirma muy serio, pero con demasiado brillo en la mirada.

—Ahhh, ¿sí? ¿Estás insinuando que no tengo pareja porque no quiero? —le contesto pizpireta, mirándolo por encima del hombro, simulando cierto desaire.

—Exacto.

Entorno los ojos.

—¿Conoces a alguien así? Listillo.

—Sí, claro. Lo tienes delante.

¡Joder!

Hay dos posibilidades para esa frase: una, sabe que hablo de él, que siempre hablé de él y está jugando conmigo.

Dos, me está tirando los tejos, esto es una cita, y de verdad está interesado en mí.

Trago saliva intentando calmarme antes de abordar una respuesta.

—No me habrás traído aquí para declararte, ¿no? —suelto, con las mejillas levemente enrojecidas por mi desvergüenza.

Yo no soy así. Nunca soy tan lanzada, pero tengo que aprovechar esta oportunidad porque no sé si se presentará alguna más.

Me mira entre tímido y confuso.

—No, yo, no… —tartamudea visiblemente desconcertado, bajando la vista un instante hacia la copa de vino antes de volver a sonreír con cierta timidez—. No esperaba esa pregunta.

Vale, Blanca… te has precipitado.

Cambia de tema. Disimula.

—¿Qué hay de ti?

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Otra sonrisa comedida se dibuja en sus labios. Pone sus manos sobre la mesa, se ajusta un poco el puño izquierdo de la camisa, volviendo a esconder su reloj debajo de ella, y comienza.

—Soy socio en un importante grupo empresarial de inversiones que ahora mismo quiere construir un hotel, aquí mismo.

—¿Bromeas?

—No. —Su expresión se vuelve más cómica—. Estudié una doble licenciatura, trabajé duro y supongo que tuve algo de suerte.

—Deduzco que no compartes piso. —Alzo las cejas divertida, con un poquito de envidia.

—Deduces bien.

—Suertudo —siseo.

Resuena, de nuevo, su portentosa risa.

—Para poder pagar ese apartamento he tenido que hacer ciertos sacrificios. No todo ha sido tan bueno —añade.

—¿Cómo cuáles?

—Trabajo mucho, para mi expareja demasiado, según me dijo cuando me abandonó.

Aplaudo mentalmente. Expareja suena bien.

—Seguramente lo hizo porque era más de compartir piso —bromeo.

—Yo pensé lo mismo —formula, risueño, siguiéndome el rollo—. ¿Algo más que quieras saber?

Lo cierto es que sí que hay algo. Algo que me ha rondado en la cabeza desde que salimos del apartamento, lo he intentado

desechar de mi mente, pero es como el zumbido de una mosca, continuo, molesto y demasiado aturullador.

—Hay algo… —Selecciono poco a poco las palabras, intentando saber cómo proseguir—. Algo… que no sabía de ti, y que me ha sorprendido mucho —continúo.

—¿Te refieres a lo de mi hermano?

—Sí.

Nos conocemos demasiado bien. Los años han pasado, pero aún puede leerme la mente, tal como lo hacía cuando éramos niños.

Advierto cómo tensa los hombros e incluso los brazos, desde que estamos aquí, es la primera vez que lo noto inquieto.

—Mi padre tuvo un escarceo antes de conocer a mi madre, algo sin importancia —dice tajante mientras se quita la servilleta de las piernas y la vuelve a poner en la mesa—. Lo sé desde pequeño, pero lo conocí ayer. Mi padre le ha dicho que podía quedarse en el apartamento el tiempo que quisiera —añade, con altanería y cierto menosprecio.

Me sorprende mucho el tono de su voz, el deje con el que se refiere a él. Como si no lo soportara, como si no estuviera a su altura. Hago un leve gesto con la cabeza, y aunque tengo mil millones de preguntas más, y una curiosidad que me araña por dentro, decido que es mejor dejarlo estar. No me gustaría arruinar nuestra noche hablando de Markus.

EL PRIMER CASI BESO



Blanca

La cena ha ido sobre ruedas, no se han producido silencios incómodos ni momentos aburridos. Lo he visto reír tantas veces que hasta he creído que yo era divertida, y eso que no considero que el sentido del humor sea una de mis grandes virtudes, ni tampoco una de las suyas. Iker siempre ha sido un hombre serio, recto y reflexivo. De los que hablan cuando tienen algo que decir, y no solo por llenar silencios.

Nos hemos terminado la botella de vino, hemos compartido un par de postres y ahora estamos en el aparcamiento dejando que pase un poco el tiempo antes de volver. Quiere que el alcohol desaparezca de su sangre para poder conducir tranquilo. Así es él, fiable.

Llevamos ya media hora aquí, nos hemos subido a su coche porque comenzaba a hacer frío. En este pueblo las noches veraniegas se divierten jugando con las temperaturas que oscilan con facilidad. Está hablándome de que se ha aficionado a las maratones. No es un tema del que sepa mucho. La verdad es que el verbo correr y yo nunca hemos estado conjugados en la misma frase. Pero le presto atención, porque una llama se enciende en sus ojos grises cuando habla de ello.

Es la misma llama que espero que nazca en algún momento de la noche hacia mí.

Lo cierto es que sigo sin tener claro qué está pasando entre nosotros. O quizá sea él quien no quiere que lo tenga claro. Podría jurar que en varios momentos he percibido un interés romántico

hacia mí y, apenas unos minutos después, la sensación contraria. Así que sigo en tierra de nadie.

Cuando ve prudente conducir, me indica que me abroche el cinturón y se pone en marcha. Al llegar, aparca en la calle y subimos juntos las escaleras.

Sigue sin rozarme ni un maldito dedo.

Recorremos el pasillo, y entonces diviso algo que me descoloca, sobre todo porque son las dos de la mañana.

Dos sillas plegables de playa, con dos cuerpos, cada uno con una cerveza en la mano. Sus cabezas se giran hacia nosotros. Una lentamente y la otra veloz. Una con cierto asombro y la otra con la cachaza victoriosa de ver exactamente lo que esperaba.

—Buenas noches, tortolitos —saluda con un tonito que no me gusta ni un pelo.

—Hola, Blanca —dice Charles, impresionado y avergonzado a la par.

Me da la sensación de que no sabía que yo iba a llegar, y que su maldito amigo se lo ha sabido esconder bastante bien. Porque que él esté aquí no es casualidad. Ni mijita. Lo conozco demasiado bien como para saber que esto lo ha urdido él, a saber, con qué despreciable intención.

—Buenas noches, Charles.

—¿Y mis buenas noches? —entremete Markus.

Le dedico una mirada de odio, a lo que responde con una de sus ladeadas sonrisas.

—No seas así, vecinita.

Vuelvo a observarlo con inquina, mientras él sigue con esa absurda mueca tatuada en su rostro.

Iker está a mi lado, tenso.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Muy bien —le espeta cortante Iker, escaneándolo de arriba abajo con una mueca de disgusto en los labios.

Advierto que repasa con la vista el atuendo de Markus. Como siempre, lleva unos pantalones cortos coloridos, una camiseta de algodón amarilla y sus chanclas, pero esta vez ningún color combina con nada; parece que lo ha vestido un payaso y, aun así, en contra de todas las gamas de colores que existen sobre la faz de la Tierra, y aunque me fastidie reconocerlo, hay que admitir que se ve atractivo.

—Hermanito, cuánta seguridad —sisea—. Sé más caballeroso, deja que ella lo valore.

No me pasa desapercibido cómo Iker se engarrota ante la pulla que acaba de soltarle Markus. Si algo va contra los principios de Iker, es ser irrespetuoso.

Pestañeo varias veces, incapaz de entender de qué va esto.

¿Está intentando sacar de sus casillas a Iker? ¿Este circo no tiene nada que ver conmigo?

¿O sí?

—Y bien, Blanca, ¿has disfrutado? —pregunta el muy traidor.

—Sí, mucho, gracias —farfullo zanjando el tema antes de que el asunto termine yéndose de madre.

—¿Más que las últimas noches?

Auchhhhhhhhhhh.

Tocada y hundida.

Maldito presuntuoso. Me muerdo la lengua como puedo. Sé lo que está haciendo. Lo que quiere. Quiere zampárselo. Restregárselo. Se llevan tan mal que quiere destruirlo y para ello yo soy su munición. Va a decirle que ayer él y yo nos acostamos.

¡Pero por Dios bendito, en qué estaba pensando cuando hice eso!

Para una vez que hago algo loco, me explota en la cara.

Para rematar, no me pasa desapercibido cómo Iker arquea apenas una ceja, aunque enseguida recompone el gesto.

—No le hagáis caso, ha bebido demasiado —interviene Charles, que le lanza una mirada de desaprobación—. Buenas noches, chicos. —Da por terminada la conversación, permitiéndonos que continuemos. O que yo continúe, porque esto es muy dudoso, no sé si Iker entrará en su casa o me seguirá.

Entonces percibo claramente que Iker mira de reojo a Markus, le sonríe con malicia y agarra mi mano.

¡¡¡¡MI MANO!!!

—Vamos, Blanca, te acompaño a tu puerta.

Markus lo fustiga con la mirada.

Tres pasos después estamos en mi rellano. Estoy nerviosa y ni siquiera sé exactamente por qué. Quizá sea la emoción de que me haya cogido de la mano. Quizá la forma en la que me está mirando. O tal vez la complejidad de toda esta situación, que hace que una parte de mí solo quiera desaparecer.

—Me ha encantado cenar contigo —murmura, con una voz suave, aterciopelada, mientras pasea su vista por mis ojos, y veo cómo a cámara lenta su mano sube hasta alcanzar un mechón de mi pelo y colocarlo tras mi oreja.

—A mí tam…

No logro terminar la frase porque Markus está tosiendo muchísimo, parece haberse comido un maldito tractor en plena recolección.

Giro la cabeza hacia él con una mueca de fastidio y me devuelve una expresión de soslayo en la que intenta ocultar su satisfacción, aunque no lo consigue. Está interrumpiéndonos deliberadamente.

Charles le da un codazo en las costillas y le señala con el dedo el interior de la casa, intentando que deje de molestarnos. Se ha levantado y está frente a él, empujándolo para que entre. La situación me hace gracia. Markus se resiste mientras Charles sigue haciendo fuerza sobre su hombro para que desaparezca de una vez. Pero Markus planta los talones en el suelo y se agarra al marco de la ventana como si fuera un maldito chupón. Escucho murmullos y

forcejeos cada vez más altos hasta que termino fijando toda mi atención en ellos. Los dos están tan enzarzados que no se percatan de que han robado toda nuestra atención.

Tengo a Iker a un palmo de distancia de mí; hace un instante me ha apartado el pelo con delicadeza, ha posado sus dedos unos breves instantes sobre mi oreja, acariciándola, y yo estoy dispersa por culpa del idiota de Markus, que se está cargando mi momento.

Me gustaría que Iker se acercara a mí y me besara. Sentir sus delicados labios sobre los míos y saborear el tiempo que hemos perdido. Pero no así. No de este modo. No estoy dispuesta a que nuestro primer beso esté empañado para siempre por un cretino, egocéntrico y sarcástico, y menos si resulta que es su hermanastro, con quien, para colmo, he tenido un affaire y puede soltar el bombazo en cualquier momento para arruinar todas mis posibilidades de futuro con Iker.

—Yo también lo he pasado muy bien —digo con la intención de que también lo perciba por mi expresión corporal—. Gracias por la cena.

—Gracias a ti, Blanca, siempre es un placer tenerte cerca —me susurra oscureciendo sus ojos.

Captándome de nuevo y provocando que me olvide de todo mi alrededor, hasta que oigo gritar un «¡Adiós, Charles!», seguido de un canturreo fortísimo que me devuelve a la realidad.

Está claro que no va a parar. Se ha empeñado en joderme la cita.

Le dedico una última sonrisa a Iker, que detiene su vista en mi boca unos instantes. Da un paso más hacia mí, y se inclina ligeramente, rozando mi mejilla con un casto beso.

—Buenas noches, Blanca. Espero que duermas bien.

Antes de meter la llave en la cerradura, elevo la mano unos centímetros para despedirme. Cuando ya estoy en casa, no puedo evitar recostarme sobre la puerta llevándome la mano al pecho, ilusionada.

Ha sido exactamente como lo imaginé durante años.

DEJA DE HACER EL IDIOTA



Tremendo rapapolvo me ha caído. Nunca he visto a mi amigo tan enfadado. Desde que ha cogido el teléfono hasta que me ha colgado, no ha hecho más que gritarme y él nunca grita. Siempre suele tener ese buen carácter que lo hace tan bonachón. Si tuviera que describirlo, Charles, sería como un oso amoroso comiéndose permanentemente un barreño de miel gigante. Eso unido a un apabullante físico, porque el tío es guapo, hay que reconocerlo. Tiene la típica belleza nórdica, rubio, alto, ojos claros, pelo lacio y sonrisa cálida. Podría decirse que guardamos cierta similitud física, en lo de rubios y ojos claros, pero en poco más porque sus rasgos son más angulosos. Tiene la mandíbula y el mentón cuadrados. Y mi perfil, sin embargo, cuenta con unos rasgos menos pronunciados, más suaves.

Él es más Action Man, y yo más tipo Ken.

Somos el agua y el aceite, sobre todo en lo que a personalidad se refiere. No obstante, mi sarcasmo y su nobleza combinan muy bien, quizá tan bien que fue precisamente eso lo que nos hizo hacernos grandes amigos. Él habla de mí como un cordero con piel de lobo; dice que debajo de tanta ironía solo se esconde alguien con muchas ganas de que lo amen. Cosa que, por supuesto, yo niego en rotundo. El amor no es para mí.

Y yo, por el contrario, le digo que tiene genes de pacificador. Y esos genes, por cierto, son ahora mismo los que no me tragan. Por suerte, creo que se ha desahogado en la llamada, lo que me dará

algo de tregua porque en media hora hemos quedado y espero fervientemente que ya se haya desinflado para entonces.

Cuando llego en la furgoneta, lo encuentro plantado en el aparcamiento esperándome con cara de fastidio y de brazos cruzados.

—¿Y tu equipo?

—En la playa.

Demasiado escueto viniendo de él.

—¿Ya lo has bajado?

—Sí, llegas tarde.

Pongo los ojos en blanco.

—Solo han sido diez minutos.

—Diez minutos que me has robado —masculla Charles.

—¿Aún estás así?

—Sí, Markus, sigo enfadado.

—Pero si ya lo hemos hablado esta mañana.

Me mira de arriba abajo, una vez, dos veces, tres, intentando reunir paciencia y tomando aire antes de responderme.

—Lo que hiciste estuvo fatal —bufa, ayudándome a sacar el equipo de kitesurf de la furgoneta.

—Venga ya, fue casualidad —insisto.

—¿Me tomas por tonto? —se vuelve a cruzar de brazos, fulminándome con la mirada—. Te conozco desde que medías media cuarta —puntualiza—. Sé cuándo tramas algo y también cuándo estás boicoteando una cita.

Pongo cara de sorpresa, en plan cómo puedes estar insinuando semejante barbaridad. Pero no me hace caso y sigue.

—Y por supuesto, también soy consciente de cuando me utilizas para todo lo anterior.

Debato conmigo mismo qué contestar a este tío de dos metros que me mira con mala baba. Quizás sería mejor desembuchar; total, me conoce tal como dice, desde los dos años, y sabe que no lo llamé solamente para tomar unas cervezas al fresco. Eso coló hasta que los vio aparecer. Desde ese momento se me vino abajo la patraña.

—Estoy esperando una disculpa.

Miro hacia arriba con fastidio. Odio tener que pedir disculpas, pero llegados a este punto no me queda otra. Dejo escapar una exhalación cansada.

—Perdona, no debí haberte involucrado —siseo.

—Tampoco debiste hacerle eso a Blanca. También te tienes que disculpar con ella.

—Eso ni de coña —refunfuño, alzando la cabeza airado.

—Te pasaste.

—No lo creo.

—Markus, cuando te pones idiota, eres el más idiota —me espeta. Y aunque idiota es el insulto más descafeinado de la historia, en sus labios, eso ya es como si te estuviera diciendo el abecedario de las ofensas—. Mira, paso de ti, te veo en la playa, baja tú solo las cosas.

—Venga ya, Charles, no seas así —le digo, mientras me da la espalda y se encamina sin volver la vista hacia el camino que baja a la playa.

—Será posible —rebufo haciendo malabares para coger todos los trastos como buenamente puedo mientras lo sigo a duras penas.

Ya en la playa, intento utilizar mi sentido del humor para rebajar la tensión entre nosotros. Estamos montando el equipo y no me dirige la palabra, parece ser que lo de haberlo involucrado para arruinarles la última parte de la cita lo ha molestado más de lo que debería. Pero qué debía hacer, quedarme de brazos cruzados y dejar que el imbécil de mi hermano la besara o que intentara terminar la noche con ella.

Es buena chica. No se merece que ese remilgado le hiciera el lío.

—Dime solo una cosa —retoma la palabra Charles—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque es un estirado.

Me mira entrecerrando los ojos como si quisiera escarbar en mi interior.

—¿Seguro?

—¿Por qué si no lo iba a hacer? —afirmo, aunque me tiembla un poco la voz.

Vale. La jodí. Cero convicción.

Noto cómo se me queda mirando unos segundos, valorándome en silencio. Después sonríe con incredulidad.

—No… no puede ser. —Se echa las manos a la cabeza—. ¡¡¡Te gusta!!!

Arrugo el entrecejo mucho, muchísimo, mientras pongo cara de: «¿Qué demonios estás diciendo, se te ha ido la cabeza?».

—Te gusta, no intentes negarlo —exclama boquiabierto.

—Me conoces. Sabes que estás diciendo una tontería.

—No, el que la estás diciendo eres tú, que sigues peleándote contigo mismo para no aceptarlo. Esa chica te gusta, Markus, y es la primera vez que esto te pasa. —Me señala serio, apuntándome con el dedo—. Así que no lo jodas.

—Se te ha ido la olla.

—Markus… —me reprende—, deja de hacer el idiota, piensa lo que te he dicho, procésalo y lucha por ella. Pero juega limpio, nada de malas artes como ayer. Me temo que a tu hermano le gusta, así que vas a tenerlo difícil. Y, por cierto, como esto salpique a mi relación, te mato.

—¿Tu relación? —repito, jocoso—. ¿Ya sois pareja?

—Se podría decir que sí.

—¿En dos días? —inquiero arrugando la nariz con sarcasmo.

—No me hacen falta más para saber que es maravillosa.

—¡Charles, por favor, que ni os conocéis!

—Que tú seas un negado en el amor no significa que yo deba serlo.

—Que yo sea un negado en el amor —afirmo mirándolo con chulería—, no significa que tú debas ser Cupido.

—En cuanto la conozcas, reconocerás que es perfecta para mí.

Esbozo un gesto de desaprobación. Sus flechazos suelen terminar complicándome la vida y me temo que esta vez no va a ser la excepción.

—Mira, ahí está —dice escudriñando el horizonte—. Ahí viene. Nada de ironías, ni tonterías de las tuyas —me advierte serio.

—Vale —le respondo con una mueca de hastío—. Oye, espera… —comento entornando la vista—. No viene sola, viene con Blanca.

—Sí, estás de suerte, amigo —añade dándome tres golpecitos muy molestos en la espalda.

EL REY DEL MAR



Blanca

Desiré me ha llamado a primera hora de la mañana, ansiosa de noticias. Me ha propuesto pasar la tarde en la playa para que le cuente mi cita de ayer y le he dicho que sí. Y aquí estamos, cargadas con una silla cada una y dos bolsos repletos, con toallas, cremas solares, neceseres, agua y algunos imprescindibles más. También llevo una sombrilla, hoy hace mucho calor y no quiero terminar como un langostino.

Es curioso, cuando era una niña, y más tarde una adolescente, lo único que necesitaba era una mísera toalla. Lo que me lleva a confirmar que la edad comienza a llamar a mi puerta porque parece que estoy haciendo una mudanza. No veo la hora de llegar a la orilla, los cachivaches pesan una tonelada y me siento exhausta, además de sudando.

Me detengo a mitad de camino para descansar antes de que me dé una insolación. Cuando estoy exhalando la tercera bocanada de aire, percibo que mi amiga alza su brazo y comienza a saludar animadamente.

La miro a ella, y luego deslizo mi vista hacia el lugar al que dirige su efusivo saludo.

—¡No me puedo creer que hayas quedado con ellos! —suelto alterada.

—No lo hice, tranquila. Charles va a hacer kitesurf. Yo solo voy a darle un besito y desaparecen.

La miro con pelusilla, y la sigo a regañadientes maldiciendo.

—Hola, preciosa —la saluda Charles, plantándole un piquito cariñoso.

—Hola. —Sonríe de oreja a oreja mi amiga.

—¿Qué tal, Charles?

—Genial, Blanca, me alegra verte. Disculpa por lo de ayer, yo no sabía… —deja en suspenso las palabras.

—No te preocupes, sé que no fue cosa tuya, tu mirada lo decía todo.

—¿Insinúas que yo sí que hice algo? —interviene con un tonito de inocencia que me enerva—. Solo estaba tomando unas cervezas al fresco con mi amigo.

—Sí, claro —rebufo, cruzándome de brazos.

—¿Qué pasó ayer? —interviene Desiré.

—Luego te lo explico —murmura Charles.

—Que el psicópata este —lo señalo— estaba esperándonos, y no paró de tirarnos puyitas, a Iker y a mí, cuando volvimos.

—¿Estaba fuera esperándoos? —pregunta mi amiga mirándonos con expresión juguetona.

—Sí —aseguro muy convencida de lo que digo.

No fue casualidad. Nada en esa enrevesada y maquiavélica cabeza es casualidad.

—Te crees demasiado importante —tiene la insolencia de decirme.

Mi amiga se lleva las manos a la boca e intenta disimular una traicionera sonrisa.

—¿Cuál de los dos dice la verdad?

—Yo —aseguro sulfurada—. Quería joderme la cita.

—Ahhh, pero ¿eso era una cita? —pregunta Markus sarcástico.

Le lanzo una mirada de resentimiento.

—El día anterior conmigo y el siguiente con mi hermanastro; Blanquita, no pierdes el tiempo.

—¿Y a ti qué te importa? ¡Qué más te da lo que haga o deje de hacer con mi tiempo y mi vida! —le grito acercándome a él, dándole pequeños golpecitos con mi dedo en el pecho.

Estamos a escasos centímetros, su aliento roza mi frente, y un calor que no sé de dónde sale se propaga rápido por mi cuerpo. Este tío me crispa hasta volverme irreconocible.

—Me importa porque no te has preocupado de mis sentimientos —argumenta irónico, mientras me dirige una de sus malditas miradas de suficiencia—. Tú no tienes de eso —continúo dándole sobre el pecho con mi dedito amenazante, mientras oigo a mi amiga hacerle a Charles un millón de preguntas que va contestando en un tono demasiado bajo como para que yo pueda oírlo. Está pescando, como ella diría en su jerga de bióloga.

—¿Yo? ¿No serás tú la que estás jugando con nosotros? —pronuncia lentamente las palabras sin dejar atrás ese deje irónico, mientras sus ojos se clavan en los míos, asaltándome una sensación desconocida en el pecho, que me late arrítmicamente.

Está poniéndome histérica. Con sus palabras. Con su cercanía. El aire que nos envuelve está tan condensado que me nubla las neuronas, porque inconscientemente acabo de subir mis ojos a sus labios.

A sus malditos y pendencieros labios.

Los que sabían realmente bien.

¡Joder, Blanca, qué mierdas haces!

—Pírate. —Planto la palma de mi mano en su duro pecho, empujándolo.

En respuesta, me sonríe rebelde, se acerca a mi oído y me susurra un «vale» que me pone la piel de gallina.

Charles se acerca, lo coge del brazo y lo arrastra hasta la orilla, donde comienza a murmurarle algo antes de que entren en el agua

con sus equipos.

—Es lo más emocionante que he visto en años —suelta mi amiga —. Sois como una de esas novelas turcas.

La miro con inquina.

—¡No me mires así! Proyectáis tensión sexual a raudales.

—No es eso —concluyo hostil.

—¡No qué va!

—Nos odiamos.

—Eso dices tú.

—¿Recuerdas que estoy enamorada de Iker o te han borrado el cerebro?

—Eso no tiene nada que ver. Además, no estoy segura de que siga siendo exactamente como dices.

Levanto los brazos teatralmente, rogándole al cielo para que le devuelva la cordura, mientras mi amiga se carcajea.

—Charles, me ha hecho un breve resumen de lo que pasó ayer cuando llegaste con Iker, nuestro amigo sosaina.

—No es sosaina —la interrumpo defendiéndolo.

—Sí que lo es. Y siempre lo ha sido. ¡Por Dios, Blanca! Nunca improvisa, ni nos sigue el rollo cuando bromeamos.

—Yo tampoco improviso. —La miro molesta.

—Pues yo acabo de presenciar lo contrario justo ahora mismo. Acabas de aporrearle el pecho a Aquaman.

Me muerdo la lengua. Puede que en esto sí que tenga razón. El idiota este me descontrola, hace que pierda las formas, lo que es sumamente horrible. Yo no soy así. Ni me gusta serlo. Prefiero ser sosegada, cabal, coherente o, como prefiere llamarlo mi amiga, una sosaina.

—¿Aquaman? —Arrugo la frente. Está como una cabra.

—Sí, es el puto rey del mar, aunque pensándolo bien —chasquea la lengua— creo que Charles tiene el mismo puesto, o no, no, Charles es Zeus. Pero volviendo al tema que te quema —salsea con ojos chispeantes—, ¿Iker es el hermanastro de Markus? ¿El tío con quién acabas de tener un encontronazo de lo más sexy, y con quien, para rematar, te acostaste un día antes de tener una cita con Iker?

—Ajá —corroboro tapándome la cara con las manos.

—Quiero decirte que me sorprende gratamente tu nueva actitud. Dicho esto, cuéntame qué tal la cita.

Le narro todo al detalle. No quiero pasar por alto nada que pueda ser determinante para que me dé una opinión juiciosa. Ella va poniendo caras que pasan de la expectación al aburrimiento, de la sorpresa a la risa. Cuando termino, una enorme sonrisa se desparrama por su cara.

—Y bien, ¿qué opinas? —pregunto atacada—. ¿Crees que le gusto a Iker?

—Creo que sí. —Arruga la nariz.

—¿De verdad? —sopeso ilusionada.

—Sí.

—¿Y me darías algún consejo?

Desiré fija la vista en el horizonte unos segundos, como si estuviera pensándolo, y luego una mueca divertida se extiende en sus labios.

—Solo te diré que, si no puedes esquivar la ola, deja que te coja —añade frotándose las manos con diversión.

—¿A qué te refieres? —pregunto con cara de no entender absolutamente nada.

—A eso —señala, juguetona.

Giro la cabeza hacia donde señala, y veo que es Iker, que está andando hacia nosotras.

—Oh, Dios, ¿cómo estoy? ¿Cómo me sienta el bikini? ¿Me tapo? ¿Me pongo el pareo?

—¿Quieres gustarle? —murmura Desiré.

—¡Claro!

—Pues entonces, quédate quieta —ordena, mientras desliza unos centímetros de más la parte de arriba de mi bikini mostrando mis pechos. Demasiado diría yo.

La miro horrorizada, pero ya es tarde. Está aquí.

—Hola, Blanca —me saluda con una galante sonrisa—. Desiré, me alegro muchísimo de verte. ¡Cuánto tiempo!

—Hola, Iker. Ven, dame un abrazo. ¿Qué tal estás? Ya me ha contado Blanca que ayer cenasteis juntos para poneros al día.

La madre que la parió.

Anda que ha tardado en cascárselo.

—Sí. —Gira la vista hacia mí, y de nuevo sus labios se curvan.

—¿Y para cuándo es la nuestra?

—¿Cómo? —pregunta confuso, entornando la vista en Desiré.

—Nuestra cena —suelta de sopetón— para ponernos al día.

—Yo —titubea—… Cuando quieras…

—Esta noche —propone mi amiga sin darle tregua.

—Lo siento, hoy no puedo. Estoy con unos amigos, vamos a estar en la playa y luego iremos a cenar.

—Pues mañana, y así te presento a mi pareja.

La miro ceñuda, no sé qué pretende. ¿Desde cuándo quiere cenar con Iker, si le parece un sosaina? A ver, son amigos de toda la vida, pero hay algo que no termina de encajarme en este repentino ataque de interés.

—Está bien —acepta Iker.

—Y también podrían venir su amigo y Blanca. Cenamos todos.

Ohhhhh. La descuartizo.

Será hija de su madre. Para amigas así, mejor tener enemigas.

—Mañana nos vemos entonces, por cierto, no tengo vuestros teléfonos. Ayer —carraspea— no pudimos intercambiarlos al final —dice posando sus ojos unos breves instantes en mi pecho, provocando que un leve rubor se instale en mis mejillas.

Un fuerte ruido me devuelve de sopetón a la realidad.

Alzo la vista. Oteo el lugar del que proviene. Y advierto que Markus se ha caído. Ha debido perder el control de la cometa porque ha impactado estrepitosamente contra el agua y Charles parece estar bajándose de la tabla para ayudarlo.

Desiré comienza a correr hacia allí para asegurarse de qué ha pasado, mientras yo termino de darle el teléfono a Iker entusiasmada.

—Te hago una llamada para que tengas el mío.

—Sí.

Me observa como si estuviera haciendo algo importante mientras guardo su número en mi agenda.

—Luego hablamos —afirma con seguridad.

Asiento con timidez.

Tras eso, me acerco a la orilla a comprobar qué sucede. Charles está sujetando a Markus, al que parece que ha debido pasarle algo en la pierna derecha, porque no la apoya. Está acercándose, dando pequeños saltos con la izquierda, dejando doblada la rodilla derecha para no tocar el suelo.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Desiré, preocupada.

—He perdido el control —masculla, molesto, Markus.

—Estaba atento a lo que no debía —sisea, Charles, con un tono que no logro determinar si es divertido o preocupado—. A ver, intenta apoyarla.

Planta el pie sobre la arena y un agudo alarido sale de su garganta.

—Vale, roto no está —asevera Charles.

—Eso ya lo sé —asegura con cara de fastidio Markus—. Soy médico, ¿lo recuerdas?

—La mitad de las veces se me olvida —carcajea Charles—. ¿Cuál es tu diagnóstico, señor puntilloso? ¿Piensa usted ir al médico a que le hagan una radiografía o se cura usted mismo? —dice con sorna.

Markus le lanza una mirada de resquemor, mientras el otro se ríe abiertamente.

—Voy al centro de salud —añade molesto—. ¿Me llevas?

—Claro.

—Espera —le interrumpe Desiré—. Hoy le había dicho a mi abuela que irías a conocerla —balbucea poniendo cara de pena, mientras juraría que le guiña un ojo.

—Ah, cierto, no me acordaba —se disculpa Charles—. No me gustaría que pensara que no he querido conocerla, no sería un buen comienzo —carraspea con cierto pesar.

—Blanca, ¿te importaría llevarlo tú? —me pregunta Desiré.

—¿Yo? —repito incrédula.

No puedo creer que me esté pidiendo esto. La miro molesta, esperando que me diga que es una broma, o que ha tenido un lapsus de memoria de segundos y acaba de volver a caer en la cuenta de que este tío y yo nos odiamos. Básicamente, porque este señor no hace otra cosa que incordiarme, joderme y zancadillearme.

Todo el maldito tiempo.

Pero no, la indeseable de mi amiga me hace un leve gesto con la cabeza y para rematarme, me lanza una sonrisilla triunfal. Como si se enorgulleciera de endosármelo.

—No hace falta, conduciré así —interviene Markus, gallito, al percibir mis apabullantes ganas de ayudarlo.

—¿Con una sola pierna? —espeto con un tono burlesco, mofándome de él.

—Puedo.

—No puedes. Deja de decir sandeces.

—Ya verás como sí.

—Tan idiota como siempre.

—Markus, obviamente no puedes —recalca Charles.

—Venga —suspiro sonoramente expulsando el aire con pesadez —. Te llevaré. He venido con Desiré en su coche, así que iremos en el tuyo.

—No pienso darte las llaves de mi furgoneta.

—¿Por?

—Eres horrible conduciendo, vas a dos por hora.

—Así no le pasará nada. —Volteo los ojos.

—Así se provocan los accidentes. Ir tan despacio es más peligroso que correr —relata.

—Eres insufrible.

—Gracias.

—Venga, muévete.

—No es fácil.

—Pero si estabas genial, podías hasta conducir —suelto respondona, mientras recojo mis cosas y me pongo en marcha.

Mi amiga, o debería decir examiga, me dice adiós, y yo le echo una mirada de resquemor que estoy segura de que la hace zarandearse. Luego continúo.

Markus va saltando a la pata coja detrás de mí, soltando por la boca palabrotas de todas las clases y dimensiones.

APÓYATE EN MI HOMBRO



Me está costando horrores seguirla. Va caminando como si la estuviera persiguiendo la Santa Inquisición para quemarla en la hoguera. Menos mal que estoy preparado físicamente, porque si no, hace más de dos metros que estaría convulsionando en la arena. Obviamente, sin que esto supusiera que se volviera para ayudarme. No la culpo. Llevo fustigándola toda la mañana. Demasiado que me va a acercar al maldito centro de salud.

Estoy terriblemente enojado conmigo mismo. Yo nunca bajo la guardia, siempre que practico este deporte estoy totalmente centrado en lo que hago. No es como jugar al fútbol o al tenis, aquí te juegas la vida. Un mal movimiento, una racha de viento más fuerte de lo normal, alguien que se cruce inesperadamente en tu trayectoria, y puedes acabar estampándote con una piedra en el fondo del mar, o revolcado, tal como me ha pasado a mí.

He dejado de prestarle atención a lo que estaba haciendo solo dos segundos. Lo he visto acercarse con su bañador verde oscuro, sus gafas de marca y su toalla en el hombro, le faltaba el periódico en la mano, en vez de estar en la playa, parecía que iba a un maldito desfile de Cibeles. Llevaba el pack completo de revista de moda; tan aparatoso como ostentoso.

¿Cómo pudiendo salir de los genes del mismo padre, podemos ser tan radicalmente opuestos? No hemos cruzado más de veinte palabras desde que estoy aquí, pero ya doy fe de que es pretencioso, altivo, petulante y terriblemente aburrido, y, aun así,

Blanca lo miraba como si estuviera viendo a un artista de Hollywood. Con devoción.

Noto cierto malestar cuando vuelvo a recordar cómo le sonreía. No sé qué coño me pasa últimamente que estoy raro.

Me está esperando apoyada en la furgoneta, con un pie sobre el guardabarros, mirando distraída el móvil, mientras una encandilada sonrisa atraviesa su rostro. Me apuesto un riñón a que la causa de su regocijo tiene por nombre Iker, y está escribiéndole ahora mismo.

—¡Es para hoy!

—¿Crees que puedo ir más rápido? —farfullo malhumorado.

—Si no era nada, podías conducir —instiga, metiendo el dedo en la llaga.

—Y puedo —aseguro, aunque voy de farol—. ¿Quieres que lo intente?

Niega con desdén.

Llego a donde está, faltándome el aire, me va a dar un jamacuco de tanto correr con solo una maldita pierna. Ella me mira con una mueca de sorna asomando en sus mejillas, mientras le tiendo la llave. Está disfrutando muchísimo de mi desgracia.

—Mucho cuidado, es la segunda cosa que más quiero en el mundo.

Alza las cejas con gesto burlón.

—No quiero saber cuál es la primera —espeta, subiéndose al asiento.

Bordeo el coche, abro la puerta y maniobro como puedo para montarme. Tener disponible solo una pierna es una auténtica mierda.

—Esto está hecho una pocilga —emite con una cara de asco horrible, observando el salpicadero donde tengo varios paquetes de patatas vacíos, alguno más a medio consumir, varios *tickets* de haber pagado diferentes parkings, una libreta, dos bolis y unos calcetines, que, siendo sincero, desconozco si están limpios o sucios. En la caja

de marchas hay un cúmulo inquietante de polvo, y en los asientos traseros yace depositada la mitad de mi armario, y mentiría si dijera que todo está doblado y ordenado, es más bien una amalgama de prendas lanzadas sin ton ni son.

—Pues espera a ver mi cuarto —suelto insolente.

—Ni muerta entro ahí. Habría que llamar a un exterminador para que acabe con las cucarachas y las ratas —recalca lo de rata, refiriéndose nuevamente a mí.

—¿Vuelves a llamarme rata? —La miro con una expresión de fingida inocencia.

No sé por qué, pero me encanta cuando se pica, se pone respondona y pasa de cero a cien en un segundo, por alguna inquietante razón, me resulta extremadamente divertida.

—Nunca dejé de hacerlo —añade con una ladina sonrisa.

—Pues bien que te gustan —me recochineo.

Tuerce la vista hacia mí y se mete dos dedos en la boca simulando que tiene arcadas.

—Eso no es lo que decías el otro día.

—El otro día tenía las defensas bajas por el alcohol.

—¿Y ahora cómo las tienes? —digo con aire seductor, acercándome un poco a su cuello y subiendo mi cara lentamente hacia su oído—. ¿Vuelven a estar bajas? —siseo sugerente.

—Tan altas, que como no vuelvas a posar tu culo en el asiento, paro aquí mismo y te dejo en mitad de la curva —gruñe.

Suelto una enorme carcajada que resuena por el pequeño espacio que compartimos tan estruendosamente que hace eco. Ella reprime una sonrisa, mientras fija de nuevo su atención sobre la carretera. Está preciosa. Tiene el cabello ligeramente despeinado, las mejillas un poco azoradas, y sus rasgados y enormes ojos chispean alegría. Sus manos, las dos, están sobre el volante. Sus movimientos son gráciles, livianos. Lleva las uñas pintadas de un tono que, si no

te fijas bien, dirías que ni siquiera están pintadas. Todo en ella es elegante y a su vez sencillo, como si fuera natural.

—Por Dios, pisa el acelerador —digo emulando un bostezo—. A este paso, si tengo algo, tendrán que amputarme la pierna.

Deja escapar una risilla.

—¿Te duele?

—Un poco.

—¿Qué crees que tienes?

—Nada mortífero.

—Vaya respuesta para un médico.

Ahora el que ríe soy yo.

—¿Quieres que te hable con tecnicismos?

—Dudo que sepas alguno, por lo que veo, en Noruega deben regalar los títulos.

Otra risotada emerge de mi garganta, es tremendamente graciosa, o al menos a mí me lo parece. Quizás sea porque no me baila el agua como la mayoría de las tías, o porque siempre tiene una respuesta para todos mis comentarios sarcásticos, enfrentándome con picaresca. Desaprobándome.

—Me lo dieron por ganar una carrera callejera de coches.

Hace un mohín.

Llegamos al ambulatorio y Blanca sale del coche. Yo abro la puerta y me coloco de tal manera que, apoyándome sobre el salpicadero y el asiento, creo que podré bajarme sin terminar de escalabrarme, pero, esta vez, ella viene a ayudarme.

—Venga, apóyate en mi hombro, te costará menos.

Hago lo que me dice porque no quiero contradecirla y porque huele muy bien, demasiado bien. Lo he percibido durante todo el trayecto, pero ahora que la tengo a menos de un palmo de mí, no puedo evitar que su olor a protector solar de vainilla, mezclado con su olor corporal y el aroma del mar, me vuelva loco.

Pongo mi mano sobre ella y una sensación cálida serpentea por mi cuerpo. No sé si ella también la ha sentido, diría que sí, porque sus mejillas se han enrojecido levemente y sus ojos por una fracción de segundo se han concentrado en mis labios. Tengo ganas de besarla, de sumergir mi lengua en su boca, de agarrarla de la nuca y que terminemos como la otra noche.

¡Follando! ¡Joder! ¡Me muero porque follemos otra vez!

—¿Vamos?

Oigo que me dice, sacándome de mis pervertidos pensamientos.

—Sí, sí.

Me ayuda a entrar al ambulatorio. La sala que nos recibe es más bien pequeña. Hay un mostrador justo en el lado izquierdo, frente a él, varios bancos de plástico en los que hay cuatro personas esperando que los atiendan.

Le explico a la recepcionista lo que me ha ocurrido, es una mujer de treinta y tantos, muy amable, quizás demasiado. Creo incluso que está intentando flirtear conmigo. Me dice que tome asiento, que hay varias personas delante, pero que pronto me atenderán y que, si necesito cualquier cosa, no dude en pedírselo, que hará lo necesario para que lo tenga. Esta última parte la dice sin despegar la vista de mí, mordiéndose el labio con descaro.

Percibo cómo Blanca la observa atónita, mientras nos sentamos en dos asientos contiguos de los bancos que hay repartidos por la sala, y a los pocos minutos, se acerca la recepcionista y me tiende un vaso de agua con una extensa sonrisa.

—He pensado que tendrías sed.

—Sí, gracias, eres… —aclaro mi voz— muy considerada —le digo mientras le devuelvo el gesto con amabilidad.

—Solo es mi trabajo. —Ríe, nerviosa, mientras vuelve a su asiento y me observa como si quisiera desnudarme.

—No doy crédito —bisbisea Blanca, para ella. No creo que tuviera intención de que la oyera, pero lo hago.

—Es maja —azuzo mientras estudio su rostro con interés.

—No es tan maja, a mí no me ha ofrecido nada. Es una maleducada —añade airada.

Disimulo como puedo la risa.

—Toma. —Le ofrezco el vaso de agua.

Y para mi sorpresa, no lo rechaza como había imaginado, sino que lo coge, y mirando con provocación a la recepcionista, se lo bebe de un solo trago. Tras eso, se levanta con decisión y le planta el vaso sobre el mostrador dándole las gracias.

Estoy sentado sobre la camilla, frente a Blanca, que se ha empeñado en entrar conmigo. El doctor es mayor, unos cincuenta y muchos, pelo canoso y gafas de intelectual. Me pregunta si puedo hacer una serie de movimientos. Le confirmo que sí, pero sintiendo cierto dolor. Tras lo que certifica lo que ya sé, que no hay nada roto. Le revelo que, aunque elegí otra especialidad, sé de la materia y acabamos hablando de ligamentos como dos putos frikis, que es lo que entre ambos diagnosticamos.

Me aclara que en este momento no hay radiólogo en el centro de salud y que, salvo que prefiera ir hasta Algeciras para que me hagan hoy mismo la prueba en urgencias, tendré que esperar a mañana. Le confirmo que mañana está bien, a pesar de que Blanca insiste en que puede acercarme hasta allí.

Antes no quería traerme y ahora parece lo suficientemente preocupada por mí, como para querer conducir cuarenta minutos para que yo me haga una prueba. ¿Qué ha cambiado? Ni idea, pero que quiera cuidar de mí me hace sentir bien. Y quizás se deba a que puedo contar con los dedos de una mano las personas que se interesan o se han interesado realmente por mí.

Salgo con una receta de antiinflamatorios y analgésicos que yo mismo me podría haber expedido; eso sí, con la tranquilidad de corroborar que no tengo nada grave.

Nos volvemos a montar en la furgoneta, y cuando Blanca ya ha encendido el motor, mi estómago comienza a rugir tanto que hasta

siento vergüenza, yo que no tengo de eso.

—Creo que tienes un león ahí dentro a quien no has alimentado.

—Creo que tengo a la manada entera.

Los dos reímos.

—Oye, ¿te importaría hacer una parada más?

Me mira de soslayo, aprieta los dientes levemente y me contesta que no le importa.

—Pues, vamos a La Búrguer Truck.

—¿Eso qué es?

—No me puedo creer que lleves aquí más de dos semanas y no hayas ido a probar aún las mejores hamburguesas de la zona, o miento, del país.

Voltea los ojos ante mi afirmación.

Y luego, sigue mis indicaciones conduciendo hasta detenernos frente al pequeño puestecito móvil, donde estaciona a un lado y me ayuda de nuevo a bajarme. Otra vez, al agarrarme la mano, siento cómo mi sangre se calienta.

¡Maldita sea! ¿Por qué coño sigue preocupándose por mí?

NUNCA TOMAS NINGÚN RIESGO



Blanca

Nos acercamos a la pequeña camioneta que han convertido en una minicocina rodante. Está bastante coqueta. La han pintado de turquesa y en el techo le han colocado un cartel donde se muestra el nombre del negocio. Las letras que lo componen tienen insertadas varias bombillas que le dan un toque muy vintage y que, a su vez, sirven para iluminar la zona. Oteo antes de nada el interior, por si veo mugre cayendo a borbotones de las paredes. No me fío de este tipo de sitios, por llamarlo de alguna manera, porque ni siquiera es un establecimiento al uso, dado que no tiene un emplazamiento fijo. Hay varias planchas en las que hacen las hamburguesas y las verduras que las condimentan. Todo está minuciosamente ordenado y envasado, lo que provoca que me relaje y comience a leer el cartel en el que está escrita a tiza la carta.

—La mejor es la *Surf Raider* —lo siento decirme justo en el cogote.

—Esa lleva demasiadas cosas.

—Nunca son demasiadas si tienes hambre —afirma—. ¿Cuál te apetece? Invito yo por las molestias.

—Es justo —emito en modo respondona—. He tenido que cargar contigo todo el día, lo mínimo es que me invites por no abandonarte en la primera curva que vimos. Pídeme la misma que elijas tú —resuelvo, sentándome en una de las varias mesas que se sitúan en la parte frontal de la camioneta, mientras lo espero.

Sigue sin apoyar el pie en el suelo, pero ahora se le ve más cómodo. El médico le dio una muleta antes de marcharnos y se le aprecia cierta maestría en su manejo. Cuando sale nuestra comanda, me levanto y cojo la bandeja. No quiero que intente traerla él solo y todo termine en el suelo.

—No esperaba terminar el día así —digo mientras me meto una patata en la boca.

—Ni yo —contesta mirándose la pierna.

—Míralo por el lado bueno, parece que no hay que amputarla.

Se ríe con ganas ante mi ocurrencia.

—Es una pena, porque ya había estado mirando una de esas piernas robóticas que fabrican ahora.

—Lo que me faltaba era aguantarte siendo *Robocop.*

—Sería *Terminator*.

Arrugo levemente el labio.

—Te restaría encanto.

—¿Eso era una especie de cumplido? —Alza levemente las cejas, a la vez que ladea una sonrisa pícara.

Le saco la lengua en respuesta.

Sus manos grandes, fuertes, despliegan el cartón donde reposa la hamburguesa de al menos cuatro pisos. La saca y la aguanta utilizando todos sus dedos. Se la lleva a la boca y le da un gigantesco bocado, mientras pone los ojos en blanco, como si fuera lo más delicioso que ha probado en su vida.

Me quedo observándolo comer, alucinada.

Lo primero que me viene a la mente es que es un cerdo, y que no tiene modales. Ninguno. Come como si fuera un prehistórico que acaba de cazar un jabalí y está devorando la pata a bocados después de estar tres meses sin echarse nada a la boca. Lo segundo que me viene es que dos pequeñas manchas de salsa se le están

escurriendo por las comisuras de la boca, y que está increíblemente sexy con ellas. Me sobresalto ante este pensamiento.

Qué cojones estoy pensando, NO es sexy comer como un auténtico gorrino.

—Pruébala antes de que se enfríe —habla aún con los carrillos llenos.

Tengo ganas de coger una servilleta y restregársela por la boca, en primer lugar, porque tenerla así de pringada va contra cualquier código de modales, y en segundo, porque creo que estoy perdiendo el juicio.

Reviso la bandeja por si encuentro cuchillo y tenedor, pero no los hallo. Siempre utilizo cubiertos para comer, ni una sola vez en mi vida he utilizado mis manos, salvo para tomar alguna pieza de fruta, y normalmente también suelo utilizarlos. Me educaron así, con la convicción de que podía ir a comer a cualquier parte, que no desentonaría ni siquiera con la mismísima realeza, estaría a la altura. Engullir como ahora mismo lo está haciendo él, es de mala educación y, por supuesto, de una falta de decoro absoluta.

—Cógela con las manos —suelta como si pudiera leer mi mente.

—Eso es una guarrada, además, tiene tantas cosas que se desborda —expongo, observándolo, esta vez con cara de asco—. Tienes dos churretones —no termino de decir la frase cuando saca su lengua y recorre suavemente y con presteza sus labios, eliminando casi todos los restos de salsa. Solo le han quedado unas pequeñas gotas de las que no soy capaz de apartar la mirada.

—Solucionado. Venga, atrévete. Te prometo que está mucho más buena así, con las manos.

—¿Está más buena engulléndola como un cochino? —cuestiono perpleja—. Vaya idiotez.

—Prueba, si tan segura estás.

—Yo no hago eso, es asqueroso.

—Prueba, hazme caso solo por una vez —repite.

Me dejo arrastrar por su persistencia y utilizo mis dedos, que actúan como garfios, para sujetarla mientras abro la boca a todo lo que me da de sí y la aprisiono entre mis dientes con fiereza.

—Está deliciosa —me sorprendo gratamente después del primer bocado.

—Y acabas de decírmelo con la boca llena. Ya puedes considerarte humana.

Le lanzo a la cara varias servilletas, mientras se descojona.

—¿En qué sector trabajas? —cambia de tema.

—En banca, soy analista de riesgos —respondo cuando no estoy masticando.

—Te va al pelo.

—¿Por?

—Nunca tomas ningún riesgo.

—Eso no es verdad. —Me cruzo de brazos mirándolo ofendida.

—Ah, ¿no? Conduces tan lenta que dudo que alguna vez hayas pasado de segunda, y pones los intermitentes sin excepción. Abandonas las batallas cuando intuyes que no vas a ganar, antes siquiera de intentarlo. No comes con las manos para no mancharte y te van los tíos sosos y predecibles. La única parte que no me cuadra es la de intentar hacer kitesurf.

—¡No me van los tíos sosos y predecibles! —exclamo, como si diera por válidas el resto de las afirmaciones.

Siendo coherente, lo son. Intento siempre ajustarme a lo planificado, a lo programado, es decir, a todo aquello que no me provoque sobresaltos. Y odio los imprevistos, sobre todo porque quizás no consiga manejarlos. Y yo necesito tener siempre el control.

—Sí que te van.

—¿Y te basas en algo? ¿O son meras suposiciones? —lanzo segura de que nada sostiene esa premisa.

Le da un último bocado a su hamburguesa y con la boca aún llena, dice:

—El tío con el que hablaste en la discoteca, ropa cara, con planta de cayetano, modales muy correctos, de los que solo hablan del trabajo y de lo que les encanta el pádel o, en su defecto, el tenis. Seguramente viviría en una gran ciudad tipo Barcelona o Madrid. Típico patrón de pijo soporífero.

—Nada de lo que describes es aburrido.

—Blanca, lo es, créeme. Ese chico nunca sopesará viajar de mochilero, ni irá a hacer ninguna ruta por el campo, ni cogerá una moto a ciento cincuenta kilómetros por hora, tampoco hará paracaidismo, ni comerá en un puesto ambulante.

—No hacer esas cosas no significa ser aburrido. Yo tampoco hago ninguna de ellas —arremeto alzando las cejas contrariada.

—No es verdad. Mira, ahora mismo estás comiendo en un puesto callejero. —Sonríe orgulloso.

—Eso es culpa tuya —espeto bravucona.

—Gracias, por lo que me toca, y de nada por la excelente experiencia.

Lo miro con inquina.

—¿Quién dice que me está gustando? Además, no me conoces, me juzgas solo por verme hablar con un único chico.

—Con dos —responde—. También has salido con mi hermanastro.

—Iker no es soporífero —lo defiendo con uñas y dientes, alzando la voz. Una cosa es que se meta con un desconocido, y otra bien distinta, con mi Iker.

—No lo conozco, pero por lo que he podido observar en estos días, es el rey de los aburridos.

—¡Exacto! No lo conoces y no deberías ni opinar de él, porque no le llegas ni a la suela del zapato —le respondo envalentonada—. Ya quisieras tú —remato airada.

Se me queda mirando unos segundos con la mandíbula apretada, sin responderme. Diría que se está aguantando para no decirme lo que realmente quiere soltarme. El brillo que irradiaban sus ojos se ha esfumado y solo permanece una especie de oscuridad instalada en ellos. Toda la diversión que encarnaba su rostro también ha desaparecido, quedando solo una expresión sombría que nunca había visto en él antes.

Pasan unos minutos más, hasta que habla.

—Es tarde, deberíamos irnos ya —dice levantándose y caminando hacia el coche.

Son las últimas cinco palabras que le oigo pronunciar. No vuelve a hablar en todo el trayecto. Tampoco cuando aparcamos, ni cuando entramos en la urbanización, ni cuando le digo buenas noches con un nudo enorme apretándome el estómago. Creo que lo he ofendido por primera vez desde que nos conocemos. Le he hecho sentir realmente mal, y una parte de mí se jacta de ello, se enorgullece de haberlo conseguido después de las recurrentes putadas que me ha hecho y de la de veces que he intentado salir victoriosa sin resultado, pero, por otra parte, me siento fatal. Porque sé que he tocado hueso y que mis palabras han conseguido ahondar en alguna herida que ya de por sí le debía resultar bastante profunda.

OTRA BAJADA DE DEFENSAS



Blanca

Hemos estado hablando por WhatsApp toda la mañana. Estaba en una importante reunión, mientras me preguntaba todo tipo de cosas sobre mi vida. Me he sentido relevante para él, para Iker. Sé que es bastante serio con los temas laborales y que me anteponga a lo que estaba haciendo significa algo. Seguro.

Tenía el corazón desbocado entre mensaje y mensaje, me lo imaginaba con el móvil debajo de la mesa tecleando con disimulo, a la vez que en la sala se barajaban asuntos millonarios, y no podía evitar tener una sonrisa socarrona en mi rostro. Le intereso. Me lo he repetido unas cien veces durante todo el día, y sigo haciéndolo ahora mismo, frente al espejo, mientras me arreglo. Esta noche vamos a cenar los cuatro al centro. Desiré me la jugó e invitó también a Markus, pero hoy me ha confirmado que, tras avisarlo, le ha dicho que ya tenía planes.

No imagináis lo que lo he celebrado, llevaba con ansiedad desde que la traicionera de mi amiga tuvo semejante ocurrencia. No sé en qué cojones estaba pensando. Vale que el odioso de Markus quiera boicotearme, pero ¿ella? ¿Una de mis mejores amigas?

Se suponía que tenía que echarme un cable, no querer ahorcarme con él. Invitarlo a la cena es lo peor que me ha hecho, ¿acaso quería que volaran los cuchillos? ¿Acaso sufre demencia y no se acordaba de que son hermanastros y que me he acostado con uno de ellos? Añadiendo, además, que, para colmo, no es en el que

estoy interesada desde prácticamente cuando me salieron los dientes de leche.

He debatido mucho conmigo misma si debería retirarle el habla, tacharla de mi reducido listado de amigas y, finalmente, he decidido que se lo voy a perdonar. Pero, solamente, porque estuvo muy hábil proponiéndole a Iker la cena.

Esta especie de cita a cuatro me dará la oportunidad de acercarme más a él. Además, me permitirá estar más relajada. Con Desiré de Celestina estoy convencida de que no habrá silencios incómodos, y de que, si me quedo embobada observándolo, me dará una patada en la espinilla para que vuelva en mí.

Y, de paso, me servirá para conocer mejor a Charles. Parece que van muy en serio. Todas las veces que lo he visto me ha parecido un buen tío, no como su amigo, claro. Tiene aspecto de ser bonachón y de no ir con secretos ni dobleces, y francamente, hoy en día, eso es un valor al alza bastante escaso. La mayoría de los hombres mienten más que hablan y solo quieren lo que quieren. Y en ese rango de querer no suele estar comprendida una relación seria, formal y duradera. Charles, me da la sensación de que es transparente, de que se arriesga y no le da miedo reconocer que siente algo más.

Es bonito que te quieran así. Mi amiga, si no me equivoco con mi primera impresión, tiene mucha suerte; ha encontrado a alguien noble que no titubea en su amor, ojalá yo algún día tenga la misma fortuna.

Llaman a la puerta y sé que es Iker, son las nueve y media en punto, ni un minuto más, ni un minuto menos. No puedo evitar pensar que es tan puntual como siempre. Como yo. Me miro una última vez antes de abrir la puerta, llevo una minifalda blanca con un top de volantes amarillo. Considero que los dos colores me sientan bastante bien ahora que estoy morena. Para rematar el *look* me he puesto unos zapatos altos y un bolso de marca para la ocasión. Con el maquillaje he querido acentuar unos labios llamativos, os podéis imaginar para qué, y en el pelo me he hecho un semirecogido.

Al abrir, percibo cómo sus ojos me escanean con sutileza, y una amplia sonrisa se ensancha en su cara.

—Estás preciosa, Blanca.

—Gracias, tú tampoco estás mal —contesto, aplaudiendo agitadamente en mi interior.

Va vestido con unos pantalones de vestir negros y una chaqueta, debajo de ella, una camisa blanca abotonada que deja ver de su cuerpo tan solo tres centímetros por debajo de su cuello. Está guapo a rabiar, y elegante como de costumbre.

Salimos, y esta vez no veo a nadie más, ni en el descansillo, ni en la puerta, ni tras la ventana. No he vuelto a verlo desde que ayer se metió en su casa sin despedirse. No ha bajado a la piscina durante todo el día. Lo sé porque he bajado por la mañana y luego por la tarde; y, cuando no he estado allí, me he asomado desde la ventana de mi apartamento. Supongo que es porque me he sentido un poco culpable por lo que le dije. Lo hice sentir mal, y tengo un absurdo reconcome.

Lo más probable es que haya estado en la clínica trabajando sin pensar en mí, ni en lo que le dije, continuando con su vida normal, pero aun así algo no me deja descansar.

Hemos quedado en el centro, y a pesar de que le insisto a Iker para ir andando bajo el alegato de que no encontraremos dónde aparcar, ya tengo experiencia en ello, reincide en que está lejos y que me dolerán los pies.

Siempre tan caballeroso y atento.

Terminamos dando más de diez vueltas con el coche por la misma zona, antes de que me obligue a quedarme en la puerta del local, y él continúe buscando aparcamiento para que yo no tenga que andar más de quince minutos.

Entro, y una bonita sala me recibe, busco con la mirada al camarero y me acerco para preguntarle por la reserva, me indica que nuestra mesa está en la zona del patio, le sigo y, tan pronto

salimos, localizo nuestra mesa porque Desiré y Charles ya están sentados.

El exterior es incluso más cautivador que la sala anterior. Las paredes son de piedra. Hay repartidos varios maceteros enormes con exuberantes plantas. Y pequeños focos que se reparten por la zona, dotándola de una luz tenue, no demasiado apagada como para no ver, ni demasiado insidiosa como para molestar. Es perfecta, íntima y cálida. Y permite ver las estrellas.

—¿No vienes con Iker?

—Sí, es que no había aparcamiento y me ha dejado aquí.

—Qué considerado —señala mi amiga con cierto tonito que interpreto de burla.

—Lo es, y no sé qué ves de malo en ello.

—Nada. —Alza las manos en son de paz, con una sonrisa—. Charles hubiera hecho lo mismo ¿Verdad?

—Claro. —La abraza y le da un pequeño beso en la mejilla—. Mi chica no merece menos, y tú, Blanca, tampoco.

—Cada vez me caes mejor.

Charles me dedica una mueca cómplice en respuesta.

—Pero entonces, ¿a qué ha venido ese tonito? —tanteo a Desiré, decidida a no dejarlo pasar.

Mi amiga carraspea.

—Suéltalo.

—Mejor que no —replica.

—Desiré…

—Vale, pero no te mosquees.

—Lo intentaré.

—Prefiero al otro.

—¿Cómo? —pregunto sin entenderla.

—Que de los dos hermanos me gusta más para ti el otro.

Abro tanto la boca cuando comprendo lo que acaba de decirme, que creo que se me desencaja la mandíbula. Voy a responderle que, si se ha caído de un cuarto piso y se ha quedado tonta, cuando la figura de Iker aparece en el patio, y cierro pertinentemente la boca antes de desencadenar una guerra nuclear contra mi queridísima y estimada amiga.

—Buenas noches. —Se acerca Iker dándole dos besos a Desiré, y un decidido apretón de manos a Charles antes de sentarse a mi lado —. Disculpad la espera, ha sido una odisea aparcar.

—No te preocupes —le disculpa Charles—. ¿Te apetece vino? Hemos pedido una botella.

—Sí, claro, gracias —contesta, dándole permiso a Charles para llenar su copa—. Y bien, contadme, ¿desde cuándo estáis juntos? —pregunta Iker sacando conversación.

—Desde hace unos días —responde Desiré.

—Ohhh —masculla—. Yo no… había imaginado… que llevabais unos años —dice abochornado, sin saber si ha tocado un tema complicado.

—No pasa nada. No es ningún tema tabú para nosotros. —Desiré coge de la mano a Charles—. Ya ves, cuando conoces a la persona indicada, no titubeas, ni mareas la perdiz, no te hacen falta meses o años para saberlo, es instantáneo.

Le lanzo una mirada de no sigas por ahí bastante fulminante. Quizás Iker no se haya dado cuenta, pero acaba de lanzarle un dardo envenenado, y de paso, me está dejando bastante claro por qué no lo quiere para mí.

Gracias a Dios, el camarero se acerca a tomarnos nota antes de que la conversación se enrarezca tanto en los primeros cinco minutos que se convierta en insalvable.

—Y ¿qué te trae por aquí? —se interesa Desiré, aunque ya lo sabe, yo misma se lo he contado.

—Trabajo. Soy socio en una empresa de inversión y estamos interesados en comprar un edificio para construir.

—No me digas. ¿Más apartamentos turísticos, otro hotel? —sisea Desiré.

—Un hotel de lujo.

Desiré chasquea la lengua, y como sé lo que viene ahora, me anticipo y le doy una patada por debajo de la mesa. Esta vez, la que me lanza una mirada afilada es ella. Pero tanto me da porque surte efecto y se calla.

Mi amiga está en contra de la colonización turística que está sufriendo el pueblo y de cualquier intento de seguir fomentándola. Defiende el turismo sostenible y responsable, y no la barbarie que reconozco que está experimentando este lugar. Ya no se puede salir a cenar al centro sin esperar cuatro horas, tampoco bañarte en la Playa Chica sin que varias personas te rocen el hombro, y mucho menos comprarte una casa siendo de aquí, si naciste en este pueblo, tienes un noventa por ciento de posibilidades de tener que largarte a otro porque el metro cuadrado vale más que el oro o los diamantes.

Conclusión, si ya no lo tragaba, la cosa va a ir a peor.

—¿Sabes que Desiré está trabajando en el barco de los delfines? —intercedo dirigiéndome a Iker para desviar el tema.

—¡No me digas! Enhorabuena, Desi, siempre quisiste ser la guía.

—Gracias.

—¿Os acordáis cuando fuimos los tres a verlos y Desi le robó el micrófono a aquel señor que habían contratado? No se le entendía ni una sola palabra, y ella había ido ya tantas veces que tenía memorizada cada explicación.

—Sí —río al recordarlo—, lo hizo tan bien que el grupo de pensionistas de Vigo nos invitó a comer con ellos.

—Aún recuerdo ese arroz con bogavantes —babea Desiré.

—Rompiste corazones ese día —bromea Iker, mientras Desiré le da un codazo—. Auch, oye, que es verdad, tres octogenarios me pidieron tu teléfono.

Desiré le hace un corte de mangas y todos reímos, lo que me deja mucho más tranquila. Parece que la tensión se ha relajado, y que mi amiga, por fin, ha comenzado a recordar lo bien que le caía Iker.

La conversación va tomando forma y poco a poco vamos participando todos, contando anécdotas del pasado con las que Charles ríe, y me aventuro a decir, que también va conociendo más a Desiré. Todo está saliendo bien, hay buena armonía, las palabras fluyen y el ambiente es distendido.

De vez en cuando, me evado unos segundos de la conversación para fijar mi atención en él, en su forma de limpiarse la boca con la servilleta, con pequeños y rítmicos golpecitos, como si sus movimientos siguieran el compás marcado por una elocuente partitura de Vivaldi.

Él es como escuchar música clásica, armonioso, estructurado, refinado, y se percibe en las pequeñas cosas, como en la forma que coge los cubiertos, con elegancia, con distinción. Estoy inmersa en uno de esos pensamientos cuando un inusual silencio se hace por unos instantes.

Algo ha pasado.

Algo ha roto la sintonía de la que gozábamos.

Y no soy capaz de saber el qué, hasta que alzo la vista.

No es posible. Debe tratarse de una broma.

¿Hay alguien en el maldito universo empeñado en joderme la existencia?

Markus va acompañado de una chica rubia, alta, guapísima, con un vestido demasiado corto para mi parecer. Julia Roberts llevaba más tela cuando conoció a Richard Gere en *Pretty Woman*. Esa chica va a por todas. Va agarrándolo del brazo con una sonrisa incrustada en el rostro y una mirada de te quiero desnudar, o que me desnudes.

Él está hablando con el camarero, que le señala dos mesas más allá de la nuestra. No nos ha visto. Va distraído escuchando lo que

su acompañante está diciéndole. Va muy guapo y me fastidia admitirlo siquiera. Lleva una camisa de un tejido fluido con unos estampados marrones que parecen jeroglíficos, sobre un fondo beige. Es horrorosa. Es la última camisa que cualquier persona con un poco de sentido del gusto escogería. Para colmo, la ha acompañado de unos pantalones largos marrones que no casan con la tonalidad de la camisa. En los pies, unas sandalias de romano que parecen del mismo siglo que cuando construyeron el Coliseo en Roma.

Y, aun así, bajo toda esta horrible capa de ropa, está increíble y absurdamente atractivo con el maldito rizo cayéndole por la frente. Desiré me da una patada por debajo de la mesa avisándome de su presencia, por si acaso, estoy ciega, y no he notado que, en cuanto Charles y ella lo han visto, se han quedado de piedra. Creo que tampoco le ha pasado desapercibido a Iker, que diría que evita a toda costa dirigir la vista hacia él. No sé qué tendrán entre ellos, qué problema insalvable hay entre los dos, pero todo apunta a que se detestan.

Hay unos segundos dudosos, en los que Charles parece que con la mirada está consultando a Desiré si sería apropiado ir a saludar a su amigo, o es mejor hacerse el sueco. Mi amiga me mira y vuelve a mirar a Charles, se encoge de hombros y le asiente con un gesto, cosa que su novio interpreta como que debería ir.

En cuanto la mano de Charles se apoya en el hombro de Markus, este se levanta sorprendido, le da un apretón de manos y le presenta a su nueva amiguita.

Por cierto, ¿es normal que nunca le falten las amiguitas?

Yo no suelo ligar ni a la de tres, y él, cada vez que me lo cruzo, tiene una nueva.

Lo siguiente que noto es cómo mira por encima de su hombro y localiza nuestra mesa en general, y a mí en concreto. Sus efervescentes ojos celestes se posan sobre mí por unos instantes, y mi cuerpo entero reacciona de una forma tan desproporcionada que hace que se me caiga el tenedor al suelo. Él al darse cuenta, ladea

una sonrisa con la vista aún fija en mí, lo que me hace sonrojarme tanto como cuando en el instituto la señorita Figueras me sacó a la pizarra a resolver aquel problema de matemáticas, se me rompió la falda y todo el mundo vio mis bragas de Snoopy.

Estoy tan acalorada y nerviosa que me agacho para recogerlo y la servilleta se me escurre y termina también en el suelo, como siga así, voy a terminar tirando toda la vajilla. Con el ímpetu de intentar revertir la situación, la silla se comienza a tambalear y noto cómo mi cuerpo a cámara lenta y de manera muy, muy vergonzosa pierde la estabilidad y cae igual que la boñiga de una vaca.

Porque eso soy. Así me siento.

Estoy despatarrada en el suelo, agarrando la servilleta con la mano derecha y el tenedor con la izquierda. Podría levantarme, pero creo que no mejoraría la situación. Ni tampoco lo haría esconderme debajo de la mesa el resto de la noche, que es lo que me apetece. Me quedo allí unos segundos cubriéndome la cara con la servilleta de tela.

—¿Estás bien, Blanca? —Se arrodilla Iker a mi lado, despegándome la servilleta de la cara.

—Eso creo —siseo deseando desaparecer, mientras oigo los cuchicheos y las risas extendiéndose por el local, incluidas la de mi amiga Desiré, que sigue sentada limpiándose los ojos con su respectiva servilleta.

Traidora.

Una mano grande, segura, se extiende ante mí, y para mi sorpresa, no es la de Iker, que continúa arrodillado a mi lado.

—Vamos —emite con un tono firme, apareciendo de nuevo en su rostro esa pícara sonrisa ladeada de chico malo.

Dudo unos segundos, y luego mi mano instintivamente va hacia la suya, y al tocarlo, de nuevo esa sensación cálida serpentea desde mis dedos hasta cada una de mis terminaciones nerviosas.

Me alza sin esfuerzo, y cuando ya estoy de pie frente a él, dirige sus dedos hacia mi barbilla, acariciándola, mientras me pregunta:

—¿Te encuentras bien? ¿Te has mareado? Por favor traed algo de azúcar, una Coca Cola mismo —ordena, provocando que los murmullos y las risas cesen ante la preocupación.

Mi caída acaba de pasar de ser una *patosidad* por idiota a ser un acuciante problema de salud.

¿Me lo estoy imaginando o está intentando que no parezca idiota?

—Soy médico y creo que ha sufrido una bajada de azúcar —continúa. Y corroboro por cómo lo dice que sí, que me está echando un cable—. O quizás es una bajada de defensas —remata con retintín, mientras me guiña un ojo.

Ohhhh. Es hábil. Muy hábil. Acaba de lanzarme un órdago, acaba de soltarme una pullita que reconozco bien, porque se la dije yo, en su coche, cuando lo llevaba al médico, e hizo referencia a la noche que compartimos, le dije exactamente eso, que fue solo por una bajada de defensas.

El camarero se acerca presuroso, le tiende la bebida y él me la ofrece a mí con los ojos chispeantes.

—Deberías acomodarte en la silla por si vuelves a encontrarte mal —aconseja sin borrar esa estúpida sonrisa de sus labios.

Le hago caso, primero por intentar proteger mi dignidad, y segundo, por continuar con el teatrillo y que acabe lo antes posible.

—Gracias —bisbiseo, sorbiendo varios tragos.

—Nada. Ha sido un placer —responde divertido.

—Mira que se lo tengo dicho —interviene Desiré colocando su silla pegada a la mía—, tienes que tomar algo de azúcar, tanta dieta saludable terminará matándote. Menos mal que estaba Markus, que es un cielo. Por algo es el mejor amigo de Charles —señala a boca llena, mientras dirige su vista a Iker, que está rígido ante la situación.

—Si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy —me lanza con cierta picardía, antes de alejarse y volver a su mesa.

EL AMOR ES PARA FRACASADOS



Vuelvo a tomar asiento frente a mi acompañante de esta noche.

¿Cómo se llamaba? ¿María? ¿Marta?

Lo tengo en la punta de la lengua, empezaba por «Ma», de eso estoy seguro. ¡Maldita sea! No logro recordar el jodido nombre, y no suelo ser tan capullo.

Sí, siempre quedo con muchas tías. Y sí, a veces, en unos meses, olvido cómo se llamaban, pero eso nunca me pasa cuando estoy en plena cita. Si quedo con alguien, procuro saber siempre tres cosas básicas, su nombre, su edad y qué llevaría a una isla desierta. Quizás esta última parte no sea tan básica, ni tan siquiera normal, pero siempre me da curiosidad, porque se puede conocer mucho de una persona por su respuesta.

Volviendo a lo que estoy, no tengo ni puta idea de su nombre, ni de su edad, ni mucho menos de si elegiría llevarse las gafas de sol de Gucci o a mí, como me zampó sin reparos la anterior chica con la que quedé. Y es que estoy descentrado. Y no solo por lo que acaba de pasar, lo del desfallecimiento ficticio de Blanca que me acabo de inventar para que dejara de parecer un tomate a punto de sufrir una embolia. ¿A quién se le ocurre coger lo que se le había caído poniendo la silla a dos patas?

A nadie.

Aunque quiero pensar que lo que le ha pasado no es más que una consecuencia directa de lo que ha sentido al verme. Hay algo en

mi interior que me susurra que es así. De igual forma, algo también me dice que esto se me está yendo de las manos.

Lo cierto es que estoy así de distraído desde que cenamos juntos el otro día y me dijo aquello que no consigo quitarme de la cabeza: «No le llegas ni a la suela del zapato…».

Pensaba que era porque la comparación la hacía con Iker, mi hermanastro, al que he estado culpando toda mi vida por la falta de mi padre en mi niñez. Pero tras darle un millón de vueltas, he comenzado a pensar que quizá lo que más me dolió no fue la comparación con Iker, sino que aquellas palabras vinieran de ella.

Creo que Charles tenía razón.

Creo que me gusta Blanca.

Y eso me fastidia. Me jode. Y me deja absolutamente descolocado.

Porque yo nunca he llegado a sentir nada por nadie, ni tampoco quiero, y enfatizo mucho en esto último. El amor es para fracasados, y yo me niego a serlo.

Por eso estoy aquí, frente a Mabel, o Mayca, o Macarena, vete a saber. Necesitaba quitármela de la cabeza, volver a ser yo. Y para eso, no hay nada mejor que un buen revolcón con una mujer guapa que no busca nada más allá de sexo.

El inconveniente es que la cosa se ha complicado, y como de costumbre, por alguna extraña y misteriosa razón que comienza a ser bastante inquietante, he terminado coincidiendo en el mismo bar que ellos. Y mira que en este pueblo lo que sobran precisamente son bares; hay uno en cada jodida esquina. Si hubiera imaginado que esto pudiera pasar, le hubiera preguntado a Charles dónde cojones iban.

Me obligo a atender a, llamémosla Mamen, por darle un nombre.

—Me ha gustado verte en acción —dice, provocadora—. Has estado muy sexy, doctor.

Ladeo una sonrisa en respuesta y entro al trapo. Puede que quedar con Mamen haya sido justo lo que necesitaba para sacarme de la cabeza la forma en que Blanca jadeaba encima de mí.

—Si tienes alguna dolencia o alguna palpitación extraña —extiendo mis antebrazos en la mesa, acercando mi cuerpo a ella con desvergüenza—, no dudes en decírmelo, que te auscultaré enseguida.

—Ya que lo dices, toca aquí. —Me coge la mano derecha y sin ningún reparo la coloca en su pecho—. Ves, creo que está demasiado frenético —añade insinuante.

No aparto la mano. La dejo ahí unos segundos mientras sus ojos encuentran los míos y me dedica una atrevida mueca a la que respondo dejándome llevar, hasta que, de nuevo, recuerdo su jadeo.

¡Maldita sea, Blanca! ¡Qué mierda me has hecho!

Instintivamente, giro la cabeza hacia ella, y entonces, la veo, con sus iris fijos en mí. Observando la escena y mi mano que continúa descansando sobre el pecho de mi acompañante. Un ligero rubor se extiende de nuevo por su rostro al notar que acabo de cazarla mirándome, antes de girar la cara con un mohín de desprecio.

¡Qué cojones ha sido eso!

No estoy seguro, pero diría que acaba de joderle que mi mano estuviera plantada sobre el pecho de Mamen, lo que me da cierto regustillo.

Joder, eso no debería haberme gustado tanto.

La conversación y las insinuaciones se quedan en suspenso al acercarse el camarero con nuestras pizzas. La mía es de pepperoni y aceitunas. La de ella, de champiñones y jamón. Cojo el primer trozo con la mano y pongo los ojos en blanco al primer bocado, a la par que Mamen atrapa con los dedos la suya y se relame sin pudor. Y ese maldito gesto hace que no pueda evitar pensar que Blanca utilizaría el puto tenedor y el cuchillo, y que le quedaría tan refinado como irresistible.

Desvío mi mirada hacia ella, y esta vez lo que veo me sienta como una patada en los cojones. El imbécil de Iker está contándole algo sin despegar su vista de ella, que le regala una inocente sonrisa, mientras sus brazos parecen que se rozan levemente.

Una mala hostia enorme empieza a circularme por el cuerpo. Me disculpo, y me levanto para ir al baño. Necesito serenarme y dejarme de idioteces. Al llegar al lavabo, me agacho un poco y me echo agua fría en la cara. Vuelvo a hacerlo dos veces más, y parece que el mal humor comienza a disiparse. Salgo de nuevo, y en contra de mis propios deseos vuelvo a centrar mi atención en ella. Está tan guapa con ese top amarillo. Le da más luz de la que ya de por sí desprende.

Está mucho más morena. Cuando llegó, parecía un vampiro al que hacía décadas que no se le posaba un rayo de sol; en cambio ahora, si fuera mi brazo el que estuviera junto al suyo, diría que llevamos años bronceándonos juntos.

Esta vez, me es imposible sortearlos para llegar a mi mesa, porque han colocado un carrito de bebé en el estrecho pasillo que los evitaba.

—Oye, espera. —Oigo a Desiré al pasar por su lado.

—¿Sí? —Me vuelvo

—Es una pena que ya hubieras quedado, Markus. Nos habría encantado que cenaras con nosotros —suelta Desiré—. Charles me ha hablado maravillas de ti, y Blanca me ha contado que habéis coincidido mucho en estos días.

Noto claramente cómo Blanca la acribilla con la mirada. No sé qué intenta su amiga, pero está claro que no le ha hecho gracia, y eso, como siempre, me incita a perturbarla.

—A mí también me habría encantado. Además, estoy seguro de que habría cogido esa bajada de defensas a tiempo —espeto, haciendo alarde de toda la doble intención que puedo, provocando que de nuevo le ardan las mejillas.

—Bueno, aún estamos a tiempo —añade Desiré, jocosa—. Cenar, no, pero os podéis unir a las copas.

Veo claramente cómo Blanca le atiza una patada en la espinilla a su amiga, y no puedo evitar que una diminuta carcajada se me escape.

—Desiré, no seas entrometida. Se les ve bastante acaramelados. No quieras interrumpirlos —interviene Blanca revolviéndose en su asiento, que parece que por nada del mundo me quiere aquí.

Y de repente, lo que me parecía un plan horrible comienza a parecerme bastante interesante, incluso agradable.

Me apetece soberanamente tocarle los cojones.

El motivo principal puede ser porque me jode no conseguir sacármela de la cabeza mientras ella está en otros menesteres, intentando que el señor perfecto se fije en ella, o por darle una bofetada sin manos a mi hermano que me mira con antipatía y aires de suficiencia, como si yo no fuera más que un indigno plebeyo.

—No te preocupes, Blanca, retomaremos el acaramelamiento más tarde. Nos apuntamos a esas copas en cuanto terminemos de cenar —concluyo con satisfacción.

PINTANDO CASAS BLANCAS



Iker se adelanta alcanzando la cuenta que acaba de dejar sobre la mesa el camarero. La mira unos segundos y saca la tarjeta de crédito antes de que ninguno de nosotros pueda llegar ni siquiera a coger la cartera.

—¿Cuánto es? —pregunta Charles—. ¿Te hacemos un bizum? ¿O prefieres efectivo?

—Nada —señala cortésmente mirando a Desiré—. Invito yo por los viejos tiempos y por permitirme acompañaros esta noche —termina la frase dirigiendo su vista hacia mí y deteniéndose por una fracción de segundo en mi boca, lo que provoca que la piel se me erice.

—No necesitas comprarnos para que te volvamos a invitar a venir con nosotros —bromea sarcástica, Desiré—. Aunque, si esa era la idea, hubiéramos elegido un restaurante más caro.

—¡Cariño! —la reprende Charles, que aún no parece conocer del todo los inexistentes límites de la desvergüenza de su novia.

—Elige el siguiente. Prometo volver a invitar, es un lujo gozar de vuestra compañía —dice volviendo a entornar sus oscuros y profundos ojos en mí.

—¡Qué considerado! ¡Y cuánta pasta! —arremete Desiré, que, inentendiblemente, parece que continúa intentando buscarle las cosquillas, o la boca, no lo sé.

No entiendo a la cretina de mi amiga, en vez de apoyarme en mi conquista, parece que está totalmente obsesionada con que Iker y yo nos repelamos.

—No me va mal —le responde con una sutil nota de prepotencia que me descoloca, mientras mi amiga sonríe con suficiencia como si lo que le acabara de contestar le hubiera reafirmado algo que ya sabía, y se diera por satisfecha.

—Ohh, ¡cuántos aires, señor remilgado!

Iker, lejos de sentirse ofendido, le responde con una servicial sonrisa.

La cena ha acabado. La cuenta está pagada. Y no nos queda más vino. Lo que significa que el temido momento ha llegado. Charles y Desiré ya se han levantado, e Iker está planchándose la camisa con las manos a mi lado mientras se levanta. Tiene que estar impecable, como siempre. Es igual de perfeccionista que yo.

Yo continúo unos segundos más pegada a la silla, rezándole al cosmos para que finalmente el tocapelotas de Markus decida largarse con su cita lo más lejos posible, en lugar de acoplarse con nosotros. Estar los seis juntos no es buena idea. Nada bueno puede salir de ahí y, por cierto, como Desiré siga con esa actitud, le niego el habla.

En cuanto me incorporo, Iker me ofrece galante su antebrazo, y yo lo agarro encantada. Una gustosa sensación fluye por mi cuerpo al percibir su contacto, dejándome guiar por él hasta la mesa de Markus que acaba de ponerse en pie junto a la despampanante rubia vestida de stripper.

Quizás es que se dedica a eso, a hacer bailes eróticos.

La curiosidad vuelve a carcomerme. No sé por qué, pero necesito saber a qué se dedica.

Los seis salimos del bar hablando cada uno con su respectivo acompañante. Voy encantada escuchando a Iker contarme cómo es el ático en el que vive en Madrid, en pleno centro, con vistas al Retiro. Nada comparado con mi anticuado piso compartido. Me

comenta que tiene tres habitaciones y dos cuartos de baño y no puedo evitar hacer un puchero al oír lo del baño. No solo no tiene que compartirlo, es que encima puede elegir en cuál quiere ir a mear, y dudo que sufra de cistitis crónica. La vida es tremendamente injusta. Mi expresión no le pasa desapercibida, así que me pregunta al respecto, y acabo quejándome de lo traumático que es tener un baño para tres.

Y, de broma, porque es obvio que no puede ser en serio, me suelta algo que me acelera el corazón: «Siempre puedes mudarte a mi piso, tendrías uno para ti sola».

Las piernas me flaquean solo por el hecho de que haya bromeado con la posibilidad de vivir juntos. No en plan pareja, claro, en plan amigos, pero tanto me da porque con él me instalaría hasta de sirvienta.

Le sonrío tontamente al escucharlo y él me devuelve una tierna sonrisa desde la que juraría que salen mariposas que me aletean en el pecho. Tras lo que continúa explicándome que compró el inmueble con la idea de que se convirtiera algún día en la futura casa de su familia. Mi expresión de bobalicona sigue expandiéndose tras esa confesión. La niña de cinco años que se enamoró de él, en estos momentos, está organizando la boda. Y sobra decir que ya la tiene guionizada paso a paso. Rellené una agenda entera de más de doscientas páginas con las flores que pondríamos, el cristal de Bohemia de las copas, la cubertería de plata, la forma exacta de las sillas y los dos mil detalles más que serían imprescindibles para ambos, en base a nuestros sofisticados gustos.

Estoy viéndome en el altar besándolo, al segundo me veo embarazada, e instantes después veo a nuestra hija lavándose los dientes mientras ve posarse una golondrina en la copa de un árbol. Un minuto después me sacan a golpes de mi ensoñamiento.

—Reacciona —chasquea sus dedos a dos centímetros de mi cara —. ¿Qué quieres tomar? —pregunta con un tono bastante antipático —. Voy a la barra y solo faltas tú.

—Nada. No me fío de que me escupas en la copa —respondo de mala gana—. Ya voy yo.

—Como quieras.

Los dos nos encaminamos dando zancadas a la barra como si fuera una carrera.

Vamos separados como si no nos conociéramos o nos fuera a brotar un sarpullido por estar más cerca de la cuenta. Al llegar, ponemos los brazos sobre la barra, en la que hay tres personas que con sus cuerpos nos hacen de escudo, separándonos. Desafortunadamente, vienen juntos y acaban de atenderlos, así que se retiran con sus bebidas dejándonos al lado.

—¿Te pongo lo mismo de siempre?

Estaba tan centrada en deshacerme de Markus que no me he dado cuenta hasta ahora de que es el camarero del otro día. El que me pidió el teléfono y al que no le he contestado, por cierto.

—Sí, por favor —digo un poco apurada.

Se coloca frente a mí, coge el vaso, los hielos y comienza a prepararme la copa. Cuando me la entrega, ya tengo el dinero en la mano listo para pagarle.

—Vuelve a invitar la casa, por si te lo replanteas y decides contestarme a los mensajes.

No puedo evitar sonreírle avergonzada.

—Yo quiero dos ron con Coca Cola, un Beefeater con limón y un whisky solo —interrumpe Markus—. Y si todo esto sale gratis por responderte a los mensajes, aquí tienes mi número —ironiza lanzándole una mirada entrecerrada.

El chico lo observa unos segundos debatiendo si esa respuesta se debe a que venimos juntos y se ha excedido, o simplemente a que es gilipollas. Como no consigue determinarlo, le cobra y se escabulle rápidamente al otro lado de la barra.

—¡Cuánto público, Blanquita!

—No más que el tuyo, Markusito —le digo falseando una sonrisa.

Cojo mi copa y la de Desiré, y me vuelvo con los demás que se han quedado en un hueco libre para que no nos lo quitaran. Cuando llego, le digo a Charles que ayude a su amigo a traer el resto, pocos segundos después todos estamos alrededor de una mesa alta.

—Iker nos estaba contando que se ha aficionado a las maratones —explica Desiré a Markus y a mí.

—A mí también me encantan —dice de repente la rubia.

Parpadeo varias veces. Es lo último que me esperaba escuchar hoy.

—El año pasado fui a la de Nueva York —continúa.

—¿De verdad? Yo estoy deseando ir. Este año estuve a punto, pero el trabajo me lo impidió —añade Iker con ilusión.

—Pues te lo recomiendo muchísimo. Es la mejor de todas las que he hecho.

—Yo no entiendo cómo os puede gustar correr —agrega Desiré—. Y gratis.

—No creo que sean precisamente gratis —masculla Markus con ese tonito ácido que suele usar—. Solo el viaje cuesta una fortuna.

—Más a mi razón.

—El dinero es lo de menos —puntualiza Iker—. Es la sensación de superación, de exploración personal y sobre todo de disciplina —remata mirando directamente a Markus—. Esto último muchos no saben ni lo que es.

Markus le mantiene unos segundos la mirada, a la vez que mueve lentamente la copa como si quisiera mezclar mejor el alcohol con los hielos, tomándose un instante para responderle.

—Pobres de ellos que no saben lo que hacen por no compartir tu devoción por la disciplina y el orden de las camisas por colores —punza, provocando que Iker tuerza el gesto.

El ambiente se está caldeando demasiado. Estaba claro que esto no podía ser una buena idea. Desiré también lo percibe e intenta rebajar la tensión intercediendo.

—¿Y a ti, Markus? ¿Tienes algún *hobby* últimamente?

—Sí. Pintar.

Charles deja de beber en cuanto lo escucha y alza sus cejas extrañado.

—¿Eso te relaja? —pregunta Mabel.

—No, más bien lo contrario. Es excitante.

—¿Pintar te resulta excitante? Empiezas a estar en el lado de los que ordenan las camisas por colores —ironiza Iker, intentando devolvérsela.

Esto parece un partido de tenis, las pullas saltan de un lado a otro.

—¿Y qué pintas si se puede saber? —continúa preguntándole Desiré, curiosa.

—Claro que se puede. Pinto Casas Blancas. —Tiene el muy asqueroso la indecencia de decir.

Desiré escupe la bebida en cuanto lo oye y finge un ataque de tos para disimular. Y yo le meto una patada en la espinilla a Markus por debajo de la mesa mientras le dirijo una mirada mortífera.

Markus hace como si ni siquiera la hubiera notado, y la conversación continúa gracias a Charles, que comienza a hablar del kitesurf. Cuando la tensión se diluye un poco, intervengo preguntándole a Mabel a qué se dedica, por descabellado que sea, la curiosidad sigue arañándome.

¿Qué stripper hace maratones y encima se costea un viaje a Nueva York?

Termina diciendo que es oftalmóloga. Y sí, también me pega. Porque no ha dejado en toda la noche de atravesarle con los ojos la ropa a Markus hasta verle incluso el pensamiento.

Continuamos charlando un rato más sobre el trabajo, las vacaciones y los chiringuitos que más se ambientan este año. A la una, Desiré mira el reloj y dice que se marcha. Y yo aplaudo al cielo. La reunión sigue llenándose de indirectas de un hermano a otro, y

temo que en cualquier momento la situación se vaya de madre, y mi nombre salga a relucir junto a la palabra sexo.

—Pero es temprano aún. Venga una copita más, Desiré —ruega Mabel, que parece estar muy a gusto.

—Ojalá pudiera —se disculpa—. Pero mañana tengo una excursión a las ocho de la mañana con niños de siete años. O descanso o seguro que me entran ganas de tirar a alguno por la borda, y no quiero acabar entre rejas ahora que encontré a mi Charles —bromea acercándose a él y dándole un beso demasiado intenso para estar acompañada.

—Yo también me voy. Mañana tengo citas desde las siete —dice Markus.

—No —sisea Mabel poniéndole morritos—. Media horita más —susurra—. Una última copa en mi casa, vivo aquí al lado —sugiere en un tono muy sensual que hace que no pueda apartar la mirada de ellos.

Veo cómo Markus ladea una de sus sonrisas en cuanto la oye, y eso, no entiendo por qué, me hace acercarme dos pasos en su dirección. No es interés. Ni mucho menos celos. Es simplemente curiosidad. La misma que tuve antes con la profesión de la maratoniana. Solo quería saber qué iba a responder. O eso me repetía.

—Iría encantado, Mabel —le responde con una voz ronca que hace que ella se muerda el labio con deseo contenido—. Pero el trabajo me lo impide —añade desviando por unos segundos la atención hacia mí, encontrándose con mis ojos y sosteniendo el contacto con descaro.

Aparto la mirada instantáneamente y retrocedo dos pasos.

¿Por qué acababa de mirarme precisamente a mí?

Noto la mano de Iker en mi espalda, me giro y con una expresión dulce me pregunta si quiero irme.

—Sí, vámonos.

Salimos a la calle y un viento frío sacude mi cuerpo. Es poniente y el aire viene del mar, así que la sensación térmica es más de estar en invierno que de una noche de verano. Iker se quita la chaqueta y me la pone en los hombros al notar mi reacción, y yo no puedo evitar que su olor me haga suspirar.

—Ha estado genial —se despide Desiré—. Tenemos que repetirlo.

La observo con ganas de ahogarla. Espero que lo esté diciendo por compromiso. No pienso repetir esto, ni aunque me amenacen con la soga.

—Sí —expresa ilusionada Mabel.

Yo, en respuesta, sonrío enseñando demasiado los dientes.

—¿Charles, me acercas a casa? —pregunta Markus—. Vine andando para ahorrarme el martirio del aparcamiento.

—Tío, lo siento. Me quedo en casa de Desiré —responde envolviéndole la cintura en sus brazos.

—Tu amigo hoy tiene que pintarme el cuerpo entero con la lengua.

—¡Desiré! —regaña Charles avergonzado.

—Cariño, solo digo la verdad, aunque sea demasiado excitante, eso de pintar, y les ponga a todos los dientes largos.

¡Hija de su … madre!

—Pero, Markus, seguro que puedes irte con Iker. Él sí que se trajo el coche, no quería que le dolieran los pies a Blanca.

Iker suelta un bufido casi inaudible, y yo volteo los ojos poniéndolos en blanco.

No sé por qué me empeño en que siga siendo mi amiga.

Terminamos de despedirnos y nos quedamos solos los tres andando hacia el coche. Iker y yo vamos unos pasos por delante. Markus parece no querer adelantarnos. En cuanto ha oído la excelente idea de Desiré, la cara se le ha iluminado, pero luego, al quedarnos solos, su semblante se ha tornado más serio.

Cuando llegamos al coche, Iker me abre la puerta del copiloto, y yo me acomodo en el sillón, recibiendo con gusto el calor de su interior.

Markus abre la puerta de atrás y se sube refunfuñando.

—¿A mí no me la abres? —reclama mordaz.

—Tú puedes solito.

—¿Insinúas que la mujer fuerte, independiente e inteligente que tienes al lado no?

Me quedo callada por dos motivos. El primero, quiero saber qué le responde Iker para cerrarle la bocaza. El segundo, y aunque me cueste admitirlo, porque ha usado adjetivos tan magníficos para describirme que acabo de soltar un pequeñísimo suspiro.

Al llegar al apartamento, el ambiente se enrarece mucho más. Iker sigue caminando a mi lado y Markus continúa observándonos atento detrás. Cuando llego a la altura del apartamento que comparten, me paro. No quiero que ocurra lo del otro día.

—Gracias por la chaqueta. —Se la devuelvo utilizando un tono coqueto.

—Quédatela —susurra con una voz demasiado atrevida para ser él—. Así mañana tendré una excusa para verte.

Noto cómo la saliva se me espesa y me despido de él con un leve gesto. No creo que sea capaz de decir nada coherente después de eso. Le hago otro gesto a Markus antes de entrar a casa y parece que sus hombros se relajan.

DOS DÍAS



Blanca

Llegué a casa tan acelerada que no podía dormirme. Puse la tele, hice un poco de *zapping* y acabé viendo un documental muy oportuno sobre el apareamiento de los leones en la sabana africana, hasta que dos horas después, fui capaz de dejar de reproducir mentalmente la agitada noche y poner la mente en blanco.

Me remuevo en la cama maldiciendo llevar despierta un rato. Aún no he mirado la hora, pero por la luz que entra en la habitación deduzco que no son más de las ocho. Sigo siendo una excelente madrugadora. Me levanto y lo primero que hago es cepillarme los dientes. Ayer volví tan descolocada que ni siquiera me acordé de lavármelos. Luego me peino un poco la melena enredada y, en ese instante, la pantalla de mi móvil se ilumina. Es un mensaje de Iker.

¿Estás despierta?

Sí.

Contesto con rapidez.

¿Has desayunado?

Aún no.

Pues sal un momento.

Una tontuna sonrisa se me escapa de los labios. Aprovecho que estoy en el baño para retocarme un poco más antes de salir. Me miro el pijama compuesto por unos shorts de rayas finísimas rosas y blancas, con un top de tirantes a juego, y me doy por satisfecha con

lo que veo. Cuando abro la puerta, lo encuentro delante recibiéndome con una bandeja en sus manos.

—Buenos días, Blanca.

—Buenos días —digo enfocándome en sus ojos hasta descender a la bandeja, donde encuentro unos croissants, algo de pan y un plato con embutidos y fruta tan perfectamente cortadas y colocadas que parecen salidos de una revista. Al lado, una jarra de zumo de naranja y un vaso de Cola Cao junto a su humeante café.

—He pensado que podríamos desayunar juntos antes de mi reunión.

No soy capaz de pronunciar ni una sola palabra, pero estoy segura de que mi cuerpo lo dice todo.

—¿Te apetece que nos sentemos aquí? —añade señalando la pequeña mesa de hierro y las dos sillas que tengo en la entrada justo en el lado derecho de mi puerta.

Asiento con la cabeza, nos sentamos, y él me acerca el Cola Cao.

—¿Sigue siendo tu bebida favorita?

Vuelvo a asentir mientras inconscientemente me muerdo levemente el labio inferior.

—Todavía te acuerdas.

—Cómo olvidarlo —prosigue observándome fijamente—. Templado, con una cucharada de azúcar.

Le doy un pequeño sorbo, y volteo los ojos al cielo. Me encanta. Está justo como a mí me gusta. Atrapo una tostada y selecciono un poco de queso y jamón cocido, mientras él alza su taza de café sin quitarme la vista de encima.

—Lo he echado de menos.

—¿El qué?

—Desayunar contigo —suelta rompiendo su formalismo habitual.

Casi consigue que me atragante.

—De pequeños lo hacíamos mucho, ¿recuerdas?

—Cómo iba a olvidarlo —le respondo utilizando su misma frase, dejando entrever un millón de cosas sin llegar a decirlas.

Tuerce una sonrisa por unos breves segundos antes de continuar.

—Pues no estoy dispuesto a que volvamos a perderlo.

Y no hace falta que diga más porque yo ya sé que me acaba de hacer la jodida declaración con la que llevo más de diez años soñando. Lo sé por cómo está sentado, por la forma en la que su mentón se alza, por la cadencia de sus hombros y porque lo conozco desde que tenía cinco años.

Lo miro con el corazón en un puño mientras él desliza su mano lentamente por la mesa para rozar la mía. Tengo el pulso tan desbocado que creo que va a ser capaz de sentirlo tan solo con rozar las yemas de mis dedos.

Y entonces el sonido de una llamada nos interrumpe. Iker mira su móvil, tuerce el gesto y me dice que lo siente, pero que tiene que cogerlo. Y a mí me da exactamente igual porque acaba de dejarme claro lo que siente.

—Vale. Sí, voy para allá, que no se vaya, dame quince minutos.

Cuelga y su atención se vuelve a posar en mí.

—Lo siento, tengo que irme.

—No pasa nada —le respondo levantándome y cogiendo la bandeja. Hemos terminado de desayunar y lo menos que puedo hacer es fregar los platos, pero entonces él se acerca e intenta quitármela con suavidad de las manos.

—De esto me encargo yo —dice atrayendo hacia él la bandeja con tan mala suerte que no la suelto a tiempo y un poco del café que permanece todavía en la taza se desparrama por la bandeja, manchando su impoluta camisa blanca.

—Lo siento. —Me tapo la boca con la mano—. Soy una patosa de manual. Quítatela y te la limpio en un segundo —señalo nerviosa con los ojos muy abiertos.

—No pasa nada, Blanca.

—Sí que pasa —respondo avergonzada.

Su mano sube hacia mi barbilla y da dos pasos hacia mí, quedándonos muy pegados el uno al otro, tanto que creo que por fin va a suceder.

—Blanca, no es nada. Solo es una camisa —agrega con un tono mesurado, deteniendo su mirada en mi boca—. Además, así te puedo pedir que me acompañes esta tarde a comprar una nueva para la reunión de mañana.

—Vale —pronuncio en un susurro ahogado al sentir su mano aún en mi barbilla.

Otra vez su teléfono suena. Sopesa unos instantes si cogerlo, intentando ocultar una mueca de disgusto antes de acabar descolgándolo. Asiente varias veces con la cabeza y luego responde que está ya de camino. Cuando cuelga, vuelve a mí.

—¿A las seis?

—Ajam —respondo aún sin aire.

El resto de la mañana decido pasarlo en la piscina. Salgo de casa nada más que con la toalla y un simple neceser con dibujos marinos, que estoy segura de que le encantaría a Desiré. Dejo atrás el apartamento de Iker e inconscientemente giro la cabeza por si veo algo a través de la ventana. Sé que Iker ha salido, pero me extraña que Markus no nos haya interrumpido. Seguramente estará en la clínica, tal como dijo anoche.

Me tumbo con la cabeza debajo de la sombrilla y el resto del cuerpo al sol. Necesito serenarme un poco y normalmente tomar el sol me funciona. La calidez que los rayos del sol van esparciendo por mi cuerpo suelen relajarme.

No quiero pensar en qué pasará esta tarde. Ni en cómo acabaremos. Iker no es de los que te besan con fiereza en la puerta de tu casa, te piden pasar y te apoyan en la pared con rudeza mientras te levantan las piernas con descaro. Iker es de los que se toman su tiempo, te miman, te cuidan y van creando un vínculo mucho más emocional que algo físico. Es de los que besan diciendo

quiero esto, pero sé que hacerte esperar nos llevará a algo mucho mejor.

Me levanto acalorada, sintiendo que no es solo por el sol, y decido darme un baño en la piscina. Hay varios vecinos nadando y de nuevo mis ojos instintivamente se alzan hacia su apartamento. No entiendo qué busco. Después de unos largos, vuelvo a salir y decido ponerme a leer. Esther y María me regalaron esta novela por mi cumpleaños y estaba reservándola para comenzarla en un momento en el que pudiera disfrutar de ella como se merece, porque es de mi autora favorita. Echo un poco de menos a mis amigas. Aunque tengamos gustos distintos, solemos formar un buen equipo. He hablado con ellas varias veces por WhatsApp desde que estoy aquí. Les he contado por encima las barbaridades que han pasado con mi vecino, aunque me he callado la parte del sexo. Ni siquiera creo que se lo creyeran. Dirían algo así como: «¿Tú teniendo un calentón? Venga ya, Blanca, esto lo dices porque quieres que tus vacaciones sean mejores que las nuestras en la Costa Amalfitana».

A las tres decido subir para prepararme algo rápido de comer y comenzar a arreglarme. Iker me ha dicho que me recogerá a las seis a la salida de la urbanización, y que vendrá directo de la reunión. Esta vez sí veo luz en el interior. Fisgoneo un poco sin acercarme, pero las cortinas están demasiado corridas y no alcanzo a vislumbrar nada.

Me hago un sándwich con tomate, lechuga y pollo y, después, me meto en la ducha. Aprovecho para depilarme las piernas, porque nunca está de más, y sonrío al comprobar que lo de ahí abajo continúa sin selva. Lo cual me da mucha tranquilidad. Me pongo un conjunto interior mono y un vestido rojo ceñido de cintura para arriba y con un poco de vuelo en la falda.

En cuanto el reloj marca las seis menos cinco, salgo de casa. Desvío un poco la mirada recorriendo el pasillo, extrañada porque todo está demasiado en paz.

Qué tranquilidad. O quizá no tanta.

Salgo fuera cerrando la cancela comunitaria y a los dos minutos lo veo llegando en su coche. Lleva la ventanilla bajada, así que me ve mucho antes de parar. Sus ojos recorren mi rostro lentamente hasta descender hacia mi cuerpo con una delicadeza casi ceremonial, deteniéndose en cada detalle. Se baja, y como si fuera ya un ritual, me abre la puerta con galantería. Otra vez ese olor tan suyo me envuelve.

Suena una canción de un grupo independiente. Suelo escuchar música de ese estilo, pero esta canción en concreto no me gusta. Aunque esta vez no me pregunta y el álbum nos acompaña durante todo el trayecto. El centro comercial está en el mismo pueblo que estaba el hospital, así que digamos que no está cerca. Mientras tanto, me cuenta que está teniendo algunos problemas con el tema del hotel. Al parecer, el ayuntamiento le está poniendo algunas trabas y hay un grupo de ecologistas que también están intentando parar a toda costa el proyecto. Lo noto un poco agobiado, suele ser muy perfeccionista y riguroso, y ver que la operación se le puede derrumbar lo estresa. Lo percibo en la forma en la que sostiene el volante y en cómo sus ojos se concentran en el horizonte. Aun así, no deja de alzar sus pómulos como si no hubiera otro lugar en el que ahora mismo quisiera estar.

Al llegar, recorremos un par de tiendas, pero en ninguna encontramos una camisa blanca que se adecue al corte y al estilo de la suya. Entramos en la tercera, y ahí sí. Me pide que lo acompañe al probador y yo acepto encantada, caminando a su lado como si fuera su pareja, como si este momento fuera cotidiano. Siento unas burbujitas explotando en mi estómago.

Ojalá me pida entrar. Se quite la camisa y pueda inspeccionar con detalle cada músculo de su cuerpo.

Y si de paso, me acorrala entre el espejo y el finísimo bloque de madera que separa cada probador del siguiente, mejor.

Joder, Blanca, ¿qué te pasa?, estás descontrolada.

Me quedo fuera esperándolo y, por qué no decirlo, fantaseando en exceso. Pero mis películas mentales no se hacen realidad. Así que

intento controlarme hasta que descorre la cortina. Está guapísimo con esos pantalones azules y esa camisa que se adecúa perfectamente a las medidas de su cuerpo. Una leve sonrisa corona mis labios al verlo y él me devuelve una mirada elegante, como quien sabe que la verdadera seducción está en la paciencia, esa que ahora mismo no tengo.

—¿Te apetece que merendemos?

—Sí.

—¿Otro Cola Cao?

—Por supuesto

Una risa baja se le escapa.

Nos sentamos en una de las cafeterías que vemos primero. Su ambiente es moderno. Las paredes se revisten en su mitad inferior de madera, y en la superior de unos bonitos azulejos marrones. Del techo cuelgan como si cayeran en cascada unas plantas del color del trigo.

—Es bonito —digo.

—Más bonita eres tú —responde con una admiración serena. Sorprendiéndome por ese comentario tan poco común en él. Encendiendo mis mejillas al instante.

—Iker…

—¿Sí?

Lo intento. Continuar. Decirle algo más. Llegar a donde espero ir, pero no soy capaz.

El camarero trae nuestras bebidas y su tarta de chocolate.

—Veo que tú tampoco pierdes las buenas costumbres.

Sus ojos se encienden divertidos.

—Es para los dos. Prueba —señala, cogiendo un poco de tarta en su cuchara y acercándola a mi boca sin apartar el contacto visual de mí.

Ay, Vigencita, que me desmayo.

—¿Te gusta?

Asiento levemente.

—Cuando volvamos a Madrid, me encargaré entonces de que en la cesta de la compra no falte Cola Cao, ni tarta de chocolate.

—¿Eso es porque no quieres que salga de tu casa? —pregunto divertida.

—Creo que acabas de leerme el pensamiento.

Noto la garganta seca de repente. En ningún momento ha dejado de lado su formalidad, ni la elegancia ha abandonado sus palabras, pero, aun así, está siendo mucho más atrevido de lo que imaginaba.

Seguimos hablando de lo que me gusta y lo enlazamos con algunos recuerdos de nuestra infancia. Hablamos de mis padres, de los suyos y de cuando nos empeñamos en celebrar la Navidad en las dunas de Punta Paloma. Fue un caos, en cuanto pusimos la cena sobre la manta que habíamos desplegado para el picnic, una ola de arena lo envolvió todo. Por no hablar del frío que te calaba hasta los huesos.

Terminamos de merendar las bebidas y la tarta, y volvemos al coche. Durante todo el trayecto de vuelta no somos capaces de parar de hablar. El pasado se entremezcla con el presente y sigo convencida de que no podemos parecernos más. A los dos nos apasiona el orden, nos da tranquilidad, nunca se nos pegan las sábanas, preferimos estar en casa en el sofá antes que salir de fiesta y ansiamos una familia tradicional, casarnos, niños… somos como dos gotas de agua.

Son las diez de la noche cuando, tras varias vueltas, aparca no muy lejos del apartamento. Caminamos uno junto al otro, tan pegados que el olor de su champú vuelve a golpearme en los labios. Abrimos la cancela, y cuando estamos subiendo las escaleras, su mano agarra la mía. Su tacto es suave, firme, seguro. Ahogo un suspiro mientras recorremos el pasillo dejando atrás su apartamento en el que la luz se desborda hacia afuera, y en mi rellano me lo pregunta.

—¿Te apetece que cenemos juntos?

Lo dice despacio, con una precisión elegante, como si hubiera buscado las palabras adecuadas para que lo invitara a pasar juntos toda la eternidad.

—Sí —emito en un susurro.

Está en mi cocina, abriendo la nevera y sacando el vino, a la par que yo le acerco dos copas sobre las que vierte el líquido con una naturalidad tan elegante que me resulta terriblemente sexy. Luego, me sugiere que me siente para disfrutar de su sabor dulce y a la vez amargo, mientras él prepara la cena.

No lo contradigo. Hago lo que me pide y observo cómo va sacando los alimentos que escoge de la nevera y los coloca todos organizados con una precisión casi quirúrgica. Se pone un delantal que tengo de lunares rojos sobre un fondo blanco mientras me pregunta si me gusta la *parmigiana.* Le contesto que sí, y me paso la media hora restante repasando con la vista lo bien que le sienta la camisa de espaldas.

La cena está para chuparse los dedos. Lástima que yo no haga esas cosas. Lo de chuparme los dedos, digo, porque por un momento pienso que sabría mucho mejor.

Cuando terminamos, insiste en recoger los platos y, incluso en esa tarea sencilla, me parece tan galante que llego a pensar que es demasiado perfecto para ser real. Al acabar, se coloca junto a mí, apoyado en la barra, y su expresión se intensifica al fijarse en mí, sosteniendo ese gesto como si buscara mi consentimiento. No me aparto y, entonces, su atención desciende hacia mi boca, acercándose lentamente. Ya casi puedo imaginar el roce de sus labios. Está tan cerca que mis piernas empiezan a flaquear, y justo cuando creo que el mundo entero me pertenece, un irritante sonido me devuelve a la realidad.

Su móvil.

Otra maldita vez.

—¡Joder! —brama molesto—. Espero que sea de vida o muerte —añade al descolgar.

Lo próximo que oigo son tres ajam, seguidos de ahora mismo salgo directo hacia el aeropuerto.

—Blanca —dice volviendo a mi lado, muy serio—. Lo siento de nuevo, pero acaban de pedirle a mi jefe una reunión urgente en Madrid en la que se decidirá si construimos o no el dichoso hotel —arguye frotándose las sienes.

Estoy confusa, no sé ni siquiera qué responderle, así que me tomo un segundo antes de dejar salir mi voz.

—No pasa nada.

—Sí que pasa… —Deja en suspenso, mientras se acerca y pone sus manos en mi cintura—. Blanca, son solo dos días. Voy y vuelvo y… —carraspea hasta cambiar a una tonalidad tan masculina e íntima que me revuelve—. Y… entonces no habrá nada que me impida probar tus labios y que continuemos con esto.

Y lo dice así, como si no fuera lo que llevo toda la vida ansiando escuchar.

UNA BATALLA QUE NO SABÍA QUE HABÍA EMPEZADO



Llevo todo el día en la clínica. Entré a las siete de la mañana y son las nueve de la noche y sigo aquí. No soy capaz de decir cuántas pacientes he tenido, pero me han parecido más de mil. He comido un bocadillo de pavo con queso que me han acercado entre consulta y consulta, y ya noto cómo me ruge el estómago.

Cuando entro en casa me doy cuenta de que Iker no está, y eso me anima, después de todo el curro que he tenido, lo que menos me apetecía era compartir estancias con él. Solo llevamos unos días conviviendo y el ambiente es cada vez más insoportable.

Sé que, desde que me vio, le parecí una especie de hippie trasnochado que se viste la mayor parte del tiempo con playeras y bañadores, nada a la altura de sus camisas y pantalones de pinzas. Lo he pillado en alguna ocasión echando un vistazo desde la puerta al interior de mi habitación y un semblante de disgusto le ha atravesado cada jodida facción de su cara. No le debieron convencer los montones de ropa apilados encima de los distintos muebles.

Todo en mí le produce rechazo, y no lo culpo porque a mí me invade lo mismo al verlo. Nos detestamos. Y ya no es solo por nuestro pasado. Ahora la tensión ha subido varios decibelios por ella, Blanca.

No lo decimos, pero es un secreto a voces. Lo noté desde que la vio, porque ni siquiera fue capaz de disimular toda esa contención de la que estoy seguro de que presume. La miraba como si acabara de encontrar una pieza de colección de incalculable valor. Con necesidad.

Al principio no advirtió competencia en mí, y lo entiendo, ni siquiera yo pensé que estaba jugando en esa liga. Pero después, mis comentarios se hicieron más palpables, y mi doble sentido me engulló, al igual que ella.

Me molestó que tuvieran una cita. Luego me molestó mucho más que quedaran con Charles y Desiré. Que, por cierto, debo reconocer que ella me cae increíblemente bien; me parece que es perfecta para él. Pienso que son dos polos tan opuestos que consiguen equilibrarse como una balanza. Él aporta la calma y ella la elocuencia. Verlos cenando, riéndose y compartiendo esa complicidad me irritó; pero volver en el coche con ellos terminó por desatarme. Creo que hasta deseé ser yo el que fuera en el asiento de delante con ella, y que Iker estuviera mordiendo el polvo en el puñetero asiento trasero. Todo es tan confuso… tan surrealista… Que ahora no sé en qué punto estoy.

¿Tengo celos?

¿Me gusta?

¿Tanto como para tirar por tierra mis principios?

¿Para convertirme en un jodido idiota que cree en el amor?

¡Joder esa maldita palabra! ¡Esa que borré de mi vocabulario desde que tenía uso de razón!

Me preparo algo rápido para no coincidir en la cocina, por si le da por llegar a don señor remilgado. Lo engullo y me voy directo a la ducha. El agua va descendiendo por mi cuerpo tan rápido como mis fustigantes pensamientos, a los que no soy capaz de mantener a raya. Me envuelvo una toalla sobre la cintura con la intención de entrar corriendo en mi cuarto, pero entonces, oigo unas voces fuera que me descolocan. Son ellos. Doy algunos pasos más hasta el

interior de mi habitación, y cuando ya estoy casi a ras de mi cama, algo me hace retroceder y dirigirme a la puñetera ventana. Me coloco de manera que sea invisible verme desde fuera, pegando el oído tanto que me arrepiento al instante. Lo que acabo de oír me ha dejado completamente KO. Mi hermano acaba de ganarme en una batalla que hasta ahora ni siquiera sabía que había emprendido.

Y lo peor es que se lo ha preguntado con una diplomacia tan ladina que, incluso, ha conseguido que sonara poético.

Cuando le dice que sí, arrastro los pies de vuelta a mi habitación, sintiendo cómo el estómago se me cierra. Por unos segundos incluso se me ha olvidado respirar. Me tumbo en la cama pensando que quizás debí haber mostrado algo más. Porque, aunque me pese, sé que, en su momento, tuve alguna minúscula posibilidad. Al fin y al cabo, pasamos una noche juntos. Y estoy seguro de que no hace eso con cualquiera.

Joder.

Lo cierto es que tengo un cabreo de cojones, aunque no quiera admitirlo.

Una hora después, continúo recordando su respiración sobre mi cuerpo y el color de sus labios rojos por la intensidad en la que nos besamos. Y entonces, oigo la puerta abrirse y un enorme suspiro de satisfacción se me escapa de los pulmones.

Definitivamente, mañana tendré otra oportunidad para seguir haciendo el idiota.

LA ABUELA CELESTINA



Blanca

Cuando lo vi salir por mi puerta, el corazón aún me latía frenético. Se fue sin darme un beso, pero dejó una promesa que se me expandió por dentro.

¿Hubiera deseado que se arrancara toda esa templanza y sus impulsos tomaran el control?

Sí, creo que la respuesta es sí. Pero entonces, quizás hubiera sido menos él. Y lo que yo amaba precisamente en él era eso.

O quizás, ¿no?

Me hago una infusión dos horas después, mientras Iker me escribe de camino al aeropuerto. Ha parado para repostar y dice que no ha podido evitar escribirme al ver en la gasolinera un estand de Cola Cao. Su excusa me parece tan bonita que instintivamente me saca una sonrisa. Luego, pongo la tele porque sé que no puedo dormir así, en esta espiral de dopamina. Y tras dilapidar mi tiempo, en algún momento entre la noche y el amanecer, mis ojos se cierran y sueño con cosas difusas como una caricia, una mano que me alza, una cena.

Desiré me escribe a mediodía diciéndome que su abuela tuvo un percance hace unos días y que no se encuentra demasiado bien. Que, si no me importa que, en lugar de quedar solo las dos, nos la llevemos a merendar a la cafetería de la Alameda. Le contesto que sí, que a las seis llegaré a casa de sus padres.

A menos cinco estoy tocando el timbre y, cuando la puerta se abre, lo que veo me impresiona tanto y me da tanta pena que, por un instante, soy incapaz de reaccionar. Me recompongo como puedo,

me agacho y abrazo con toda mi fuerza a la señora Herminia. La conozco desde niña y verla así me rompe el corazón. No pensé que lo que le había ocurrido fuera para tanto cuando mi amiga me escribió.

Va en silla de ruedas.

—¡Pero, niña, cuánto *empalagoseo*! Suéltame que me vas a romper la clavícula con tanto abrazo.

—Ay, Herminia, no sabes lo que me alegra verte —digo, intentando que no se me escape ninguna lagrimilla tonta.

Mi amiga me mira con la ceja levantada antes de preguntarme:

—¿Qué te pasa? ¿Estás con la regla?

La miro ceñuda porque odio ese comentario tan fuera de lugar. La gente siempre lo dice como si ser sentimental estuviera unido de alguna manera extraña al maldito periodo.

—Venga, vamos, que es para hoy —azuza Herminia.

Desiré va arrastrando la silla de ruedas mientras su abuela se queja de lo mal que lo hace.

—¡Que me vas a matar! ¿Estás ciega, niña? ¡Que te acabas de comer tres bordillos!

—Abuela, que no es fácil.

—Tú lo que buscas es mi herencia.

—Pero ¡qué dices! Si lo que tienes no me da ni para comprar tres ruedas de un coche.

—Y ni pienses que va a mejorar —agrega—. Me lo pienso gastar todo en lo mismo que esta —sentencia Herminia señalándome.

—¿En un piso? —pregunto, inocente de mí.

—¿Un piso? —arruga la frente, los labios y hasta los ojos, tanto que parece un acordeón—. En pinchazos y cirugía.

La cara se me enciende tanto que temo que me confundan con un semáforo.

Virgen Santa, esta señora es el diablo.

Si no fuera por su circunstancia…

—Apártate, y que me lleve la de los buenos cántaros. Por cierto, las prótesis están muy bien conseguidas, cuando me has dado el abrazo, ni las he notado. Unas de esas quiero yo.

Mis pómulos parecen una maldita fogata mientras arrastro la silla hasta el bar. Al llegar, pedimos la merienda y Herminia comienza a acribillar a Desiré con preguntas sobre cómo consiguió cazar a semejante semental, con esa expresión se refiere a Charles. Por lo visto, cuando se lo presentó, se quedó tan impresionada que ahora cree que tiene poderes de brujería. Está convencida de que se lo consiguió ella con su regalo de cumpleaños, por si no lo recordáis, fue lo del chorizo cantimpalo con la frase ingeniosa.

Lo único que no se apropia es la persistencia de la relación. Es decir, que aún no hayan roto, porque una cosa era conseguírselo y otra bien distinta, que no saliera corriendo al día siguiente.

Desiré está respondiendo con bastante gracia a cada una de las barbaridades que le suelta su abuela, cuando recibe una llamada que atiende sentada donde estamos, mientras Herminia pone la oreja con interés. Sobre todo, cuando oye que es Charles.

—¡Lo siento! Se me ha olvidado dejártelas —lloriquea Desiré.

—¿Lo qué, niña? ¿Las bragas?

—Pero ¡cómo van a ser las bragas, abuela! ¡Por Dios!

—A los jóvenes de hoy en día os gustan esas cosas —dice sacando morros.

Si no la conociera, diría que está senil, pero lleva siendo así desde que la conozco. Bueno, lo cierto es que ahora está mucho peor.

—Estamos merendando donde me gusta —continúa mi amiga diciéndole a Charles.

—Vale, ahora nos vemos —cuelga.

Vuelve a prestarnos atención, bebe un poco de café, se recoge el pelo en un moño y nos aclara que Charles va a pasar a recoger las llaves porque va a montarle una estantería nueva que ha comprado en Ikea.

Diez minutos después, la silueta de Charles aparece en la plazoleta, pero no viene solo, viene con él.

—Buenas tardes, señora Herminia —saluda amoroso Charles.

—¡Qué alegría ver a mi nieto preferido!

—¡Abuela! —grita Desiré.

—No seas celosa, niña. Ven, dame un beso —dice poniendo la mejilla hasta que Charles se inclina—. ¿Y este quién es? —pregunta con los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir.

—Es Markus, mi amigo.

—¡Dios bendito, todopoderoso y misericordioso, que concedes todos mis deseos! —exclama mirando al cielo—. Gracias. Gracias.

No puedo dejar de mirarla. Estoy tentada a preguntarle qué es lo que le ha concedido el señor, pero algo me dice que la respuesta puede ser demasiado impactante para mí y prefiero dejarlo estar.

—Dame dos besos, Markus.

Markus tuerce una sonrisa divertida y se agacha zalamero plantándole dos besos sonoros que le iluminan el semblante, y no puedo decir que me extrañe. Está guapo. Mucho. Hoy parece que lo ha vestido alguien que no está ciego. Lleva una camiseta negra básica y unos jeans. Luciendo un aspecto desenfadado y a la vez rebelde.

—Toma. —Le da Desiré las llaves a Charles.

—¿Cómo? No pensaréis abandonar a esta pobre anciana que necesita compañía, ¿no?

—Abuela, que nosotras nos quedamos.

—¡Calla, niña! Que no es lo mismo.

—Que van a montarme la estantería.

—Eso no caduca. Mañana o pasado lo hacen, ¿verdad, Charles?

Es bastante avispada esta señora, ha ido al punto más débil, Charles. Este le sonríe y mira a Markus.

—¿Te importa?

—No, claro que no —agrega Markus—. Estoy encantadísimo de pasar la tarde con la abuela más guapa de la historia.

Temo que de algún momento a otro la dentadura se le escurra de la boca con tanta sonrisa. Será sibilino el jodido, si ya la tenía comiendo de la palma de su mano, con esto seguro que aparece en el testamento de la señora Herminia.

—Niña, apártate, echa la silla a un lado y deja a Markus a mi vera.

Markus me dirige una mirada maliciosa, mientras sus labios se ensanchan satisfechos, cogiendo una silla desocupada de dos mesas más allá y colocándose entre Herminia y yo.

—¿Tú también sales del norte? —le pregunta a Markus.

—Sí, del mismo sitio que Charles.

—Si yo hubiera sabido eso antes… no estaría viviendo aquí —rebufa—. Hubiera emigrado en cuanto gané la primera peseta.

Markus no puede evitar la sonrisa al escucharla. Y yo no puedo evitar percibir que su brazo está rozando el mío. Su silla está tan pegada a la mía que temo que lo próximo que notaré será su mano, y no entiendo por qué eso me está poniendo nerviosa. Intento mantenerme atenta a la conversación que están teniendo, pero algo parece impedírmelo y no sé el qué. De fondo oigo a Herminia encandilada preguntándole cosas a un Markus que no reconozco. Es simpático, atento, e incluso diría que se dirige a ella con cierto cariño.

Por un segundo, me sorprendo mirándolo. Él se da cuenta y sus ojos se achinan y se iluminan de tal forma que el azul parece intensificarse hasta resultar escandaloso. Aparto la mirada al

instante, aunque antes de hacerlo, percibo por el rabillo del ojo su ladeada sonrisa.

Media hora más tarde, mi amiga interrumpe la tertulia de su abuela con Markus.

—Nos tenemos que ir ya, abuela.

—¿Y eso por qué? —pregunta molesta.

—Charles y yo hemos quedado con mis compañeros del trabajo para cenar.

—¿Y eso por qué me incumbe a mí?

—Abuela, tendré que llevarte a casa.

—Si es por eso, no te preocupes, seguro que Blanca puede acercarme, ¿verdad, cielo? —dice usando una vocecilla tan dulce que no parece la misma persona.

La miro y no puedo evitar sentir cierta lástima. No debe ser fácil acostumbrarse a esa nueva situación de no poder ir donde quieres sin necesitar la ayuda de alguien que te lleve en la silla. Es imposible que ella sola tenga la fuerza suficiente como para poder arrastrarla.

—Claro, yo la acerco. No hay problema.

—Magnífico —celebra entusiasmada—. Ya podéis iros los dos, yo me quedo aquí con Markus y ella.

—¿Quiere otra infusión, señora Herminia? —ofrece afectuoso Markus.

—Cómo sabes ganarme, bendito —le contesta desbordando frenesí.

Esta anciana debe de estar viviendo el mejor día de su vida.

Mi amiga se levanta. Me dedica una mueca divertida. Me da las gracias y se marcha de la mano de Charles. Yo me quedo allí con los dos, calladita, oyendo las frases repletas de interés que la señora Herminia le lanza a Markus y las respuestas ingeniosas y cariñosas con las que él la halaga. Una hora después, Herminia da por finalizada la merienda.

—Blanca, llévame tú, que quiero seguir disfrutando de este buen mozo por el camino.

Markus esconde como puede su endiablada sonrisa mientras observa sibilinamente cómo acato sin rechistar y tiro de ella.

—¿Y tú no tienes novia? —pregunta de repente Herminia.

—No, señora.

—Muy bien, muchacho, que hay mucha lagarta suelta.

Ahí no puedo evitarlo y me entrometo por primera vez en la conversación.

—Señora Herminia, eso no era lo que le dijo usted a su nieta el otro día. Le dijo que a su edad usted ya estaba hasta casada, que buscara a alguien —expreso mucho más finamente que el comentario que soltó a su nieta.

—Ves. Lo que te decía. Ándate con ojo, que eres tan buen partido que hasta esta quiere echarte el lazo.

—Pero ¡qué está diciendo, señora! ¡Yo no quiero echarle ningún lazo! —alzo la voz más de la cuenta, notando cómo mis mejillas se enrojecen.

—Ay, que te pillé con las manos en la masa. —Ríe—. Dice que no y mira cómo se ha puesto.

Markus me mira con una expresión divertida mientras yo me quiero desintegrar allí mismo. Estoy esperando que me lance, de un momento a otro, alguno de sus comentarios maliciosos que me dejen a la altura del betún.

Prepárate, Blanca, que vas a tener que sacar toda la artillería.

—No diga eso, señora Herminia. Blanca es incluso mejor partido que yo. Cualquier hombre desearía que se fijara en él.

¿Hola? ¿Qué ha sido eso?

¿Llevaría droga lo que he tomado?

Me descubro tragando saliva con dificultad, con mis manos temblando ligeramente mientras continúo conduciéndola a través de

la Alameda de camino a su casa. Soy incapaz de mirarlo, aunque sé que él está observándome con tanta intensidad que, solo con pensar en levantar la vista, el corazón se me acelera.

Todo el embobamiento que siento desaparece de un plumazo en el siguiente instante. Cuando dos calles antes de llegar a la casa de la señora Herminia, la susodicha se levanta de la silla de ruedas diciéndome que voy demasiado lenta y que no llega a la telenovela de la noche, quitándomela de un manotazo y arrastrándola ella.

Mi cara es un poema.

¡Maldita vieja, que no estaba coja ni impedida!

Miro a Markus confundida y este se ríe a carcajadas.

—Pero si no podía andar —lloriqueo—. Desiré me dijo que llevaba unos días mala.

—¿Y tú pensaste que se había quedado paralítica?

Ríe de nuevo con demasiada intensidad mientras lo miro cruzada de brazos, molesta.

—Yo solo sé que Charles, viniendo para acá, me dijo que estaba regularcilla porque le había subido el colesterol muchísimo. Y luego —hace una pausa— dijo que Desiré le había contado que llevaba una semana atiborrándose de chorizo cantimpalo, por algo de un regalo que le hizo a Desiré en su cumpleaños y que funcionó.

Y justo en ese instante lo entiendo todo.

LA HERIDA INVISIBLE



Blanca

Después de que la señora Herminia nos dejara, volvimos a casa juntos. Ninguno de los dos había traído el coche, así que teníamos que recorrer a pie el mismo camino, y hacerlo acompañados el uno del otro nos salió de manera natural.

Durante el trayecto fuimos conversando como si fuéramos amigos, como si nos lleváramos bien. Demasiado bien, incluso. Quizás fuera por la forma en la que le había hablado a la señora Herminia sobre mí, o por la manera en la que me había mirado al hacerlo, pero algo parecía haber cambiado.

Lo cierto es que me contó que conoció a Charles de pequeño, que no se parecían en nada, pero que aun así se hicieron inseparables. Yo le confesé que me había pasado lo mismo con Desiré. También hablamos de cine, de libros y di gracias a Dios que no salió el tema de la pintura.

Cuando llegamos a casa y nos despedimos, una sensación desconocida me atravesó el pecho. Cerré la puerta pensando que quizás podría haberlo invitado a tomar unas cervezas en la terraza común, al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer. Y como prueba diré que pasé el resto de la noche tendida en el sofá viendo la tele con una tarrina de helado gigante.

A la mañana siguiente me despertaron los mensajes de Iker dándome los buenos días, y contándome que no paraba de ir de reunión en reunión intentando solucionar lo del hotel, pero que ni siquiera eso era tan importante como para hacer que olvidara las inmensas ganas que tenía de besarme. Al leerlo, una risa tonta se

extendió por mi cara, *«Yo también tengo ganas»* le respondí, aunque esta vez no me temblaban las piernas, ni me imaginé de camino al altar. Supongo que la Blanca cabal estaba intentando tomar las riendas, porque como siguiera con ese subidón de endorfinas constante, iba a terminar explotando. El intercambio de mensajes continuó hasta bien entradas las doce cuando comenzó su reunión. A esa hora terminé de limpiar la cocina y el baño; y decidí bajarme a la playa. No me bañé en todo el día, a pesar del calor que hacía, porque había unas olas enormes. Lo intenté varias veces, pero el miedo me pudo. Así que bajé a la orilla solamente a echarme agua como una señora de ochenta años, mientras unos niños me señalaban y me gritaban que me metiera, que estaba muy buena.

Sí, muy buena para morir.

La bandera roja estaba ahí por algo, y si te quedaban dudas, el silbato del socorrista te las despejaba. Debí perder la noción del tiempo enfrascada en la lectura bajo los rayos del sol porque cuando miré el reloj eran más de las nueve de la noche. Pensé que, por primera vez, después de tantos días, había conseguido la increíble hazaña de desconectar y estar cien por cien de vacaciones. Cuando llegué a casa, me metí directa en la ducha, me puse un pijama de dos piezas de color negro que dejaba mis piernas al aire y, cuando estaba ya en la cocina pensando en lo que me iba a hacer de cenar, oí una voz bastante alterada.

—Pero ¡¿cómo voy a tranquilizarme?!

Un silencio tenso se propagó durante unos segundos.

—¿Cómo está? ¿Cuándo ha sido exactamente?

De nuevo unos instantes mudos.

—¡Ahora mismo voy al aeropuerto! —Lo oigo gritar desencajado.

Llevo unos minutos detrás de la cortina. Es Markus y parece estar desquiciado. Va de un lado a otro dando zancadas mientras continúa vociferándole cosas que no entiendo a la persona que está al otro lado de la línea de teléfono. Nunca lo había visto así. No soy capaz

de saber qué es exactamente lo que pasa, pero debe ser bastante grave.

—¡¿Pretendes que no vaya?! —grita ofendido, irritado, mosqueado—. Si lo que pretendes es eso, es que estás loca. ¡Es mi madre! ¡Joder!

Toma aire, mientras dos densas lágrimas se le acumulan en los ojos y comienzan a descenderle poco a poco por las mejillas, luego guarda silencio unos segundos, escuchando atentamente lo que le dice la voz de la mujer que sigue en línea.

—Me estás matando. Lo sabes, ¿no? —Se echa las manos a la cabeza, enredándose el pelo entre sus dedos, tirando de él con desesperación—. No dejes de informarme de cómo está. ¡Me oyes!

No alcanzo a oír la respuesta por más que lo intento. Ni tampoco consigo oír ni una sola palabra de la mujer con la que está teniendo la conversación. Cuando cuelga, varias lágrimas más comienzan a descenderle por las mejillas, mientras le da un puñetazo a la barandilla con tanta fuerza que estoy segura de que se habrá echado abajo todos los nudillos.

Lo corroboro en cuanto se da la vuelta, los tiene llenos de sangre.

Debato conmigo misma si salir o no. Una parte de mí quiere ayudarlo, consolarlo, pero la otra me dice que quizás no sea buena idea y necesite estar solo. Arrugo la nariz contrariada, sopesando qué será lo correcto, y segundos después termino bajando el pomo de la puerta.

Cuando me ve, no intenta disimular las lágrimas, ni la rabia. Está plantado delante de mí, con los nudillos ensangrentados y una expresión tan abatida que no puedo evitar caminar hacia él y darle un abrazo. No sé si es por inercia o por impotencia, pero sus brazos se despliegan también a lo largo de mi cintura, mientras su cara se entierra en mi hombro. Y yo lo aprieto con más fuerza, como si me fuera la vida en ello. Como si en mis brazos pudiera encontrar la cura de todo lo malo que le está sucediendo.

Pasan dos minutos. Tres. Cinco. Y él continúa con su nariz rozando mi cuello, mientras yo le susurro que todo estará bien.

—No lo estará —ahoga en un murmullo, alzándose.

—Todo en esta vida tiene solución —le digo.

Se mira los zapatos y niega con la cabeza varias veces desesperado. Vuelvo a acercarme y le cojo la mano. Él no la aparta. Percibo su tacto cálido envolviendo la palma de mi mano, y yo solo espero que el mío logre reconfortarle.

Realmente no sé qué decirle. Quizás tenga razón y lo que le pasa no tenga solución. Quizás esté intentando aliviarlo usando la frase inadecuada. Necesito saber qué lo ha puesto así. Qué es tan grave como para que su mano tiemble de esta forma.

—Estás sangrando, Markus —murmullo con un tono suave, tierno —. Déjame que te cure eso —le digo posando mis ojos en sus nudillos.

Él baja su vista hacia ellos como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que están así, luego niega varias veces con la cabeza antes de contestarme.

—No hace falta.

—Sí que hace —protesto, aunque siguiendo con el mismo tono suave de antes—. Ven, será solo un momento —le digo tirando de él hacia mi casa.

Me sigue. Entramos y dejamos atrás el pasillo cuando lo guío hasta el baño. Ya ahí le hago tomar asiento sobre el inodoro y me pongo a rebuscar en los cajones hasta encontrar agua oxigenada y unas gasas. Tras lo que pongo su mano bajo el agua del grifo que cae con contundencia mientras él aguarda en silencio. Luego desinfecto la herida. Debe escocerle bastante, pero aun así no se queja. Cuando estoy ya terminando, alza la vista, encontrándose con mi mirada, sosteniéndomela durante varios segundos mientras me susurra un gracias que me hace sentir bien. Muy bien.

Salimos del baño y su irritación se ha transformado en una tristeza horrible que se concentra en sus bonitos ojos azules.

Entonces, Markus no se para. Sigue andando hacia la puerta y yo tengo un nudo enorme en el estómago que me grita que no puedo dejarlo ir así.

—Espera. No te vayas.

Se vuelve lentamente, quedándose quieto durante unos instantes que se me hacen interminables, llevándose la mano a su frente, frotándosela desesperado, antes de contestarme.

—Blanca, ahora mismo soy la peor compañía que puedes tener.

—No te vayas —sostengo segura—. Ven, siéntate —insisto señalando las banquetas de la cocina—. Voy a hacerte una tila.

Titubea unos instantes, pero luego arrastra los pies hasta allí tomando asiento.

Cojo el cacillo, vierto el agua y la pongo a hervir mientras busco los sobrecitos de las infusiones. No recuerdo bien dónde estaban, así que abro tres cajones antes de encontrarlos. Cuando ya la tengo lista, le tiendo la taza y me siento a su lado.

—A veces contarlo te puede hacer sentir mejor —digo muy bajito.

—Es largo —añade con la vista perdida.

—Tengo toda la noche —le respondo con un semblante afectuoso.

—Está bien —sisea no del todo convencido—. Era mi tía, me acaba de decir que mi madre se ha intentado suicidar esta tarde.

Abro mis ojos de par en par.

¡Joder! No me esperaba esto.

Tomo aire muy preocupada antes de responderle.

—¿Está bien?

—Sí. Al parecer, ella misma ha llamado a emergencias. Se había tomado dos frascos de pastillas.

—¿Está en el hospital?

—Sí.

—¿Y tú quieres ir? —pregunto intentando tener mucho tacto.

—Sí, ¡joder! —exclama apretando sus puños, superado.

—Y… —tanteo.

—Y no puedo porque mi madre le ha hecho jurar a mi tía que no me diría nada. Ella no le ha hecho caso y me ha llamado, pero me ha implorado que no vaya. No por ella, sino por mi madre. Dice que la destrozaría.

Agacha la cabeza abatido y yo no puedo evitar poner mi mano sobre su espalda y acariciársela con delicadeza. Nunca lo he visto así y me quema por dentro.

—Saldrá de esta, ya verás.

—Lleva toda la vida así —revela—. Si no es esta vez, será en la próxima. —Le oigo decir mientras se me eriza la piel.

—¿Lo ha intentado antes? —pregunto sin poder esconder mi asombro.

—Dos veces más. Pero ya llevaba tiempo sin hacerlo, por eso decidí venir. Estaba mucho mejor —confiesa hundido, como si se creyera responsable.

—¿Sabes que tú no tienes la culpa? ¿No? —le digo tras ver ese atisbo de flagelamiento en sus ojos.

—La tengo, Blanca —masculla, revolviéndose incómodo en la silla.

—Ven. Estaremos mejor en el sofá.

Alza la vista de nuevo y yo le dedico una sonrisa tierna, mientras entrelazo mis dedos con los suyos y hago que me siga hasta el sofá, donde me acomodo a su lado sin soltar su mano. El silencio hace eco durante unos segundos hasta que él exhala una bocanada de aire enorme y comienza a hablar.

—Mi madre lleva toda la vida así. O, al menos, toda la vida que yo recuerdo. Antes de que yo naciera era una persona diferente, alegre, divertida, soñadora, cambió unos días después de conocerme. Fui un bebé de los que no paran de llorar día y noche, y

eso provocó que cayera inmersa en una depresión postparto. Y se hubiera recuperado, de eso estoy seguro, si no hubiera sido porque la persona a la que más quería y en la que más confiaba la abandonó un mes después de que yo naciera sin ni siquiera decir por qué.

Al oírlo, un escalofrío me recorre el cuerpo solo de pensar que la persona que pudiera elegir para ser el padre de mi hijo me abandonara sin ninguna explicación, con un problema enorme y un bebé. Me haría sentir desamparada.

—A los pocos días lo supo, tenía una doble vida en España, su lugar de origen. Y la elegida no había sido ella. Después de tres años de relación, la verdad la enterró. Ahí lo intentó por primera vez —revela sin poder evitar que la voz le tiemble.

Yo aprieto mis dedos que siguen engarzados con los suyos, sin poder describir las ganas tan inmensas que tengo de volverlo a abrazar, pero me controlo porque creo que soltarlo todo lo ayudará, y no quiero interrumpirlo.

—Llevo toda la vida cuidando de ella, sacándola de esos ataques de melancolía y depresión. Y pensaba que ya lo había superado, ¡joder! Ella me dijo que estaba mejor que nunca, que todo había quedado atrás, y que yo debía intentar hacer lo mismo.

Lo miro esperando que continúe. Él cierra los párpados e intenta contener la frustración.

—Todo esto es por culpa de él. Y de mí. ¡Maldita sea!

—Markus, mírame —digo agarrándole el mentón y haciendo que mis ojos encuentren los suyos—. No sé qué has venido a hacer aquí. Ni por qué crees que tienes la culpa. Pero te conozco, y aunque seas un poco molesto… —Esbozo una enorme sonrisa—. Sé que eres una buena persona, nada de lo que haya pasado puede ser por ti.

Markus me dedica un leve gesto de aprobación, casi imperceptible, antes de continuar.

—Vine aquí por mi padre. Llevo toda la vida odiándolo, a él y a la familia que eligió dejándonos atrás. Hace unos cinco años se puso

en contacto conmigo y me negué rotundamente a hablarle, pero al año siguiente volvió a intentarlo. De nuevo lo rechacé. Y ha seguido buscando la manera. El año pasado me escribió una carta que consiguió hacerme dudar. Sembró sin ni siquiera darme cuenta la semilla de la vacilación, y hace unos meses, Charles me dijo que iba a intentar hacer cumplir su sueño. Una escuela de kitesurf. Llevaba con esa idea desde que tenía seis años. Cuando me dijo el nombre del pueblo en el que iba a montar su escuela, el corazón se me paró en seco. De mis labios nunca había salido esa palabra. Nunca. Le tenía tanto odio que no había sido capaz. Tarifa. El lugar en el que mi padre había nacido y en el mismo en el que había mantenido una doble relación a escondidas, y al que había decidido volver. Sin nosotros. Sin mí. Nunca entendí qué de malo teníamos nosotros y qué de bueno ellos. Crecí odiándolo tanto por lo que le había hecho a mi madre, que supongo que creí que venir aquí e intentar dejar el resentimiento a un lado podía en cierta parte ayudarme. Y lo de Charles me pareció al principio una broma perversa del universo, y luego una señal del destino.

Sigo a su lado, procesando todo lo que acaba de contarme. Miles de emociones se me agolpan en el pecho. Siento lástima por ese niño que tuvo que cargar a sus espaldas con una madre que se hundió, que no supo afrontar la dureza con la que la vida le había golpeado. Siento dolor por la comparación tan horrible con la que se midió durante toda su infancia y el rechazo rotundo con el que tuvo que vivir. Y también siento admiración por cómo, a pesar de todo, consiguió cuidar de ella y ser capaz de labrarse, por el camino, una personalidad alegre, generosa y con una enorme chispa.

—Si no hubiera venido…

—Si no hubieras venido, ella no habría dejado de intentarlo. No es culpa tuya, Markus —aseguro completando su frase—. Llevas toda la vida peleando sus batallas, y por una vez, debías enfrentar la tuya.

Cuando termino de decirlo, su mirada se torna diferente. Se queda unos segundos paralizado, como si estuviera procesando lo

que acabo de decirle. Como si estuviera sopesando si tiene algún sentido que alguien acabara de revelarle algo en lo que nunca hubiera caído por sí solo. A los segundos, su atención se concentra en mí de una manera tan sobrecogedora que incluso respiro con dificultad.

Ahora mismo, no deseo otra cosa que abrazarlo. Decirle que, si necesita a alguien para aliviar el peso que lleva, aquí me tiene.

—Gracias, Blanca —añade en un susurro ronco—. No sabes cuánto me ha servido contarle esto a alguien por primera vez.

Mis ojos se empañan un poco. Él no se mueve. Solo me mira. Y entonces, dejo de controlarlo todo. Olvido a la Blanca metódica, a la Blanca comedida y a la que lo odia.

¿O lo odiaba?

Porque hace bastante que ya no consigo hacerlo.

Y lo abrazo, primero suavemente y luego tan fuerte que mis costillas parecen que se han adherido a su cuerpo.

ENTRE MIS BRAZOS



No entiendo cómo he acabado en su sofá contándole todas mis malditas miserias. Jamás había conseguido materializar con palabras todo el odio que sentía. Ni siquiera con Charles. Él sabe mi historia, pero no de esta manera.

No contada desde mis putas tripas.

Tampoco consigo dejar de pensar en mi madre, en cómo dormirá hoy, en si mañana volverá a intentarlo y en cómo sabré, a partir de ahora, cuándo miente y cuándo dice la verdad. Esta vez me ha pillado completamente por sorpresa. Ha sabido disimular muy bien que no se encontraba feliz, e incluso que le había parecido muy buena idea que yo dejara atrás toda esa rabia con la que convivía. Me dijo: «Markus, desde el rencor no se puede construir nada. Mírame, esto no es lo que deseo para ti. Tienes la obligación de ser mejor que yo, de vivir una vida plena. Hazlo por mí».

Y yo le hice caso, ¡joder! La cagué.

¡Maldita sea!

Juro que no quiero otra cosa ahora mismo que no sea montarme en un jodido avión con destino a Noruega. Pero sé que lo que mi tía me ha dicho es lo mejor. Si mi madre me ve aparecer, no va a perdonárselo en la vida. Y si cree que el daño me lo está haciendo a mí en lugar de a ella misma, estoy convencido de que la próxima vez que lo intente lo conseguirá. No fallará.

Tengo unas ganas locas de golpearlo todo y, al mismo tiempo, de llorar. Es desquiciante. Me siento tan jodidamente perdido en estos momentos que temo que no consiga salir a flote. Me froto la frente,

a la vez que aprieto mi puño izquierdo, solo ese porque mi otra mano está entrelazada con sus dedos, y no quiero soltarla. La calidez de su mano sobre la palma de la mía hace que me sienta un poco mejor. Un poco menos solo. Aunque yo siempre haya preferido estar solo y haya vivido creyendo que no necesitaba a nadie. Nunca lo he hecho.

Cuando he terminado de contarle mi historia, ha hecho algo insólito viniendo de ella, me ha abrazado por segunda vez esta noche. Pero no de la misma forma que antes. Ahora hay algo más.

Algo que va más allá de intentar consolarme. Lo sé por cómo su cuerpo se ha pegado al mío, por cómo noto el pulso acelerado en su cuello, rápido y agitado. No quiero que se aparte, quiero retenerla justo aquí, entre mis brazos.

Su olor hace el resto. Me sorprendo tocándole el pelo, rozando su mejilla con una caricia suave. Oigo un suspiro casi insonoro que se le escapa, un sonido mínimo que me invita a acercarme más. Me inclino hacia ella sin prisas, estirando los segundos tanto que noto cómo la ansiedad me abrasa el pecho. Creo que también el de ella.

Porque no se aparta. Espero un instante, dándole la oportunidad de hacerlo. No lo hace. Y, por alguna razón, sé que tampoco quiere hacerlo.

Sus labios me reciben con dulzura. No es un beso normal. No es pasional, ni atrevido como los que nos dimos hace unos días, como los que estoy acostumbrado a dar. Es cercano, suave, tierno.

Y no entiendo por qué, pero me gusta.

Me siento, incluso por un momento, capaz de superarlo todo junto a ella.

HA SIDO UN ERROR



Blanca

No puedo hacerlo responsable a él, porque yo llevaba minutos deseándolo. Cuando lo he abrazado, ya era consciente de que mis labios anhelaban volver a sentir los suyos. Y cuando lo ha hecho, cuando me ha besado, ¡joder! Ni siquiera sé lo que he sentido. Solo sé que no quiero que su mano se despegue de mi nuca. Ni que su lengua se separe de la mía. Tengo los ojos cerrados porque me da miedo que, al abrirlos, algo en mí pise el pedal del freno y detenga todo esto. Ahora mismo no hay alcohol en mis venas, ni ninguna otra excusa que me sirva de escudo para resguardarme mañana cuando esto comience a parecerme una auténtica locura.

Ahora mismo estoy siendo yo y, al mismo tiempo, una versión de mí que ni siquiera reconozco. Es tan raro, que ni siquiera quiero pensarlo, solo quiero seguir sintiendo esta calidez en mi cuerpo mientras él desciende por mi cuello. No hay urgencia en sus movimientos. Ni titubeo. Su boca baja hasta el borde de mi camiseta mientras sus manos me retiran los tirantes con delicadeza, quedando mis pechos desnudos bajo su lengua. No tenía sujetador, nunca lo llevo en casa cuando me pongo el pijama. Mi piel se eriza cuando noto la humedad de sus labios rozándolos y no puedo evitar arquear mi espalda cuando él se recrea en ellos. Los apresa, los lame, los muerde y yo ahogo a duras penas los jadeos que se me escapan entre suspiros.

Su mano se desliza por mi abdomen hasta llegar a mis bragas, introduciéndola por debajo de ellas hasta alcanzar mi humedad.

—¡Joder, Blanca! —Lo oigo murmurar sobre mi pecho de una manera tan sexy, que me enciende más.

Sus dedos comienzan a moverse entre mis pliegues con una lentitud agónica, mientras sube de nuevo a mi boca, apresándola.

—Mírame —ordena en un jadeo ronco.

Lo hago. Lo observo mientras él mueve sus dedos en mí de una forma tan íntima que en cualquier otro momento hubiera provocado que me ardieran las mejillas. No esta vez. Estoy extrañamente serena, relajada, sin reparos. Y es tan inusual que, por unos segundos, ni siquiera me reconozco.

Alentada por lo que estoy sintiendo, llevo mi mano por encima de su pantalón, notando que su erección es tan prominente que no puedo evitar morderme el labio con fuerza, intentando controlarme. Cuando mi respiración deja de estar tan agitada, acaricio con movimientos ascendentes y descendientes su enorme bulto. Un gruñido ronco y profundamente masculino sale de su garganta, dándome alas para introducir mi mano por debajo de su ropa, mientras sus ojos se depositan fieros en los míos. Sin perder el contacto visual, cambio de posición hasta encontrarme con las rodillas en el suelo, el pelo alborotado y el corazón latiéndome a mil, ansiando algo que es incomprensible para mí. Instantes después, en un leve movimiento, le he apartado los calzoncillos unos escasos centímetros, hasta sacar su enorme envergadura.

La mirada que me lanza es la más provocativa que he visto en mi vida. La lamo con delicadeza, sin prisas, oyendo los jadeos que intenta ahogar. Deseando que sea incapaz de contenerlos. Y lo logro, cuando deslizo mi lengua arriba y abajo, los escucho fuertes, anhelantes. Se acentúan cuando la apreso entre mis labios, cuando mi boca se acomoda a ella y los movimientos se hacen más ágiles, con más ritmo.

—Joder, Blanca, ¡me vas a matar!

Y, al escucharlo, algo dentro de mí se enciende todavía más. Quiero seguir sintiendo cómo se pierde con mi cercanía.

—Sube—susurra—. Te necesito.

Y entonces paro como si lo que hubiera dicho significara algo. Como si entre esas sílabas hubiera una promesa no escrita, pero tan profunda como duradera.

Me recuesta sin esfuerzo sobre el sofá; sus manos recorren la parte interna de mis muslos mientras mantiene su atención fija en mí. Trago saliva con demasiada dificultad, sintiendo la fuerza de ese gesto, de sus manos sobre mi piel, que están a un segundo de enloquecerme. Cuando llega a mi intimidad, introduce dos de sus dedos como si deseara comprobar que sigo tan dispuesta para él como antes, y lo percibe porque oigo un gruñido seco, sexy, ansioso. Y entonces, se coloca sobre mí, introduciéndose poco a poco, mientras me mira. Joder, sí me mira. Me traspasa. Ve mi cara, mis pensamientos y todo mi maldito mundo.

Nuestros cuerpos se unen, su ritmo aumenta y luego disminuye. Me altera. Me susurra que lo hagamos tan despacio que la piel nos queme. Y lo hace, porque todo en mí arde.

Siento que no puedo más y, a la vez, ansío más. Es desconcertante y profundamente íntimo. El encuentro gana intensidad y los movimientos se vuelven más profundos y urgentes, y yo rozo el límite. Lo nota. Creo que porque incluso lo arrastro. Las embestidas se vuelven rápidas, nuestros corazones se aceleran y la respiración me falta.

Su «¡Joder, Blanca!» susurrado en mi oído es lo que hace que me abandone, que mi cuerpo entero se estremezca y mis terminaciones nerviosas se agiten.

Él cae sobre mí y sella el momento con un dulce beso. Se acomoda a mi lado, en el sofá, como la otra vez, pero diferente. Como si fuéramos otras personas. Como si esta vez fuera a salir bien.

O eso es lo que él me ayuda a creer.

Mi pecho sube y baja con fuerza, el suyo también. Su mano se guarece en mi ombligo. Mis piernas se entremezclan con las suyas y

no pienso en nada más. Ni en el pasado, ni en el futuro, ni en lo que me ha llevado a estar aquí.

Pasamos la noche juntos. Me abraza. Me acaricia el pelo. Me besa la mejilla, y luego dulcemente los labios. Como si yo fuera lo más especial que hubiera tenido nunca en su vida. Como si quisiera abrazarse a este momento para siempre.

Me duermo sintiendo que su pecho quizás sea el hogar que tanto he ansiado, aunque sea incomprensible, aunque haya conseguido descolocar todos mis ansiados planes, tirando por tierra cada maldito apunte mental, cada orden, cada esquema.

Pero cuando la mañana llega, no me despierto igual, porque otra vez la jodida realidad me golpea de lleno.

Aunque esta vez no ha conseguido llegar a la puerta.

Tiene la intención de hacerlo, lo sé porque está vistiéndose como si fuera un maldito ladrón que pretende robar a hurtadillas una cámara acorazada. En silencio y tan lento como puede.

Un nudo se me atenaza en la garganta cuando lo veo. Esta vez, un picor se me cuela en los ojos, escociéndome. Respiro varias veces, intentando infundirme calma antes de romper el silencio.

—¿Otra vez te vas?

Da un respingo. No me esperaba. Pensaba salir sin despedirse, sin explicaciones, sin incomodidad.

—Sí —afirma volviéndose.

Mis ojos buscan algo en los suyos. Quizá el rastro de lo que anoche navegaba en ellos. Pero no encuentran nada.

O quizás sí lo hay, y él simplemente se ha vuelto demasiado bueno escondiéndolo. Quién sabe.

—Esto no… —no acaba la frase.

Me levanto. Aún estoy desnuda, pero me da igual. Lo que menos me importa ahora es lo que se ve porque hay algo por dentro que me asusta más. Quiero que lo diga alto y claro, que termine diciendo con palabras lo que ya sé.

Él se da cuenta y se coloca frente a mí, dudando unos instantes con un destello en su mirada de lo que por unos segundos me parece una grieta, que acaba disipándose. Se frota la frente y deposita su atención en mí con una gelidez repentina que me descoloca. Como si algo acabara de gritarle que esto no tiene ningún sentido.

—Esto no es buena idea, Blanca. Ha sido un error. Quédate con él. Elígelo a él. Es tu mejor opción, yo no… —Agota las palabras dándome la espalda. Tras dirigirme un gesto que me hace sentir aún más confusa, como si algo lo empujara a dejarme, aunque su expresión diga lo contrario.

No soy capaz de decir nada. Me quedo allí parada. Desnuda. Con el alma al descubierto y una sensación horrible serpenteando por mi cuerpo, mientras la puerta se cierra lentamente sin ni siquiera oír un jodido portazo.

EL DÍA DESPUÉS



Blanca

Esta vez no siento que haya sido una noche loca, ni puedo seguir fingiendo que no ha pasado nada, porque ahora quema. Quema en el pecho, en las manos y en los ojos. Me quedo en mitad del pasillo, plantada, de pie, durante unos minutos que se me hacen eternos, intentando saber qué vendrá ahora, en qué lugar me deja esto a mí.

Anoche no pensé. Por segunda vez en toda mi vida simplemente me dejé llevar. Me lancé al vacío sin calibrar qué iba a encontrar ahí abajo y la respuesta acaba de presentarse nítida frente a mí.

Markus no me elige. Markus me empuja a otros brazos. Y yo ya no sé si quiero volver a ellos de nuevo. Ahora mismo estoy hecha un mar de dudas.

Vuelvo al sofá y recojo mis piernas con mis manos, hecha un ovillo. Recordando cómo me latía el corazón anoche, la urgencia de mis labios, el cosquilleo que sentía sobre mi piel cuando él me acariciaba con las yemas de sus dedos. Pero él nunca quiso esto, y me atrevo a decir que yo nunca lo quise a él, porque siempre había sido Iker.

—Quizá tenga razón —acabo murmurando—. Tal vez simplemente se ha dado cuenta antes que yo.

Arrastro mis pies hasta la cocina, cojo el cacillo que ayer utilicé para hacerle la infusión, lo lavo y vuelvo a verter agua en él. Minutos después sostengo la taza en mis manos y bebo despacio. El líquido está tan caliente que abrasa mi boca. Aun así, sigo dándole pequeños sorbos, como si beberme el infierno no fuera nada nuevo para mí, como si acabara de regresar de él.

Puñetero demonio nórdico.

El móvil se ilumina mientras mi vista se pierde en el mar. He abierto la ventana de par en par, es agradable sentir la suave brisa en la cara. Me ayuda a despejarme. Bajo un segundo mis ojos a la pantalla y veo el nombre de Iker y un poco más abajo el mensaje, que comienza por: «Lo siento, Blanca, volveré un día más tarde…». No soy capaz de seguir leyendo sin desbloquear la pantalla y entrar en la conversación. Y francamente tampoco me apetece ahora. No sé qué decirle. No sé qué quiero. No sé si todos los años que llevo queriéndolo ahora significan algo.

Paso el resto de la mañana tumbada en la cama mirando el techo mientras me pregunto qué ha cambiado y en qué momento lo hizo. Hacía tan solo una semana, estaba totalmente segura de que esto no iba a suceder. Por nada del mundo hubiera arruinado mis posibilidades con Iker, y muchísimo menos con alguien como Markus. Quizá fue otra bajada de defensas, o verlo tan vulnerable. O tal vez tenga razón y, en cuanto vuelva a ver a Iker, no desee otra cosa que no sea permanecer a su lado el resto de la eternidad. Puede incluso que, cuando sus malditos rizos rebeldes se crucen en mi camino, piense: «De la que me he librado».

Mi cabeza va de un pensamiento a otro, no me da tregua ni respiro hasta que en algún momento me quedo dormida y mis músculos se destensan poco a poco.

Al despertarme de nuevo, el runrún de mi cabeza vuelve y entonces, decido hacer lo único que creo que me dará algo de paz. Llamar a Desiré. Necesito desahogarme, contarle a alguien lo que pasó anoche, a alguien que nos conozca a los dos, que haya seguido nuestra historia de rivalidad.

—¡Hola! —me saluda risueña.

—Hola —respondo en un tono en el que no pasa desapercibido que me sucede algo.

—¿Qué ha pasado?

Un enorme suspiro rompe el silencio, mientras cierro los párpados como si no pudiera creerme lo que voy a decirle.

—Anoche me acosté con Markus.

Un gritito emocionado se oye tras la línea.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Era imposible que no acabarais así con la tensión que se mascaba a vuestro alrededor. Demasiado has tardado, por el amor de Dios. Cuando dijo que su nueva afición era pintarte, casi se me caen las bragas, no entendí cómo tú fuiste capaz de quedarte como si nada.

Mi amiga sigue unos minutos más hablando sin parar, eufórica, vendiendo la piel del oso antes de cazarlo. Y a mí se me empiezan a acumular las lágrimas en los ojos y ni siquiera sé por qué. ¡Joder! Quiero creer que es porque ella no para de alabarlo y yo ya he pasado a arrepentirme.

Sorbo con disimulo mis lágrimas, no quiero que se dé cuenta de que estoy llorando. Pero ¿quién puede engañar a Desiré? Nadie.

De repente frena en seco su verborrea y con una voz muy seria me pregunta:

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Digo un sí bajito y ella me responde que en media hora estará aquí.

El tiempo transcurre tan deprisa que, antes de que vuelva a mirar el reloj, ya está frente a mi puerta. Ha llamado al timbre y yo me he asomado por la mirilla, lo que menos necesito ahora son sorpresas inesperadas. Cuando abro, me envuelve en sus brazos y yo dejo caer mi cara en su hombro.

—Ven. ¿Qué te ha hecho ese jodido imbécil? —dice muy enfadada.

—Pero si te caía genial, si hasta hace menos de tres segundos era estupendísimo —le contesto mientras se me escapa una minúscula sonrisa.

—Eso era porque no te había hecho llorar —indica levantando el dedo, alterada—. Ahora tengo que valorar si debo matarlo y dárselo de comer a los tiburones.

Se me escapa un gesto de satisfacción. La idea no me parece mala del todo.

—¿Qué ha pasado? —insiste Desiré con mucho tacto.

Nos sentamos en el sofá, sí, en el mismo que hace unas horas acogía nuestros cuerpos. No puedo evitar mirarlo y que el rubor se apodere de mis mejillas. Aún huele a él. Mi amiga ve mi cara y se levanta de repente.

—¡No sería aquí! ¡Por Dios, Blanca, que me encanta esta falda! Como tenga algún fluido pegado, te mato.

La vergüenza se apodera de todo mi rostro.

—Yo… —titubeo.

—¡Que es broma! ¡Relájate! No sabes la de veces que te has sentado sobre los míos —añade con una risita perversa—. Venga, sigue —me anima.

Tengo ganas de estrangularla, hasta en los peores momentos es capaz de montarse un teatrillo. Me recompongo con dignidad, la poquita que aún me queda, y comienzo a contarle lo sucedido.

—Anoche lo oí alteradísimo, estaba fuera en el pasillo común. Me agazapé en la ventana para intentar escuchar qué sucedía y lo vi darle un puñetazo a la barandilla, y ahí decidí salir. Estaba llorando —cuento recordando cómo fue exactamente—. Me contó que su madre se había intentado suicidar.

Mi amiga se lleva la mano a la boca, sorprendida.

—¿Y está bien?

—Sí, por lo visto ella misma llamó a urgencias. Estaba tan sobrepasado que lo obligué a entrar, lo curé, le hice una tila, me habló de su pasado y terminamos justo ahí. —Señalo donde está sentada Desiré.

No es justamente ahí, pero me apetece devolverle la bromita. Ella levanta corriendo las manos que tenía posadas sobre el sofá y se cruza de brazos.

—¿Y cómo fue el sexo?

La miro alzando las cejas, molesta.

—Te cuento todo esto y lo único que te importa es ¿cómo nos fue en la cama?

—¡Oye! Que es un dato importantísimo —dice ofendida—. A lo mejor fue tan mal que por eso… —deja en suspenso.

—Fue genial —revelo con los ojos entrecerrados.

—¿Del uno al diez?

—¡Desiré! —le regaño e inconscientemente no puedo evitar que una risilla se me escape. Es tan… entrometida y directa que al final acaba quitándole importancia a todo, incluso a esto.

Ella me sonríe con todos sus dientes, me guiña un ojo y me atusa el pelo.

—Eso lo interpreto como un nueve —continúa con la guasa.

Le saco la lengua en respuesta.

—Vale, pues el sexo fue genial y ¿entonces?

—Por la mañana de nuevo estaba vistiéndose a hurtadillas para salir de mi casa antes de que me despertara.

—Ajam.

—Lo pillé y no lo dejé estar.

—¿Y qué te dijo? —me pregunta Desiré mordiéndose las uñas.

—Que me quedara con Iker.

—¡Joder! ¡Qué capullo!

Asiento y me encojo un poco sobre mí misma con los ojos clavados en el suelo.

—Me siento estúpida.

—Pues no lo eres —afirma—. Él es el estúpido. No sé qué le pasa, Blanca. Al fin y al cabo, no lo conozco, pero por cómo te miraba cada vez que te veía, habría apostado un brazo entero a que estaba coladito por ti.

—Te equivocabas.

—Quizás.

—¿No acabas de escucharme? —cuestiono molesta.

—Blanca, no siempre expresamos lo que sentimos de la forma correcta. A veces nos equivocamos, otras nos supera el miedo e incluso otras nos negamos las cosas a conciencia, a sabiendas de que nos carcomerán en el futuro.

—No quiero volver a verlo —zanjo tajante.

—Te queda una semana aquí, Blanca, después no tendrás que volver a cruzártelo.

—Ni siquiera quiero verlo esta semana —rezongo.

—Eso va a ser más difícil, aunque —añade dubitativa—, si quieres, puedes venirte a mi casa.

Sopeso unos segundos la idea, es bastante tentadora. Pero luego me centro y pienso que no quiero hacerle eso a Desiré, ella necesita su espacio con Charles, así que rechazo su oferta.

—¿Y con Iker? —retoma mi amiga.

—Vuelve mañana, y quiere besarme.

—¡Pero bueno! ¡Blanca! ¡Estás en racha!

Entrecierro los ojos mucho, creo que otra vez se le acaba de olvidar que me han dejado tirada como una colilla.

—¿Y sigues colada por él?

—No lo sé —respondo frotándome las sienes—. Ahora mismo estoy hecha un lío.

—A ver, si quieres mi consejo… —deja en suspenso, esperando que le diga que sí.

Asiento levemente con la cabeza, arrepintiéndome al segundo.

—Ya has catado al primer hermano, dos veces. Encima, te acaba de allanar el terreno para que pruebes al otro, del que, por cierto, llevas enamorada más de una década. Me parece que deberías dejarte llevar.

—¿Estás loca? —alzo la voz contrariada—. Me parece que estás interpretando la historia que te estoy contando como te sale del… —no termino de decirlo porque es obsceno.

—No. No. Por quién me tomas, solo me baso en los hechos. Hecho uno, tuviste un primer encontronazo sexual con tu vecino después de beberte muchísimas copas y estaros tirando los trastos a la cabeza más de una semana. Lo que se llama una noche loca. Tú, la Blanca que lo controla todo, fuiste capaz de dejar de hacerlo. Ayer se repitió, porque de nuevo dejaste de pensar. Actuaste. Ahora él se ha marchado porque tiene algo dentro que resolver, y estoy convencida de que volverá. Pero te ha dado la gran oportunidad del siglo, te ha dicho que elijas a Iker. Así que hazlo —remata con su molesta vocecilla aguda—. Al fin y al cabo, sigues sin estar segura. La cosa habría sido peor si se hubiera quedado, ¿no crees?

La miro desconcertada.

—¿Peor? —repito.

—¿Hubieras elegido a Markus? ¿Estabas segura de que lo preferías a él?

Arrugo el labio pensativa.

Si soy totalmente sincera, la respuesta es no. No estoy, ni estaba, segura de que, si quisiera una relación seria, Markus fuera la persona elegida. Porque Iker, de algún modo, también sigue presente.

Blanca, estás peor que una maraca en pleno carnaval.

—No —siseo.

—Pues listo, problema zanjado.

—Pero se lo cuento a Iker, ¿no?

—¡Ni se te ocurra!

—Pero eso es… despreciable…

—Blanca, ahora mismo no tenéis nada, solo frasecitas tontas, ni siquiera os habéis besado.

—Pero son hermanos.

—Hermanastros —corrige—. Y se detestan.

—No soy capaz de hacerle eso a Iker, tengo que contárselo y que él decida si quiere que continuemos quedando… lo otro… sería de ser muy mala persona.

—Ohhh, Blanca, tú y tus superprincipios… Vas a desencadenar una guerra.

DOS IDEAS



Cuando me he despertado y la he visto tumbada sobre mi pecho, en el primer segundo he deseado que no se apartara nunca, pero luego, como si fuera una ráfaga de viento, la razón se ha hecho presente.

¡Qué mierdas estoy haciendo aquí!

¡Joder, qué he hecho! Es la segunda vez que la cago de esta manera.

En cuanto he notado que se movía un poco, he aprovechado para apartarla con toda la suavidad y precisión que he aprendido a ejercitar con mi trabajo, consiguiendo salir del sofá sin despertarla y ponerme mis pantalones con un incuestionable sigilo. Pero esta vez, me ha cazado y quería una explicación. O quizá esperaba algo más. Algo como que la acunara en mis brazos, la besara y le prometiera algo en lo que no creo.

Porque sigo sin hacerlo, sigo sin creer que el amor es algo bueno, algo que puede salvarte.

Se ha quedado allí, desnuda, parada, mirándome con esos ojos de decepción y, por unos ínfimos segundos, he vuelto a dudar. Una sensación extraña se ha apoderado de mí, pero la he conseguido apartar antes de que ganara terreno. Y con esa voz tajante que uso cuando alguien me pide más, le he dicho que lo eligiera a él. A mi hermano. Al imbécil al que odio casi tanto como a mi padre.

¿Por qué he hecho eso?

Ni siquiera yo mismo estoy seguro del todo. Una parte de mí me grita que es para alejarla, la otra, porque sabe que esta historia

siempre iba a terminar igual: ellos dos juntos. Y no solo porque yo no esté dispuesto a tener una relación, sino porque ella lleva toda la vida fantaseando con él y ¿cómo le ganas a una fantasía?

Es imposible.

Competir con un ideal siempre te deja mal parado, porque yo soy de carne y hueso y tengo mil fallos: soy sarcástico, desordenado, caótico, soy el borrón que ella siempre detesta en sus escritos. Y ella es justo lo contrario, es metódica, ordenada, le encanta tenerlo todo bajo control y es, en cierto modo, tímida.

Es muy parecida a él en algunos aspectos, aunque me joda. Aunque me mate.

Eso sí, salvando las distancias, porque ella también es divertida, elocuente, respondona y se le iluminan los ojos con un brillo especial cuando se siente victoriosa después de responderme con algún comentario mordaz. Y ahí es donde toda mi teoría empieza a hacer aguas.

—¡Joder! —gruño pensando que la maldita cabeza me va a explotar.

Estar pensando en esto me desquicia. Tengo problemas mucho más importantes que una mujer. Mi madre. ¿En qué maldito momento dejé ayer de pensar en ella?

Doy vueltas por el apartamento mientras telefoneo con insistencia a mi tía. Necesito saber qué tal ha pasado la noche, pero no lo coge y eso me altera más. Vuelvo a intentarlo y nada. A la tercera vez oigo que alguien descuelga.

—Buenos días, Markus.

—¿Cómo está? —Voy directo al grano.

—Bien, ha pasado buena noche.

Suelto una bocanada de aire que me alivia al instante los pulmones.

—Vale, y ¿está despierta?

—Sí, acaban de traerle el desayuno y he aprovechado para salirme.

—¿Ha dicho algo de mí? ¿Que me avisaras? —pregunto con esperanza.

—No, Markus. Ella no quiere que lo sepas. Quiere que avances.

—¡Qué gilipollez! —grito, exaltándome de nuevo.

Mi tía se queda callada unos segundos, tras lo que oigo la voz de los enfermeros por atrás, mezclada con el sonido de las camillas arrastrándose por el pasillo y el pitido penetrante que suena cuando llamas para que te atiendan en la habitación.

—Te iré avisando. Estate tranquilo —dice antes de colgar.

—¡Que esté tranquilo! ¡Tiene la jodida poca vergüenza de decirme que esté tranquilo! ¡Mis cojones! —gruño molesto mientras comienzo a vestirme.

No he avisado a la clínica y, sinceramente, lo que menos me apetece hoy es pasar consulta. Sé que si llamara a mi jefa y le contara lo que le ha pasado a mi madre, me daría el día libre. Pero comienzo a pensar que eso sería incluso peor que atender a un centenar de mujeres fingiendo una sonrisa mientras las exploro, porque soy plenamente consciente de que, si poso el culo en el sofá, pasaré todo el maldito día con las mismas dos ideas acribillándome la cabeza.

Uno: mi madre.

Dos: Blanca.

Me pongo unos pantalones largos fluidos, una camiseta blanca y echo en la mochila una de las batas que lavé ayer. Al salir, miro de reojo a su puerta y doy gracias al destino porque no está. No sería capaz de enfrentarme a su mirada.

EL LUGAR SEGURO



Blanca

Me ha escrito varias veces y no he conseguido contestarle con naturalidad. No soy capaz de hacer lo que me ha aconsejado Desiré. ¿Cómo voy a actuar como si no hubiera pasado nada? Eso sería ser demasiado egoísta, por no llamar las cosas por su verdadero nombre, sería de una auténtica rastrera.

Ains, Blanca, ¿en qué te has convertido?

El problema es que por mucho que mis respuestas por WhatsApp me atormenten, más lo hace pensar que en cualquier momento llamará a mi puerta. Su avión llegó a Málaga hace más de tres horas, que son justo las que necesita para llegar conduciendo hasta aquí.

Estoy atacada. No soy capaz de mantenerme parada en ninguna habitación de la casa durante más de tres minutos. He ordenado hasta los cajones que nunca ordeno. Y ya he limpiado dos veces. Si me ganara la vida limpiando, a la velocidad que lo hago, sería capaz de sacar más dinero que trabajando en el banco. Además, encima me desestresaría. Eso sí, bajo otras circunstancias, porque esta vez no está surtiendo efecto. Me dirijo a la cocina y saco de nuevo el cacillo y la tila. No he bebido tanta tila en mi vida, como siga así, voy a tener que comprar las cajas al por mayor. Pongo a calentar el agua y me quedo mirando cómo comienza a burbujear cuando suena el timbre.

Maldita sea.

Me santiguo y me encamino a la puerta. No miro por la mirilla. No hace falta. Sé que es él. Así que despliego la hoja de madera,

hecha un flan y una sonrisa enorme me recibe.

Está guapísimo. Lleva el pelo un poco revuelto, el fijador ha debido abandonarlo en algún momento del trayecto. Su camisa verde oscura le acentúa el color de sus ojos y los jeans le dan un toque mucho más desenfadado. Va más casual que de costumbre, pero le sienta realmente bien.

Su atención está fija en mí, diría que espera algo.

—Hola —saludo muy bajito.

—Hola —dice con un tono de voz demasiado provocador.

—Pasa.

Ni siquiera sé si me apetece que pase, la verdad es que ahora mismo saldría corriendo y no pararía ni echaría la vista atrás hasta haberme alejado del pueblo unos kilómetros. Pero qué voy a hacer, tengo que aguantar el tipo y decir la verdad. Él da un primer paso, luego otro y al tercero se queda a escasos centímetros de mí, mirándome como si acabara de ver una de las siete maravillas del mundo.

¡Joder que parece que soy el Tajmahal!

¿Se puede ser más desgraciada?

Después de todo el tiempo que he estado babeando por él, tiene que pasar esto ahora, justo ahora.

Se acerca unos milímetros más, diría que está esperando que se me pase esta cara de idiota y le diga con los ojos que quiero probar sus labios. Pero no puedo hacer eso, así que tiro por la calle de en medio. Y antes de que decida acortar más la distancia y sea incapaz de dominar la situación, me abalanzo yo misma sobre él, apresándolo entre mis brazos y apoyando muy sabiamente mi cara sobre su pecho, evitando a toda costa tener contacto visual. Él me recibe y pasa sus brazos alrededor de mi cintura. Es la primera vez que estamos tan pegados. Noto el calor que desprende su pecho y se siente tan reconfortante. Es como si irradiara seguridad. Eso es él, es el lugar seguro al que siempre volver.

Su mano sube hasta mi nuca y se enreda con mi pelo, mientras yo sigo sin moverme, obnubilada por su fragancia.

—Yo también me alegro de verte —dice con tanta serenidad y convencimiento que vuelvo a sentirme una tremenda cucaracha.

Me aparto y le sonrío —no sé cómo —, y entonces, sus ojos se desvían a mis labios y siento que la cosa se pone fea.

Un olor a quemado me salva el pellejo.

—¡El agua! —grito, dando un salto y corriendo a la cocina.

Por poco no quemo la maldita urbanización, cuando llego, el agua se ha consumido y el metal está más negro que el carbón.

—Ten cuidado.

Lo oigo como quien oye llover, porque estoy tan descontrolada que no tengo otra cosa que hacer que tocar sin querer el cacillo.

—Auhhhh —gimoteo.

—¿Estás bien? —Se vuelve a acercar.

—Sí. Sí —afirmo apartándome rápido y metiendo los dedos debajo del grifo. No ha sido para tanto, seguramente solo me saldrá una pequeña ampolla. No es nada.

—¿Tienes crema para las quemaduras? Mi madre siempre guarda una en la cocina, si no tienes, podemos ir en un momento.

Agito tanto la cabeza que me mira como si me estuviera dando un telele.

—¡Tengo! —exclamo.

—Vale —dice encogiéndose de hombros.

Tengo que serenarme y dejar de actuar como si acabara de robar un banco. Me echo crema y parece que me calma un poco el horrible ardor.

—¿Qué tal fue la reunión? ¿Lo has conseguido? —le pregunto aún en el fregadero, de espaldas a él.

—Sí. Lo hemos firmado.

—¡Es genial! ¡Me alegro mucho por ti!

—Gracias.

—¿Entonces ya estás de vacaciones?

—Exacto —afirma con elegancia.

—¿Hasta cuándo te quedarás? —pregunto intentando sacar conversación.

—Hasta que estés tú.

¡Joder!

—Yo vuelvo en seis días —tartamudeo.

—Pues en seis días me subiré a tu mismo avión.

—Vine en coche —musito con un hilito de voz.

—Entonces te pediré permiso para ser tu copiloto.

Trago saliva como si fuera cemento. La cabeza está comenzando a darme vueltas y solo consigo pensar en qué le digo yo a este hombre. Le sonrío intentando parecer lo menos tensa posible y parece que funciona.

—¿Qué te gustaría que hiciéramos esta semana? —pregunta con un talante tan diplomático que, en otras circunstancias, le respondería que quedarme resguardada en su pecho.

Dios, Blanca, estás para que te encierren.

—No sé, supongo que lo mismo que estos días, ir a la piscina, la playa, algún chiringuito.

—¿Y algo más?

—¿Qué sugieres? —pregunto por si me propone ir a comer a otro pueblo o ir a algún spa.

—Pues algo como lo que llevo deseando hacer varios días —ronronea con una seguridad imponente.

Esta vez me pilla desprevenida. En menos de una zancada está frente a mí, jugando con un mechón de mi pelo mientras sus ojos me abducen y me transportan a otra dimensión que me deja semi

en babia, porque no me muevo, me tiene atrapada. Un enorme suspiro se me escapa de los labios mientras él comienza a descender hacia ellos. Entonces, en el único momento de sensatez que me queda, hablo, bajito, muy bajito.

—Tengo que contarte algo.

—Puede esperar —ronronea.

—No creo.

—Créeme que sí.

Y él da por cerrada la conversación, porque recorre los escasos centímetros que todavía nos separaban rozando sus labios suavemente con los míos. Es un beso dulce y delicado, de esos que nacen cuando son los sentimientos los que toman la palabra. Su lengua acaricia la mía y me envuelve, a la vez que me abraza y me transporta. Por un segundo, no soy esta, la de ahora. Soy la de ayer, la que tenía cinco años y lo vio por primera vez. La que deseaba que un día la cogiera de la mano mientras paseaba por el paseo marítimo. La que se probaba siete bikinis antes de bajar a la piscina con la intención de escoger el que le quedaba mejor para que él se fijara en ella.

Soy la niña, la adolescente y… ¿también la mujer?

Cuando nos separamos y sus manos dejan de envolverme, vuelvo a la realidad. Y juro que escaparía de ella si pudiera porque me siento fatal. Y aunque una parte de mí quiera disimularlo, él lo percibe.

—¿Qué pasa, Blanca? —pregunta con preocupación.

—Yo no quería…

No soy capaz de continuar la frase, temo que de un momento a otro las lágrimas me traicionen y no pueda parar de llorar.

—¿No querías besarme? —me pregunta contrariado, como si por primera vez no fuera capaz de leerme, como si tuviera a una desconocida frente a él.

—No —murmullo, viendo cómo su semblante se ensombrece.

Carraspeo y me miro las manos antes de seguir.

—No, sin contarte antes…

Sus hombros se destensan y una pequeña sonrisa vuelve a aparecer.

—No creo que haya nada que me cuentes que haga cambiar lo que quería hacer —zanja tajante.

—Me he acostado con Markus.

Y lo digo todo de corrido como quien se está quitando una tirita.

Su expresión pasa por distintas fases: sorpresa, decepción, enfado y una última emoción que ni siquiera consigo identificar. Se lleva las manos a la cara, como si lo que acabo de decir le hubiera sobrepasado, dejando escapar un enorme bufido antes de descubrirse de nuevo. Cuando se destapa, lo miro directamente a los ojos, están dudosos.

—¿Estáis juntos? —pregunta muy serio.

—No.

—¿Quieres estar con él?

—No —respondo totalmente segura. Después de que me rechazara dos veces, tengo muy claro que no iría por una tercera.

—¿Crees en esto? —pregunta señalándonos.

Me quedo muda unos instantes. No esperaba esto. Esta pregunta. Esta sinceridad que está teniendo hacia mí después de confesarle algo tan gordo. Sé que lo que diga, justo ahora mismo, determinará el resto de mi futuro. Porque eso es lo que veo escrito en su rostro: futuro. Yo, que siempre he vivido anclada en el pasado, tengo que dar un maldito salto hacia otro orden temporal en el que cada vez veo más agujeros negros. Mi cabeza va a cien por hora, de recuerdo en recuerdo, de instante en instante, hasta que se para en seco en sus palabras: «Elígelo a él».

Y entonces lo hago. Elijo.

—Sí. Creo en esto.

—No te voy a mentir, Blanca. Estoy bastante cabreado, decepcionado —masculla con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—Siento…

—No me pidas disculpas, Blanca. No tienes por qué hacerlo —añade intentando mantener la templanza—. No tenemos nada aún. No puedo reprocharte que hayas tenido algo con otro.

Deja salir de golpe el aire de sus pulmones, con un ruido sordo.

—El puñetero problema es quién es ese otro. ¿Lo entiendes? —dice apretando de nuevo los puños con rabia.

Asiento.

No chilla. No discute. No da un puñetazo ni se ensangrienta los nudillos.

Y antes de salir, se vuelve y me dice:

—Vale. Déjame procesarlo y ver si todo esto merece la pena —farfulla molesto, dolido—. Pero no te sientas mal, Blanca. Te conozco y no te lo mereces.

Y, joder, ahí no puedo pensar en otra jodida cosa más que en que es el tío más generoso del planeta. Y que yo no sé qué leches estoy haciendo.

DESAJUSTES



Blanca

Ha pasado un día desde que tuvimos esa conversación. No he querido llamarlo ni escribirle. Me pidió tiempo y eso quiero darle. Aunque eso signifique que no sigamos construyendo nada. No lo culparía. Si yo estuviera en su lugar, también me rechazaría a mí misma.

Me he sentido tentada varias veces a hacer las maletas y volver a casa, al menos allí sería capaz de volver a instaurar un poco de orden. Volver a la rutina. A mis paseos por el Retiro, a mis almuerzos saludables, a gritarles a mis amigas para que salgan del baño e incluso a trabajar. Porque estoy tan horriblemente descolocada, que hasta echo de menos la paz que me proporciona analizar riesgos bajo unos parámetros y cálculos precisos. No lo he hecho. No he vuelto. Porque Desiré me ha dicho que irme sería huir y que nunca se huye cuando alguien te ha dejado la puerta entreabierta. Quizás tenga razón, o quizás él ya haya dado un buen portazo, aunque no me lo haya dicho.

Cuando le conté a Desiré lo sucedido, dijo tres cosas:

La primera, Iker es tan sumamente perfecto que aburre.

La segunda, parece que después de más de veinte años ha comenzado a valorarte por fin.

Y la tercera, seréis una de esas familias que dan asco, tendréis niños cultos, educados y formales.

Algunas de sus afirmaciones me parecieron magníficas, otras demasiado encorsetadas, como si nuestra vida juntos no pudiera arrojar grandes aventuras.

Estamos a miércoles y me acaba de llamar Desiré para que comamos juntas, creo que intenta tenerme distraída para que no me quede calva. Le he dicho que sí, y me ha mandado la ubicación del chiringuito en el que vamos a almorzar. Se llama Tangana, y por lo que he podido ver por Instagram, es bastante *cool*. Tiene una zona de mesas para comer y otra para tomar algo, con varios pufs y hamacas orientadas directamente al mar. Lo mejor es que está en primera línea de playa y puedes comerte una ensalada a la vez que te mojas los pies en el mar.

Desiré me ha escrito que vaya cogiendo mesa, que ha salido más tarde de lo habitual de la excursión marítima y que está montándose en el coche. Calculo que tardará unos quince minutos en llegar. El sitio está a reventar, pido la vez y me coloco bajo la sombra esperando que alguna mesa quede libre y, justo cuando dicen mi nombre, veo aparecer a mi amiga.

—¡Qué suerte!

—La tuya —contesto mordaz.

Suelta una sonora carcajada. Viene con un conjunto de dos piezas de hilo en tono beige y su melena recogida en una cola alta. Tiene los ojos y los labios aún pintados.

—¿Lo has visto?

—¿A quién? —pregunto.

—A Iker, claro.

—No —respondo cabizbaja.

—Al otro ya sé que no te lo has cruzado —desvela con su vocecita aguda.

Alzo las cejas sin pretenderlo.

¿Cómo sabe que no me he cruzado con el indeseable?

¿Acaso tiene una cámara grabando nuestro pasillo exterior?

La miro esperando que continúe, pero cierra la boca ipso facto.

—¿Cómo lo sabes?

Titubea antes de responder.

—Porque no está allí. Se ha ido a casa de Charles.

Y no sé por qué, pero me cae tan mal la maldita información, me pone de tan mala leche que no puedo reprimirlo. Es como si… como si… encima que decide que no quiere nada conmigo, se hubiera ido para que no lo ¿acose?

¿Será eso? ¿Creerá que muero por sus huesos y que voy a perseguirlo?

Maldito presuntuoso.

—No es lo que estás pensando.

—¿En qué estoy pensando? —lanzo de mala baba.

—Dejémoslo, ¿vale?

La miro con el ceño fruncido y me encojo de hombros.

—Lo que tú digas.

—Venga, miremos la carta, aunque yo quiero una ensalada César, aquí le echan algo a la salsa que está para chuparse los dedos. —Pone los ojos en blanco.

—Pues que sean dos.

Mientras comemos, Desiré me cuenta cómo le va con Charles. Me encanta verla así, con esa chispa encendida cuando habla de él. Hacía mucho que no veía a mi amiga tan contenta, ni tan enganchada a alguien. Al parecer, él ya pasa mucho más tiempo en su casa que en el pequeño estudio que alquiló. Incluso, están debatiendo si mudarse a vivir juntos. A mí me parece una locura enorme, no llevan ni siquiera un mes y arriesgarse de esa manera me parece abrumador. Pero no le digo nada porque quizás ni siquiera tenga razón. Quizás a veces, seguir tus impulsos no está tan mal y, si la cosa se va al traste, pues al final solo tendrá que volver a empezar. Me dice que todos los días le prepara el almuerzo, porque él suele terminar las clases de kitesurf mucho antes de que ella salga de su trabajo y que cuando llega, se lo encuentra en la cocina con la mesa puesta. También me cuenta que siempre se pelean por

lo que van a ver en la tele. A ella le encantan los *realities* y él los detesta, pero al final siempre terminan reconciliándose. La freno antes de que me detalle los pormenores de su reconciliación, que comienzan a rozar lo pornográfico. Y termina contándome que la abuela Herminia últimamente la visita cada día, sobre todo cuando ella no está, dice que se le acopla en la mesa del comedor y se pasa media tarde haciéndole ojitos a Charles. Que es un bendito y la aguanta con una sonrisa de oreja a oreja y una paciencia de récord Guinness.

Aprovecho para regañarla por la pequeñita información que me ocultó. Lo de que la vieja andaba mejor que yo y que me hizo arrastrarla por medio pueblo en la silla de ruedas. Ella se ríe como loca y me suelta que eso fue cosa mía, que de su boca nunca salió que su abuela estaba impedida.

Y lo peor es que, si me remito a los datos que me dio, tiene razón, pero… ¿Y los que se calló la muy bruja?

Cuando terminamos de comer, pedimos dos cócteles, yo una piña colada y mi amiga un sex on the beach, muy descriptivos de nuestra situación actual. Mi amiga no para de tener sexo con un instructor acuático con el que estoy segura de que se habrá revolcado en la orilla de la playa y yo sigo igual de colada que cuando tenía quince años, pero con algunos horribles y repentinos desajustes. Decidimos llevarnos nuestras bebidas y tender nuestras toallas junto al mar. La brisa que nos golpea la cara resulta agradable, fresca, como si compensara la insistencia con la que nos penetran los rayos del sol.

—Oye, nunca te pregunté.

—¿El qué? —pregunta Desiré.

—¿Cómo comenzó exactamente lo de Charles?

—Ahhh, eso. —Sonríe de oreja a oreja—. Fue gracias a tu regalo de cumpleaños.

—Eso lo imaginé —digo encogiéndome de hombros—. Entiendo que sucedió todo en las dos clases que faltaban.

—Sí —afirma con una mueca divertida—. Utilicé tu misma táctica, pero mejorada.

—¿Qué táctica? —pregunto con la inocencia de nuevo pegada a mi lengua.

—La de volar —asevera orgullosa—. Dejé que la cometa me arrastrara como a ti, le grité que me cogiera con todas sus fuerzas simulando que entraba en pánico, y cuando me agarró, en lugar de decirle que tenía un gusanillo —se recochinea mirándome con picardía—, le dije que nunca me había sentido tan arropada y protegida por unos bíceps en una situación tan límite, y que, si me lo permitía, quería devolverle el favor. Eso último lo dije con el tono de voz que estás imaginándote.

La miro boquiabierta mientras ella levanta la cara con orgullo.

Será maldita.

No solo ha utilizado una de las escenas más vergonzosas de mi vida en su favor, sino que además se recochinea de haberlo hecho porque le ha funcionado. Y yo estoy sonrojándome de nuevo solo por haber recordado el fatídico momento en el que Markus se restregó con mi retaguardia.

—Terminamos en las dunas esa misma tarde.

Abro los ojos otros tres centímetros más, cualquiera diría que en cualquier momento se me salen de las órbitas.

—¿Qué? —ronronea Desiré—. Fue superexcitante. Deberías probarlo con don remilgado cuando vuelva a aparecer.

—¿Tener sexo en público? ¿Estás loca?

—No tiene que haber nadie, chica, veniros al anochecer.

La miro con una clara expresión de «se te está yendo la olla» mientras sorbo el cóctel con desaprobación. Sin embargo, muy a mi pesar, una imagen se cuela en mi subconsciente, imaginándome desnuda tras caer el sol en la playa, gimiendo con alguien que está ahí abajo, entre mis piernas, mientras miro al cielo y jadeo tanto que creo que mis pulmones se quedan sin aire. Y cuando siento que mi

cuerpo comienza a temblar y un hormigueo me recorre desde mis dedos de los pies hasta alcanzar todas mis terminaciones nerviosas, miro abajo y, ¡joder! ¡Maldita sea!

¡Lo que veo es una cabellera alborotada y rubia!

—¡Ehhh! Blanca, vuelve en ti —me llama Desiré, mientras un sudor frío comienza a agolparse en mi frente.

—Voy… —tartamudeo a duras penas— a… a bañarme.

Me tiro de cabeza al agua y me sumerjo varios minutos. Necesito que este calor que se me acaba de agolpar en el cuerpo desaparezca. Necesito que mi mente deje de ser tan calenturienta y vuelva a la normalidad, a la Blanca a la que le gusta el misionero y dentro de una cama. Nada de cosas pornográficas y mucho menos con él, con el diablo nórdico que me ha jodido la vida.

Pero, maldita sea, ni el agua consigue enfriarme la cabeza.

LA CÁMARA ACORAZADA



La sola idea de cruzármelo en la cocina, en el baño o en el maldito salón me provoca urticaria. No sé cuándo volverá de resolver los problemas que parecen haberle surgido en el negocio del dichoso hotel, pero lo que tengo claro es que regresará. Y yo no estaré aquí para comprobarlo. No quiero verlos juntos. Y, por supuesto, tampoco quiero verla a ella. Por eso, he metido cinco camisetas, tres bermudas, seis calzoncillos y un cepillo de dientes en la maleta y me he mudado a casa de Charles. Podría decir que soy su invitado, pero no sería del todo cierto porque ni siquiera le he pedido permiso. Cuando ha abierto la puerta, me ha encontrado con la maleta en la mano y el semblante de «no me hagas preguntas, por favor».

Soy su ocupa, el usurpador de su sofá, un cojín más junto a los tres que ya reposaban sobre él.

Llevo dos días sin levantarme de él, más que para ir a trabajar. Su estudio es tan pequeño que solo tiene una habitación con una cama de matrimonio y meterme ahí, consideré que ya era pasarme. Además, necesito cierta intimidad. No hablar con nadie y poder quedarme mirando las paredes blancas dos horas sin que nadie me diga que he perdido el juicio y que necesito urgentemente medicación.

Pensé que, en algún momento, Charles se largaría a casa de Desiré. Las semanas anteriores apenas salía de allí. Pero sorprendentemente esta semana parece que su minúsculo estudio le gusta tanto que no desea salir de él. A veces, lo pillo mirándome

como quien mira a un maldito cachorro abandonado. No sé qué cojones le pasa, pero comienza a enfurecerme. Es como si no me dijera lo que piensa, pero estuviera deseando hacerlo. O peor aún, como si la única razón para no hacerlo fuera que se estuviera conteniendo para no herirme.

Vaya gilipollez.

Llevo toda la vida aguantando situaciones de mierda con una puta sonrisa en la cara, sin venirme abajo, sin quebrarme. Así que esa actitud que tiene me toca las pelotas. Yo he decidido esto. Lo he elegido. Largarme después de pasar la noche con ella ha sido la mejor decisión que he tomado. Y lo sé, porque me gusta. Mucho.

Y ya no es solo porque está buena, y porque es lista y me agrada buscarle las cosquillas para que salga su lado respondón; hay algo más. Es la forma en la que sus ojos se iluminan cuando algo le gusta, el rubor que sigue sin poder disimular cuando le dicen algo que no es del todo apropiado. El modo en el que me curó el otro día cuando sentí que todo mi mundo se derrumbaba. La delicadeza con la que me abrazó y cómo consiguió que me abriera en canal.

¡Joder! Le conté mis malditas miserias. Mis putos trapos sucios. Esos que guardo como un jodido lobo herido.

Cuando me desperté y la sentí en mi pecho, por un segundo, bajé la guardia y me imaginé siendo todo lo que siempre he jurado no ser. Me vi envuelto en una relación, hablando de amor.

¡DE AMOR!

Yo que sé a ciencia cierta que esa palabra esconde en sus letras una maldición cruel, una debilidad. No, definitivamente, no lo quiero.

Ya llevo tres días instalado en casa de mi amigo. He pasado casi toda la mañana y la tarde en la clínica, me ofrecí a hacer horas extras y me he quedado casi once. Cuando he salido, me he dirigido a mi nuevo hogar con la idea de que Charles se hubiera ido a cenar con Desiré, pero cuando he abierto la puerta, estaba en la minúscula mesa del salón esperándome con pollo al curry para cenar.

En ese momento lo he sabido, se acabó su voto de silencio.

No hay escapatoria.

—Te hice uno de tus platos preferidos.

Lo miro con recelo, a él y al maldito pollo al curry que debe llevar más de una hora sobre la mesa porque Charles acaba de levantarse con la fuente en la mano para meterla en el horno y recalentarla. No tiene microondas, ni le cabe en el minúsculo mueble al que llamamos cocina. Asiento levemente con la cabeza y me dirijo a la otra silla que hay en la mesa.

—Compré vino —dice sirviéndose en su copa y alcanzando la mía —. ¿Qué tal el curro?

Lo miro con las cejas alzadas. Sé lo que está haciendo. Está allanando el terreno para lo que viene. Esto no es algo casual que se le haya ocurrido hace un par de horas. Esto lleva maquinándolo días.

—Bien, supongo.

No pienso bajar la guardia.

El horno pita y Charles lo abre. Se cubre las manos con dos trapos de cocina antes de coger el recipiente y acercarlo a la mesa. Coloca la fuente sobre un estandarte de metal, coge mi plato y me sirve con elegancia. Luego hace lo mismo con el de él. Cuando termina, se sienta y me observa unos segundos callado mientras mastico el primer bocado.

—Está buenísimo —no puedo evitar confesárselo con la boca aún llena de pollo.

—Gracias, lo hice siguiendo la receta de mi madre.

—Pues tienes que dármela —digo engullendo como loco el segundo bocado.

—Cuando quieras, aunque dudo que tú seas capaz de hacer algo comestible. —Ríe.

—¡Serás cabrón! —suelto divertido.

—Anda, la primera sonrisa en tres días —añade lanzándome la primera pullita.

Lo miro con apatía y él me devuelve una mirada de condescendencia que no me gusta ni un pelo.

—Venga, suéltalo de una maldita vez.

—La estás cagando.

Vuelvo a mirarlo, esta vez con cierta furia que no escondo.

—Te lo tengo que decir, Markus, porque te quiero y porque no voy a perdonarme el haberme callado, aunque sepa que no quieres escucharlo.

Lo contemplo impertérrito, nada de lo que tenga que decirme va a afectarme, ni mucho menos hacerme cambiar de opinión.

—Es la primera vez que te gusta alguien, la primera vez que has sido capaz de dejar por un momento el pasado atrás. Porque ese es tu problema, Markus, tu mierda de pasado. Pero te has empeñado en hacerlo tu presente. No es que no quieras una relación o que hayas elegido no amar, es que estás cagado. Te aterra abrirte a alguien y que ese alguien te pueda destruir como lo hizo tu padre con ella. Con tu madre.

—Te equivocas —digo tan frío como el hielo.

—No lo hago, y tú lo sabes.

Hace una de sus pausas. Las odio. Siempre lo hace. Se calla y me observa, intentando meterse en mi jodida cabeza, para luego proseguir con su sermón.

—¿Eres consciente de que esa chica te ha calado más hondo de lo que estás dispuesto a admitir y que por eso la has alejado?

—Eso es lo que tú dices —salto gallito—. Me gusta, claro que lo sé —admito en voz alta por primera vez, y sin entender por qué una presión se me cuela en el pecho. La ignoro y continúo—. Pero no la he alejado por miedo, sino por convicción.

—No, Markus. Has huido. En vez de luchar, has decidido rendirte y lo que no sabes —hace una breve pausa— es que te estás

perdiendo lo mejor de la vida. Confiar en alguien, levantarte cada mañana diciendo: «soy un puto afortunado porque la tengo a mi lado», aunque no sepa qué va a pasar mañana. Saber que soy capaz de hacer que uno de sus días malos se vuelva mejor solo por contarle algo gracioso, algo nuestro. Lo que tienes, Markus, se llama miedo.

Ahora mismo tengo ganas de darle un puñetazo, de decirle que se calle de una puta vez, de tirarle el pollo al curry a la cara y de largarme de su casa.

Pero ¿a dónde cojones voy a ir? ¡Joder!

¿Otra vez a mi apartamento?

Imposible, volver es aún peor.

Me levanto de la silla con los nudillos apretados por la rabia que ahora mismo me consume, mientras mi amigo vuelve a mirarme con condescendencia. Con pena. Y eso me enfada todavía más.

—Markus, no la tomes con el mensajero —emite con un tono afectuoso que me repatea—. Solo piénsalo y actúa. No te diría esto si no pensara que tienes posibilidades.

Se levanta, acerca su plato al fregadero mientras me dirige una fugaz mirada y se mete en su cuarto cerrando la puerta, dejándome con un cabreo enorme palpitándome por todo el cuerpo.

Pero ¿qué coño ha querido insinuar?

¡Yo no quiero una relación! Y no porque tenga miedo de ellas, yo lo he decidido. No es que no pueda, es que no quiero. Y no porque les tenga terror, es… es porque todo es una patraña, porque lo que llaman amor no es más que un proceso químico en el cerebro que se disuelve con el tiempo. Se acaba.

Siempre.

Parece que he metido la cabeza en un torbellino. Las ideas vienen y van, y mi humor se vuelve cada vez más oscuro. Me siento en el sofá, pongo la tele, la apago, la vuelvo a encender y estoy a punto de lanzar el mando contra la pared cuando caigo en la cuenta

de que no es mío. Tengo que relajarme, pero no puedo. Me levanto, cojo las llaves y salgo afuera. Me encamino hacia el paseo marítimo, y comienzo a caminar sin un rumbo fijo. Es tarde, debe ser más de la una de la madrugada, sin embargo, hay más gente de la que desearía. Casi todos parecen ir de fiesta. Me siento tentado a seguirlos, a meterme en un pub y beber hasta que termine con un coma etílico que me deje inconsciente. Pero no lo hago, sigo caminando y elijo algo peor.

De todas las malas decisiones que he ido tomando hasta ahora, esta puede que sea la peor con diferencia.

Cojo el móvil y busco su contacto.

Su voz pastosa me delata que estaba durmiendo.

—¿Markus?

—Sí, soy yo.

—¿Te ha pasado algo? —pregunta mi padre.

—Tú. Tú eres lo que me ha pasado —añado con un resentimiento voraz que me retumba en mis propios oídos.

—¿Dónde estás? Voy a buscarte y hablamos.

—Ohh, ¿ahora te preocupas por mí?

Tarda unos segundos en contestar.

—Dime dónde estás.

—Frente a la plaza de toros.

La llamada se cuelga y me quedo con todos los demonios del maldito infierno acribillándome el cuerpo y los pensamientos. Como venga, no sé de lo que seré capaz. Llevo toda la vida deseando partirle la cara. Anhelando verlo sufrir de todas las maneras posibles. Lo he intentado, sabe Dios que lo he intentado, pero no puedo. Es imposible que lo perdone, que olvide. Que haga borrón y cuenta nueva, como si así se deshiciera todo el daño, todo el sufrimiento que le ha hecho pasar a mi madre.

Cuando lo veo a lo lejos, comienzo a dar zancadas hacia él. Voy a pegarle, a dejarle un ojo morado. Que sepa lo que es tener que ir al maldito hospital al menos una vez en su vida. Con eso me conformaré, aunque se merezca no salir de él. Como yo de niño, que prácticamente viví en él por mi madre.

—¿Estás bien? —pregunta haciéndose el preocupado.

—¡Cómo cojones voy a estar bien! —le chillo fuera de mí.

—Tranquilízate, Markus ¿Es por tu madre? ¿Por qué se ha intentado suicidar de nuevo?

Y entonces todo se paraliza a mi alrededor. El mundo se queda en pausa y mi cabeza explota.

¡¿Cómo cojones sabe él eso?!

Mis ojos se inyectan en sangre y mi semblante se desencaja aún más.

—Para, Markus. No es lo que crees —dice cuando nota que voy directo hacia él con los puños apretados.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has tenido algo que ver? —el tono de mi voz es afilado, peligroso.

—Ella me llamó.

Parpadeo. Demasiadas veces. Frenándome en seco sin saber de qué coño va todo esto

—Siéntate, Markus —señala la grada, mientras él toma asiento.

No lo hago. Me quedo de pie. Quizás sea por contradecirlo o porque simplemente las piernas han dejado de funcionarme.

—Está bien —agrega, aclarándose la garganta—. Tu madre me llamó unos meses antes de que vinieras, justo cuando estabas preparándolo todo para venirte con Charles.

Lo miro con desconfianza, esperando ver que miente descaradamente. Pero me sorprende con una mirada limpia, que me pone los pelos de punta.

—Estaba preocupada por ti. Que vinieras aquí, Markus, no fue una coincidencia.

—¿Cómo? Sí que lo fue, vine porque Charles eligió este puto pueblo para comenzar su sueño.

Mi padre tuerce una sonrisa, se frota las rodillas con las manos como si se preparara para soltar una bomba y me sostiene la mirada con pesar.

Otra vez esa puta mirada de condescendencia.

—Tu madre oyó a Charles decir que iba a marcharse de Noruega para emprender su negocio en Fuerteventura o Portugal, estaba estudiando qué lugar sería más acertado para hacerlo. Y entonces, se le ocurrió la idea. Lo convenció. Tarifa era el lugar idóneo para que Charles comenzara, tenía todo lo que él necesitaba, un clima propicio durante todo el año, turismo suficiente como para procurarse clientes y, de paso, ayudarte. Tu madre sabía que cuando él te nombrara el pueblo al que había decidido ir, lo tomarías como una señal, y ella haría el resto, alentándote, dándote el empujoncito final.

No puedo creer lo que está diciéndome. No tiene sentido. De su bocaza no salen más que mentiras.

Mi mandíbula está cada vez más tensa, los dientes comienzan a chirriarme y él continúa hablando:

—Cuando me llamó, abordamos por primera vez la conversación que nunca nos atrevimos a tener —añade, bajando la vista a sus pies—. Éramos jóvenes, y yo era un imbécil —confiesa con la voz tomada—. Lo nuestro fue un flechazo, la vi y me quedé prendado de ella, pero, como sabes, yo no estaba soltero, tenía una relación aquí en España, estaba casado.

—Todo esto lo sé —respondo tajante—. Le estuviste mintiendo todo el tiempo, le ocultaste que estabas casado —digo con toda la inquina que hay en mi ser.

—No lo hice, Markus, ella lo sabía. Aunque no te lo haya contado.

—¿Y debo creerte a ti? A ti, que no has hecho en tu puta vida nada más que mentir.

Mi padre baja la vista, abatido.

—Es simplemente la verdad, Markus. Eso, y —titubea, no está seguro de si debe continuar— cuando llegaste, eras un bebé inquieto que no paraba de llorar, ella te adoraba a la par que le venías grande. Nuestras discusiones comenzaron a ser cada vez más fuertes, más descontroladas. Para ella el problema era yo y mi doble vida, esa que antes había aceptado y que ahora la atormentaba —hace una pausa intentando recomponerse, tiene los ojos acuosos y enrojecidos—. La sacaba de quicio que te cogiera, que te durmieras en mis brazos, que te calmara cuando ella no era capaz de hacerlo. Un día en una pelea me lanzó la tostadora a la cabeza, la esquivé por los pelos y decidí que tenía que elegir. Te cogí en brazos y le dije que me iba, que nos íbamos. Y entonces se puso a llorar como una loca y me amenazó con quitarse la vida si te llevaba conmigo. Me prometió que te cuidaría —añade con la voz entrecortada y las lágrimas amenazando con salir, frotándose las sienes con desesperación—. Te dejé allí. Te abandoné, sabiendo que no estaba en condiciones de cuidarte.

Continué con mi relación e hice como si aquello no hubiera sucedido, como si tu madre y tú solo hubierais sido un paréntesis en mi vida, algo a lo que, si no volvía a prestar atención, ni siquiera habría ocurrido.

Pero me duró poco porque el remordimiento llegó pronto y, de alguna manera, arrastró también a mi familia, mi comportamiento cambió, con Iker y con mi mujer. Estuve presente en cuerpo con ellos, pero mentalmente tu sombra y la de tu madre permanecieron devorándome cada noche.

—Huiste —digo con contundencia.

—Sí.

—La abandonaste sabiendo que necesitaba ayuda, que estaba enferma.

—Sí —vuelve a reconocer con dos lágrimas descendiendo por sus mejillas.

—Intentó quitarse la vida. ¿Sabes lo que es descubrir eso con cinco años? ¿Sabes cuántas veces viví en un hospital porque era incapaz de levantarse de la cama?

Agacha la cabeza y asiente.

—Ella te odia. Fuiste tú el que le causaste eso. La enfermaste —le escupo con un resentimiento tan venenoso que se me incrusta en la garganta—. Nunca te llamaría, nunca contactaría contigo, porque tú has sido su maldita perdición. ¡Puto egoísta, egocéntrico! —grito fuera de mis casillas, mientras mi padre intenta mantener la calma.

—Lo hizo, Markus. Me llamó. —Toma aire como si intentara encontrar las palabras adecuadas—. Tu madre llevaba meses pensando cómo sacarte de ese bucle en el que estás metido. Decía que necesitabas aire, una vida nueva y, sobre todo, una excusa que no pareciera una excusa, y sabía que, si te pedía directamente que te marcharas, no lo harías —añade con una ternura en la voz que me acribilla por dentro.

Sigo observándolo con todos mis músculos tensos.

—Lo hizo porque te ama por encima de todas las cosas y piensa que, por su culpa, por todo el odio y el rechazo que depositó en mí por abandonaros, te creó un vacío enorme con el que convives. Y del que de alguna forma no eres capaz de salir. Ella pensaba que hablar conmigo te haría avanzar, que no necesitabas perdonarme, solo dejarme atrás. Yo no supe ser el hombre que debí ser y me arrepiento todos los días de ello, pero ni tu madre ni yo queremos que nuestros errores condicionen para siempre tu futuro, Markus. Necesitas quitarte la maldita cámara acorazada que te hemos creado aquí —dice emocionado tocándome el pecho—. Necesitas saber que puedes ser feliz con alguien, que nuestras mierdas no tienen por qué repetirse.

—¿Y por qué si estuvieras diciéndome la verdad, ella habría intentado volver a quitarse la vida? —añado con asco.

—Porque no está bien, Markus, lleva años lidiando con algo más que con mis fantasmas. Tu madre sufre una enfermedad mental tan severa que a veces no es capaz de ver todo lo bueno que tiene delante de sus ojos. Y no es culpa de ella, ni mucho menos tuya. Y llegados a este punto… ni siquiera creo que toda la culpa sea mía.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis retinas, intento mantenerlas y que no desciendan, pero la gravedad se empeña en hacer su trabajo. No estoy seguro de qué siento exactamente, si lo odio, si necesito golpearlo o seguir culpándolo. Pero lo cierto es que estoy cansado, llevo cargando con el peso del resentimiento casi toda mi vida, y por primera vez, pienso que no tiene sentido, que llevo anclado a sus malas decisiones mucho tiempo. Y que quizás mi madre, con su enorme gesto de generosidad, tiene razón.

No vale la pena seguir así.

Ella ha sido capaz de comerse su orgullo y llamarlo solo por amor. Amor hacia mí. Así que quizás exista, quizás el amor no sea solo una reacción química, quizás haya algo más, algo a lo que agarrarse para ser mejor persona, algo que yo no repetiré porque no soy él.

Yo ya vi sus consecuencias y aprendí de sus errores.

Yo seré mejor amigo, pareja y mejor padre.

CONTANDO LAS HORAS



Blanca

No recordaba haber traído tantas cosas. Si no fuera porque es imposible, diría que mi equipaje se ha multiplicado. He doblado todas las faldas, camisetas y vestidos como siempre lo hago, con ese método infalible en el que el orden es el mejor aliado y, aun así, no caben. Me quedan algunas prendas más que meter, más el portátil, la toalla y las planchas del pelo. No lo entiendo, parece que necesito otra maleta. Empiezo a desesperarme. Es como si hubiera perdido todas mis facultades en un mísero mes. Por un momento se me pasa por la cabeza ir al chino a comprar otra maleta, pero lo descarto al instante. Si todo esto vino así de Madrid, juro que va a volver de la misma forma. Comienzo a sacar de nuevo las prendas, esta vez con un poquito de impaciencia. Luego, lo vuelvo a colocar todo sobre la cama, ordenándolo por tipos y tamaños. Cuando lo tengo todo fuera, comienzo de nuevo.

A la media hora estoy sudando a chorros mientras maldigo mi mala suerte.

Mañana regreso a casa. En un día estaré de nuevo paseando por las calles de la capital, dejando atrás este convulso mes. En dos, estaré de nuevo en mi pequeño despacho analizando los riesgos de los mercados bursátiles. Una leve sonrisa se dibuja en mi cara. Tengo ganas de volver. Entre estas paredes soy incapaz de dejar de darle vueltas a todo.

Siento como si otra vez hubiera perdido algo que nunca llegué a tener. Es como si el caprichoso destino me dijera: «Iker, no es para ti, ¿no ves que por mucho que lo intentes siempre vuelves a la

casilla de salida?». Aunque esta vez, te has puesto allí tú sola. Lo que hiciste no tiene nombre.

Al final termino rindiéndome y salgo a comprar una dichosa maleta. Me cobran cincuenta euros por algo que no debe costar ni treinta, y los pago con resignación. No estoy dispuesta a volver a empezar.

Empaco las últimas cosas y, cuando lo tengo todo listo, llamo a Desiré. Le he prometido que comeremos juntas. También nos acompañará Charles.

—Tengo una última travesía en media hora, vente —me suplica Desiré.

—No creo que llegue a tiempo, tengo que cruzar medio pueblo.

—Convenceré al capitán para que te espere. Hoy es Manolo, y ese hace cualquier cosa que yo le pida.

—¡Anda, mira! Por fin me entero de a quién iba dirigido tu codazo. —Río.

—¿Vendrás? Seguro que vemos delfines, te despedirás por todo lo alto.

—Venga, cojo el bolso y salgo.

Mi amiga aplaude alegre mientras la oigo gritar que hasta que su amiga no llegue, que ni se le ocurra zarpar. Distingo una voz que con zalamería le responde que lo que ordene su musa se hará. Pongo los ojos en blanco antes de colgar y salir con brío, son capaces de hacer esperar al grupo dos horas como yo no llegue.

Dejo atrás el apartamento y recorro el paseo marítimo hasta llegar al puerto. Allí oteo rápidamente el muelle hasta que diviso la embarcación. Cuando pongo el primer pie en él, mi amiga grita que acaba de llegar el pasajero especial y que ya podemos zarpar. Me dan ganas de estrangularla cuando todos dirigen su vista hacia mí. Les he hecho perder quince minutos.

Pequeñas gotas de mar me salpican en la cara mientras cierro los párpados y disfruto de la sensación. Navegar siempre me calma. Los

abro solo cuando escucho el murmullo de felicidad de la gente. Hemos tenido suerte, los delfines parecen haber salido a nuestro encuentro. Es maravilloso verlos saltar libres, felices. Desiré se coloca a mi lado y pasa su brazo por mi hombro con ternura.

—Gracias por venir, ha sido maravilloso tenerte todo un mes a mi lado —me susurra con cariño.

La abrazo como respuesta. Estoy un poco tontona por todo, y ella lo sabe. Me conoce demasiado bien.

Cuando llegamos a casa de Desiré, Charles ya tiene preparada la lasaña vegetal, así que nos acomodamos en la mesa.

—¿De verdad tienes que irte? —Arruga el labio Desiré.

—Sí —contesto sin disimular que estoy deseándolo.

—Unos días más…

—Ni muerta —rezongo—. Ya he tenido suficiente.

—No seas tan drástica, fijo que las cosas dan un giro inesperado.

La miro de reojo. Espero que sea una forma de hablar y que no esté metiendo las narices donde no le llaman. Ella es muy de intentar mover los hilos para conseguir darle la vuelta a la tortilla.

—No habrás hecho nada, ¿no? —tanteo temerosa.

—No. No. Te lo prometo. Te dije que iba a mantenerme al margen y lo he hecho. No he llamado a ninguno de los dos.

Arrugo el entrecejo intentando dilucidar si dice la verdad. Parece que sí, que por una vez se ha quedado quietecita, aunque nunca se puede estar segura del todo con ella.

—Aunque, si supiera algo, ¿querrías saberlo? —pregunta, posando levemente sus ojos sobre Charles.

Niego fervientemente con la cabeza.

—Se acabó, no más. Solo quiero volver a mi vida normal.

Mi amiga suspira, y veo que Charles le dedica una mirada de reprobación. Esos dos han estado hablando de algo que yo no quiero saber, y a juzgar por la pregunta y por cómo Charles la

observa, diría que está intentando que mantenga la boca cerrada, tal y como le he pedido. Mi amiga lucha unos segundos más en su asiento hasta que parece entrar en razón.

El resto de la cena la pasamos charlando de cuando nos disfrazamos de Mortadelo y Filemón, porque a Desiré le habían comprado los cómics y estaba tan enganchada a ellos que se empeñó en ir con semejante atuendo. También hablamos de la abuela Herminia, de cómo le iba a Charles el negocio y de hacer los tres juntos un viaje por Sudamérica.

Cuando llega la hora de despedirnos, Desiré no quiere soltarme. Está más de diez minutos abrazándome con tanta fuerza que casi me mareo. Luego empieza a besuquearme los mofletes como loca y me hace prometerle que volveré en cuanto pueda.

Le ofrezco mi pequeña habitación en Madrid para que me visite y eso la hace explotar de alegría. Me promete que en unos meses subirá a verme.

Charles se ofrece a llevarme a casa, pero le digo que prefiero caminar.

Al llegar al apartamento, un extraño vacío se acomoda en mi pecho. Me tumbo en el sofá y busco una película de acción, necesito ver tiros, persecuciones y explosiones que me alejen el picor que comienzo a sentir en los ojos.

Media hora después, el timbre suena.

Doy un pequeño brinco del sofá, el corazón me late frenético, tanto que puedo notar perfectamente los golpes en mi pecho. Dos enormes zancadas me hacen recorrer la mitad del pasillo, pero luego me freno en seco.

¿Quién estará detrás de mi puerta?

A estas horas solo existen dos posibilidades, y por mucho que me pese, ni siquiera estoy segura de a quién quiero ver realmente.

¡Maldita sea! Llevo días así, enfadada, frustrada, agobiada. Por eso quiero volver. Ya ni siquiera estoy convencida de lo que realmente siento. Que hayan terminado rechazándome los dos ha

acabado no siendo mi principal problema, porque lo que de verdad me desestabiliza y me quita el sueño es no saber hacia dónde apuntan mis sentimientos.

¿Si esa noche no me hubiera cruzado con Markus habría elegido a Iker?

¿Si Markus hubiera decidido quedarse, hubiera olvidado a Iker?

Aunque, ¿qué importa ya? Quizás la única respuesta se encuentra ahora mismo tras mi puerta.

Si sentía algo por los dos y, después de rechazarme ambos, solo uno ha sido incapaz de marcharse del todo, ¿no significa eso algo?

Quiero creer que sí.

Acorto el resto de distancia que me separa de la puerta, evitando mirar por la mirilla, aunque la curiosidad me carcome por dentro. Inspiro con fuerza y, con toda la valentía y decisión que logro reunir, abro. Mis ojos tardan unos segundos en acomodarse y enviar la imagen que tengo ante mí a mi cerebro.

Tan increíblemente guapo como siempre, con esa mirada nítida y esa pose distinguida, Iker.

—Hola —me saluda casi en un susurro.

Una tímida sonrisa se me escapa y va haciéndose cada vez más amplia. No quiero precipitarme, ni hacerme falsas esperanzas, pero que esté aquí es una buena señal.

—Hola —digo tan bajito como si tarareara los coros de una canción melosa.

—¿Puedo pasar?

Estoy tan nerviosa que no me salen las palabras, así que me aparto y él cruza mi rellano.

¡Joder huele a mango!

Camina hacia la barra de mi cocina sin esperarme. Cuando llega, aparta uno de los taburetes altos, se sienta y desliza sus ojos hacia los míos. Un nudo enorme se me forma en la garganta. No quiero

subir las manos a la barra, ni apartar el otro taburete porque no estoy segura de sí se me escurrirá de las manos, que ahora mismo me sudan horrores, y lo tiraré al suelo. Necesito serenarme, pero mirándome tal como lo está haciendo es difícil. Hay una mezcla de contrariedad en su rostro, unida a algo más. Permanezco de pie, frente a él, con mis manos a ambos costados y la incerteza recubriendo mis labios, secándolos.

—¡Joder, Blanca! Le he dado mil vueltas a esto —dice llevándose una mano a su frente—. Tú no haces esas cosas —titubea— o al menos no las hacías —se autocorrige.

—¿Te refieres a…? —no logro terminar, porque las palabras se me atragantan.

—Tener un rollo —completa—. A ver, ¡joder! No me malinterpretes, no ha sonado —carraspea confuso—. No digo que esté mal, ni que yo nunca haya tenido un lío —vuelve a carraspear —. Lo que intento decir es que la Blanca que yo conocía no hacía esas cosas sin que hubiera un sentimiento detrás.

Y lo que acaba de decirme me atraviesa como si fuera una maldita daga. Hubiera preferido mil veces que me hubiera dicho que era una chica fácil, porque esto, esto me hace no saber qué cojones contestarle. Ni yo misma sé quién soy en estos momentos. Mis labios se fruncen ante la impotencia enorme que siento. Él centra en mí sus ojos grises buscando la respuesta, pero no la obtiene.

—Blanca, lo que me preocupa es no saber si te gustaría que comenzáramos algo, porque cuando estamos juntos noto que sí, pero… me tienes descolocado —suelta de golpe todo el aire.

Cierro los párpados unos segundos, y con la mano temblorosa retiro la silla y tomo asiento, esperando que las palabras comiencen a salir solas, sin pensar. Ansío que mi instinto tome el mando, porque mi razón hace tiempo que se dio a la fuga.

—Yo… yo llevo enamorada de ti desde los cinco años —confieso por sorpresa, como si ni yo misma me esperara decir eso.

Sus comisuras se alzan lentamente hasta dibujar una enorme curva en su rostro.

—Lo sé.

Mi corazón se detiene en seco al oírlo.

—¿Lo sabías? —repito confusa, bloqueada.

—Tardé unos años en darme cuenta —explica con cierto pesar en la mirada—. No supe interpretar bien las señales, supongo. Pero, cuando comencé a salir con aquella chica, te noté muy extraña, te apartaste de pronto, sentí que no querías tenerme cerca y le pregunté a Desiré.

—¿Y ella te lo contó?

—No de primeras, pero insistí tanto que terminó confesándomelo y pidiéndome que me alejara de ti porque te hacía mal.

Bajo la vista avergonzada, mientras mis mejillas adquieren ese tono que siempre me delata. Que él lo supiera se me hace doloroso. Es como si una parte de mí se sintiera humillada. Es un sentimiento extraño, ilógico, pero está ahí gritándome que nunca me vio lo suficientemente buena para él, aun sabiendo lo que lo quería.

Mi atención sigue clavada en el suelo, como si encontrara cierto sosiego en no enfrentar la abrumadora verdad que él carga en su expresión. Advierto cómo sus piernas se alzan y sus pies rodean la encimera hasta llegar a mí. Continúo sin poder levantar la cabeza; mi vista permanece fija en sus lustrosos zapatos. Son unos mocasines marrones.

Su mano sostiene con delicadeza mi barbilla, subiéndola, provocando que nuestras miradas se encuentren.

—Blanca, lo siento. No fui capaz de verte como tú deseabas hace años, pero ahora aquí me tienes, rogándote que dejemos atrás el pasado para que me des una oportunidad. —Su tono reviste cierta súplica y eso hace que la sangre se me caliente—. Iremos poco a poco si es lo que necesitas —propone con un anhelo distinguido en la voz.

Asiento con la cabeza levemente, sin ser capaz de ordenar los miles de sentimientos que ahora mismo me recorren. Él, ante mi gesto, entrelaza sus dedos con los míos y se enjuga levemente los labios, acaparando toda mi atención. Una parte de mí desea sentirlos acariciando los míos, otra está tan descolocada que no logra aclararse.

—Blanca —masculla con un tono muy varonil.

—¿Sí? —respondo con la voz tomada.

—Me muero por besarte ahora mismo, pero cumplo mis promesas, y te acabo de prometer que iremos despacio.

Trago saliva con dificultad.

—Quiero que seas tú la que lo hagas, cuando estés preparada. ¿Me oyes? Esta vez, soy yo el que va a esperarte todo el tiempo que haga falta.

¡Joder!

El corazón me palpita tan fuerte que temo que se me salga por la boca y mi pecho sube y baja acelerado, pero aun así no soy capaz de acortar los centímetros que nos separan. Quizás sea por orgullo, o porque una parte de mí piensa que ahora le toca a él esperar, o porque hacernos esperar hará más grandioso el instante en el que suceda. Quizás el deseo reprimido es lo que lo engrandezca todo, o quizás es porque ahora mismo ni siquiera yo me entiendo.

—Acompáñame a la puerta —sugiere sin soltar mi mano.

Ya en la calle, sus dedos abandonan los míos, se acerca y me da un casto beso en la mejilla.

—¿Me llevarás de vuelta contigo a Madrid mañana?

—¿Quieres venir de copiloto? —pregunto con la voz todavía temblona.

—Me encantaría.

—¿A las diez de la mañana te viene bien?

—Ya estoy contando las horas para volverte a ver.

Una estúpida sonrisa se postra en mi cara mientras lo veo entrar en su apartamento.

Blanca, esto no te lo esperabas ni en tus mejores sueños. Parpadea.

EL HOMBRE PERFECTO



Blanca

He mirado el reloj en los últimos diez minutos más de veinte veces. Son las diez menos cuarto, lo que significa que en un cuarto de hora comenzarán las siete horas y algo que pasaré junto a Iker. No sé por qué, pero ahora mismo me parecen demasiadas. No hemos pasado tanto tiempo juntos en estos escasos días que hemos compartido, y comienzan a preocuparme cosas como que no sé si conseguiré llenar los silencios, si pensará que conduzco fatal o si mi música le parecerá horrible. Quizás es que me está dando un ataque de ansiedad o que me estoy volviendo completamente loca. Dirijo un último vistazo al apartamento, cerciorándome de que está todo en orden. Lo he recogido todo, lo he limpiado y he vaciado la nevera para que todo quede tal y como cuando llegué. Me cepillo una última vez el pelo con las manos antes de coger las maletas mientras me miro en el espejo y me infundo valor. Cuando salgo, lo veo ya esperándome junto a su equipaje.

—Te ayudo —se ofrece galante, cogiendo dos de mis maletas.

—Gracias —respondo siguiéndole.

No puedo evitar que, por unas décimas de segundo, mis ojos abandonen su espalda y se cuelen indiscretos por su ventana, como si esperasen algo que ni ellos mismos supieran descifrar. Estoy bajando el segundo escalón con las dos maletas que llevo, cuando Iker se vuelve y las agarra para soportar su peso.

—Gracias —repito de nuevo.

—Encantado —dice guiñándome un ojo con deferencia.

Mis maletas ocupan todo el maletero, así que las suyas las colocamos sobre los asientos traseros. Nos subimos al coche y mi mirada recorre la calle como si buscase algo inesperado, pero lo único que veo es el devenir normal de un fin de semana de verano. Coches buscando aparcamiento, gente dirigiéndose a la playa y un sol que comienza a ser implacable.

Pongo el intermitente y le doy volumen a la radio. Miro de reojo a mi acompañante, que me regala una encantadora sonrisa, meto primera y comienzo a circular, dejando atrás todas las historias que acumulé en mis veranos anteriores. Porque, hoy, la que vuelve a Madrid es sin duda una Blanca diferente. Hoy se comienza a reescribir mi historia, con la salvedad de que quizás lo que planifiqué ya no es del todo igual, aunque todavía ni siquiera yo sea consciente aún.

Cuando me doy cuenta, estoy entrando en la capital. Al comienzo me notaba un poco nerviosa, incluso observada, pero poco a poco me he ido sintiendo más cómoda a su lado. Iker ha estado hablándome de su trabajo, de sus anteriores relaciones, de su madre y de un sinfín de cosas más. También ha aprovechado para preguntarme sobre las series que me gustan, qué hago en mis ratos libres y cómo se llaman mis mejores amigas. Creo que quiere utilizar toda esa información en su beneficio porque, antes de bajarse en su casa, me ha propuesto que veamos juntos *Friends* mañana por la noche. Ha insinuado que su piso sería la mejor opción por aquello de no incomodar a mis amigas y dejarles a ellas el salón. No he querido desvelarle que esta semana tengo el piso para mí sola, porque ellas están en Italia.

Y, cómo no, le he dicho que sí.

Se me hace extraño estar de nuevo en mi habitación. Es como si sintiera que han pasado años luz y no un mísero mes. Quizás también tenga que ver con que ellas no están. Es imposible tener todo este espacio para mí sola normalmente. Hasta casi estoy echando de menos tener cistitis de nuevo para usar el baño a mi antojo y no salir de él, ahora que es todo mío. Y, joder, un maldito

pensamiento me lleva al otro y me recuerdo en la consulta desnuda con las piernas y las manos dislocadas bajo la atenta e incitadora mirada de Markus. Un pequeño escalofrío me estremece, erizándome la piel. No entiendo por qué, si aquí hace un calor insoportable. Madrid en este instante es el maldito infierno.

¡Joder, otra vez acabo de recordar su dichoso careto!

Después de decir tantas veces que era el mismísimo demonio, la asociación mental estaba servida. Debe ser el calor sofocante. Los treinta y nueve grados están cociéndome el cerebro.

Es eso, seguro.

Me voy a la cocina, abro el frigorífico y me vierto un vaso de leche fresquita, saco el bote de Cola Cao, le echo tres cucharadas bien cargadas y lo remuevo con brío, intentando que el frescor del líquido me aplaque de una vez. El sonido de varios WhatsApp resuena en mi móvil. Voy hacia el salón para cogerlo con un pellizco en el estómago. Abro rápidamente la aplicación y compruebo que es Iker.

Ya tengo ganas de tenerte aquí al lado.

Lo siguiente es una foto de él en su sofá con la tele de fondo.

Me fijo en ella con minuciosidad. Su salón parece enorme y la decoración es muy masculina, clásica, de tonos oscuros y sobrios. Le representa bastante. No es como otros pisos de hombres en los que se ve a leguas la mano de una mujer detrás de cada elección del mobiliario. Si sus antiguas parejas estuvieron ahí, debieron llevárselo todo con ellas, porque no hay ni rastro de nada que tenga cierta sensación personal o algún atisbo colorido que desentone con la impoluta corrección que lo abarca todo. Me imagino allí sentada y la sensación que me recubre la piel es de seguridad, como si con él pudiera estar serena, confiada con lo que podemos llegar a ser juntos.

Es lo que siempre he buscado. Alguien que me complemente, que sea como yo, que siga el mismo patrón que yo diseñé desde

niña.

Acabo de llamar a su timbre y me siento un poco desubicada, como si no me terminara de creer que estoy aquí. La puerta se abre y tengo que alzar los ojos para encontrarme con sus iris que se expanden nada más verme. Está guapísimo, tanto que me obliga a recordarme que debo respirar. Lleva el pelo con un poco de fijador, domando las puntas para que no luzcan rebeldes, un pantalón del mismo tejido y tono que la camisa, que diría que no la ha comprado en ninguna tienda de Inditex. Me detengo un segundo en el pequeño dibujo que luce en la parte superior de ella y corroboro que es de Adolfo Domínguez. Una desbordante sonrisa acompaña el resto de su *look*.

—Estás preciosa —adula, deteniendo su atención en mi vestido.

Le he dado tres vueltas a mi armario hasta decidirme por él. Es ajustado, pero no demasiado corto, la tela casi llega a mis rodillas. Es negro, sencillo y discreto. No quería que fuera demasiado llamativo, ahora que sé que la que va a marcar los tiempos de nuestra relación voy a ser yo.

—Pasa —me invita dándome al entrar un casto beso en la mejilla —. ¿Te apetece ver el piso?

—¡Claro!

—Pues vamos —me invita posando su mano derecha en la parte baja de mi espalda mientras me guía—. Este es el salón.

—Es enorme —exclamo haciéndome la sorprendida.

Lo cierto es que ya lo había visto. Me sé al dedillo todo su Instagram, y este espacio salía en varias fotos. Es increíble, puede que su salón abarque todo mi piso entero. Repaso con la mirada los detalles que no era capaz de apreciar en sus fotos. Tiene varios cuadros de pintores famosos, son réplicas bastante buenas, una alfombra enorme de un tono azul que le da mucho carácter a la habitación, pero sobre todo lo que más llama mi atención son las enormes estanterías lacadas en negro repletas de libros. Podría pasar aquí semanas sentada en el mullido butacón que tiene al lado.

—¿Te gustan?

—Mataría por tener algo así.

Una curva muy sutil y tierna se dibuja en su rostro.

—No creo que tengas que hacerlo —susurra comedido—. Es toda tuya si la quieres.

Un pequeño rubor enciende mis mejillas, dirijo la vista hacia los libros y me acerco hasta alcanzar uno de ellos. *El lazarillo de Tormes*. Lo devuelvo a la estantería y continúo leyendo los títulos de los cantos de los libros. *Don Quijote de la Mancha*, *Cien años de soledad*, *La Odisea*, todos son clásicos. La mayoría los he leído, aunque debo reconocer que no es mi estilo preferido, aunque tampoco esperaba encontrar en su estantería romance contemporáneo. No me lo imagino leyendo esas historias y, además, las tonalidades de sus portadas: rosas, celestes, amarillas pastel… desentonarían demasiado en su fino salón. Sería casi un sacrilegio.

—¿Quieres ver el resto?

Asiento ilusionada. Estoy muerta de curiosidad por ver si todo lo demás sigue la misma línea de elegancia.

—Esta es la cocina.

—¿Todo esto es para ti solo? ¿No la compartes con cuatro vecinos más? —pregunto desplegando a más no poder mis pestañas.

Una isla azul oscura aparece en mitad del habitáculo, tiene cuatro fuegos, una pila más grande que mi ducha y una encimera marmolada en la que pueden comer tranquilamente más de cinco personas. Al fondo, la pared está forrada de muebles del mismo color.

—No es tan grande.

Me vuelvo cruzándome de brazos con gesto insolente.

—Recuérdame que nunca te invite a ver mi piso.

Una potente risa se escapa de su garganta.

—Espero que no lo digas en serio. —Alza sus cejas divertido—. Estoy deseando que me invites.

—Pues ve olvidándolo —replico con media sonrisa.

—¿Seguimos o estás odiándome demasiado?

—Seguimos. Te odio, pero necesito ver el resto.

Me enseña el cuarto de invitados, un aseo, otra habitación en la que tiene un despacho y, por último, su habitación. Ahí el aire se me agolpa en los pulmones. No sé si es porque percibo su aliento en mi nuca, porque noto la electricidad en sus ojos o porque mi mente ha comenzado a divagar. Tan solo sé que abandono la habitación antes de llegar a descubrirlo.

—Vamos al sofá, la comida estará a punto de llegar.

—¿De llegar? —Arqueo una ceja—. ¿Tanta cocina para nada?

Levanta las manos divertido en señal de rendición.

—Pillado —sisea—. No es una de mis mejores virtudes. Además, me apetecía cenar sushi. Es del mejor restaurante de Madrid —alardea.

Estoy a punto de decirle que no me gusta el sushi, que lo detesto. Lo probé hace unos años y corroboré que lo del pescado crudo no era para mí. Por mucho que esté de moda y la gente lo ensalce, a mí me parece que no tiene ninguna gracia. Termino mordiéndome la lengua, no quiero incomodarlo.

Nos acomodamos en su enorme sofá de siete plazas, estamos próximos, pero no tanto como para que nuestros cuerpos se rocen. Me miro las rodillas fijamente cuando percibo que su mirada gris se centra en mí segundos antes de que atrape el mando y encienda la televisión.

—¿Quieres que ponga ya la serie? ¿O prefieres verla después de cenar?

El timbre interrumpe mi respuesta.

—Ahora vengo.

EL IDIOTA



Llevo varios días con una sensación agolpándoseme en el pecho tan amarga como extraña, que inexplicablemente me ancla al sofá de Charles. Se lo he achacado a los dos enormes contratiempos que he sufrido recientemente. El nuevo intento de suicidio de mi madre, que gracias a Dios se quedó en solo eso, otro intento. Está mucho mejor, he podido incluso hablar con ella, aunque sin desvelarle que sé que está en el hospital. Sabe disimular bastante bien, por cierto. Porque antes de que pudiera decirle algo, ha justificado los incesantes pitidos y los ajetreados ruidos que resonaban de fondo en la llamada con la excusa de que estaba en un atasco.

Y la horrible charla que tuve con mi padre.

Hoy he llamado al trabajo y he solicitado unos días libres, no creo que sea capaz de atender a mis pacientes en este estado tan, llamémoslo, ausente. Mi jefa me ha respondido que no hay problema, supongo que porque la última semana hice más horas extras que el Papa. Así que aquí estoy en gayumbos, sin camiseta, con el pelo como un nido de pájaros, ni siquiera me parecería extraño encontrarme algunas ramas en él después de no pasarme el peine durante una semana, haciendo *zapping*. No me detengo más de cinco minutos en ningún canal. Todo me parece gris, aburrido, carente de sentido.

—¿Piensas ir así a trabajar? —se queda mirándome con gesto serio Charles, que acaba de verme tras salir de su habitación.

—No me encuentro bien, hoy me quedo aquí.

Me mira ceñudo, examinándome con detenimiento.

—¿Qué te duele exactamente?

—La cabeza y el estómago —respondo rápido, intentando que me crea y me deje en paz.

—Esos síntomas no tienen nada que ver el uno con el otro.

—¿Acaso has estudiado medicina? —ironizo con seguridad, dejando entrever que el que se sacó la carrera de medicina soy yo.

—No hace falta —zanja, cruzándose de brazos—. Sé perfectamente lo que te pasa —arremete.

Volteo los ojos unos segundos y vuelvo a intentar cambiar de canal, pero el enorme cuerpo de Charles está tapando la tele y, por mucho que estiro el brazo, el dispositivo no reconoce mi insistencia. Mi amigo resopla varias veces al darse cuenta de que lo estoy ignorando concienzudamente, y de que no pretendo dejar de hacerlo. Finalmente, se aparta con movimientos poco amigables y la mandíbula más tensa de lo normal.

Yo sigo a lo mío.

—Como vuelva a la hora de comer y sigas aquí así, tomaré medidas drásticas.

—¿Qué piensas hacer, desalojarme? —respondo gallito con notas excesivamente sarcásticas.

—Ya lo verás —sentencia mientras coge el equipo de kitesurf y sale por la puerta protestando.

Tengo el culo acartonado. Llevo más de cuatro horas en la misma postura. Tumbado con la cabeza sobre el apoyabrazos del sofá, la pierna derecha arriba del respaldo y la otra estirada rozando el suelo. Parezco un despojo humano, o al menos me siento como uno. Hago un esfuerzo y me levanto arrastrando los pies por el suelo de terrazo hasta alcanzar la nevera. Cojo dos latas de cerveza y me giro para encaminarme de nuevo al sofá, pero me arrepiento y me vuelvo por tres más. Hay que dosificar las fuerzas. Menos paseos, más descanso. Pongo los deportes como si me interesaran, bostezo varias veces y vuelvo al documental del ascenso al Everest. A los pocos minutos me detengo en una serie que he visto mil veces con

mi madre porque a ella le encanta, *Friends*. Termino con media sonrisa en los labios, admirando a ese grupo de amigos tan variopinto. Cinco horas más tarde, Charles entra por la puerta y me ve exactamente en la misma postura.

—Tú lo has querido.

Le echo una escueta mirada indiferente y sigo viendo la serie sin inmutarme. Cuarenta minutos después, descubro lo que había detrás de su amenaza.

Lo había subestimado.

Desiré.

—¡Vístete! —ordena con un tono de voz tan elevado que hace que me retumbe la cabeza. Quizás también tenga algo que ver las seis cervezas que llevo encima.

—Vale… voy —mascullo levantándome con dificultad mientras saco de mi maleta, que está a cinco pasos de distancia, en mitad del pasillo, una camiseta arrugadísima y unos pantalones cortos. Que la novia de tu amigo te vea en calzoncillos y sin camiseta en plan okupa quizás se exceda un poco de lo razonable socialmente, solo por eso lo hago, me visto.

—Ahora siéntate.

—¡Qué mandona! —me quejo burlón.

—Pues esto no es nada —gruñe airada, acribillándome con la mirada mientras me siento.

—Pues tú me dirás —le espeto con algo de prepotencia.

Al oírme, comienza a murmurar algo que no logro escuchar, luego pone los brazos en jarras y da dos vueltas por el salón. Está alterada. Entiendo que será por mi insolente actitud. No se sienta cuando termina su siseo interno, simplemente se detiene justo en frente de mí sin variar su postura corporal.

—Eres un auténtico idiota.

—¡Joder! —farfullo sorprendido, que Desiré, a la que he rozado levemente, me insulte, me desconcierta—. Pues vaya recibimiento —

respondo sin amilanarme.

Entrecierra los ojos muchísimo más y tuerce una sonrisa de disgusto.

—Pues me estoy quedando muy corta, lo que de verdad quiero gritarte es que eres un auténtico gilipollas.

Esta vez sí cierro la boca.

—Charles me lo ha contado todo.

Miro a Charles con cierta inquina. Será lenguatón. No sabe tener la boca cerrada.

—Te lo advertí, Markus, te dije que pasaría a ser drástico —añade con demasiada calma, mi supuesto amigo.

—Son cosas personales de mi familia, no tienes por qué ir aireándolas —atajo molesto.

—Sí que tiene, porque quiere ayudarte, idiota.

Otra vez insultándome. Miro a la pareja de agapornis malditos que tengo en frente con ganas de arrojarles a ambos una de mis latas de cerveza a la cara. Desgraciadamente, todas están ya vacías, así que refunfuño cruzándome de brazos a la espera de que comience el sermón.

—No estás así ni por tu madre ni por tu padre —suelta Desiré.

Arrugo la frente dejando escapar una risa baja demasiado irónica.

—¿Y entonces? —pregunto, convencido de que la novia de mi amigo está como una maldita regadera.

—Estás así por Blanca.

Esto ya es demasiado. Una carcajada estruendosa sale de mis labios sin que intente ni siquiera impedirla.

—Pero qué dices.

—La verdad. La que parece ser que no quieres ver. Que te has enamorado, Markus, que lo que tienes no es un resfriado, ni depresión, ni unas cagaleras. Lo que tienes es mal de amores.

Lo primero que me sale es una carcajada estruendosa, o al menos eso es lo que mi mente le dicta a mi cuerpo. La realidad supongo que es otra. Porque a mitad de ella se interrumpe abruptamente, como si mi maldito y asqueroso cerebro hubiera corroborado de alguna insensata forma la idiotez que la tía esta acaba de soltar por su bocaza.

¿Yo enamorado? ¡Venga ya!

Está claro que me gustaba. Mucho. Eso es innegable. Pero de ahí a palabras mayores… Yo aborrezco las relaciones. Me niego a convertirme en un títere, un idiota al que alguien pueda hacerle trizas la vida solo porque decida marcharse con otro. La comparación comienza en mi mente con mis padres, con la humillación, la desesperanza, la depresión de mi madre por un hombre, pero luego poco a poco algunas imágenes van bailando en mi cerebro. Imágenes de ella cuando le robé el aparcamiento y me exigió con las mejillas arreboladas que quitara mi coche. Cuando tuve que agarrarla del trasero para bajarla a tierra porque se la tragaba el mar. Cuando le di mi mano en el restaurante y una agradecida sonrisa apareció unos segundos en sus labios. Cuando la tenía sobre mí, mientras la besaba, deseando que la noche no tuviera fin nunca. Mi semblante se vuelve blanco por completo, y mi cuerpo se entumece. Es como si todo lo que me había empeñado en negarme a mí mismo se hubiera presentado de sopetón ante mí, diciéndome: «Hola, Markus, bienvenido a la puñetera realidad, esta chica tiene razón, eres un jodido idiota con un miedo atroz a sentir justamente lo que ya estás sintiendo. Enhorabuena, imbécil, ya no hay marcha atrás».

Siento que mi cabeza comienza a dar vueltas, me estoy mareando.

—¡Cógelo, Charles, que este se nos cae de la silla! —grita Desiré.

Unas manos fuertes me sostienen la espalda, y yo deseo que me suelten. Quizás si me estampo contra el suelo se me pase la sensación que me recorre el jodido cuerpo.

—¡Maldita sea!

—Exacto. Veo que acabas de entrar en razón —suelta con una vocecita aguda que me taladra el maldito cerebro.

La miro con ojeriza, intentando no soltar lo que estoy pensando.

—¿A quién cojones se le ocurre decirle que se quede con su hermano? —me regaña señalándome con el dedo enfadadísima—. Yo había apostado por ti desde el principio y no por el insulso de Iker.

Tartamudeo algo incomprensible. Estoy descolocado. Esta chica está volviéndome loco y no en el buen sentido.

¿Desiré había apostado por mí? Pero si yo soy la peor opción… desde siempre, si yo no creo en relaciones, si yo… yo…

—¿No piensas decir nada? —Otra vez su vocecita estruendosa haciendo estallar mis tímpanos.

—No sé qué decir —señalo—. Yo no soy de relaciones. No quiero…

—¡Por el amor de Dios! ¡Y Charles decía que tú eras el listo! —Se echa las manos a la cabeza—. Eso sería lo que querías, Markus, antes —dice, negando con la cabeza contrariada—. Antes, mucho antes de convertirte en esto —añade sofocada, señalando el sofá, la serie *Friends*, las incontables latas de cerveza y a mí, que por su cara debo tener un aspecto muchísimo peor del que ya imaginaba.

Quiero rebatírselo, gritarle que está loca, que no deja de decir estupideces y que quién se ha creído para hablarme así, pero en el fondo creo que tiene razón.

¡Maldita sea, tiene razón!

¡Y creo que acabo de darme cuenta ahora mismo del motivo por el que me ha hablado como el maldito orto!

—¡Joder! —mascullo entre dientes.

—Ahora nos empezamos a entender —señala con una sonrisa triunfante en la cara.

—¡Me cago en la puta!

—Exacto —recalca—. Comenzamos de nuevo justo en el principio de esta misma conversación. Eres idiota, y ahora que acabas de asumirlo, vamos a ver cómo lo solucionamos —dice con una vocecilla entusiasta que me descoloca aún más.

La miro con cara de pavor sin entender absolutamente nada. Acabo de mandar a los brazos de otro a la única persona que ha sido capaz de removerme algo por dentro. A la única a la que he dejado entrar en mis oscuros y fanganosos tormentos. Acabo de darme cuenta de que en lo que llevo escudándome más de media vida no es en la valentía, sino en el miedo. Mi pasado ha sido una huida constante de la decepción y, aun así, la muy maldita me ha encontrado, se ha plantado frente a mí y me ha atizado con más fuerza que nunca.

—Lo primero, necesito que lo digas.

—¿Que diga el qué?

—Que la quieres, idiota, y que lo que buscas es una relación —dice muy seria, señalándome con el dedo mientras un mechón enorme de su pelo rojo le atraviesa la mirada volviéndola más desafiante.

Dudo unos segundos, una cosa es haberme dado cuenta y otra, gritarlo a los cuatro vientos.

—Si no lo dices, salgo por la puerta ahora mismo y di adiós a tus posibilidades.

Trago saliva, me llevo ambas manos al nido de pájaros, y no sin cierta desesperación, termino hablando.

—Estoy enamorado de tu amiga.

Trago saliva.

—Y sí, me parece una auténtica locura. Pero lo único que ansío es levantarme cada día con ella a mi lado.

—¡Genial! —grita entusiasmada dando palmitas—. Pues tienes una oportunidad aún.

Hace una pausa que me parece demasiado larga antes de proseguir.

—Blanca ya ha vuelto a Madrid.

—Lo sé.

—Le contó a tu hermano lo que pasó entre vosotros, y sé por ella misma que Iker le dijo que esperaría hasta que ella estuviera segura de lo que sentía por él, y… —se aclara la garganta, poniéndome más nervioso aún— sé que todavía no se han besado y, aunque Blanca no lo reconozca, ya te digo yo que es por ti. Llevaba desde que comía piruletas babeando por él y ahora de repente algo la frena.

La miro sin poder disimular el brillo que se ha encendido en mis ojos.

¡Joder, tengo una oportunidad todavía!

—¿Qué has pensado? —digo atropelladamente.

—Esta noche cenan en casa de Iker, así que tienes exactamente —dice mirando su reloj— ocho horas para subir cagando leches en tu coche y decirle que la quieres o te aseguro que será demasiado tarde. Si lo besa, no dará marcha atrás. ¿Me oyes? La conozco, y aunque creo que hay algo irracional que la arrastra a ti, lleva enamorada de Iker desde siempre.

Asiento varias veces. Lo entiendo. Yo soy el huracán e Iker es el suave viento de levante que lleva años meciéndola. Y sí, quizás, pierda. Tengo muchas probabilidades, siendo sincero, pero me niego a no intentarlo. Es hora de dejar atrás los fantasmas y luchar de una maldita vez.

—Gracias, Desiré —agradezco dándole un escueto beso en la mejilla—. Te debo una —le grito tras coger al vuelo las llaves y correr hacia la puerta.

—Te mando la dirección de Blanca al móvil. —La oigo decir cuando cierro la puerta.

Intento no pisar demasiado el acelerador, pero no lo consigo. Mi cuerpo parece actuar por sí solo, por puro instinto. Y sabe que lo

que dice Desiré es cierto, el momento en el que llegue será decisivo. Si consigo verla antes de que vaya a su casa, tendré una pequeña oportunidad; si, de lo contrario, pasa algo más entre ellos, Blanca habrá decidido y no es el tipo de chicas que traiciona a alguien. Y más, si por ese alguien también tiene sentimientos. Porque sí, no soy tan idiota como para no verlo, ella de alguna forma siente algo por los dos. Pero ¿por quién siente más?

Cuando veo los carteles que indican que estoy ya en plena capital, el corazón comienza a golpearme con tanta fuerza que parece que va a romperme las costillas. Me echo a un lado en la primera gasolinera que encuentro y busco la ubicación que me ha mandado Desiré. La tengo, estoy a quince minutos y son ahora las nueve. No sé a qué hora habrán quedado, pero puede que aún consiga llegar.

Ni siquiera busco aparcamiento. Estaciono en una parada de autobús, pongo los cuatro intermitentes, cierro el coche y me bajo de un salto.

Aprovecho que la puerta del piso está abierta porque acaba de salir una anciana y entro como una borrasca. No espero el ascensor. Estoy tan acelerado y tengo tanta prisa que pienso que seré capaz de subir cuatro pisos corriendo antes que ese cubículo de hojalata. Cuando llego a su descansillo me falta el aire, pero no me detengo. Llamo al timbre un par de veces.

Nadie me abre.

Comienzo a dar vueltas en círculo por el pequeño rellano. Vuelvo a llamar, pero nadie responde.

Lo intento una tercera vez, y la realidad cae sobre mí como un maldito bloque de cemento, aplastándome.

Se ha ido.

Acabo de perderla.

ALGO MÁS



Blanca

Continúo sentada sobre el inmenso sofá, escudriñando cada rincón de su apartamento, mientras oigo que unos pasos se aproximan. Giro la vista y veo su esbelta silueta acercándose con dos bolsas de papel de color cartón con unas letras japonesas grabadas en rojo. Deben ser del nombre del restaurante. Le dedico una sonrisa y él me muestra sus perfectos dientes envueltos en una seductora expresión. Deja las bolsas sobre la pequeña mesita que tenemos delante y se sienta a mi lado. Luego tira de la parte frontal de la mesa hasta que consigue alzarla, quedando a una altura perfecta para permitirnos cenar en ella. El mantel blanco ya estaba colocado, al igual que las dos copas. Ahora, está sacando los cubiertos de un misterioso cajón que no se distinguía a simple vista, y situándolos alineados con el resto de la vajilla.

Se levanta, camina hacia la cocina y vuelve con dos platos azules con unas finísimas líneas doradas en el filo.

Cuando todo está dispuesto, comienza a sacar de las bolsas varios envases de plástico que me parecen tremendamente monísimos. Si estuviera en mi casa, no sería capaz de tirarlos porque debo reconocer que son mucho más sofisticados que la vajilla rancia que tenemos en el piso.

Un despliegue de formas, colores y olores se extiende ante mí. Todo tiene una pinta exquisita, aun así, nada de lo que hay me apetece. Ahora mismo mataría por una dichosa hamburguesa.

—¿Te sirvo un poco de todo?

—Sí, por favor —acepto con una modesta sonrisa.

—No están los Nirigi, ni los Sashimi —señala contrariado—. Se les ha debido olvidar.

—No pasa nada —le resto importancia. Ni siquiera sé qué son, pero no tienen nombres apetecibles.

—Pues pienso reclamar, ya ni en los buenos restaurantes hacen las cosas bien —refunfuña molesto.

—¿Quieres vino o prefieres cerveza?

—Vino está bien.

Me sirve la copa sin apartar los ojos de mí, su mirada es tan intensa que un ligero rubor se apodera de mis mejillas.

—¿Ya te he dicho lo bien que te sienta ese vestido? —pregunta, más lanzado que nunca.

Noto cómo mi respiración se vuelve irregular. Cojo la copa y mojo levemente mis labios. Esta noche noto que está diferente, decidido. Me lo muestra en la forma en la que me mira, en la sinuosidad de sus palabras y en los delicados gestos con los que casualmente provoca que nuestras manos se rocen. Como hace un instante cuando me tendió la copa.

Voy a responderle cuando el timbre me sobresalta.

—Debe ser el repartidor; seguro que acaba de darse cuenta de que se le ha olvidado la mitad del pedido.

Se levanta, encaminándose hacia la puerta y, a los pocos segundos después, lo oigo alzar la voz, pero no soy capaz de escuchar exactamente qué está diciendo. Aunque todo me lleva a pensar que está echándole la bronca al pobre repartidor por olvidarse de entregarnos la mitad del pedido.

Frunzo el ceño e intento prestar más atención. Me parecería bastante grosero que estuviera hablándole a alguien en ese tono solo por un descuido, y más si está trabajando. Continúo cada vez con más interés intentando dilucidar qué leches está diciéndole, pero al ver que es imposible, decido levantarme y acercarme. Me gustaría

saber si Iker se ha convertido en un pedante engreído. Camino sigilosa hacia la puerta que está entornada, Iker parece estar fuera.

—¿Qué mierda haces aquí? ¿Todavía no te has dado cuenta de que no estás a la altura? —Escucho claramente decirle al repartidor en un tono escandalosamente despectivo.

Me muerdo las uñas unos instantes nerviosa. No me está gustando ni un maldito pelo su actitud. ¿Quién se habrá creído para hablarle así? Me recojo rápidamente el pelo en un moño, intentando tener las manos ocupadas en algo, antes de desplegar de lleno la puerta y parar este circo que está montando. Quiero imaginar que es porque está algo nervioso con la cita, con nosotros, con lo que pasó.

Cuando pongo el primer pie fuera y veo la estampa que tengo delante, me quedo en shock.

Mi primer instinto es volver adentro y cerrarla de sopetón, pero algo me dice que no serviría de nada. Así que me quedo con los brazos a ambos lados de mis caderas, con los ojos excesivamente abiertos y sin poder pestañear mirando a Iker, y luego, a Markus.

Sí, a Markus.

¿Pero qué leches hace aquí?

—Ya no me hace falta pasar —gruñe dirigiéndole una mirada recriminatoria a Iker—. Blanca, siento presentarme aquí así —comienza a decir con la voz más dulce que he escuchado nunca—, pero me gustaría que me dieras unos minutos. Necesito hablar contigo.

—¡Venga ya, Markus! ¡Lárgate de una maldita vez! —ladra Iker—. ¿No te das cuenta de que cada vez que apareces todo vuelve a romperse? —escupe con tanta rabia que me pone los pelos de punta.

Markus le dedica una mirada gélida, sin entrar al trapo. Luego, toma aire intentando serenarse antes de hablar.

—Eso me lo tendrá que pedir ella. —Se voltea encarándolo sin perder las formas.

Yo estoy muda. No soy capaz de articular palabra, me ha pillado tan de sorpresa que mi cuerpo no reacciona.

—Asúmelo de una maldita vez y pírate —arremete de nuevo Iker.

Markus se lleva las manos a su pelo, que luce bastante desgreñado, por cierto, dudando de si debería hacerle caso a Iker o al pálpito que lo ha traído hasta aquí.

—No he oído salir de tu boca que me marche, aunque tampoco que me quede —expresa con temor sin dejar de centrar su vista en mí—. Así que voy a decirte todo lo que tengo que confesarte aquí mismo —su voz se rompe y su tono ronco se reviste de una emoción que me quiebra el pecho—. Lo siento, Blanca, no sabes cuánto.

Hace una breve pausa para tomar aire.

—Siento no ser elegante, ni cortés, ni ordenado. A decir verdad, soy todo lo opuesto. Un maldito caos andante repleto de contradicciones y heridas. Conoces mi sarcasmo, mi desfachatez, mis imperfecciones, y una parte de mí está segura de que quieres huir de ellas, pero aun así necesito decírtelo.

No entiendo qué me pasa, pero sigo sin poder decir ni una palabra, y lo que es peor, un picor confuso se ha apoderado de mis ojos, entorpeciéndome la mirada.

—Blanca Pinto Casas, he sido un idiota —añade frustrado—. Tenía un discurso enorme preparado, pero creo que no soy capaz de…

Se calla unos segundos.

—Te quiero.

Y sus ojos, tan azules como las profundidades de un océano que guardaba hasta hace un instante los más asombrosos secretos, me miran con una mezcla de agonía y ternura.

¡Joder!

—Desde la primera vez que te vi no pude parar de pensar que eras increíblemente preciosa y ese carácter, ese aire respondón y ese rubor terminaron de volverme loco. El resto supongo que se fue

fraguando poco a poco, sin darme cuenta, ganándome el terreno sin que lo advirtiera. Y luego tenía tanto miedo a sentirme abandonado que no fui capaz de afrontar lo que sentía.

Markus acaba de acercarse algunos pasos más, Iker le observa con desdén a su derecha, esperando que yo consiga decir algo. Y juro que quiero hacerlo, pero ahora mismo me siento sobrepasada.

Mi silencio le confirma lo que lleva temiendo desde que se subió a su furgoneta y emprendió el camino hasta aquí, lo percibo en cómo tuerce levemente el gesto y se muestra abatido.

—No pasa nada, Blanca. Me lo merezco —susurra forzando media sonrisa—. Solo deseo que seas feliz, y si es con él, lo entiendo. Estoy seguro de que luchará por estar a la altura —murmura con la voz quebrada, dándole su bendición a quien hace escasos segundos le ha dicho que siempre lo rompe todo.

Iker lo contempla, mientras se da la vuelta y alcanza la escalera, con una pizca de regocijo en el rostro, a la vez que yo lucho con el vendaval de sentimientos que me sacude por dentro.

Lo que acabo de escuchar es lo más arriesgado y tierno que alguien me ha dicho nunca. Y el acto de venir hasta aquí a desnudarse ante mí de esa manera es el gesto más increíblemente romántico de la historia y, a pesar de ello, continúo paralizada.

Creo que esta vez el miedo es a mí a quien está atenazando.

Tenerlos aquí a los dos enfrentados por mí es tan surrealista como vertiginoso. No me veo capaz de tomar una decisión hasta que el corazón se me contrae y el miedo se convierte en desesperación.

Continúo sin ser capaz de moverme.

Solo escucho sus pasos alejándose. Cada escalón retumba dentro de mí.

La mano de Iker se extiende, la tomo mientras veo cómo la espalda de Markus desaparece por el hueco de la escalera. Él me la sujeta fuerte mientras sus ojos buscan los míos.

Y entonces, todo cobra sentido.

Me acerco a él y lo abrazo, dejando escapar mis lágrimas que recorren mi rostro rápidas, acabando en su camisa.

—¿Esto significa lo que creo? —me susurra con delicadeza al oído.

Yo intento sorber mis lágrimas y retomar la compostura, pero no lo logro. Continúo en este estado unos segundos más llorando por lo que acabo de decidir dejar atrás.

—Lo siento —sollozo—. No sé cuándo sucedió, ni por qué, pero ha pasado —murmuro—. No entiendo la maldita sensación que acaba de apuñalarme, sobre todo porque tú siempre has sido lo que más he anhelado. Tú siempre has sido el hombre perfecto para mí. Y nos parecemos tanto… —afirmo con la voz oscilante—. Pero…

—Pero… él ha conseguido algo más.

—Sí —murmuro alzando la vista y sintiendo el dolor que embarga sus ojos.

—Blanca, no te voy a decir que no esté destrozado ahora mismo, porque lo estoy. Y tampoco voy a mentirte. Hay una parte de mí a la que le cuesta aceptar que sea precisamente él. Cada vez que lo miro vuelven demasiados recuerdos, demasiadas heridas que también rompieron a mi familia. Pero si crees que Markus puede hacerte feliz, no voy a detenerte.

Lo pego a mi pecho durante unos segundos más antes de apartarme de él. Y le dedico una última mirada pidiéndole perdón, antes de comenzar a correr escaleras abajo.

MI HOGAR



Blanca

Bajo los peldaños de tres en tres. Como siga así, voy a acabar con la cabeza abierta tras rodar como una maldita longaniza escaleras abajo. Pero no puedo parar. No puedo detenerme ahora que por fin sé lo que siento. Ha sucedido de repente como una maldita revelación. Como si quedarme sin oxígeno cuando ha desaparecido de mi campo de visión, por sentir que lo perdía para siempre, me hubiera revelado de sopetón lo que dictaba mi corazón. Ni siquiera soy capaz de comprenderlo. Llevo enamorada de Iker desde niña y ahora que sus sentimientos me correspondían, no me ha temblado el pulso en dejarlo atrás. A pesar de que él y yo somos iguales. Educados, correctos, meticulosos, ordenados. Mi razón parece haber cogido un tren directo a los confines del mundo porque te juro que ahora mismo quién ha tomado el mando es el que me golpea el pecho como si se me fuera a salir de él.

Llego al último peldaño y una ola enorme de desesperanza me descoloca.

No he llegado a tiempo.

Y es en ese instante cuando lo entiendo. No era la calma lo que había ido a buscar escaleras abajo. Era el miedo. El miedo insoportable a perder a alguien que, sin darme cuenta, ya se había convertido en imprescindible.

Camino hacia la calle, miro hacia un lado y luego al otro, y no soy capaz de ver a ningún rubio despeinado por la maldita acera. Cierro los ojos unos instantes. Busco mi móvil, pero estoy tan nerviosa que

ni siquiera soy capaz de desbloquearlo. Se me acaba de olvidar el pin.

¡Maldita sea!

Entonces alzo la vista de nuevo con las lágrimas a punto de desbordarse y todo se detiene.

La veo. Su furgoneta. Aparcada en doble fila.

Está dentro. No me ha visto porque tiene la cabeza apoyada en el volante como si le acabara de arrollar un tren de mercancías.

Siento el corazón palpitándome desbocado, mientras mis pulmones exhalan desahogados, y en ese justo instante todas las dudas desaparecen por completo, y lo que queda es la verdad.

Estoy enamorada de él.

De sus comentarios sarcásticos, de su aire insolente, de sus heridas y de quién es al completo.

Acelero los pasos para alcanzarlo; no quiero que se reponga, arranque la furgoneta y se escabulla entre el tráfico sin verme. Llego a su ventanilla y, como la primera vez que nos conocimos, golpeo con mis nudillos varias veces con fuerza sobre ella.

Y entonces, alza la vista. Y me ve.

Y es el jodido instante más emocionante de toda mi vida, porque su cara… su cara… creo que no existen en el mundo palabras para describir la expresión que atraviesa sus ojos al encontrarme. Creo que una parte de él sigue sin creérselo durante varios segundos más, porque está tan paralizado como lo estaba yo hace escasos minutos.

Abre la puerta sin despegar su atención de mí, con una sonrisa tan genuina y sincera que consigue que me tiemblen las piernas. Baja de un salto y se coloca a escasos centímetros. La electricidad nos envuelve, arrollándonos por completo. No hay palabras que decir, no ahora. Porque ambos sabemos lo que significa que yo esté aquí. Veo cómo sus labios se acercan con necesidad a los míos, que le responden con urgencia y con otra cosa que todavía continúa

sorprendiéndome. Amor. Una de sus manos reposa en mi nuca, la otra está perdida en mi cadera, acercándome a él con necesidad, mientras nuestras bocas expresan todo lo que no hemos sabido decirnos antes. Nuestro beso es un conjunto de emociones, es tierno, salvaje, dulce y, sobre todo, es promesa.

Promesa de que tenemos un futuro nuevo que descubrir juntos. Los dos.

—¡Maldita sea, Blanca! Estaba seguro de que te había perdido —susurra emocionado.

—A puntito has estado por idiota —le digo con media sonrisa.

Una pequeña carcajada brota de su interior iluminándole los ojos.

—Tendré que recompensarte entonces —añade divertido.

—No sabes cuánto.

—Quizás podemos empezar por una clase de kitesurf privada.

Alzo las cejas, pícara.

—No me estarás proponiendo restregarme de nuevo el gusanillo, ¿no? —pregunto con guasa.

—No veo la hora —me responde lanzándose de nuevo a mis labios.

—Si sigues así, quizás hasta me convences.

—Súbete al coche, o no me hago responsable —contesta con una mueca traviesa que me enciende por completo.

Esa misma noche, doy gracias al universo, el karma o el jodido cosmos porque mi jefe me anulara las vacaciones en el último instante. También por haber planeado un maravilloso viaje a la Costa Amalfitana al que acabaría no yendo, pero sí mis amigas. Porque ahí empezaron a romperse todos mis planes y, sin saberlo, nació una nueva Blanca; más segura, más impulsiva y, sobre todo, más humana.

También agradezco el viaje, porque nos va a regalar una intimidad que sería imposible en circunstancias normales. Si mis

amigas vieran cómo hemos entrado en el piso, entrarían en paro cardíaco.

Markus me ha cogido en peso, me tiene en volandas, con las rodillas envolviendo su cintura, mientras nuestras bocas vuelven a encontrarse.

Y es que nuestra piel ya no habla de deseo. Habla de hogar.

Hemos pasado la semana entera recorriendo cada palmo de Madrid. Markus nunca había estado, así que le he tenido que hacer de guía. Y cada vez que consideraba que mis explicaciones le gustaban, o que el sitio al que lo había llevado era increíble, aprovechaba para darme un beso bastante atrevido, que volvía a encenderme, ya solo un poquito, los colores, mientras él se reía satisfecho. Hemos estado en las barcas del Retiro, como si fuéramos dos adolescentes. Markus se ha levantado varias veces simulando que volcábamos mientras yo lo agarraba de la camiseta y él se reía a carcajadas. Creo que cada vez que se ríe así, sumo minutos a mi vida. También estuvimos en el Palacio de Cristal, donde se empeñó en que nos hiciéramos veinte fotos distintas solo para elegir la que más le gustaba para enviársela a su madre. Le ha prometido que me llevará en cuanto consiga convencerme. Ella está ya mucho mejor, y en casa. Hemos cenado hamburguesa al menos dos noches seguidas, y con las manos. Si me viera mi madre, sería capaz de desheredarme, pero es que es cierto que saben mucho mejor. En cuanto al sexo, se ha convertido en algo de otro planeta. Nunca hubiera pensado que se podía sentir y disfrutar así, supongo que es la complicidad que hemos ido creando poco a poco, sin darnos cuenta, unida al deseo enorme de complacer al otro.

Ha sido la semana más intensa y perfecta de mi vida. Aunque acumule un millón de imperfecciones, como ser un auténtico desastre andante que me tiene el piso patas arriba. He encontrado tres de sus camisetas tiradas por el suelo, pero qué más da. Le he amenazado con mi dedito acusador y él, entre sonrisas y comentarios sugerentes, ha tirado también la camiseta que llevaba

puesta, y así lo hemos arreglado. Eso sí, luego las ha metido en la lavadora y las ha tendido.

Sus minivacaciones están a punto de terminar, y yo no deseo otra cosa más que se quede a mi lado. Creo que él también, porque cuando habla de volver, sus ojos se ensombrecen. No sé cómo lo haremos, pero sé que la distancia no será suficiente para diluir lo que ahora mismo sentimos. Porque cuando eres plenamente consciente de que esa otra persona te hace ser mejor y consigue sacarte siempre una enorme sonrisa, ya no hay vuelta atrás.

Es él, Markus.

Mi Markus.

Mi hogar.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por leer cada una de mis historias, por acompañarme en cada nueva aventura y por animarme a seguir incluso cuando yo misma he dudado. Gracias por recordarme que siempre merece la pena seguir intentándolo.

A mi hermana, porque luchas por mi sueño como si fuera el tuyo. Porque has estado ahí en cada paso, empujándome cuando me faltaban fuerzas, creyendo incluso cuando yo no lo hacía y celebrando mis logros como si fueran propios. Gracias a ti he llegado hasta aquí.

A mi hijo, por ser la luz que me guía y el motivo para seguir intentándolo. Para que algún día pueda mirarte y decirte que los sueños se persiguen, se luchan y, algunas veces, se consiguen.

Ojalá nunca dejes de perseguir los tuyos.

A mis comunidades de Instagram, @mispasosconbalvin, y TikTok, @bookromantico: muchísimas gracias, tanto a quienes lleváis siguiéndome al otro lado de la pantalla desde el principio, como a quienes acabáis de llegar.

Y, por supuesto, a quienes habéis leído mis novelas, esperado cada historia, dejado un mensaje, una palabra de ánimo o, simplemente, habéis decidido darme una oportunidad.

Gracias por leerme. Por animarme. Por confiar en mis historias. Por darme alas cuando más las necesito.

Y si después de cerrar este libro os apetece contarme qué os ha parecido, me encantará leeros. Si podéis dejar vuestra opinión en Amazon o escribirme directamente, estaré al otro lado para recibirla. Cada reseña, cada mensaje y cada palabra que compartís conmigo me ayuda muchísimo a crecer como escritora y a seguir construyendo nuevas historias.

Este libro también es un poquito vuestro.

Gracias por hacerme creer que quizá este sueño sí podía convertirse en realidad.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



¿Qué puede llevar a alguien a cruzar el mar escondida entre unas redes de pesca y unas mantas para no ser descubierta?

Mi nombre es Julia y hasta hace poco era una chica normal, de esas a las que les gusta andar descalza por toda la casa, tomar un buen café acompañada por amigos, charlar durante horas y disfrutar de mi mayor obsesión: la moda. Me habían roto el corazón mil veces y, aun así, continuaba con la remota y absurda idea de que quizás algún día inexplicablemente saliera bien.

Y de repente apareciste tú. Tú has sido mi alegría y mi caos, mi fortuna y mi estrepitosa desesperanza.

No estoy en una posición sencilla. Me encuentro a miles de kilómetros, recluida, muerta de miedo y con millones de preguntas sin respuestas. ¿Tú has sido mi luz? ¿O mi mayor error?

Descubramos juntos las mentiras, los sentimientos y las historias que me han traído hasta aquí. Atrévete a conocerme. Atrévete a entrar en mi mundo.

YA A LA VENTA EN AMAZON

BIOGRAFÍA



Soy una escritora andaluza nacida en Algeciras, un rincón del sur donde el mar, el viento y la luz parecen inspirar historias a cada paso.

Antes que escritora, soy una lectora apasionada. Desde pequeña, los libros han sido mi refugio, una forma de viajar, emocionarme y vivir mil vidas diferentes entre sus páginas. Con el tiempo, esa pasión por la lectura despertó en mí el deseo de crear mis propias historias.

Además de escribir, soy madre y trabajo a tiempo completo. Por eso, mis novelas nacen en esos pequeños ratos que la vida me regala, cuando la casa se queda en silencio y la noche me deja un hueco para sentarme frente al teclado. Es ahí donde doy vida a personajes, conversaciones y romances que llevaban tiempo esperando ser contados.

En mis historias encontrarás amor, humor, amistad, personajes imperfectos y emociones que buscan acompañarte página tras página.

Escribo con la ilusión de emocionar, hacer sonreír y demostrar que los sueños no se cumplen por casualidad: se persiguen, se trabajan y se viven con el corazón. Porque cuando de verdad crees en algo, siempre encuentras la manera de dedicarle un poco de tu tiempo. Los sueños no entienden de horarios; entienden de constancia, ilusión y ganas de no rendirse.

Si has llegado hasta aquí, gracias por formar parte de este sueño. Espero que mis historias te hagan reír, emocionarte y creer, aunque solo sea por un instante, en la magia de los nuevos comienzos.

Puedes encontrarme en redes sociales como @mispasosconbalvin.